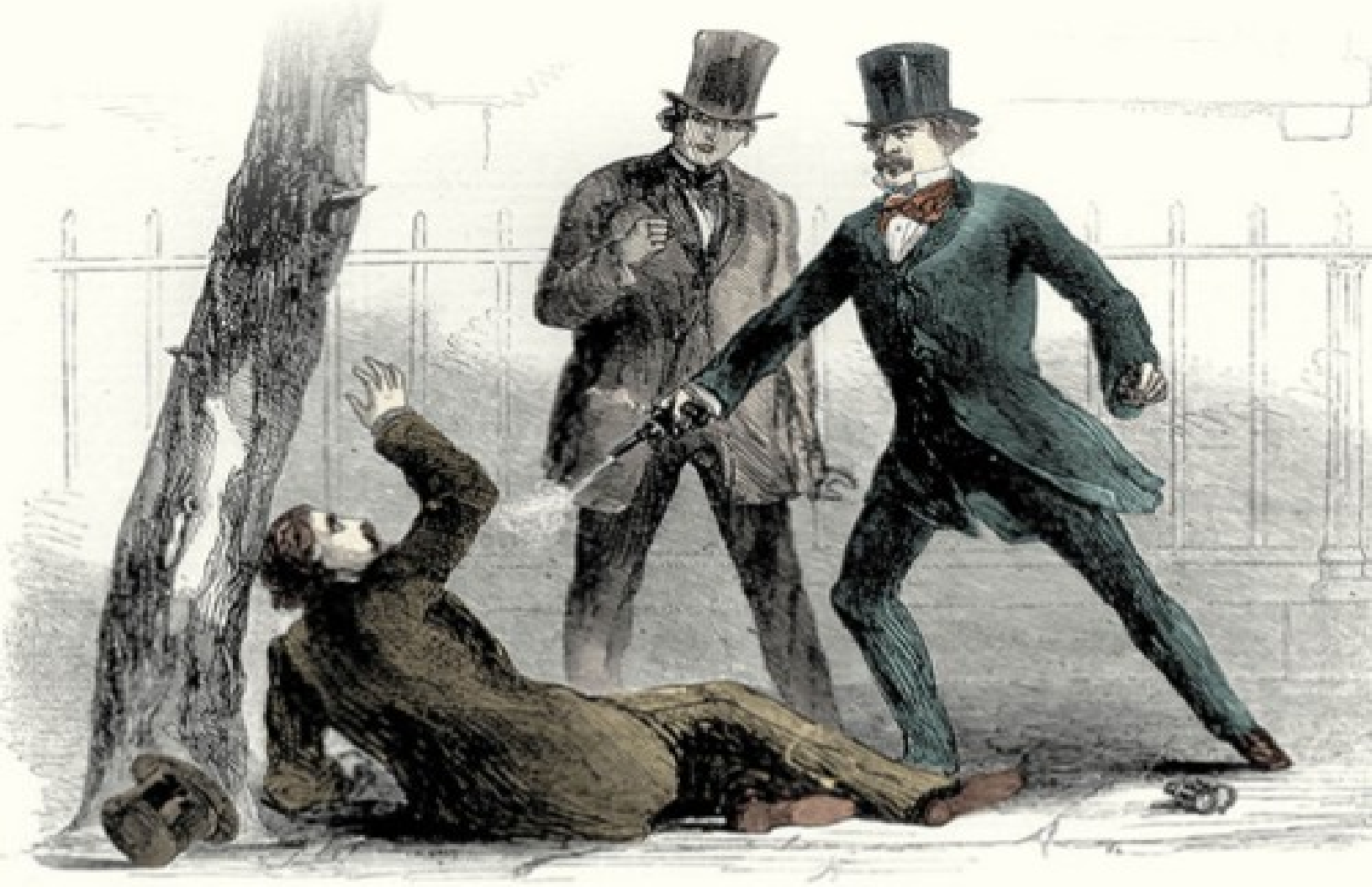


RICARDO CANALETTI

CRÍMENES SORPRENDENTES DE LA HISTORIA ARGENTINA

SUDAMERICANA



RICARDO CANALETTI

CRÍMENES SORPRENDENTES DE LA HISTORIA ARGENTINA

SUDAMERICANA

Ricardo Canaletti

Crímenes sorprendentes de la Historia argentina

Sudamericana

¡Gracias Leticia! Sin tu apoyo este libro no existiría.

I

El crimen del gallego Álvarez. Morir por una suma vil (1828)

Cuando su marido se marchó, Catalina se quedó sola en la sala, espantada. Hasta un momento antes no había creído las habladurías que señalaban a Francisquito, su marido, como uno de los involucrados en el crimen del que hablaba toda la ciudad. Había confiado en él, a pesar de los comentarios que se escuchaban por todos lados y que afirmaban que, borracho, había reconocido su culpa.

—¡Mirá qué pueblo de italianos este —le dijo Francisquito a su amigo Miguel Azcuénaga, luego de haber bebido durante casi medio día, y con la Policía en los talones— que muestra tanto interés por el triste gallego que hemos muerto…!

En la segunda mitad de 1828, en Buenos Aires había dos motivos de conversación: la marcha de la guerra con el Brasil y el asesinato de ese gallego, Álvarez.

Catalina había sido sorprendida en la sala principal de su casa por Francisco Álzaga, su Francisquito. Estaba agitado. Fue directamente hacia ella, le rodeó la cintura con un brazo y habló rápido.

—Un asunto urgente me obliga a salir de Buenos Aires. Quiero que vengas conmigo.

¿Qué es esta proposición de fuga si no un reconocimiento de culpa?, pensó Catalina. Ahora tenía dudas sobre su marido.

—¿Y a dónde pensás ir? ¿Qué asunto te obliga a salir de Buenos Aires? Yo… —Sintió miedo. Vio entonces a Francisquito como Francisco, como

un monstruo, el monstruo Álzaga.

—Tenemos que salir ya. ¿No sabés lo que se dice? ¿Que se me acusa estúpidamente de haber asesinado a Álvarez?

—¡Pero eso es mentira! —Catalina habló en voz muy baja. Se puso pálida—. No lo mataste…

—¡Necesito huir, necesito salvarme! Algún día te voy a contar esta terrible historia…

—Yo… —balbuceó— no puedo seguirte... No me atrevo a huir. Pueden descubrirnos y vas a lamentar haberme llevado.

—La huida es segura.

Catalina se largó a llorar.

—¿Venís conmigo?

—No puedo. ¿Y nuestro hijo? Tengo que atenderlo. Cuando todo se aclare…

—¡Catalina! —gritó Álzaga—. ¡No me querés ni me quisiste nunca! ¿Ahora resulta que mi hijo es mi principal enemigo? Está bien. Quedate con tu hijo y sé con él todo lo feliz que puedas. —Catalina se llevó las manos a la cara—. Pero por lo menos no le digas a nadie, ni a tu padre, que me escapé. ¡Adiós, Catalina! Tal vez algún día nos volvamos a ver.

Ahora, Catalina sintió compasión, por él, sí, pero sobre todo por ella. Apenas Francisquito se hubo ido la invadió, insólitamente, el recuerdo de un instante feliz de su vida, imágenes que lograron detener sus lágrimas. Recordó a su marido, el único hombre al que había acariciado, echando por detrás de sus hombros la capa azul de terciopelo y colocando sus manos en la cintura, mirándola con una severidad fingida. Llevaría esa imagen en su mente por siempre. Fue cuando ella le pidió que le comprara un precioso y costosísimo adorno que había visto en una vidriera. Nadie se había atrevido jamás a negarle un deseo, ni su padre, Bernardo Benavides, ni ninguno de los jóvenes de Buenos Aires que admiraban su belleza inigualable. Aunque sus caprichos lo extenuaban, Francisco Álzaga le hubiese regalado un cielo de amor. Suya era la mujer más hermosa de la época, aquella con la que soñaban los hombres de la ciudad. Se habían casado en 1825. Él había pasado los 20 años y ella ni los rozaba. Ella, Catalina Josefa Rita Benavides Costa, a quien, en honor a su esplendorosa figura, le decían “La Estrella del Norte”, apelativo que había reemplazado por completo su nombre.

Hija de un español y una porteña, La Estrella del Norte era una chica de grandes ojos negros, de mirada estupenda, con una cara perfecta, de cutis sonrosado, diáfano, delicado, y un cuerpo de escultura. Una belleza voluptuosa pero grácil. Decían que tenía la gracia de un cuerpo andaluz. Aunque distinguida, su familia no era rica y no estaba acostumbrada a los lujos. Como todos, Álzaga quedó boquiabierto cuando la conoció. La cortejó y la hizo soñar con un paraíso de amor y de riqueza, tal como le habían prometido los hijos de las más distinguidas y nobles familias. Pero con Francisquito fue distinto. La Estrella decidió convertir a ese arrogante muchacho en su Francisquito, un satélite más que girase a su alrededor. Lo quería y se casó con él, aunque sin esa abnegación de cariño que hace perdonarlo todo y confortar al otro en cualquier circunstancia. Le gustaba estar con Francisquito como a cualquier jovencita lucir un vestido nuevo, aunque a veces le era indiferente, sobre todo cuando la aburría con sus juegos y diversiones y buscaba la compañía de sus amigos. Francisco, en cambio, la quería con locura y La Estrella lo sabía.

Francisco Álzaga, Pancho, pertenecía a una familia distinguida y rica de la ciudad. Tenía 8 años cuando se produjo la Revolución de Mayo, y dos más cuando su padre, Martín de Álzaga, fue fusilado por conspirador, el 6 de julio de 1812. Dejó una casa en Bolívar casi esquina Moreno, una viuda y trece hijos. Francisco era un muchacho generoso y derrochón. Le gustaban el lujo y las comodidades. Galante y buen mozo, más de una vez había extendido su capa sobre el barro para que una graciosa mujer no se embarrase los pies, y luego abandonado la capa para que se la llevara algún andrajoso. Pero esa vida había concluido, al menos por un tiempo, desde que conoció a La Estrella. Durante un año, luego de su casamiento, se alejó de las reuniones sociales, de los cafés y del encuentro con sus amigos del alma. “Uno no debe entregarse mucho —le decía Jaime Marcet, el librero —. Hay que hacerse desear para que la mujer siempre sienta el deseo de tenernos.”

Pero su afición por las fiestas y la diversión volvieron luego con más fuerza. Álzaga gastaba fortunas en sus salidas con Marcet, Marcelino Martínez, Juan Pablo Arriaga y Miguel Azcuénaga, sus amigos

inseparables, o alquilaba casas donde organizaba cenas pantagruélicas a las que asistía toda clase de gente, nobles, comerciantes y funcionarios, damas, damiselas y cortesanas. Aquellos iban a todos lados juntos, al teatro, a los cafés, a las reuniones en casa de este o aquel. A veces la farra duraba días, hasta que se acabara la comida que habían hecho preparar, los jamones, las aves asadas, las frutas, los dulces, los vinos. El dinero que gastaban era fabuloso. Todavía más para Álzaga, que además de mantener ocasionalmente a alguna amiga, como los demás, corría con los enormes gastos de La Estrella, que pagaba otra fortuna por el alquiler de casas donde organizaba reuniones, y en sus compras descomunales. La Estrella se daba cuenta de que a su marido le gustaba pertenecer a sus amigos. Poco a poco, Francisquito fue perdiendo ese lugarcito que le había reservado en su corazón. Lo que él hiciera o dejara de hacer comenzó a serle indiferente. Más de una vez los familiares de Francisco habían hablado con Catalina para que utilizara ese arrobamiento que él sentía por ella para atraerlo y sacarlo de la vida de jolgorio. Pero para La Estrella eso era un insulto. "¡No faltaba más que yo fuera a rogar a mi señor marido para que me hiciera el favor de quererme un poco!", respondía.

Juan Pablo Arriaga era un tipo alto y delgado, de bigote ondulado y cabello rubio ensortijado que le caía sobre la espalda. De espíritu alegre, gastaba sin parar y era el centro de todas las reuniones. Su padre, Fermín, tenía una gran tienda de ropa y pertenecía a una de las principales familias de Córdoba. A los 21 años no quería otra cosa más que gozar de la vida. Aunque tenía entre cuatro y cinco amantes, la principal era Pepita Sánchez, que estaba perdidamente enamorada de él. Pepita tenía esperanzas de casarse y no faltaba ocasión en la que le dijera que sus amigos Álzaga y Marcet eran una pésima influencia para él. En esos momentos, en la mente del cordobés retumbaba la voz de Marcet diciéndole, cual ángel de la guarda, que aquella Pepita no era más que una mujerzuela. La contradicción lo divertía y Juan Pablo terminaba tomando a Pepita por la cintura y diciéndole con ternura: "¡Ah, no sé qué hacer con ustedes!"

¿Quién era este Jaime Marcet, que desaconsejaba a Álzaga de considerar a su mujer y buscaba sabotear cualquier intento de Arriaga de establecer una relación seria, sin tener reparo alguno en echar mano hasta de la calumnia para lograrlo? El tal Marcet era de Barcelona y poco más se sabía de él. Decía que había venido a América a probar fortuna. Se empleó

en la librería más importante de Buenos Aires, la de Usandivaras, de la calle Potosí (hoy Alsina), entre Universidad (hoy Bolívar) y Reconquista (hoy Defensa). El catalán tenía 20 años y dejó encantado a Usandivaras y a su hermana menor, Jacoba. Trabajaba de sol a sol, sin descanso y sin distracciones, a pesar de las recurrentes invitaciones que recibía para pasar un fin de semana en alguna chacra de la costa de San Isidro, donde los jóvenes adinerados iban desde el sábado a la tarde hasta el lunes a la mañana.

Suya fue la idea de otorgar abonos de lectura, una forma de alquilar libros, lo que permitió que la librería incrementara su clientela. Usandivaras era un hombre rico y tenía abierto el local más por hábito de trabajo que por otra cosa. Estaba feliz de haber encontrado a Marcet, de alojarlo en su casa, y hasta veía con buenos ojos la simpatía que su hermana sentía por el muchacho. Había pensado en darle parte de las ganancias del negocio cuando cumpliera un año como dependiente. Pero, de la noche a la mañana, Usandivaras comenzó a sentirse mal. Era un hombre fuerte, pero la fiebre, los espasmos y la debilidad lo habían confinado a la cama. Su cuadro empeoraba día a día sin que el médico lograra acertar un diagnóstico.

A Vicenta, la negra esclava de Jacoba, Marcet le caía muy mal. No veía con buenos ojos su inusitado amor por el trabajo, ni sus visitas frecuentes a la cocina justo cuando su patrón comenzó a sentirse mal. Tampoco su creciente afecto hacia Jacoba que, por cierto y para su desgracia, era correspondido. Pero la negra se calló sus sospechas debido a la adoración que sentía por su ama, a quien había criado y a quien no quería ver sufrir. Ni siquiera abrió la boca cuando Usandivaras finalmente murió. A todos les llamó la atención las exageradas muestras de dolor de Marcet. Jacoba debió mandarlo a buscar al cementerio, donde el catalán se había quedado llorando sobre la tumba de su benefactor hasta casi el anochecer del mismo día del entierro. La librería permaneció cerrada por duelo durante ocho días. La negra Vicenta no tenía dudas de que el catalán había envenenado a su patrón.

Con el consentimiento de Jacoba, Marcet comenzó a manejar la librería como si fuese suya. “¡Qué honrado, qué galante, qué buen corazón el de Jaime!”, pensaba Jacoba, y decidió apurar el casamiento. La fiesta rompió una costumbre social, la de que las celebraciones terminaban, inexorablemente, a las doce de la noche. La del matrimonio entre Marcet y

Jacoba se extendió hasta el alba. Pasaron la luna de miel en la costa de San Isidro, en la quinta de una familia amiga.

No más volver, Jaime contrató empleados y comenzó a desquitarse de los años de privaciones que había pasado como aplicado dependiente de la librería. Ahora aceptaba las invitaciones que durante tanto tiempo había rechazado y concurría a cuanta tertulia pudiese. Se hizo amigo de los jóvenes más prominentes de la ciudad, Azcuénaga, Álzaga, Arriaga. Terminaron siendo inseparables. Marcet ejercía un raro dominio sobre sus amigos, especialmente sobre Álzaga y Arriaga, con quienes organizaba exageradas fiestas, donde abundaban el vino, la comida, las guitarras, el baile y las mujeres. Junto con aquellos gastaba un dineral para mantener el tren de vida típico de un calavera y, como aquellos, tuvo amantes y una preferida, Mercedes Rossi. Jacoba, inocente, seguía fascinada con su marido, y al principio no notó el cambio evidente en su personalidad, acaso porque, cuando estaba en la casa, Jaime la trataba como los mortales a Afrodita. Para Marcet, su mujer ya era un estorbo y, a pesar de que Jacoba llevaba un embarazo de cinco meses, decidió eliminarla tal como lo había hecho con Usandivaras.

Lo que llamó la atención de Jacoba y le hizo abrir los ojos fueron las continuas llegadas tarde de su marido y, a veces, los días enteros en que no estaba en su casa. Como Pepita, la amante de Arriaga, Jacoba atribuía la culpa de la transformación de su marido a sus amigos, sin advertir que eran Álzaga y Arriaga los que eran arrastrados por Marcet. Jacoba confiaba en que las cosas cambiarían; mientras tanto sufría las ausencias de su marido y callaba. Marcet se fijó el plazo de un año para matar a su mujer y urdió un plan en el que debía volver a representar el papel de esposo afectuoso y dedicado. Más o menos al mes de cumplir con esta representación, Jacoba comenzó a sentirse débil y enferma. Tampoco pudo el médico dar un diagnóstico certero y atribuyó su malestar a alguna cuestión pasajera relacionada con su embarazo. Sin embargo, pensó en el sombrío antecedente de la repentina muerte de su hermano.

Cuando su ama enfermó, la negra Vicenta estrechó la vigilancia sobre Marcet. De esta manera se dio cuenta, espiándolo, que echaba unos polvos en la copa de Jacoba, polvos que se disolvían inmediatamente. Esa era la causa del mal de su patrona. Fue y se lo contó. Jacoba, por poco, la manda a azotar. No creía nada de lo que le decía su esclava. Vicenta la propuso que

hiciera una prueba, que a la cena, antes de empezar, se retirara con cualquier excusa y espiara los movimientos de Jaime. A regañadientes, Jacoba decidió hacer la prueba de inmediato, esa misma noche. Desde la hendija de la puerta vio que Marcet sacaba de su chaleco un frasquito y echaba unos polvos en su copa, luego sirvió vino y los polvos se diluyeron. No la sorprendió tanto lo que acaba de ver como la expresión feroz en el rostro de su marido. Jacoba, entonces, apareció.

—¿Por qué echaste polvos en mi copa?

—Pueeess... Es que te amo tanto que no soporto tu enfermedad y he ido a visitar a una de esas adivinas que tienen polvos para todo. Me dio trece paquetitos con los polvos para sanarte, con la instrucción de que los vertiera en tu copa sin que te dieras cuenta, porque de lo contrario no tendrían efecto alguno. —Marcet habló con tanta naturalidad y sin que se le moviera un solo músculo de la cara que Jacoba cambió su actitud—. Por eso, amor mío, te los estoy dando desde hace un mes, casi cuando empezaste a sentirte mal.

Jacoba dudaba, aunque estaba inclinada a creerle de no ser por esa expresión diabólica que había visto en Jaime cuando echaba los polvos en la copa.

—Jacoba, amor mío, en el estado en que estás, ¿cómo piensas que yo pudiera hacerte daño?

Finalmente, Jacoba le creyó sin reservas.

Marcet había pensado en esa respuesta para el caso de que su mujer lo descubriera envenenándola, aunque la frustración del golpe lo llevó a contarle todo a Mercedes, que quedó aterrada. Marcet era muy hábil para engatusar; acaso con su voz meliflua, su mirada inocente y sus dotes para representar cualquier papel, conseguía lo que parecía imposible, por ejemplo, que Mercedes aceptara lo que había hecho. Pero para la joven era una culpa muy grande de sobrellevar; por eso decidió contarle lo que había hecho su querido a la esclava negra que le había regalado su mamá. A diferencia de la negra Vicenta, la esclava de Mercedes se llevaba bien con Marcet, hasta le tenía estima. Cuando le llevaba mensajes de su ama, a cambio recibía buenos dineros del catalán, y hasta la promesa de que si finalmente terminaba casándose con Mercedes le daría la libertad. Mercedes tenía en ella a la mejor confidente. Le contó lo que Marcet había intentado hacer con Jacoba y las dos callaron.

Un mes después de estos episodios, Marcet le comunicó a Mercedes que ya tenía otro plan para deshacerse de Jacoba. No fue bueno el momento para poner en marcha el nuevo proyecto mortal, debido a circunstancias imprevisibles que se combinaron fatalmente para desgracia del librero. La esclava de Mercedes enfermó y la familia mandó llamar a un cura para que se confesara antes de morir. Cuando el fraile Gabriel quedó solo con la sirvienta, la negra le contó del plan de Marcet para matar a Jacoba y casarse con su niña, Mercedes, que conocía y aceptaba el plan. Asombrado, Gabriel le dijo que debía contárselo a la madre de Mercedes o ardería en el infierno. Solo recibiría su absolución si revelaba toda la trama. En lugar de hablar con la dueña de casa, la negra le contó a Mercedes lo que le había dicho el cura. La chica se desesperó y llamó a Marcet, con la esperanza de que su amante hallara una salida a tan terrible situación. El librero entendió que debería vérselas con el fraile.

La mala fortuna de la esclava jugó a favor del asesino. Apenas veinticuatro horas después de contarle al sacerdote lo que sabía, la negra murió mientras dormía. No tuvo tiempo de hablar con la mamá de Mercedes. Horas después, ya entrada la noche, dos hombres llamaban a la puerta del convento preguntando por fray Gabriel. Dijeron que alguien se moría y necesitaba confesarse. El cura los vio y le pareció gente decente. Salió con ellos. Habían hecho solo media cuadra cuando un golpe cayó sobre la cabeza del cura. Eran Marcet y otro más, que se sumaban a los dos que acompañaban a Gabriel. Le pegaron otro palazo, y también trompadas y patadas. El pobre cura quedó tirado en la vereda inconsciente, y recién al día siguiente fue descubierto y llevado por otros curas. Gabriel nunca le dijo a nadie lo que sabía sobre el intento de asesinato de Jacoba. La leña recibida le hizo entender que debía callar para siempre.

El segundo intento de asesinato de Jacoba ocurrió poco después, en el otoño de 1828. Llegó el catalán a su casa, y dejó su frac y el chaleco en el capero. Luego de guardar un papelito en el chaleco se dirigió al comedor. Jacoba, que aun enamorada no era zonza ni desprevenida, mucho menos después del incidente de los polvos en el vaso de vino, revisó las prendas de su marido y tomó el papelito del chaleco. Luego de colocarlo en su seno, fue a acompañar a Marcet. En el camino, la negra Vicenta le advirtió que no tomara la sopa, porque Marcet había volcado en ella unos polvos. A pesar de la insistencia de su marido para que comiera, Jacoba alegó sentirse mal

del estómago a causa del embarazo, seguramente. Al terminar su plato, Marcet anunció que debía salir para cerrar un negocio. Cariñoso, besó a Jacoba y se fue.

La señora y su esclava le dieron el plato de sopa con los polvos a una gallina, que al cabo de unos instantes, murió entre convulsiones. ¿Casualidad? Jacoba tenía en su seno el papelito que había sacado del chaleco de Marcet y envió a su esclava donde el boticario para preguntarle qué clase de polvos contenía el papelito. "Veneno. ¡Tenga Usted cuidado!", mandó decir el boticario. La mujer pasó toda la noche llorando su destino, casada con un falsario y asesino que solo quería su dinero. Sin embargo, aceptó esa vida de martirio y le ordenó a Vicenta que nunca dijera nada a nadie.

Cuando advirtió que el veneno que había colocado en el bolsillo de su chaleco ya no estaba, Marcet supo que Jacoba había vuelto a descubrirlo. Pero esta vez no podría embaucarla con una mentira infantil, como había hecho la vez pasada. Hasta le dio sentido al repentino malestar de estómago que Jacoba había alegado para no tomar la sopa. Su mujer desconfiaba, era palmario. Entonces decidió dejar de lado cualquier intento contra ella y se fue a ver a sus amigos.

Marcet, Arriaga y Álzaga continuaron con sus costosas juergas a pesar de que Jacoba seguía viva, de que Pepita había dejado a Arriaga y de que La Estrella del Norte hacía su vida casi como si estuviese viuda. Las tres pensaban que sus hombres se hallaban bajo la mala influencia de sus amigos, aunque a decir verdad el de la voz cantante había sido siempre Marcet, que ya hubiera querido dominar a Miguel Azcuénaga como a los otros; pero no había podido debido a que a Miguel no le caía bien el catalán y prefería excluirlo de la compañía de sus amigos del alma, Álzaga y Arriaga. Sin embargo, Azcuénaga no pudo apartar a Marcet, al contrario. El grupo comenzó a reunirse sin Miguel, en fiestas cada vez más frecuentes y onerosas. Las finanzas, por más sólidas que fueran, comenzaban a resentirse. Marcet era quien con mayor preocupación pensaba la manera de recomponer su riqueza, pues de los tres inseparables crápulas sus finanzas serían la que primero se verían en aprietos. Mientras los otros eran ricos y no necesitaban trabajar, él vivía de la librería.

Después del último intento de matar a Jacoba, Marcet se encontró con sus amigos en el Café de La Victoria, en diagonal a la esquina del Cabildo.

Era uno de los tres cafés más concurridos de Buenos Aires. El otro era el de Los Catalanes, en la esquina de Cangallo y Catedral (hoy San Martín). Los dos reunían a la flor y nata de la juventud porteña y a los hombres más distinguidos. Allí se solazaban con el dominó o con la chaqueta o *chaquette*, que se jugaba sobre un tablero dividido en doce partes de color blanco y negro, con quince fichas negras y dos dados. Al Café de Marco, por su dueño, Pedro José Marco (en la esquina de Universidad y Potosí, hoy Bolívar y Alsina), iban los muchachos más turbulentos, y acaso fuera el más concurrido de todos. Dieciséis años antes había sido cerrado porque Liniers creía que Martín de Álzaga, el padre de Francisco, allí había conspirado para deponerlo. En ese café se jugaba muy fuerte, al punto de que más de uno había perdido su fortuna. Los tres amigos solían pasar primero por el de La Victoria y luego ir a probar suerte al de Marco. Marcet les llenaba la cabeza a los otros dos sobre la conveniencia de buscar con urgencia una fuente de financiamiento para darles respiro a sus mermadas fortunas. Si querían seguir derrochando como salvajes debían pensar en alguna alternativa. Él, por ejemplo, había descartado vender una propiedad de Jacoba, porque haría evidente su bancarrota y caería en la desgracia social. Álzaga contó que había tenido que comprar a crédito el último capricho de La Estrella del Norte, toda una humillación. Decía que si su mujer se dedicara menos a ella y un poco más a él acaso abandonara las fiestas. Arriaga y Marcet lo miraron sonrientes. No le creían. Álzaga ni siquiera se creía a sí mismo. Marcet, conocedor del espíritu humano y mucho más del de Francisco, le puso el aguijón: “Dios nos libre de una mujer que se cree bella hasta lo irresistible”.

Jacoba tuvo una niña que, a causa de todo el sufrimiento por el que la había hecho pasar su marido, le puso Dolores. Debido al fastidio que le provocaba su mujer, el catalán faltaba de su casa hasta cuatro días a la semana. Pero la fortuna iba descreciendo y Jaime y Francisco acumularon algunas deudas incómodas. En el otoño de 1828 Marcet machacaba con la misma queja: “Hay tanto gallego ordinario que se priva de todo cargando inmensas fortunas…”. Nadie advirtió entonces que ya tenía en mente la solución para sus desventuras económicas.

El catalán conocía al gallego Francisco Álvarez de verlo en los cafés. De buenas a primeras, el librero comenzó a pasar a propósito por la tienda de Álvarez. Este tenía 35 años y una tienda de ropa ubicada en la Recova.

Llegado a América con su hermano Ángel, logró hacer fortuna. También se dedicaba a prestar dinero. Llevaba una vida sosegada; solía ir al teatro y a beber chocolate al Café de los Catalanes, que era el que más le gustaba. Admiraba a Álzaga, Marcet y Arriaga, se sentía feliz escuchando sus aventuras. Hubiera querido ser como ellos, disfrutar de la vida, pero le faltaban relaciones que lo introdujeran en las mitológicas fiestas de las que tanto hablaba la gente. Álvarez vivía en los altos de su tienda, donde guardaba su fortuna: dinero en efectivo, un poco de oro, títulos de propiedad y letras que descontaba. Guardaba todo en baúles, donde mezclaba los valores con sus ropas. Marcet lo puso en la mira. Pasaban horas hablando en Los Catalanes, hasta que finalmente lo invitó a participar de las fiestas nocturnas. "Su amistad nos conviene; es rico y en caso de algún apuro podemos pedirle prestado; es muy inocente, fácil de engañar, no hay más que engolosinarlo con mujeres y es nuestro", les dijo a Álzaga y Arriaga, que reían como tontos.

Marcet preparó una gran cena con algunas mujeres a las que les pidió que lo sedujeran y fingieran enamorarse del español. Dicho y hecho: la fiesta se realizó un sábado en una casa alquilada con ese propósito. Álvarez fue el centro de la reunión. Las mujeres lo rodearon, lo halagaron, lo hicieron beber, y a mitad de la cena ya estaba mareado. Le pidieron que tocara la guitarra para las chicas, mientras estas amenazaban con pelearse entre sí por la atención del tendero. Marcet inauguró el baile y dos muchachas tironeraron a Álvarez, que daba traspiés y se abrazaba a ellas. Francisco le hizo una zancadilla a una y todos rodaron por el suelo entre gritos, carcajadas e insultos. En el piso, su compañera se subió sobre Arriaga, sobre ella otras y sobre esa montaña humana, Álzaga dio una vuelta carnero. Cuando Álvarez salió de ese tumulto las chicas le pidieron que cantara como castigo por haberse caído. Ya sin voz, chillaba mientras le arrojaban servilletas anudadas que él intentaba eludir entre risotadas. Cuando llegó la luz del día, domingo, apuraron la retirada antes de que las familias llegaran a la Catedral, de la cual la casa alquilada estaba muy cerca. Álvarez quería seguir la fiesta pero lo sacaron tambaleando. Álzaga y Marcet lo llevaron a duras penas hasta su negocio. Quienes lo conocían, especialmente sus amigos de la Recova, no daban crédito a lo que veían. Para ellos era un escándalo que un hombre serio y recto cayera con aquellos desvergonzados. Finalmente, Álzaga y Marcet subieron a Álvarez a su

habitación y lo dejaron sobre la cama. Hasta su hermano Ángel, que pasó a buscarlo la tarde del domingo para tomar café en lo de los Catalanes, le recriminó su conducta de esa madrugada.

—No te conocía dotes de fraile —le espetó mientras defendía a sus tres nuevos amigos.

—Te hiciste una reputación y ahora la vas a arruinar —replicó su hermano—. En ellos está el peligro —sentenció Ángel premonitoriamente.

Ahora, los inseparables eran Álzaga, Marcet, Arriaga y Álvarez. Las cenas y los bailes se reiteraron. Incorporaron las guerras de almohadones y los azotes con toallas mojadas. Más mujeres y más gastos. Álzaga apenas podía ya cubrir los suyos y los caprichos de La Estrella del Norte. Marcet, que se quejaba de los derroches, hacía todo lo posible por gastar cada vez más, porque su plan era que Arriaga y Álzaga necesitaran realmente dinero para pasar a la segunda parte de su plan. Álvarez idolatraba a sus amigos, especialmente a Álzaga.

En una reunión celebrada en su propia casa, Marcet les propuso a Arriaga y a Álzaga robar para mantener los gastos. Frente a las caras de susto de sus amigos, el catalán ensayó una justificación moral: cuando un hombre tiene riquezas para darse el solo placer de contarla, ningún mal se hace despojándolo, porque esa riqueza no tiene finalidad. Un tanto bebido, Álzaga asintió con una sonrisa estúpida. Arriaga se lo había tomado como un juego. Primero intentaron entrar en la casa del comerciante Camilo Velarde, que vivía cerca de Marcet; pero el plan fracasó pues, ante el primer ruido, Velarde, de sueño muy ligero, se despertó y los espantó a los gritos, aunque sin advertir cuántos eran ni de quiénes se trataba, al punto que el pobre comerciante terminó aquella noche pidiéndole ayuda a su vecino, el propio Marcet.

—Tenemos que pensar en algo sin riesgo —dijeron Álzaga y Arriaga.

—Entonces —se impuso Marcet— nuestro gran golpe es Álvarez.

—Pues traza el plan y no hablemos más.

—A Álvarez podemos asustarlo, pero si sobreviene lucha es preciso resolverse a lo que suceda —señaló Marcet, introduciendo por primera vez la posibilidad de asesinarlo.

—No hablemos más —dijeron Arriaga y Álzaga.

El plan preparado por el librero, con el visto bueno de los otros dos, era bastante sencillo. Iban a alquilar la casa de Eduviges Berois, viuda de Juan

Lafranca, ubicada en la calle San Juan 7 (hoy Esmeralda), entre las calles de Las Torres (luego Rivadavia) y Piedad (luego Bartolomé Mitre), entonces un lugar alejado del centro. Quedaba junto al Hospital de Mujeres, en una cuadra casi sin luz. El alquiler corrió por cuenta de Arriaga, que le dijo a la viuda de Lafranca que era para un tío suyo que venía de Córdoba. Una vez cerrado el trato, Arriaga se preocupó por las derivaciones del asalto.

—¿Y si Álvarez habla? —preguntó sin darse cuenta de que Marcet se encargaría de que no hablara jamás.

—No hablará, y si lo intenta lo mataremos —dijo el catalán.

—Yo no tengo corazón para esas cosas —replicó Arriaga, muy serio.

—Entonces quedate en tu casa y no te hagas el hombre.

—No hay que tomarlo a la tremenda —dijo Arriaga—, ni enojarse por lo que tal vez nunca suceda. Seguiré hasta el final.

Los amigos se volvieron a reunir y esta vez Marcet les contó su plan con todos los detalles. Como Álvarez les había dicho que era su deseo comprar un piano, le dirían que habían encontrado un vendedor y que este los esperaba en su casa para mostrárselos. Así lo llevarían a la casa alquilada y lo conminarían para que les entregara su fortuna. Estaban seguros de que accedería porque era muy asustadizo.

—¿Cómo ocultaríamos el crimen si tuviésemos que suprimir a Álvarez? ¿Y cómo sacaríamos el cuerpo de allí? —preguntó Arriaga.

—Lo llevaremos a la quinta de Álzaga, en Barracas —respondió Marcet —, donde hay un monte de naranjos. Nunca lo encontrarán.

Era junio y hacía muchísimo frío.

Le contaron nomás a Álvarez que un conocido de Álzaga se iba a Montevideo y quería vender su piano. Solo era cuestión de ir a verlo. Álvarez quedó encantado. Le dijeron que irían el sábado 5 de julio. Mientras, el librero envió a afilar dos puñales a lo de Tomás Heredia, armero y afilador. Le dijo a Heredia que comerían carne con cuero en San Fernando.

Para Marcet era necesario matar a Álvarez; a cada rato se los daba a entender a sus amigos, sin decirlo claramente. No podían dejar con vida al hombre que los mandaría a prisión.

La tarde del día elegido, los tres se reunieron y tomaron vino para darse ánimo. Marcet y Arriaga encontraron luego a Álvarez en el Café de los Catalanes. Álzaga, que siguió bebiendo, los esperaba en la casa alquilada.

Álvarez, Arriaga y Marcet llegaron al anochecer. Al entrar en la casa había una escalinata empinada. Álvarez comenzó a subir detrás de Arriaga, pero escuchó que Marcet echaba los pasadores de las puertas.

—Yo me voy —afirmó Álvarez, alarmado—. Ustedes me trajeron acá para hacerme una broma infernal.

—No sea tonto —lo enfrentó el catalán—. Te trajimos para que pruebes el piano —dijo apretando el mango del puñal debajo de su capa.

—¡Ábranme la puerta! —exclamó Álvarez—. Ustedes me trajeron aquí para hacerme algún mal.

—Pero qué mal te vamos a hacer si arriba está Álzaga.

—Si Álzaga está arriba, está bien, pero antes de subir lo quiero ver.

Arriaga sudaba a pesar del frío.

Entonces, Álzaga apareció en los altos.

—Subí, nomás, Pancho, que acá estoy yo —le dijo a Álvarez.

—Ahora sí, porque si está mi tocayo nada malo me pasará.

Álvarez subió hasta donde estaba Álzaga, seguido por Marcet y Arriaga.

—¿Dónde está el piano?

—Más adentro, tocayo —y pasaron a otra pieza.

—¿Dónde está el piano?

—En la otra pieza.

—¿Dónde está el piano? —Álvarez estaba muy asustado.

—¡Qué piano ni qué piano! —exclamó Marcet con el rostro transfigurado y con el puñal en su mano—. Aquí has venido a morir y no a ver pianos.

Álvarez sintió que se le aflojaban las piernas.

—¿Por qué me han de matar si nada les hice? —juntó sus manos en oración—. Yo les daré lo que quieran. ¿Será posible que me maten así, sin que los haya ofendido?

Álvarez miró suplicante a Álzaga, que le quitó toda esperanza de salvación.

—Sí, Pancho. Es preciso que mueras. Qué le vamos a hacer...

Álvarez se desmayó.

—Pronto, que el desmayo viene de perillas. —dijo Marcet. Se agachó sobre Álvarez y le hundió el puñal en el cuello.

—Rápido, para que no caiga sangre. Acá… —Marcet le había dejado clavado el puñal en la garganta para que no saliera tanta sangre—.

Ayúdenme. A la letrina.

Lo arrastraron de los pelos hasta el borde de la tabla.

—Cortá de una vez un tajo de degüello —le ordenó Marcet, que dominaba por completo la situación, a Álzaga.

Francisco Álzaga o Pancho o Francisquito se acercó a Álvarez, sacó el puñal que Marcet había dejado clavado y le hizo un largo tajo en la garganta de la que salió mucha sangre mientras el cuerpo del pobre español se convulsionaba. A Marcet le pareció que el tajo de Álzaga no era suficiente, y recogiendo el puñal hizo otro, profundo y circular. Álvarez se estremeció y murió.

Los asesinos estaban exhaustos, respiraban aceleradamente, el pelo pegado a la frente por la transpiración y las manos manchadas de sangre.

Marcet mandó a Arriaga a buscar el carruaje. Con Álzaga pusieron pañuelos de mano en el cuello de la víctima y la arrastraron a otra pieza. Revisaron sus bolsillos, le sacaron la billetera, el anillo de brillantes, que se lo quedó Marcet, y las llaves de su casa. Lo más penoso fue bajar el cadáver por la escalera estrecha. Se caían, se incorporaban, se volvían a caer con el cuerpo encima de ellos, hasta que al final lograron sacarlo a la calle y sostenerlo entre los dos, como si estuviera borracho. Lo sentaron en la calesa, prendieron cuatro habanos y pusieron uno de ellos en la boca de Álvarez. El librero advirtió una mancha de sangre en la vereda y le pasó varias un pie por encima. Se dijeron en voz baja que al día siguiente volverían a la casa a borrar los rastros de sangre. Ya se encargarían de las manchas en sus ropas; Arriaga tenía sangre en los volados del puño de su camisa.

A las diez de la noche llegaron a la quinta de Barracas. Álzaga se acercó a hablar con Bernardo González, el cuidador. Le dijo sin rodeos que traían un muerto, un amigo que había perdido la vida en un duelo. Iban a enterrarlo en la quinta, pero debían hacerlo como fuera porque si se llegara a saber lo sucedido podían sufrir las consecuencias. Leal a su patrón, González le respondió que perdiera cuidado, que sería una tumba. Empezaron a cavar detrás de un grupo de grandes naranjos, y luego de una hora y media enterraron a Álvarez. Álzaga le indicó a Bernardo que al día siguiente sembrara allí semillas de maíz o de alfalfa. Luego volvieron a la ciudad, dejaron el carruaje en la caballeriza de Juan Moore y fueron a la

casa de Álvarez. En total, encontraron 80.000 pesos. No era lo que esperaban.

Al salir de la casa, a Álzaga se le dio vuelta el corazón: había olvidado el puñal entre los almohadones del carruaje. Marcet se ocupó de ir a rescatarlo al día siguiente, pero no lo encontró en el asiento. Se lo acercó el propio Juan Moore: lo había encontrado cuando lavaron la calesa. El puñal estaba limpio. Marcet pensó que Álzaga lo había dejado sin manchas antes de olvidárselo. Moore se lo devolvió sin hacer ningún comentario.

Los tres amigos fueron a comprar esponjas al comercio de Jorge Watson. Álzaga había vuelto a empinar el codo, esta vez con anís. Decía que no tenía ningún sentimiento sobre lo que había ocurrido la noche anterior. "¡Qué diablos! Ese era un gallego de porquería que bien muerto está", exclamó frente a la desesperación de sus amigos, que no querían llamar la atención en la calle. Arriaga estaba pálido y descompuesto. Y Marcet seguía con sus maquinaciones. Pensaba que la desaparición de Álvarez causaría un gran escándalo y que ellos, como sus amigos, debían mostrarse consternados y alarmados, aunque dirían que la desaparición seguramente se debía a algún amorío oculto de Pancho. Por el momento, con esponjas y tierra limpiaron y cubrieron las manchas de sangre que encontraron en la casa alquilada a la viuda de Lafranca.

El primero en preguntarles por la suerte de Álvarez fue Ángel, su hermano.

—Ustedes andan siempre juntos. Así que deben saber qué lugares frecuenta. Si me dicen, yo voy a buscarlo.

Cuando el librero le dio las señas de los domicilios de varias señoritas que Álvarez frecuentaba, Ángel recibió la información con reservas. Nunca le había caído bien el catalán, y creía que era capaz de cualquier cosa con tal de obtener dinero. Intuía que a su hermano a lo mejor lo habían encerrado, o algo peor, para sacarle su fortuna. Sin embargo, los antecedentes de Álzaga y de Arriaga eran una tranquilidad para Ángel. Con estos pensamientos se dirigió a la casa de su hermano, donde encontró un gran desorden. Estaba perplejo. Dos días después, el trío de asesinos dio un paso adelante: antes de que lo hicieran los verdaderos amigos de Álvarez, Marcet y Álzaga fueron a dar aviso al jefe de policía, Gregorio Ignacio Perdriel. Pasaron otros dos días y el diario *El Tiempo* reprobó a la Policía por no haber resuelto con rapidez un caso que interesaba a todo el mundo:

en Buenos Aires era extraordinario un acontecimiento como el de Álvarez, es decir, que de la noche a la mañana un vecino conocido desapareciese así como así. Las personas no desaparecen. Ya se comentaba en todos lados que a Álvarez lo habían agredido, tal vez asesinado. El crimen de Álvarez era la comidilla de los cafés, junto con la guerra con el Brasil.

El 11 de julio, exactamente seis días después de la desaparición de su hermano, Ángel les comentó sin reservas a sus amigos que ya no tenía dudas de que aquellos tres libertinos, como los llamaba, habían atacado a Francisco. Los tenía entre ceja y ceja, especialmente a Marcet, ese catalán del diablo, decía, aventurero y criminal. Pensaba que si su hermano andaba siempre con ellos y de buenas a primeras se lo había tragado la tierra, resultaba evidente que debían saber lo que le había ocurrido. Si esto era así y no hablaban se debía a que tenían algo que ver con la desaparición, si no era que directamente lo habían matado para ocultar un robo. Esos "nobles" habían matado por dinero. Conocía bien a su hermano, a pesar de la transformación que había sufrido por culpa de Arriaga, Álzaga y Marcet; sabía que jamás se habría esfumado. No ocultaría una supuesta relación escandalosa con alguna mujerzuela o con alguna dama ausentándose de todos lados. Ángel compartió estos pensamientos con sus amigos y el boca a boca hizo el resto. Pronto hubo una sola sospecha sobre el destino de Álvarez.

En un comienzo, la ciudad se dividió; estaban aquellos que consideraban que la acusación contra los tres amigos no era más que un infundio, porque no les cabía en la cabeza que hombres de semejante posición y con los mejores antecedentes, aunque excesivos en sus diversiones, pudieran cometer una vileza semejante. ¿Es que acaso les hacía falta el dinero de Álvarez? ¡Patrañas!, repetían. Sin embargo, había otros que los señalaban con el dedo. Álzaga, Marcet y Arriaga se desesperaron. Arriaga se encerró en su casa y no salió por varios días. Marcet creía que el rumor en su contra lo había echado a correr el propio Arriaga, vencido por el remordimiento. Ese cobarde, le decía a Álzaga, era capaz de ir a contarle todo a la Policía. Finalmente, tomó la decisión de sacarlo del medio. Álzaga jamás supo qué clase de persona era el catalán. Su estilo frívolo y desapegado le impedía ver la dimensión de las elucubraciones de Marcet. Sin pensarlo, no respondió a la propuesta del librero de matar a Arriaga. En cambio, sin advertir la gravedad de sus palabras, dijo que Arriaga estaba

hablando mucho con Miguel Azcuénaga. Pues bien, Marcet tuvo la idea de matar a los dos, a Arriaga y a Azcuénaga, pero desistió pues llamaría demasiado la atención. Con estas ideas dándole vueltas en la cabeza se dirigió con Álzaga a lo de Arriaga para proponerle asesinar a Azcuénaga, nada menos que su mejor amigo. La idea del catalán era completar el golpe contra Álvarez apoderándose de la fortuna de Azcuénaga.

—Estás loco. De ninguna manera voy a atentar contra mi amigo —dijo Arriaga, sobreponiéndose al temor que le inspiraba Marcet.

—Álvarez también era tu amigo.

—Es diferente… Miguel es como mi hermano. Cuántas muertes más necesitás para sosegarte.

Marcet y Álzaga salieron de lo de Arriaga con la idea de matar a Azcuénaga de todos modos. Le enviaron una invitación para que concurriera al otro día, a las 14, a la chacra de Álzaga. El plan era sencillo, solo molestarlo lo suficiente para que no le quedara más remedio que lavar su honor con el puñal, y entonces acometerían contra él. Ellos estarían allí desde antes, porque debían realizar un pequeño ajuste. Así, llegaron muy temprano y enviaron a Bernardo a hacer compras a la ciudad. Caminaron hasta los naranjos donde habían enterrado a Álvarez y empezaron a remover la tierra. Trabajaron una media hora hasta que, muy fatigados, sacaron el cadáver del tendero y lo llevaron hasta la noria. Le ataron una gran piedra y una cadena, y lo tiraron al agua. Una vez recompuestos se dispusieron a esperar a Azcuénaga.

Pero la víctima no concurrió a la cita. Un misterioso anónimo que había llegado a sus manos le advertía: “Si lo han invitado a algún paseo en la quinta de un amigo, no vaya bajo ninguna consideración. Le va en ello la vida”. Nunca se supo quién había sido el autor de esa nota que salvó la vida de Azcuénaga, quien tampoco quiso indagar sobre el tema; la tomó como una confirmación de las sospechas que recaían sobre Álzaga y Marcet, y la reivindicación de su amigo, Juan Pablo Arriaga.

En la ciudad, la opinión ya no estaba tan dividida. Lo hecho, hecho estaba, y los tres tenían que responder. Álzaga y Marcet fueron quedando aislados en los ambientes sociales. Los amigos de Arriaga ya no le respondían el saludo. “¡No te saludamos porque sos uno de los asesinos de Álvarez, y no cambiamos nuestro saludo con un asesino ladrón!”, le decían en la cara. Los tres dejaron de ir a los salones, a las tertulias y a los cafés. El

aislamiento social los carcomía, su reputación se había esfumado. Arriaga, el único que se había arrepentido del crimen, fue a ver a Perdriel, el jefe de la policía, y le pidió que lo metiera preso y lo investigara. Pensaba que era la mejor manera de despejar las sospechas y terminar con las habladurías. Perdriel dedicó casi una hora en explicarle que no tenía pruebas en su contra ni en la de sus amigos, y que era mejor que olvidase todo el asunto. Lo acompañó hasta la puerta para despedirlo, cuando un ordenanza le alcanzó un oficio urgente. El semblante de Perdriel se transformó.

—Ahora sí estoy autorizado a complacerlo. Por medio de este oficio, el gobierno me ordena ponerlo en prisión a usted, a Álzaga y a Marcet, a quienes acusa insistentemente la opinión pública, iniciar un sumario, esclarecer los hechos y despejar el rumor. Es usted mi prisionero.

Después de despachar a Arriaga, Perdriel escribió dos cartas a los otros dos para que se presentaran de inmediato. Un agente de policía encontró al catalán ensillando un caballo, listo para huir, y lo detuvo. Estaba muy nervioso porque no sabía lo que había declarado Arriaga sobre el sábado y el domingo 5 y 6 de julio. Aunque los dos negaron toda participación en la desaparición de Álvarez, sus declaraciones tenían algunas diferencias. Mientras esto sucedía, Álzaga se ocultó.

Pedriel revisó la casa que los acusados habían alquilado a la viuda de Lafranca. No había dudas, la simple observación evidenciaba que allí se había derramado sangre. Seguramente se trataba del lugar donde habían agredido a Álvarez. Había salpicaduras por todas partes, en las paredes, en los pisos, cubiertas con cal y tierra. También en la estrecha escalera de la entrada. A pesar de los cuidados que habían tenido, los asesinos se hubieran sorprendido al conocer la cantidad de personas que declararon haberlos visto el 5 y el 6 de julio, entrando, saliendo o en los alrededores de la casa de la viuda Lafranca. Juan Moore habló del episodio del puñal olvidado en la calesa. Vicenta, la negra esclava de Jacoba y de Marcet, tuvo ocasión de desquitarse de quien creía que había matado a Usandivaras y había intentado envenenar a su ama. Contó que la noche del 5 de julio Marcet le pidió al criado Pedro Antonio una jarra con agua para lavarse las manos ensangrentadas. Tenía, además, salpicaduras de sangre en su vestimenta. Pedro Antonio corroboró lo dicho por la esclava. La Policía supo entonces que Marcet había mandado afilar dos puñales antes de sábado fatal, que con Arriaga habían ido a comprar esponjas y una bolsa de cal. Por su parte, los

amigos de Álvarez contaron que la víctima tenía previsto ir aquel sábado a comprar un piano para vendérselo a su amigo Álzaga. A esta altura de la investigación intervino directamente el juez Bartolomé Cueto.

A pesar de esos indicios existía un gran problema, y Cueto lo sabía: sin cuerpo no había delito. Qué otra manera de probar un asesinato había si no era teniendo el cuerpo presente. Y el cadáver de Álvarez no se encontraba ni había pistas sobre lo que habían hecho con él. El único que lo sabía, además de los tres sospechosos, era Bernardo, el empleado de la chacra de Álzaga. Pero este jamás traicionaría a su amo, y mucho menos le causaría un malestar a La Estrella del Norte, que nada sabía del delito de su marido. Pero La Estrella estaba angustiada por lo que estaba ocurriendo: se habían acabado las fiestas, las recepciones, las reuniones con amigas. Estaba triste y Bernardo quiso confortarla con unas naranjas. Trepó a un árbol y comenzó a colocar los frutos que arrancaba en un gran pañuelo. De repente, una punta del pañuelo mal atada se soltó y las naranjas cayeron al suelo. Bernardo bajó para recogerlas y vio que algunas habían rodado hasta el borde de la noria. Cuando fue a recogerlas miró adentro de la noria. El agua había bajado y en el fondo un brazo se levantaba mostrando una mano semidescarnada. El pobre hombre pegó un grito. No sabía que su amo y Marcet habían sacado a Álvarez de su tumba, que él había cubierto con semillas de alfalfa como le habían ordenado, y que lo habían tirado en la noria. Recompuesto del susto, creyó que el que estaba en el agua era un ladrón de naranjas que se había caído. Lo mejor sería avisar a las autoridades para que vieran que en estos tristes tiempos para los Álzaga, su patrón no tenía nada que ocultar.

La patrulla que llegó a la chacra estaba al mando del comisario Agustín Herrera. Mediante el empleo de sogas, con un gran esfuerzo, lograron sacar el cadáver. Estaba desfigurado. Ángel y dos amigos de Álvarez lo reconocieron. Era el jueves 24 de julio de 1828. Como se acostumbraba en los procedimientos penales en casos de homicidios, Marcet y Arriaga fueron llevados ante el cuerpo para que confesaran el delito. Los instigaban permanentemente a hacerlo, pues creían que los criminales no podían permanecer indiferentes frente al resultado de su infamia. Sin embargo, los dos mantuvieron su declaración de inocencia.

—Es una broma que, porque a algún imbécil se le antoja desparramar una voz, la han de dar por cierta, perjudicando a personas cuya reputación

debía ponerlas a cubierto de toda sospecha —dijo Marcet sin inmutarse frente al cuerpo de Álvarez.

A Arriaga se le escapó una lágrima.

—¿Se arrepiente usted hasta las lágrimas? —inquirió el comisario.

—No, no tengo de qué arrepentirme. Me ha conmovido el cadáver porque Álvarez era un buen amigo, a quien estimaba y quería. No creía, como Marcet, que hubiese sido asesinado, pero ya no es posible dudar.

Arriaga maldecía dos cosas, su debilidad y a Marcet. A cada persona que iba a visitarlo le pedía que le llevara veneno.

El descubrimiento del cadáver de Álvarez convenció aún más a Álzaga de que debía huir. La idea inicial de hacerlo con su mujer naufragó prontamente. La proposición de su marido le confirmó a La Estrella del Norte que él había matado a Álvarez. Se estremeció. Álzaga la dejó para siempre y desde entonces vistió de luto. Solo, Álzaga se ocultó en la casa de su amigo Carlos Terrada, que quiso convencerlo de que se entregara.

—No puedo hacer eso.

—¡Entonces eres culpable! —lo acusó Terrada. Álzaga pidió licor y le contó a su amigo toda la verdad.

—Aquel Marcet, el bandido ese —dijo—, tenía un poder extraño sobre mi naturaleza alcoholizada. Cuando me convencí de que íbamos a matar a Álvarez era tarde, porque ya tenía su sangre en mis manos.

Cuando Álzaga habló de su infinito desgarro por abandonar a La Estrella del Norte y a su hijo, de su intención de escribir una carta para que todos supieran qué clase de canalla era Marcet (aunque abandonó luego esta idea porque no quería perjudicar a Arriaga), Terrada le dio amparo en su casa. ¿Pero dónde poner al fugitivo? Eligió un gran ropero. Naturalmente, la Policía fue a buscarlo a la casa de su amigo, y un agente llegó a pararse muy cerca de aquel armario. Álzaga contuvo la respiración hasta que finalmente se fueron. Francisco escribió una carta dirigida a su hermano Félix, que le alcanzó Terrada. Sin perder tiempo, Félix Álzaga pagó en oro un buque que sacara a Francisco de la ciudad y lo llevara a Montevideo.

El cuerpo de Francisco Álvarez fue entregado a su hermano y enterrado en la Iglesia de San Francisco. Posteriormente fue trasladado al cementerio de la Recoleta. En su lápida se leía: “Don Francisco Álvarez. Asesinado por sus amigos. 1828”.

Mientras tanto, la causa criminal se hallaba demorada. El fiscal, Vicente López y Planes, no tenía dudas sobre el pedido que haría en relación con el catalán y Arriaga; pero el apellido Álzaga le pesaba. Comenzó diciendo que los acusados "se habían hecho indignos de ser tratados como hombres". Seguidamente, le solicitó al juez una pena de doscientos azotes por las calles, cuatro horas de vergüenza pública, y destierro perpetuo para Arriaga y para Marcet. Para Álzaga, en cambio, pidió destierro perpetuo; solo eso, pues no estaba dispuesto a ser la causa de que un Álzaga fuera azotado en las calles de Buenos Aires. La acusación del autor de nuestro Himno tuvo la virtud de ser rechazada por todos. La opinión pública la consideraba demasiado benévola. Por su parte, los acusados se mostraron espantados frente a la posibilidad de ser sometidos a los infamantes azotes. Protestaron y pidieron que la fiscalía pidiera otras penas.

El 1 de agosto de 1828, el juez Bartolomé Cueto condenó a Marcet, a Arriaga y a Álzaga, este último en ausencia, a la pena de muerte. Debido a la atrocidad del crimen, la ejecución se realizaría en la Plaza de la Victoria. Luego de recibir la descarga de fusilería, sus cadáveres serían colgados en la horca "a la pública expectación". Hasta entonces, los condenados no contaban con la asistencia de un defensor. El librero designó a uno de los mejores de la ciudad, Pedro José Agrelo, mientras que Arriaga contrató a Gabriel Ocampo. El caso pasó a la Cámara para su confirmación o rechazo.

La gente de Buenos Aires celebró la sentencia del juez Cueto, a pesar de que terminaría con la vida de Arriaga, por quien muchos sentían compasión. En cambio, la historia del caso Álvarez había servido para poner en evidencia la personalidad de Marcet. Arriaga, inmaduro y confiado, había sido un instrumento del endemoniado librero, se repetía. El gobernador Manuel Dorrego tenía muy en cuenta estas opiniones. Por eso aceptó recibir a Fermín Arriaga, el padre de Juan Pablo, aunque se mostró inflexible cuando este le pidió por la vida de su hijo. Jacoba Usandivaras de Marcet no hubiera movido un dedo por la suerte de su marido. Sin embargo, como no soportaba la humillación que significaba ser la viuda de un ajusticiado, interesó de la suerte del catalán a Juan Manuel de Rosas, con quien la unía algún lejano parentesco. Como intuía que Dorrego no haría nada por Marcet, Rosas fue a ver al alcaide de la prisión, Antonio Tejedor, y le pidió que lo dejara escapar. Tejedor se negó. Rosas intentó sobornarlo. Tejedor volvió a negarse. Rosas lo amenazó. Tejedor le pidió que se retirara.

—No te preocupes —le decía Marcet a Jacoba—, que nadie me hará nada. Empieza a preparar las cosas que pronto nos iremos de este país de cafres, porque no es otra cosa tu famosa Buenos Aires. —Jacoba lloraba.

La Cámara no tardó mucho en confirmar la condena de muerte. Jacoba le escribió entonces a Dorrego suplicando nuevamente la gracia del gobernador. Pero este se la negó. Marcet habló con su mujer y le pidió que le llevara dos pistolas. Quería hacerse llevar ante el juez Cueto y matarlo. La guardia de la prisión descubrió las armas que llevaba Jacoba.

—La culpa la tengo yo, que me meto con brutas —sostuvo Marcet.

La última carta del abogado Agrelo tenía la soberbia de los gestos desesperados. Fue a ver a su casa al vencedor de los brasileños, el almirante Guillermo Brown, el hombre más prestigioso de entonces. Brown le pidió personalmente a Dorrego por la vida de los sentenciados, y hasta sugirió que podía tomarlo como una especie de recompensa por los servicios que había prestado durante la guerra. El gobernador no podía rechazar sin más un pedido de Brown. Dio vueltas y más vueltas al asunto, habló de la atrocidad cometida con Álvarez, del repudio social. Finalmente, le dijo que la noticia de la paz con el Brasil no había llegado a Buenos Aires como para hacer olvidar al pueblo la crueldad de los asesinos del tendero. En fin… él estaba dispuesto, aunque las circunstancias… De todas formas, se animó Dorrego, haría un último esfuerzo, teniendo en cuenta el prestigio de quien pedía por la vida de esos dos asesinos. El gobernador le propuso al almirante que, si la noticia de la paz llegaba antes de la hora de la ejecución, conmutaría la pena de muerte. Brown estaba convencido de que el buque que traía la noticia estaría en el puerto de Buenos Aires mucho antes de la ejecución de la sentencia.

La ceremonia para el cumplimiento de la pena capital se realizó el 16 de septiembre. Según el diario *El Tiempo*, la Plaza de la Victoria se hallaba repleta como nunca. Hasta había grupos de chicos llevados por sus maestros o por sus familias para que tuvieran un ejemplo contundente de lección moral.

Antes de salir hacia el cadalso, Arriaga realizó una confesión completa y reveló que la idea y el plan para matar a Álvarez había sido de Marcet. Esta declaración fue incorporada a la causa por orden del juez.

La horca donde colgarían los cuerpos de los condenados fue levantada frente a la tienda de Álvarez. La Recova era una construcción que separaba

la Plaza de la Victoria de la Plaza del Fuerte. Los banquillos habían sido colocados no muy lejos. Arriaga y Marcet fueron escoltados por soldados, mientras el capellán Tomás Ladrón de Guevara y Guzmán los exhortaba a arrepentirse. Juan Pablo, que tenía 22 años, aceptó nuevamente su culpa, mientras el catalán, de 28, maldecía furioso a todo el mundo. Los sentaron y los ataron. Los tambores redoblaban. Los tiradores se acercaron. A las once en punto dispararon. De inmediato, los cadáveres fueron subidos a la horca, donde quedaron hasta las 12.30. Allí pendían cuando la atmósfera lúgubre que imperaba en la Plaza se transformó en gritos de alegría. Traída por un buque que acababa de atracar en el puerto de Buenos Aires, la noticia de la paz con el Brasil había llegado.

Francisco Álzaga ya había abandonado el ropero en la casa de su amigo Terrada y escapado de la ciudad. Se cree que estuvo unos años en Entre Ríos y luego se trasladó a Corrientes, desde donde pasó al Chaco. Allí construyó su propia choza y trabajó de hachero. Tiempo después volvió a Corrientes. Fue maestro de escuela y se casó con Gabina Ojeda, junto a quien tuvo diez hijos. Nunca más supo de La Estrella del Norte ni de su hijo Martín Leandro, que murió antes de cumplir 20 años.

En 1841, el general José María Paz se encontraba en Corrientes reuniendo tropas para enfrentar a Rosas. Álzaga se presentó y se ofreció como voluntario. El Manco Paz le preguntó por su nombre.

—¡Usted! —gritó el general—, yo no quiero asesinos en mi ejército. Usted no tiene siquiera el derecho de morir por su Patria. ¡Salga usted de mi vista! —Así lo cuenta el general en sus *Memorias Póstumas*. En la época del crimen de Álvarez, Paz se hallaba en Montevideo, donde el caso tuvo tanta repercusión como en Buenos Aires.

Francisco Álzaga murió a los 82 años en Paso de los Libres.

El luto que llevó Catalina, La Estrella del Norte, duró toda su desgraciada vida. Después de la huida de su marido fue aislada por la sociedad y despreciada por su familia. Su madre la dejó sin recursos económicos, ya que antes de morir destinó todos los bienes familiares a la beneficencia. Catalina perdió rápidamente la lozanía y la frescura que la distinguían, y su belleza quedó oculta para siempre. Vivió algunos años junto a un médico inglés, pero cuando este murió, a mediados de 1870, se dedicó a amasar pan, y luego a mendigar en las puertas de las iglesias. "¡Mirala, mirala! ¡Es la mujer de Pancho Álzaga, el asesino!", escuchaba

decir La Estrella a las señoras que años atrás habían sido sus compañeras en las reuniones sociales. Por recomendación de Héctor Varela, hijo de Florencio y director del popular diario *La Tribuna*, fue internada en el Hospital de las Mujeres de la calle Esmeralda. Allí murió la primera vez. Su cuerpo fue colocado en un féretro que debía ser trasladado al cementerio de la Recoleta. Cuando los preparativos culminaron, ya había caído la noche; por esa razón, se decidió dejarlo en la capilla del hospital, con el objeto de enterrarlo al día siguiente. Pero Catalina había sido dada por muerta prematuramente. Cuando fueron a recoger el ataúd, la encontraron en un rincón del pequeño altar, con el cuerpo encogido y ensangrentado, y el rostro retorcido por el terror. Había despertado durante la noche y, dentro del féretro, desesperada, se destrozó las uñas, las manos, los brazos, la cara, hasta lograr romper la madera del cajón y salir. Una vez afuera, cayó al piso y se arrastró hasta un rincón. Temblaba. Se tomó el pecho. Se cree que tuvo entonces un ataque al corazón y, esta vez, la muerte la alcanzó definitivamente.

EN LA TENEBROSA CONCIENCIA

Ángel Álvarez publicó una solicitada en los diarios de Buenos Aires. Su intención era agradecer a los vecinos de la ciudad.

Si hubiera algo más estimable que la vida, sería el interés de un gran crimen: mi hermano convertido en cadáver. Me arrancaría hasta la última lágrima reservada para el mejor dolor, pero la compasión y el luto de millones de ciudadanos, produjeron en mí un nuevo género de sensaciones que se conocen bien en aquellos momentos pero que no se pueden explicar jamás.

Los asesinos no han muerto a un hombre grande por sus talentos, o memorable por sus proezas; pero sí han privado a la sociedad de un ciudadano honrado e industrioso; le han arrebatado sin dudas un hombre sensible y humano con sus semejantes, generoso y sincero son sus amigos.

Estas palabras me hacen estremecer todavía… ¡sus amigos!

¿Y quiénes han sido sus verdugos? ¿Y de qué modo? ¿Y por qué interés? ¡Y ha sido asesinado por una vil suma! ¡Siquiera los homicidas le hubieran robado nomás!

Por lo que a mí toca y honrando la memoria de mi desgraciado hermano, yo compadezco, como el primero, a sus asesinos, y más generoso que lo que ellos tuvieron de crueles, como hombre, los perdono, y en clase de ciudadano, capitulando con mi deber, no me presento como acusador.

¡Ciudadanos, compadezcamos a todos los criminales, cualesquiera que sean. Sobrados acusadores tienen ellos en la execración pública, en los testigos de su crimen y en la tenebrosa conciencia!

ÁNGEL ÁLVAREZ

II

El Jorobado.
Enemigo público número uno (1853/1854)

Su baja estatura era tan inevitable como su destacada joroba, que provocaba reacciones de repulsión o de gracia. De piernas cortas y torcidas, caminaba junto a la pared como un pegajoso caracol, siempre buscando disimular su humillante jiba cubriéndola con su capa raída. Lucía una sonrisa que no se podía discernir si pertenecía a un espíritu bondadoso o burlón. Las mechas ásperas, revueltas y sucias no disimulaban la frente amplia; los ojos eran vidriosos, la barba rala, el bigote fino y la nariz ancha. Este cuasimodo trágico había llegado al Río de la Plata, procedente de Génova, hacia la primera mitad del 1800. Al poco tiempo había logrado hablar una inexpugnable lengua que fundía el dialecto xeneize con el español y, sobre todo, convertirse en el ladrón más famoso de Buenos Aires, el primer enemigo público número uno, el más astuto, sí, pero también el más repulsivo. Este hombre de físico ridículo se llamaba Domingo Parodi, alias "El Jorobado", y daba risa.

Como punguista y cabecilla de una banda de rateros no usaba armas y le temía a la violencia. Era un ladrón sutil, cobarde pero astuto, mezquino y traicionero, cualidades que lo llevaron a controlar la gavilla. Se destacaba fabricando llaves falsas, tarea que realizaba en su herrería, pero el verdadero poder que ejercía sobre sus hombres residía en la impecable planificación de los robos. Nunca robó al tun tun; por el contrario, una red de prostitutas, serenos infieles y comerciantes sin escrúpulos que luego reducían su botín, le suministraban la información imprescindible. Prefería

las joyerías y las relojerías, pero dejaba que sus secuaces la emprendieran, de vez en cuando, contra alguna carbonería o algún depósito de aceite. Robaba casas solo porque muchos joyeros vivían en sus propios comercios, en los altos o en los fondos. Entre 1853 y 1854, su período de esplendor, en numerosas ocasiones apareció mencionado en *El Nacional* o en *El Orden.* Habrá sido porque el negro González lo ayudaba a disfrazarse y hasta a cambiarse el rostro con cosméticos, pero lo cierto es que a pesar de la publicidad de su nombre aún no había conocido el Hotel del Gallo. Así se conocía en ese entonces al Departamento de Policía, que quedaba en la calle Bolívar frente a la Plaza de Mayo, cerca del Cabildo. El prejuicio que asimilaba la fealdad a la estupidez le jugaba a favor, pues los policías consideraban de manera infantil que ese cuerpo deforme no podía alojar una mente de perversa inteligencia.

La joyería del señor Behr lo obsesionaba. No tanto porque Behr viviera en los fondos del local y durante un asalto nocturno habría que golpearlo y amordazarlo, conducta que no era de su predilección, sino porque el comercio estaba enfrente del regimiento militar de Echenagucía, y era posible que algún ruido o movimiento nocturno pusiera sobre aviso a los soldados. Después de darle vueltas al asunto durante algunos días, convocó a sus secuaces al antro, ubicado cerca de la Plaza del Retiro. Allí se escondían de la policía, llevaban los botines y planeaban los golpes. Como siempre, fueron llegando de a uno, nunca en grupo. Florencio Negri, alias "Antonio Palma" o "Fortacho", genovés como Parodi y el más despabilado del grupo después del Jorobado; otro genovés, Santiago Montovia, curtidor de pieles, a quien le decían "El Granuja"; José Portete, un marinero mercante; Ángel Gramarra; los portugueses Justiniano da Silva do Monte y Joaquín Correa de Mattos; y el único argentino de la banda, el negrito Lorenzo González, a quien el Jorobado le tenía especial afición. En el antro se sentaban en el piso, contra la pared, pues no había motivo alguno para tener muebles. Solo llevaron comestibles, botellones de vino, y una buena provisión de ginebra y de caña. En los últimos tiempos al Jorobado le dolían los pulmones y a veces escupía sangre, lo que le impedía beber hasta desmayarse, como le gustaba. Temeroso de la tisis y la muerte, se le había dado por rezar para prolongar su vida.

Esa vez, Montovia y el portugués Silva habían llevado información sobre las costumbres y los horarios del relojero Behr. Parodi soltó entonces

su plan, que sorprendió a todos: atracarían en pleno día y a la vista de los soldados del regimiento. Solo hacía falta sacar el molde de la cerradura de la puerta de calle del comercio. Propuso dormir para dar el golpe al día siguiente. Las bebidas quedarían en la covacha para festejar a la noche.

Cerca de las seis y media, González, con traje de changador y montera, pasó por el mercado, compró una longaniza, caminó delante de la relojería, cruzó y se fue a hablar con los soldados del cuartel, que tomaban mate con galletas. El negro les dijo que estaba haciendo tiempo hasta que llegara su compañero, porque esa mañana debían realizar la mudanza del negocio del señor Behr a la calle Santa Rosa (hoy Bolívar). Le explicó a un cabo con cara de muerto de hambre que, en verdad, el hermano del señor Behr le iba a dar las instrucciones para cargar la mercadería en los cajones y luego la transportarían. Cuando los milicos se acabaron la longaniza y volvieron a las galletas, el negro se marchó al mercado y volvió con una butifarra y unas cuartas de vino. La charla siguió un buen rato hasta que, a las once, Behr salió de la relojería para ir a almorzar. González cruzó y en el camino lo saludó tocándose la montera. El relojero contestó pensando que era un peón conocido. A los soldados la escena les resultó de lo más familiar, un saludo entre dos conocidos, el patrón y el empleado que le haría la mudanza. Cuando el relojero dio vuelta la esquina, Parodi, atento desde hacía un rato en las cercanías, lo siguió. Palma, también con ropa de changador, y Silva, que simulaba ser el hermano de Behr llegaron al negocio. El portugués abrió la relojería como si fuera suya, sin ninguna dificultad, con la llave que había hecho Parodi. El negro González, Palma y Silva entraron. A nadie le llamó la atención. Mientras esto ocurría, Behr caminó por General López (hoy Moreno) hacia la fonda de la calle Esmeralda entre Cuyo y De la Merced (hoy Perón), donde almorzaba todos los mediodías. Un rato después entró Parodi. Al cabo de una hora, luego de comer y tomarse un café, Behr caminó a buscar su sombrero para retirarse y pasó al lado de la mesa cerca de la entrada que había elegido el Jorobado. Este lo saludó con naturalidad, le dijo que sabía que se dedicaba a la joyería y a la relojería, y le pidió amablemente si podía dedicarle unos minutos, pues tenía entre manos un negocio que tal vez le interesara. Behr aceptó. Parodi le contó que su hermano traía de Europa, de contrabando, relojes y joyas de primera calidad, y que estaba interesado en buscar un comprador de cantidades a un precio conveniente. Dentro de cuatro días, su hermano

llegaría a Montevideo con un cargamento de 50 relojes y alhajas, que él iría a recibir. El relojero respondió que, si bien no tenía razones para dudar de su palabra, no podía decir nada porque desconocía la calidad de las joyas y los relojes en cuestión. El Jorobado sacó entonces un par de relojes de oro flamantes y algunas alhajas. Sorprendido, Behr no pudo menos que admitir la excelente calidad de la mercadería. Enseguida le preguntó cuál era el precio que quería por las joyas. El Jorobado se había informado en el mercado del precio de los objetos que estaba ofreciendo; para no despertar las sospechas de Behr, debía ofrecer precios razonables, ni muy altos ni muy bajos. El relojero hizo sus cálculos rápidamente y pensó que, si lograba vender los cincuenta relojes del supuesto hermano de Parodi, podría obtener una ganancia de hasta cien mil pesos. Entre una cosa y otra charlaron durante una hora más, es decir, que Behr pasó dos horas fuera de negocio. Finalmente, cerraron trato y acordaron que a la noche el Jorobado iría a la relojería a firmar los papeles para formalizar la venta. Salieron juntos y Parodi lo acompañó un par de cuadras.

Behr llegó a su negocio y abrió con su llave. Cuando entró, el corazón le dio un vuelco y debió sostenerse con una mano en la pared para no terminar en el piso. El negocio estaba vacío. Lo primero que pensó fue cómo habían hecho para robarle toda la mercadería con los soldados enfrente y a la luz del día. De dos zancadas cruzó la calle y fue a preguntarles a los soldados si no habían visto ladrones entrar a su negocio.

—¿Qué ladrones? No sabemos nada de ladrones ni de nada, solo que en la relojería estuvieron hasta hace poco su hermano y los dos peones de mudanza que usted mandó.

—¡Qué mudanza ni mudanza! ¿Mi hermano? ¡Yo no tengo hermano!

El soldado se quedó con la boca abierta.

Se llevaron hasta la caja fuerte de Behr. El Jorobado fue el último en llegar a la guarida y hasta entonces a nadie se le había ocurrido abrir el tesoro. Los hábiles dedos de Parodi lo hicieron en pocos segundos y se encontraron con cincuenta mil pesos en contante y sonante. Bebieron, se rieron de Behr y de los soldados, y celebraron su buena fortuna. Lo habían logrado a la luz del día, como había dicho Parodi. Palma quedó en un rincón durmiendo la mona. Los portugueses y González se hacían bromas y decían en qué iban a gastar la plata que le correspondía a cada uno. Montovia, Portete y Gramarra jugaban partidas de morra, a las que a veces se sumaba

el Jorobado, para agilizar su mente. Ponían sus manos en la espalda, cada uno decía al mismo tiempo un número del uno al diez mientras sacaban la mano derecha y estiraban la cantidad de dedos que quisieran. El cero se representaba con el puño cerrado o morra, y el ganador era el que acertaba una cifra igual a la suma de los dedos presentados por todos los jugadores.

La única pista que tenían los policías era que, en la fonda, Behr había hablado con un jorobado, un contrahecho que le había ofrecido un negocio; luego de acordar con él la firma de los papeles correspondientes, había desaparecido. Behr y los policías creían que había sido un engaño para mantenerlo alejado de la relojería el tiempo suficiente para que el resto de la banda la saqueara. Dieron la orden de detener a cuanto jorobado anduviera por la calle o fuera del conocimiento de algún buen vecino. Cerca de unos 40 jorobados fueron a prisión. Mientras tanto, los ladrones permanecieron durante días en la guarida, donde tenían bebida y comida. Cuando las provisiones comenzaron a mermar, los que no habían tenido una participación decisiva en el robo, como Gramarra y Portete, se encargaron de salir a hacer las compras, especialmente algún jarabe para el Jorobado, que le aliviara los dolores pulmonares que lo aquejaban desde hacía más o menos un mes. Si bien no escupía tanta sangre como al principio, la tosecita lo seguía acompañando. Con los días, el humor de Parodi fue cambiando para peor; esto no obedecía al encierro, sino a una ausencia que ya no soportaba, la de su mulata querida. Debido a la repulsión que causaba, era un hombre de pagar por mujeres. Pero con Nemesia era distinto. Estaba enamorado, y la negra y sus amigas aprendieron a vivir a costa de Parodi. Cada vez que él iba a su casa, Nemesia juntaba a sus mujerzuelas y organizaban pantagruélicas cenas con excelentes vinos, caña y ginebra. El Jorobado parecía un niño tonto contemplándola, y se dedicaba a complacerla aun a costa de excesos brutales que lo dejaban poco menos que como un cadáver viviente, víctima del alcohol, mientras la mulata continuaba vaciando botellas hasta terminar rendida junto a su amante. Era un misterio del corazón como ese hombre vivo e ingenioso podía ir detrás de esa mujer y, peor aún, cómo aceptaba ser engañado por esa negra vulgar y ladina.

Diez días después del golpe al relojero Behr, los ladrones comenzaron a salir de la cueva. Miedoso como era, Parodi mandó a comprar un rosario para rezar por su salud, aunque sus cómplices se rieran de él. Apenas se

sintió aliviado de la tos, fue a ver a Nemesia. Si le llevaba poco dinero, ella lloraba y le decía que no la quería y que se había lo había gastado con otras mujeres, para señalarle que nunca fue a verla sin suficientes valores.

—Hija mía, ¿cómo está usted? —le dijo Parodi apenas la vio. Él le decía "hija mía".

—A usted poco le importa de mí que anda en mil parrandas y viene a mentir amores, como si fuera una tonta que se traga todas sus mentiras.

—Pero, hija mía, estaba muy enfermo. Mi estado es grave, no hago más que escupir sangre. Para mayor desgracia, aunque hubiera hecho el esfuerzo por venir a verla, no podía salir a la calle por miedo a que la autoridad me eche el guante.

—Ja, ja, ja… ¡Echarle el guante a usted! Es el más vivo de todos. Eso lo dice para que no me enoje. Debe haber alguna mujer a quien quiere más que a mí, a quien va a parar todo el dinero mientras yo paso necesidades.

—Acá tenés el dinero, hija mía —la negra estrujó los billetes en su mano y los escondió entre sus enormes pechos. Era ordinaria, fea y hombruna. Pero el Jorobado la veía como una sílfide.

—Bueno, por esta vez te perdono —dijo Nemesia, que ahora fingía estar interesada en la salud de Parodi.

—Es que he tenido cinco vómitos de sangre en las últimas horas, querida hija mía, el último tan violento que creí me había llegado la hora de conocer a la parca. Por eso, querida hija, voy a ver si realizo algún negocio para dejarte suficiente dinero y poder ir al campo donde seguramente me voy a aliviar. Dicen que el aire del pueblo de Luján sienta muy bien a los tísicos.

—Bueno, pero que no sean todas tristezas. Vas a ver qué bien la pasaremos esta noche. Ya mismo voy a llamar a mis amigas.

De golpe, el Jorobado se vio rodeado por media docena de mujerzuelas, que le acariciaban la joroba, la entrepierna y escanciaban el vino. Parodi tosía y reía, pero nunca dejaba de mirar a la mulata, aunque las mujeres lo acariciaran cada vez más descaradamente. Las peores eran Teófila, Gabina y Pancha, inseparables de Nemesia. Eran unas máquinas de gastar dinero y consideraban a Parodi como lo que era, un títere de la mulata. El Jorobado, enfermo como estaba, rechazó algunas copas pero no pudo hacerlo con todas las que le ofrecían, mucho menos cuando fue la propia Nemesia quien le alargó la copa de vino. Les guiñaba el ojo a sus compañeras y las copas

comenzaron a ir en una sola dirección, hacia el Jorobado, que bebió hasta ya no poder llevarse el copón a los labios. Cayó redondo sobre su joroba entre las risas de las mujeres. Y allí quedó, inmóvil, cuando la mulata le abrió la boca con una cuchara y le hizo tragar todo el contenido de una botella de coñac. Quería estar segura de que durmiera hasta el día siguiente, mientras ellas y sus amigas registraban todos los bolsillos del Cuasimodo. Le sacaron otros 500 pesos. Entre dos lo levantaron y lo llevaron a una pieza interior, lo tiraron al suelo y se fueron. La noche continuó con canciones, guitarreadas y bailes. Ya de día, Nemesia tenía una borrachera que no le hacía envidia a la del Jorobado. Fue donde su amante y se tiró en el piso a su lado. Al despertar, Parodi tenía la boca tan seca que pidió una jarra de agua.

Aún medio dormida, Nemesia le gritó a una criada de no más de 20 años, que casi a la carrera trajo un botellón de vino que su ama le había pedido para calmar la sed del Jorobado. Bebieron todo el botellón y otro más y otro más. No pararon de empinar el codo hasta que volvieron a caer inconscientes, aunque esta segunda turca no duró lo que la primera. Cuando se despertaron no sabían qué día era, aunque sí se dieron cuenta de que la noche había llegado nuevamente. Nemesia convocó entonces a sus amigas para otra cena descomunal. Parodi tenía los ojos inyectados de sangre, la piel apergaminada y las mechas enmarañadas. Su cuerpo temblaba, y su aliento era tan fétido que más de una mujerzuela volteaba la cara. Nemesia, risueña, le preguntó a su amante si tenía miedo de morirse, mientras reía a carcajadas.

—Hija mía, yo me voy. Tengo algunos negocios que hacer y no puedo demorarme más.

Las mujeres no podían dejar de reírse del Jorobado. Cuando salió, la mulata tuvo un pensamiento para su querido, que compartió con sus amigas.

—Es tan imbécil como horroroso, y aunque yo me le ría en la cara, como lo hago, no se dará cuenta. Su joroba se ha enamorado de mí.

Parodi fue a la herrería. Quería poner claridad en sus ideas. Necesitaba un golpe más para dejarle dinero a la mulata e irse a Luján para curarse la tuberculosis. Buscó los ahorros en su casa, pensó en liquidar algunas alhajas, y finalmente reunió unos 9.500 pesos. Era poco, pensó. Debía dar el golpe en la joyería del señor Carlos Lanatta, de la calle Victoria entre Representantes (hoy Perú) y Santa Rosa (hoy Bolívar). Dos semanas

después, con una llave falsa, entraron al negocio y abrieron la caja fuerte. El robo fue un éxito y pudo reunir la suma de ochenta mil pesos. Satisfecho con el botín, fue a ver a Nemesia para dejarle parte del dinero.

—Aunque sos un ingrato que se pasa días sin venir a ver si estoy viva o muerta —le dijo la mulata tomándolo de los hombros—, yo te perdono porque venís en un momento en que no tengo ni un centavo más para el vino.

El Jorobado había separado diez mil pesos, que puso en uno de sus bolsillos del chaleco. Los sacó y se los dio a Nemesia. Ella intuyó que Parodi tenía más dinero encima. Entonces le dijo que esa noche no beberían porque ella debía cuidarle la salud. Al escucharla, Parodi se puso tan feliz que creyó que su joroba se había achicado.

—Yo comeré aquí —respondió Parodi—, pero es preciso que despaches temprano a las visitas porque tenemos que hablar de mi viaje y del dinero que te dejaré para dos meses —agregó. Nemesia le respondió que en cuando terminaran de cenar, las muchachas se irían.

Después de los primeros platos apareció el vino.

—Vamos, Domingo mío. Pensá que vas a estar dos meses sin verme. Una copa de vino no te hará mal.

Parodi se resistió todo lo que pudo, pero finalmente bebió, hasta el momento en que lo hacía sin que lo invitaran. Entre Gabina y Nemesia prepararon una copa especial, una mezcla de bebidas y un poco de café. Luego de beber el mejunje, el respaldo de la silla cedió y Parodi terminó en el piso, inmóvil. Lo llevaron hasta la pieza de Nemesia, donde siguió durmiendo mientras comenzaban el baile y las guitarras. Antes de volver a la fiesta, Nemesia repitió el procedimiento de siempre: le abrió la boca con una cuchara y le hizo beber una buena cantidad de aguardiente. Eran cerca de las cuatro de la mañana. Lo desnudó y le limpió los bolsillos. Se guardó setenta mil pesos, dejándole apenas cincuenta. Acomodó el dinero en una tira de género a manera de cinturón y se la ató a la cintura, bajo la ropa. La negra siguió comiendo y bebiendo con sus amigas hasta que se fue a dormir al lado de Domingo, como antes, como siempre. Los dos se despertaron cerca de las ocho de la noche del día siguiente. Cuando el Jorobado quiso vestirse advirtió que le faltaba todo el dinero. Se desesperó.

—No puede ser —dijo la mulata—. ¿Quién va a entrar aquí a cometer un robo?

Esta vez Parodi creyó que la negra lo había desplumado. Ella hacía que buscaba por todos lados y se echó a llorar porque decía que tampoco encontraba sus diez mil pesos. Representaba tan bien su papel, que el Jorobado despejó sus dudas hacia ella y creyó que su amante también había sido víctima del robo. Pensó entonces en alguna de las amigas de la mulata, pero esta le aseguró que si había sido una de ellas lo sabría en poco tiempo sin lugar a dudas. Nemesia se encargaría, tranquilizaba a Parodi, perdido ahora entre los pechos de la negra. El Jorobado le prometió que volvería con más dinero para que ella pudiera pasar sin aprietos los meses que él estaría en Luján.

Parodi fue a buscar al negrito González, porque le hacía falta un corte de pelo y una buena rasurada. Desaliñado como estaba, su aspecto era aún más repulsivo. En ellos se ocupó González mientras esperaban que los demás llegaran a la covacha. El Jorobado había pensado mucho en el que sería el último atraco antes de retirarse a descansar y a curarse. Robarían la joyería de Fesquel a la noche, un frío domingo de junio, el siguiente. Antes de que Parodi abriera el negocio, debían distraer al sereno. El plan se decía una vez y no se repasaba. Así, sobre la medianoche del domingo, Montovia y Portete fueron a un boliche de la calle Santa Rosa (hoy Bolívar), esquina Santa Clara (hoy Alsina), y comenzaron a beber y a hablar de amores perdidos y damas volátiles, a pesar de que el dueño les había advertido que les permitiría solo un trago porque estaba por cerrar. Mientras esto ocurría, algunos se ubicaron en la esquina de Federación (hoy Rivadavia), y otro grupo en la de Maipú y Victoria. A eso de la una, Montovia y Portete discutieron agriamente con el encargado del boliche porque los señores no se querían retirar. Los gritos y los insultos terminaron con los dos revoltosos echados a la calle, y con el sereno de la zona que llegaba corriendo a la esquina tocando el pito, convencido de que se estaba cometiendo un robo. El robo se produciría en ese momento, pero en el lugar que el sereno había dejado de vigilar para ir al boliche. Su ida les permitió a Parodi y a Palma lanzarse y forzar la puerta de la joyería antes de que regresara. Esta vez usaron un cortafrío y una lima, pues no habían tenido tiempo de realizar un molde de la cerradura. Palma hacía palanca introduciéndola por debajo de la puerta y también por los costados, mientras el Jorobado había metido una lima entre las junturas de la puerta y limaba rápidamente sobre la cerradura. Se veían luces moverse aquí y allá. Eran los serenos que se desplazaban a

causa del escándalo armado por Montovia y Portete, cuando fueron echados del boliche. Parodi debía apurarse. Las bisagras de la puerta tardaron quince minutos en saltar por la presión de la palanca; simultáneamente, la cerradura cedía a la lima de Parodi. La puerta quedó entreabierta, suficiente espacio para que entraran los ladrones. Todos llenaron sus bolsillos con las alhajas, menos Parodi y Palma, que disimuladamente abrieron la caja fuerte y escondieron rápidamente los billetes entre sus ropas para que sus cómplices no se dieran cuenta. La voz del sereno que se acercaba comentando con un compañero el ruido que habían hecho aquellos dos borrachos del boliche indicaba que se acababa el tiempo. Parte de la banda salió a la carrera. Gonzalito se encargó de colocar la puerta en su lugar para que el sereno no advirtiera que había sido forzada. Palma y Parodi se sentaron en el piso de la joyería a esperar el amanecer, cuando terminarían de vaciar los estantes y llevarían el resto del botín a la guarida.

La policía sospechaba que el escurridizo cuasimodo estaba detrás de este robo, cometido nuevamente con una distracción. Para resolver el caso de la joyería Fesquel se formó una comisión especial, integrada por los comisarios Nicolás Arnaud, Carlos Eizaga y José Pizarro. Para ellos, la designación era un honor a la vez que una condena en suspenso, pues si no lograban resolver el caso para el día martes, es decir, cuarenta y ocho horas después del robo, se les pediría la renuncia. El martes a la tarde, cuando se aprestaban redactar sus dimisiones, un agente se presentó ante los comisarios con un dato. En la platería de la calle Federación, entre Solís y Entre Ríos, había aparecido un italiano con unas alhajas para su venta, entre ellas una con piedras finas que la dueña de la platería no sabía estimar. Le pidió que volviera a las cuatro de la tarde, que estaría su esposo y podría examinarlas. Los policías le avisaron a su colega, el comisario Manuel Pividal, que tenía su sección muy cerca de esa platería, con la instrucción de arrestar al vendedor de las alhajas. El italiano volvió por la tarde y quedó detenido. Resultó ser Antonio Palma, de 45 años, y de profesión carpintero. Palma fue tratado bruscamente y golpeado hasta que lograron arrancarle una confesión. En ella, mencionó el nombre de todos los miembros de la banda.

—¿Quiénes robaron la joyería Fesquel la noche del sábado al domingo?

—Justiniano Silva, Ángel Gramarra, Joaquín Correra Mattos, Santiago Montovia, el negro González, Parodi y yo.

Además, Palma dio los domicilios de todos sus cómplices, que uno a uno fueron cayendo detenidos. El que no aparecía era Parodi.

Una vez que se repartieron el dinero y las joyas, Parodi se dirigió a la herrería, hizo un gran paquete con otras alhajas que allí guardaba y partió a lo del relojero Mackorti. Este era un reducidor de objetos robados, que terminó pagándole una quinta parte de lo que las joyas valían. Para Mackorti el negocio fue tan extraordinario, que tomó el primer vapor a Montevideo, donde estableció una gran joyería y, con el tiempo, se hizo muy famoso.

Antes de ir a lo de Nemesia, Parodi guardó el dinero que se llevaría a Luján, cosiéndolo en una faja que se enrolló en la cintura. Al llegar a lo de la negra, la encontró sola, masticando un pedazo de pan. Le dejó el dinero envuelto en un gran pañuelo de la India, y a pesar de los ruegos de la mujer para que se quedara a comer, el Jorobado se mantuvo inflexible. La marimacho no insistió debido a lo abultado del paquete que le dejaba su amante. Calculó que debía contener una pequeña fortuna de ochenta mil pesos.

—No me quedo porque me siento muy enfermo. Además, es posible que la policía me ande buscando; me trae mala espina que Palma no haya venido conmigo a lo de Mackorti. ¿Y si le pusieron las manos encima? Ese *fliglio d' un prete* nos traicionará a todos. Así que me voy, hija mía, para curarme. Volveré en dos meses.

Después de suspiros, besos y pucheros, los amantes se separaron. Parodi tomó la calle Federación hacia San José de Flores. Eran más de las diez de la noche. A cada rato se daba vuelta para mirar sobre su hombro si alguien lo seguía. Caminaba con la capa sobre la cara y el sombrero ladeado. Recién logró tranquilizarse luego de cruzar la Plaza Miserere, pues hasta ahí llegaba la vigilancia de la policía. Descansó en una pulpería que aún estaba abierta, y a eso de las tres llegó a Flores. Hizo tiempo en una plaza, y al amanecer comenzó a averiguar donde había una agencia de carruajes que lo llevara a Luján. La galera llegó a las ocho y viajó con otros dos pasajeros que descendieron en Morón. El resto del camino se la pasó conversando con el mayoral, que le comentaba del fabuloso robo a la joyería de Fesquel, dándole datos tan increíbles como inexistentes. El aspecto del Jorobado era penoso, tosía a cada rato y escupía sangre. Debido a la lástima que le

inspiró, el cochero le prometió que en Luján le conseguiría una buena casa de familia donde alojarse. Parodi aceptó.

En Luján, Domingo pasaba por un hombre al que la vida no lo había favorecido en casi nada. Era evidente que se recuperaba de una cruel enfermedad. En el pueblo se hizo popular contando historias y aventuras en las reuniones, sobre todo a los más pequeños. Sacó a relucir su carácter bondadoso, sus maneras distinguidas, y hasta se ganó la simpatía de los dueños de la casa que lo albergaba y de muchos otros. Sin embargo, no dejaba de pensar en sus compinches. Creía que a alguno, si no a todos, habrían agarrado. Pero confiaba en que ninguno lo delataría porque, tarde o temprano, esos bandidos lo necesitarían para seguir robando. También meditaba sobre el robo que siempre había querido hacer, el del Banco de la Provincia, su mayor aspiración. Pero ese tiro quería darlo solo, sin ayuda de nadie, tal vez cuando volviera a Buenos Aires. Así pasaron quince días desde su llegada y su salud comenzaba a recuperarse, sin Nemesia, sin las cenas con las mujerzuelas, sin alcohol. Por entonces, en Buenos Aires, Palma pensaba que el Jorobado resultaría ser el único que no sufriría la cárcel y eso lo disgustaba. Estaba dispuesto a remediar esa circunstancia. Les ofreció a los policías llevarlos hasta Parodi si los comisarios le prometían dejarlo en libertad. Les contó entonces de los deseos del ladrón de ir una temporada a Luján para curarse la tuberculosis.

A Parodi se le cayó la mandíbula cuando vio al comisario, pero mucho más pasmado quedó cuando detrás del comisario divisó la figura de Palma.

—Es inútil, hermanito —le dijo Palma—. Ya todos hemos cantado. Todos estamos en la cárcel; date preso, hermanito.

—Señores —habló el comisario, dirigiéndose a los dueños de la casa donde vivía Parodi—, este hombre es un criminal, un enemigo público, autor de una cantidad robos escandalosos, y yo vengo a arrestarlo acompañado por este cómplice que lo conoce y lo delató.

—Ese hombre es un miserable calumniador —estalló el Jorobado, para echarse luego a llorar como un chico—. Yo nunca lo he visto ni lo conozco. —Se produjo entonces, entre la gente que se había reunido en la casa, un griterío a favor del Jorobado. No creían que ese infeliz fuera el monstruo que pintaban. El policía no perdió el tiempo: mandó a buscar a un herrero para que le colocara una barra de grillos y pidió que preparasen un caballo para Parodi, con el propósito de salir inmediatamente. Cuando el comisario

le revisó los bolsillos, como dictaba el procedimiento, no le encontró un solo peso. Sin embargo, en la cintura, debajo de su ropa, el Jorobado llevaba la faja con los billetes, que pasó inadvertida. Así, de Luján volvió preso, pero con todo el dinero y con un imponente poncho patrio que le habían regalado sus buenos amigos de la ciudad.

El jorobado Domingo Parodi negó todos los cargos. Para facilitar las cosas, los comisarios decidieron enfrentar al jiboso con todos sus cómplices. En una sala hicieron pasar a Parodi y, uno a uno, a los demás. Todos lo acusaron de haberlos guiado en los robos. Parodi no le respondió a ninguno, excepto a Palma.

—¿Te acordás del robo que hiciste en la casa de comercio de la calle de la Merced, al lado del templo protestante? —empezó Palma.

—No sé nada.

—¿Y del que le hiciste al señor Carlos Lanatta y al señor Federico Massot?

—Sos un mentiroso.

—¿Y del robo a tu paisano Alejandro, en compañía de Montovia, en Montevideo?

—¡Perro!

—¿Y del que le hiciste a unos extranjeros en la calle de la Representación?

—Deberían colgarte por *bugiardo*.

—Miserable ladrón. Vos sos el que mentís. Vos sos el que debe subir a la horca; por vos me veo arrastrando una barra de grillos. Sos tan diabólico que les advierto a los comisarios y a los señores jueces que si no vigilan día y noche a esta desgracia humana, no hay cerradura que se le resista. Sería inútil toda mi colaboración si este desgraciado huye y se ríe de nosotros.

Cuando ingresó a la prisión del Cabildo, el carcelero no se conformó con revisarle los bolsillos, sino que, frunciendo la nariz, le palpó el cuerpo entero. Aunque era una abominación, no dejaba de ser un preso. Así descubrió el dinero en la faja colocada a la cintura. Después de quitarle unos cuantos billetes, se la entregó al comisario. Esto fue como un mazazo para Parodi. Preso y sin un centavo. Se puso a llorar desconsoladamente. Sin dinero, escapar de prisión sería imposible. En el colmo de la desesperación, al día siguiente pidió hablar con el juez Ángel Medina y su secretario, Alejandro Araujo, a quienes les confesó todos sus robos. Tenía la

esperanza de que debido a la confesión se apiadarían de él y no lo enviarían a la horca. Volvió a la cárcel cabizbajo y acaso esa postura le hizo ver una luz en su futuro. La celda, muy estrecha, era una simple pieza de la que resultaría muy fácil escapar. El alma le volvió al cuerpo.

La vigilancia sobre Parodi era permanente. A cada rato se acercaba un guardia para mirar adentro de la celda. Parodi sabía que, tarde o temprano, los guardias se cansarían y lo dejarían en paz. Su arresto había causado tanto revuelo, que todos los días llegaban curiosos a la cárcel solamente para verlo a él, al hombre que había robado a medio Buenos Aires. Lo insultaban, le hacían bromas y muecas, le tiraban cáscaras de naranjas, como si fuese un mono enjaulado en un espectáculo circense. Parodi respondía de vez en cuando, colocándose de espaldas a la entrada y mostrándoles el culo. El escándalo era tal que al final suspendieron las visitas. La única que le autorizaron fue la de su antiguo dependiente de la herrería, que le llevó a escondidas un lápiz y un pedazo de papel. Parodi le escribió una carta a Nemesia pidiéndole mil pesos para fugarse de la prisión y le encargó al muchacho que se la llevara. La respuesta que le trajo el dependiente lo devastó. Hacía ya un mes, Nemesia había tomado todas sus pertenencias y se había marchado a Montevideo, según le contó al joven el almacenero de la esquina. Parodi no paraba de llorar mientras el muchacho caminaba hacia atrás muy despacio, alejándose de la celda.

Solo le quedaba estudiar el sistema de vigilancia de la prisión y descubrir sus debilidades. Como había pensado, ya no lo vigilaban constantemente como al principio. Hasta le permitían salir al patio y a la galería. En uno de esos paseos consiguió de otro preso una baraja gruesa, la que en sus manos se convertía en un diamante en bruto. Con ella reemplazaría la falta de cera para tomar el molde de la cerradura, que era de las antiquísimas y llevaban una enorme llave. Trabajando con la carta y un cortaplumas, no solo hizo la boca-llave de la puerta con gran perfección. sino que además fabricó una llave de cartón, tal cual se necesitaría para abrir la cerradura que acababa de copiar. Cuando fue su dependiente, que ahora solo lo visitaba los días de fiesta porque había conseguido un nuevo empleo en otra herrería, Parodi le pidió que fabricara la llave, según el molde y las explicaciones que le daría. Ocho días después, el joven volvió. Con mirada de experto el Jorobado se dio cuenta que la llave tenía un pequeño defecto que haría imposible que abriera la puerta. El chambón

había olvidado limarle una parte. El joven le pidió mil perdones y prometió volver el domingo siguiente con la llave corregida, según las indicaciones del maestro. A la semana, Parodi recibió la nueva llave. Era perfecta. Cuando el chico se fue, el carcelero advirtió en el piso un pedazo de baraja en la que estaba copiada la boca-llave. Se le había caído al muchacho sin que se diese cuenta. El guardia la levantó y la guardó. Sabía que pertenecía a la celda de Parodi, ¿a qué otra si no? El carcelero le mostró el molde al comisario. Inmediatamente dedujeron la maniobra del Jorobado y decidieron esperar a que llevara a cabo su plan. Parodi esperó dos días más para escapar; lo haría por la noche. Cuando llegó el momento, la llave funcionó como lo esperaba y la puerta de la celda se abrió. Volvió a cerrar y se metió la llave en el bolsillo del saco. En los pasillos de la cárcel había faroles de aceite que iluminaban poco, y todavía menos esa noche de niebla. Parodi se deslizó como una sombra, y enfiló hacia el zaguán que dividía dos patios, mirando constantemente hacia atrás. Cuando volvió la cabeza hacia adelante, una mano enorme lo agarró del gaznate. Parodi sintió terror; su grito salió apagado por la forma en que el carcelero le apretaba la garganta. Lo alzó unos centímetros del suelo. El Jorobado lloraba, temblaba, gemía. Un sólido puño bajó sobre su joroba; después otro y muchos más. Luego de la tunda que lo dejó casi inconsciente fue arrastrado y arrojado nuevamente en su celda.

El abogado Eduardo Acevedo fue el defensor de todos los ladrones. Su estrategia consistió en derribar la acusación de tenebrosa banda capaz de los más extraordinarios robos. Por el contrario, buscó presentar a sus defendidos como vulgares rateros.

“Mis protegidos, diga lo que quiera el acusador, son unos ladrones muy vulgares —escribió Acevedo en su defensa—. Estoy seguro de que en Europa serían la burla de los presidiarios. Serían considerados como unos aprendices en la carrera del crimen. Nunca tenían armas. Nunca iban a las casas sino cuando estaban seguros de encontrarlas solas. Desesperaban de un proyecto cuando en la casa había un viviente cualquiera. ¡Una vieja los asustaba! ¡Y son esos los ladrones audaces, terribles, que ponían en consternación a los habitantes de un pueblo como Buenos Aires!”

Acerca de Parodi, negó que sobresaliese en construir llaves, y subrayó que el único que lo acusaba de tener esa habilidad era Palma, otro ladrón; es decir que la única acusación provenía de un cómplice, por demás delator,

que esperaba una gracia por sus delaciones. “Como se sabe, esa prueba no tiene ningún valor”, remató Acevedo.

La sentencia de primera instancia contra Parodi y su banda fue dictada por el juez Ángel Medina, el 16 de octubre de 1854. Antonio Palma, Justiniano da Silva y Domingo Parodi fueron condenados a muerte, pena que se ejecutaría en la Plaza 25 de Mayo el día y hora que el Poder Ejecutivo designara. Joaquín Correa de Mattos y Ángel Gramarra les correspondieron nueve años de prisión, más trabajos forzados; a Lorenzo González y a José Portete se les aplicaron cinco años de trabajos forzados; a Santiago Montovia, tres. Correa de Mattos, González, Gramarra, Portete y Montovia debían presenciar la ejecución de los tres primeros.

Cuando conoció la condena a muerte, al Jorobado ya no le alcanzó con llorar. Primero se quedó inmóvil como una estatua; después tuvo un momento de cólera, durante el cual gritó que cómo era posible que se lo condenara a muerte por unos simples hurtos, que el país era de salvajes que no respetaban la vida de los extranjeros como él; que había venido a contribuir con su trabajo; que solo deseaba tener entre sus manos el pescuezo del juez Medina para apretárselo hasta hacerle saltar los ojos. Luego lo invadió el miedo, que lo tuvo postrado durante quince días. Cuando dormía tenía terribles pesadillas, en las que se veía desmembrado, sin su joroba. Al despertar lloraba, se lamentaba, suspiraba. Acevedo trató de consolarlo explicándole que aún le quedaba la instancia de apelación ante la Cámara.

El 24 de marzo de 1855, los jueces Valentín Alsina, Juan José Cernadas, Alejo Villegas, Domingo Pica y Francisco de las Carreras se propusieron salvar la vida de los facinerosos. La de Parodi porque, como lo había sostenido su defensor, solo habían podido probarle su participación en dos robos y, además, con un papel secundario. En atención a su defecto físico, la pena fue reducida a cinco años de servicio en la cárcel. En cuanto a Palma, tuvieron en cuenta que había colaborado con los comisarios delatando a toda la banda. Hubo una tercera sentencia, la del 18 de mayo de ese mismo año, que conmutó la pena de muerte de Silva, y le aplicó una pena de diez años de trabajos forzados por acreditarse su participación en siete robos.

—¡Ay, joroba, jorobita mía de mi ánima! —exclamaba Parodi lleno de felicidad cuando se enteró del cambio de pena—. ¡Yo te amo, jorobita mía,

hasta el punto de ofrecerte una misa de acción de gracias!

Durante los años que pasó en la cárcel, la salud de Parodi empeoró. Los vómitos de sangre comenzaron a ser cada vez más frecuentes, y la idea de una muerte cercana lo aterraba. Se le había puesto en la cabeza volver a Italia con una fortuna fabulosa que debería conseguir cuando saliera de prisión; pero esta vez, pensaba, actuaría solo, y daría el ansiado golpe al Banco Provincia. Nunca más volvió a ver a sus antiguos compinches, y no lo lamentaba, al contrario. Solo mantenía un recuerdo cariñoso del negrito González; hacia los demás, pillos sin decencia, que alguna vez se habían emborrachado con él hasta perder la conciencia, no sentía más que odio; los consideraba personas que apenas vivieron a la sombra de su joroba, de la que tanto se burlaban.

Junio era el mes preferido para los grandes golpes. Junio sería el mes en el cual haría el robo de su vida, el más soñado. A las seis de la tarde había poca gente en la calle. El Jorobado rodeó la manzana de la Catedral, dobló por San Martín y enfiló hacia el Banco Provincia. Caminó hasta la puerta, y en su mano apareció una enorme llave, que metió en la cerradura. Miró hacia ambos lados y abrió la puerta sin esfuerzo. No había perdido su habilidad para hacer moldes ni para duplicar llaves. Entró rápidamente y cerró por dentro con la misma llave. Espero unos minutos por si alguien lo había visto, pero nada ocurrió. Como no conocía el interior del Banco, estuvo dando vueltas durante una hora hasta que por fin dio con la tesorería. Tenía frente a él una de las enormes cajas de hierro. La miró un largo rato y dejó en el suelo todos sus instrumentos y una vela. Examinó la cerradura de la caja y la puerta para entender el mecanismo. Encendió la vela. Calculó que tenía tres horas para abrirla. Si el sereno llegaba antes de que terminara, simplemente se escondería hasta que el vigilante terminara la inspección y se fuera. Dieron las ocho de la noche. Sus afiladísimos cortafierros le hacían ganar tiempo. Una hora después, solo bastaba un golpe de palanca para terminar de romper los pestillos de las cerraduras, que había cortado con prolijidad. Reunió entonces todas sus herramientas, apagó la vela y se agazapó detrás de un estante a esperar que llegara el sereno. Media hora después, el sereno entró y comenzó su recorrida. Al terminar fue hasta su cuartucho, en el frente del banco, y se tiró en el catre a dormir. Parodi regresó a la tesorería, prendió la vela, sacó la palanca, la acomodó en la junta de la puerta, la forzó con el peso de su cuerpo y el pedazo de hierro se

rompió. Permaneció inmóvil esperando oír al sereno, pero el silencio no se quebró. No podía creer lo que veía: una montaña de paquetes de billetes al alcance de su brazo. Reía y lloraba a la vez. Se sentó sobre los paquetes que había en el fondo de la caja y se puso a pensar en el siguiente paso. Esperaría a la mañana, a que el sereno se retirara. Estaba haciendo cálculos de tiempo cuando escuchó los pasos del sereno, que realizaba una segunda recorrida. Tampoco esta vez el vigilante advirtió nada anormal y volvió a su cuarto. El Jorobado encendió la vela y revisó los paquetes con el dinero. Todos eran de mil pesos, hechos con billetes desde cinco hasta cien, menos dos, que eran de billetes de mil y de cinco mil, y en cuya faja se leía: $ 50.000. Puso estos dos paquetes entre su capa y llenó los bolsillos con aquellos de mayor valor y menor volumen. Calculó que en su cuerpo tendría escondido cerca de un millón de pesos. Reunió sus herramientas y las puso dentro de la caja fuerte, en lugar de los paquetes de billetes. Luego se escondió en una esquina a esperar que se hiciera de día y el sereno se fuera. Cuatro horas después, el sereno abandonó el banco. Parodi calculó el tiempo necesario para que aquel estuviera a una cuadra; entonces abrió la puerta. Fue un instante en el que creyó morir. Parado delante de él, más asombrado que el propio Jorobado, estaba el sereno con la llave en la mano, a punto de colocarla en la cerradura. Ocurrió que, al llegar a la esquina de Rivadavia, advirtió que se había olvidado el poncho y volvió por él. Repuesto de la sorpresa, Parodi intentó embestirlo, pero el sereno ya había enristrado la lanza y le pinchó el estómago. Esta vez todo el proceso judicial fue muy rápido: solo dos días después, la Cámara le aplicaba cinco años de reclusión.

La enfermedad terminó de menoscabar la salud de Parodi. Los años en la isla lo convirtieron en una piltrafa. Los ojos hundidos, la piel amarillenta y transparente, el Jorobado tenía un aspecto monstruoso, al punto que el comandante Carballido recomendó su traslado a un hospital de Buenos Aires. Pero recibió como respuesta que el reo debía cumplir la condena. Después de cinco años y dos meses, Parodi quedó libre y volvió a Buenos Aires. Encontró una covacha en Plaza Lorea, al lado de un bodegón. Durante seis meses solo salió de su pieza a tomar una copita de ginebra. Vagaba por las calles y fantaseaba con grandes golpes que le darían nuevamente fortuna y crédito. Pensaba en realizar una carrera política en Italia, mientras dejaba de escupir sangre para lanzar una materia

indescifrable proveniente de sus pulmones. Los últimos hurtos de su vida fueron callejeros, a transeúntes que no tenían dificultades en controlar a esa abominación. Pasaba más tiempo en los hospitales de las prisiones que en las celdas. Mientras, seguía imaginando moldes de cerraduras y cajas fuertes repletas de dinero. La tisis lo consumía, hasta que entró en un delirio del que ya no pudo salir. Murió en el Hospital General de Hombres o de la Residencia. Ignacio Pirovano, hijo de un italiano, practicante en el hospital y considerado el padre de la cirugía argentina, preparó su cráneo, se lo llevó y lo conservó toda su vida.

III

Clorinda Sarracán.
La mentira que todos querían escuchar (1856)

La sorprendió mucho reencontrarse con esos recuerdos; pensó que podría deberse al ruido de los grilletes. Había visto pasar a una señora muy gorda, con el pelo corto, que le recordó a una vecina de la actual zona de La Matanza. En la cárcel, Clorinda Sarracán volvió a tener imágenes de su niñez; no sabía bien qué caminos la llevaron otra vez a su mamá y a su papá, a su segundo papá, si se ponía a pensar. Tal vez al único que había sido su papá, Carlos, porque no podía considerar que el otro lo fuera, una idea que le revolvía el estómago y la hacía sonrojar; justo ella, que vaya si conocía de vergüenzas. Nunca le había pedido cuentas a nadie y ahora se las pedían a ella. Nunca le había dicho a su mamá que quería quedarse en la casita frágil de La Matanza, ese primer recuerdo impreciso que increíblemente la envolvía con la calidez de las evocaciones agradables. No sabía, Clorinda, por qué le resultaba placentero ese recuerdo de La Matanza, la casa de campo, con su mamá Juana, su papá Carlos y su hermanito. Era su primer recuerdo, breve, completo, como una vida que empieza, se desarrolla y termina en cuestión de segundos. La finca que amaba se elevaba como un palacio de cristal, de donde veía salir y entrar a su mamá y a su papá. De golpe se aparecía la fachada que jamás sabría si era blanca o gris, porque en su mente las imágenes cambiaban con una gran rapidez. Era un recuerdo feliz, el de una niña que jugaba con su hermano Adolfo, y de papás que se sentaban cerca del fuego, con sus hijos que jugaban y reían a sus pies. Era todo lo que recordaba de esa época, una época sin carencias,

aunque las hubo, sin discusiones, aunque ocurrieron. Esa finca de campo nunca se convirtió en una chacra productiva, como deseaban sus padres, y, a la larga, el dueño la recuperó y puso fin al ensueño.

La familia Sarracán debió volver a Buenos Aires. Ya no hubo campo para Clorinda, sino un río y su mamá, que llevaba la ropa, la de ellos y la de otras personas, para lavar. Ah, esas lavanderas que cantaban canciones de melodías contagiosas y alegres, y cómo se reía su mamá, que a veces le salpicaba la cara cuando daba vueltas alguno de esos enormes lienzos blancos y mojados. A Clorinda le gustaba mirar los barcos; permanecía largos ratos mirándolos. Juana solía darle un ramito de flores silvestres, que ella deshojaba, o se ponía a jugar con las hijas de otras lavanderas y cantaba con ellas las mismas canciones de las lavanderas, que ya no recuerda. Ya no se acordaba de aquellas canciones que cantaban las mujeres del río. Su papá dejó de aparecer en sus recuerdos. Carlos se había ido, desapareció como si hubiese muerto. Ya no estaba en la casa, ni en sus noches ni en sus juegos. Tampoco era parte de sus angustias. Simplemente, no estaba. Ahora, las imágenes siempre llegaban del mismo modo y se sucedían en el mismo orden: La Matanza, el campo, las vacas que le daban miedo, Buenos Aires llena de personas, la ropa húmeda, su mamá que lavaba y se apuraba a llevar la cesta repleta de ropa limpia "para que le pague la señora", y aquel hombre que se llamaba Carlos, que era su papá, que, de golpe, no estuvo más. A Clorinda no le molestaba que Carlos no estuviera, pero notaba la ausencia, la conocía, como conocía los ruidos de su estómago vacío. A veces antes de dormir, se ponía a pensar en los dos, en Carlos y en su estómago. Le agradaba la noche, dormir con su mamá y su hermano, todos juntos, algo incómodos pero juntos. Le gustaba acurrucarse al lado de Juana. Dormir los tres apretados era la siguiente vida que recordaba, también efímera, algo que empezó no sabía cuándo pero que terminó cuando tenía seis años.

La situación de Juana Guerrero era muy precaria. Vivía con Clorinda y Adolfo en una habitación de mala muerte, sin luz natural ni comodidades, en la calle Del Comercio. El lugar tampoco era muy grande. Lo que sí podía decir de esa habitación es que era previsible: en invierno hacía frío y en verano mucho calor. Los chicos no siempre acompañaban a su mamá al río. Por lo común quedaban al cuidado de la dueña de la casa, doña Rosario, que debía atender a más de diez hijos. Clorinda cuidaba de Adolfo y nadie

cuidaba de sus estómagos, siempre vacíos; Juana apenas ganaba lavando ropa para mantener a sus hijos. Así siguieron las cosas hasta que la mujer reunió a los pequeños para darles una noticia muy importante. Algo muy bueno había sucedido, les dijo. Había sido contratada como ama de llaves en la casa de un señor con mucho dinero, un famoso pintor italiano que se llamaba Jacobo. Los tres irían a vivir a la casa de este hombre bondadoso. Podría comprarles dulces y ella dejaría de lavar ropa en el río, que tanto la cansaba. Seguirían viviendo los tres juntos y podrían seguir durmiendo también juntos pero en una cama mucho más grande.

La casa de Jacobo Fiorini quedaba en la calle Federación número 141. Tenía dos pisos. En la planta baja había un taller y en la planta alta las habitaciones. Fiorini era un hombre de unos 35 años, cordial aunque algo distante. Acaso fuera por su escaso dominio del español, en fin. Aunque no estaba acostumbrado a jugar con niños y, mucho menos, a hablarles, a los hijos de Juana no les hizo faltar nada. El cuarto de Juana y sus hijos fue preparado en el altillo de la casa; tenía una ventana por la que entraban mucha luz y el sol, y desde la cual se podía ver el río y los barcos, lo que agradaba a Clorinda. Los chicos jugaban en la azotea y tenían libre acceso a otros dos cuartos que había en el altillo, donde Fiorini guardaba todo aquello que no quería tener en su taller: retratos, obras inconclusas, floreros, lienzos. Sin dudas, lo que más entusiasmaba a los hermanos era el baúl repleto de ropas de mujer y de hombre, vestidos de lentejuelas, chalecos de fantasía, chales dorados, y decenas de prendas más, que usaban los modelos del pintor. Esos dos cuartos no permanecían cerrados con llave. Juana les había dicho que no le gustaba que anduvieran tocando las cosas que allí guardaba Fiorini. Pero los chicos iban igual y tocaban todo, usaban todo y jugaban a disfrazarse con trajes que les quedaban grandes por todos lados. Imaginaban que concurrían a fiestas y a reuniones, y que ella, Clorinda, era una gran dama, y Adolfo, un caballero distinguido; bailaban, daban vueltas e inventaban diversas situaciones. Clorinda y Adolfo pasaban la mayor parte del tiempo en esos cuartos, cuando no estaba su mamá, o en la terraza, cuando se cansaban de inventar juegos con la ropa. Su vida transcurría allí, entre esos cuartos y la terraza. Juana les subía la comida al mediodía y almorzaban juntos. Rara vez veían al pintor. A veces salían a pasear con él, y su mamá les compraba regalos, unas muñecas de trapo para Clorinda, y un caballo de cartón para su hermano. A juzgar por la indiferencia que le

dispensaba, no parecía que Adolfo fuera del agrado de Fiorini. En cambio, en esas raras ocasiones en las que paseaban los cuatro, Jacobo solía tocarle el mentón a Clorinda y le decía *madonnina*. La niña no entendía y solo sonreía por cortesía. Hubiera podido llamarla de muchas maneras en su idioma, *fanciulla* o *raggazzina*, pero prefería decirle *madonnina*, que significa "virgencita" o "damita distinguida". Adolfo no tenía sobrenombre.

Una noche, su mamá les dijo que no dormiría con ellos porque Fiorini estaba muy enfermo y debía quedarse con él para cuidarlo. Al día siguiente pasó lo mismo, al otro igual y así durante muchos días, hasta que Juana ya no les habló de la enfermedad de Fiorini y no durmió más con ellos. Les daba las buenas noches y salía del altillo. Seguían almorzando juntos pero nunca con Fiorini. Tampoco a la noche. Los chicos ya conocían el altillo, sus cuartos y la terraza al dedillo, pues no podían ir a otro lugar de la casa. Una noche salieron descalzos para no hacer ruido, anduvieron por acá y por allá, hasta que escucharon unas risas a lo lejos. Se acercaron al lugar de donde procedían, en el fondo el pasillo. Reconocieron la voz de su mamá; ahora, la risa parecía más bien un quejido o un llanto. Clorinda espió por el hueco de la cerradura y vio espantada que Fiorini y su mamá estaban en la cama, y que el pintor castigaba a su mamá, que se aferraba a los barrotes de la cama. Abrieron despacio y se asomaron apenas, apenas. Ahora Clorinda podía ver a Fiorini perfectamente porque estaba de frente a la puerta. Parecía como que le estuviera haciendo algo a su mamá, resoplaba y gruñía. Pero no alcanzaba a ver el rostro de Juana. Fiorini los vio, pero no pareció importarle. Solo que comenzó a hacer lo que estaba haciendo con mayor intensidad. Sonreía. ¿A quién? A Clorinda. Al día siguiente, Juana abofeteó a sus hijos por haber espiado.

El taller de Jacobo era un lugar sagrado. Desde que estaban en la casa nunca habían entrado en él. Un día, cuando Juana volvía con sus hijos de la calle, Jacobo mandó a Adolfo al altillo, tomó a Clorinda de la mano y la llevó al taller. Juana iba detrás de ellos. Fiorini hizo sentar a la niña en un banco frente a un caballete y comenzó a dibujar en la tela. A Juana, que se había quedado a un costado, no le gustó lo que estaba pasando, menos todavía la forma en que Jacobo miraba a su hija.

—Hermosa frente, pura, amplia, con una piel de leche, una *madonnina di Raffaello*.

Juana tomó a Clorinda de la mano bruscamente y salió. Se descargó protestando contra los criados, maldiciendo las goteras que había en el caserón y, sobre todo, maldiciendo los caprichos de Fiorini. Solo ella sabía de qué estaba hablando.

Jacobo Fiorini era en realidad Giacomo Fiorini. Con su hermano Vincenzo o Vicente llegaron a Buenos Aires en 1829. Habían nacido en Ferrara, en la Emilia Romaña. Giacomo había tomado clases de pintura en la Academia de Brera, en Milán, que debía su nombre a la calle donde estaba situada, vía Brera 28. Los hermanos Fiorini hicieron una larga travesía hasta llegar a América. Luego de cien días de navegación, durante los cuales soportaron tormentas, ataques de piratas y epidemias, arribaron a Buenos Aires. No tenían un peso en el bolsillo. Además de sus dotes de pintor, Jacobo sabía tocar el piano, lo cual era muy apreciado por aquí. Los pianistas no abundaban y solo había pianos en las casas de las familias adineradas. Jacobo tuvo la fortuna de recibir invitaciones a las residencias de funcionarios y comerciantes ricos. De la música pronto pasó a la pintura y realizó retratos en miniatura, sobre marfil, que maravillaban a sus clientes por la terminación y por los vivos detalles que lograba plasmar en tan pequeños espacios. Cuando se terminaron las láminas de marfil se dedicó a pintar retratos al óleo. Conoció a las familias patricias de Buenos Aires, como los Arriaga (en verdad, originarios de Córdoba), los Álzaga y los Azcuénaga. Fue testigo de uno de los acontecimientos más impresionante de 1828, cuando Francisco Álzaga y Juan Pablo Arriaga, junto con el librero Jaime Marcet, fueron sentenciados por el asesinato del comerciante español Francisco Álvarez. El prestigio de Fiorini era cada vez mayor. Retrató a personajes como Miguel de Azcuénaga, Marcos Balcarce, Dolores Posadas de Meyer, Mariano de Somellera, Bernardo de la Colina, Francisco Chas, Bonifacio Huergo, y Ventura Lezina de Peñas, a comerciantes, abogados, políticos, militares, sacerdotes y hasta a Juan Manuel de Rosas. Al Restaurador no le cayó nada bien que el italiano de la Emilia Romaña firmara sus obras. Le pareció un atropello a su autoridad.

Fue una época venturosa para Fiorini, que, poco a poco, parecía imponerse sobre un compatriota que también se dedicaba a las artes, algo menor que él, y que había llegado a Buenos Aires unos años antes. Este rival, un genovés, se llamaba Gaetano Descalzi. Había cambiado su nombre por el de Cayetano y se había casado con Juliana Miró, viuda del

comerciante español José María Morel. Juliana había tenido un hijo con Morel, Claudio, que se convirtió en discípulo de Descalzi y, luego, en uno de los más importantes pintores y litografistas argentinos. En 1838, el genovés se separó de Juliana y ella inició un expediente de divorcio.

Durante el período rosista, las imágenes cumplieron un papel destacado como instrumento de propaganda política. La imagen del gobernador estaba presente no solo en los lugares públicos, sino también en la esfera de la vida privada, lo que diluía los límites entre esos dos ámbitos. Casi todos los artistas activos durante el gobierno de Rosas realizaron retratos del Restaurador, que eran colocados en las salas de los hogares, en las iglesias, e incluso en objetos de uso cotidiano: almanaques, relojes de bolsillo, vajilla, pañuelos, peinetones, abanicos y guantes. Con Rosas, Descalzi sacó ventaja. Fue maestro de futuros grandes artistas, como Cándido López y Claudio Morel, entre otros. Además, su elaborada técnica para la pintura y el grabado influyeron en toda una generación. Pintó a diversos personajes y se hizo muy famoso por un excelente óleo conocido como "Boudoir federal", una acabada muestra del momento político y social que se vivía entonces.

Encantado con uno de los retratos de Descalzi, Rosas decidió hacerlo multiplicar mediante la reproducción litográfica. Como solo confiaba en los litógrafos de París, hizo viajar al artista para que supervisara la tarea de Julien Lemmercier. El resultado fue excelente: el magnífico retrato pintado por el italiano y realizado por la litografía parisiense logró una extraordinaria difusión como Rosas el Grande. La recepción y la venta del cuadro en Buenos Aires se dieron a conocer en las páginas de *La Gaceta Mercantil*, el 12 de abril de 1842:

> Aviso. En la calle del Restaurador nº 201, se acaban de recibir, recién llegados de Europa, unos magníficos retratos de S.E., el Ilustre Restaurador de las Leyes, en que le representa de medio cuerpo, del grandor natural, hechos en París por el primer grabador de la Escuela Real de Francia teniendo por modelo uno pintado al óleo en esta ciudad por el profesor D. Cayetano Descalzi. Los retratos que hasta ahora había del Exmo. Señor D. Juan Manuel de Rosas se resentían en cierta mezquindad que no correspondía a la grandeza del Héroe a quien representan y no parecían propios para ocupar el primer lugar en los salones de esta ciudad, ni en los establecimientos públicos, en que el federal patriotismo y la gratitud de los empleados ha querido espontáneamente colocarlos. Los argentinos ansiaban poseer una prenda que correspondiese a su amor vivo y puro afecto hacia la persona del Gran Rosas y sentían que las prensas litográficas de esta capital no se hubiesen ocupado de tan digno objeto; lo anhelaban

también nuestros hermanos, los hijos de las demás repúblicas, que en otro tiempo pertenecieron a la Metrópoli española, y los extranjeros mismos deseaban conocer al Héroe que tan célebre se ha hecho, sosteniendo dignamente la independencia del continente americano.

Por entonces, los paisanos Fiorini y Descalzi estaban definitivamente separados y enemistados. Enfrascado en una carrera por el favor de Rosas, Fiorini no dedicaba atención alguna a Juana ni a sus hijos. Cuando Clorinda cumplió 8 años, en pleno período de esplendor de Descalzi, Fiorini envió a la pequeña a un colegio de monjas. Fue en el convento, unos años después de ingresar, donde Clorinda se enteró por las monjas de que su mamá, atropellada por un carro, había muerto. Durante el entierro, Fiorini la abrazó por primera vez, solo a ella, no a Adolfo. A la vuelta del cementerio Jacobo reunió a los hermanos y le dijo a Adolfo que iría vivir con su tía Asunción, la hermana de Juana Guerrero, porque él no podía tener a dos niños en la casa. Se quedaría con Clorinda, su princesita, su *madonnina*. Los chicos se buscaron desesperadamente, se abrazaron largamente, lloraron y se acariciaron en medio de la sala de Fiorini, que los miraba con indiferencia y hasta cierto aire de aburrimiento. Para Adolfo y Clorinda, la separación fue un desgarro tan profundo como la muerte de su mamá. Uno era el apoyo del otro. Clorinda todavía gritaba cuando, tironeado por su tía, su hermano salió de la casa casi a la rastra.

Para que la niña no estuviera sola, Serafina, una criada mulata, fue a dormir con Clorinda en el altillo. Pero no se llevaron bien. Al poco tiempo, el altillo fue cerrado y todo lo que estaba allí fue vendido a un trapero. Clorinda se mudó a una habitación de la planta baja especialmente acondicionada para ella. A partir de entonces, Fiorini la convirtió en su modelo. La hacía posar y la pintaba. Nunca compartía su obra con ella, jamás le mostraba el retrato que había hecho; solo se acercaba, le acariciaba la barbilla y reiteraba que jamás había visto una pureza como la de su rostro. La tenía siempre de la mano. En cuanta ocasión se encontraban la tocaba de alguna manera, en la cara, en las manos, en la cintura. Ni siquiera disimuló cuando la llevó a la iglesia para firmar los papeles que lo convertían en su tutor legal. No soltó sus manos durante todo el acto, ni cuando debió firmar los documentos que decían que la jovencita debía obedecerlo en todo cuanto él le mandara.

Desde que la separaron de su hermano, Clorinda vivió completamente sola e infeliz. Anhelaba ver a Adolfo. Le resultaba incomprensible que Fiorini los hubiera separado, tanto como que su tía lo hubiera permitido. Las ideas se tornaban confusas en su cabeza: había visto a su mamá convertirse en la mujer de Fiorini, sabía que su papá, Carlos Sarracán, los había abandonado aunque nunca supo la razón, Juana jamás le había hablado mal de su padre, recordaba a su tía Asunción y a su mamá hablar en voz baja de Fiorini, de que el italiano debía asumir la responsabilidad por lo que había hecho, es decir, cumplir con su deber de padre. ¿Padre? ¿De quién? Fiorini había estado presente en su vida casi desde que tenía memoria. Pero, ¿quién era Fiorini en su vida? ¿Por qué quiso quedarse con ella? Pasó el resto de su infancia y su primera adolescencia perdida en estas angustias. Hasta que cumplió 15 años. Entonces conoció otra vida, una que jamás hubiera imaginado. El día del festejo Jacobo le ordenó a las criadas que fueran a buscarla a su habitación. Él la esperaba en la sala, sentado en un sofá. Había algo muy importante que tenía que comunicarle. Cuando Clorinda llegó, Jacobo se levantó y le tomó las manos.

—Ya no sos una niña —le dijo con una media sonrisa que ella había visto algunas veces y le desagradaba, como aquella noche terrible en que lo vio por el ojo de la cerradura castigando a su mamá—. Te voy a mostrar al mundo. Para todos serás la flor de Fiorini, la flor que he cultivado durante estos años. Otra obra de arte, la más perfecta de cuantas he realizado. Pero no te conocerán en el lienzo, sino en carne y hueso, una mujer de verdad, porque eso es lo que sos, una mujer. Vamos a ir al teatro, una modista te va a hacer los vestidos adecuados y te dirá cómo usarlos para que se aprecien tu talle y tu figura. —Jacobo hizo una pausa y le ordenó a Clorinda que se sentara. Caminó unos pasos de espaldas a la chica y continuó—: Serafina ya te ha hablado de que una mujer no es una niña. Le pasan cosas distintas. Ese asunto con los hombres… Si no hablaron, le voy a decir que lo haga. —Jacobo volvió a acercarse a la jovencita—. Una vez que estés lista —le dijo, acariciándole la barbilla— nos casaremos.

Un tendero le hizo elegir telas y una modista le cosió un vestido con miriñaque. Por primera vez en su vida, Clorinda se metió dentro del armazón confeccionado con aros de alambre. No quería ni probárselo; menos, usarlo. Le hacía doler la espalda, no caminaba bien, se sentía prisionera. Fiorini supervisaba todo, se reía de las dificultades de su futura

esposa y a cada rato le preguntaba si todo marchaba bien. A punto de llorar, ella le dijo que no soportaba ese aparato debajo del vestido. Jacobo hizo venir a un modisto francés que le preparó lo que, según él, era el último grito de la moda europea, una crinolina de crin de caballo. Era una idea muy sencilla: urdir crin de caballo para obtener un tejido con el que fabricar miriñaques; de esta manera se conseguían faldas bien anchas, con una sola capa de tela. Un peluquero la peinó con rulos, le puso cintas en el pelo y le dio un buqué de flores para llevar en la mano. Clorinda estaba lista para ir al teatro con Fiorini. Este la mostraba aquí y allá como si fuera un trofeo. Clorinda saludaba y apenas sonreía. Al sentarse en el palco, Fiorini, por primera vez, apoyó una mano en la rodilla de la jovencita. Clorinda se perturbó.

El casamiento se realizó en 1845, en la iglesia San Pedro Telmo. Los padrinos fueron el pintor Augusto Favier, que había compartido el taller con Fiorini, y la tía materna de Clorinda, Asunción Guerrero. Después de muchos años, la chica pudo ver a su hermano en la ceremonia. El abrazo fue interminable. El pintor solo sonreía.

Aunque nadie se lo dijo directamente, le bastaba repasar su corta vida para que todo se le apareciera patente. Fiorini era mucho más que su tutor legal. ¿Era su padre? Esa fue la razón por la cual Carlos Sarracán se fue de su casa, aunque jamás se negó a darle su apellido a la niña para no condenarla de por vida a ser una bastarda. Juana quedó en la miseria, y lo de haber conseguido un empleo en lo de Fiorini era apenas una excusa para decirles a los chicos. Ella le propuso un pacto al italiano. A cambio de ser su mujer, él la mantendría y les daría hogar y alimento a Adolfo y Clorinda. Fiorini podría tener a las dos; cuando ella se hiciera vieja o muriera, tendría a Clorinda. Y era precisamente eso lo que Jacobo había hecho. Por eso decía que cuidaba a una flor, a una *madonnina*, a una virgencita. Había cultivado aquella flor para él.

En los años que siguieron Clorinda le dio a Fiorini tres hijos, Catalina, la mayor, Jacobo y Lorenzo.

Su vida volvería a cambiar en 1850. Clorinda tenía 19 años cuando un incidente con una señora que había encargado un retrato precipitó el final de la carrera de Jacobo como pintor. El retrato no estaba bien, sobre todo por sus líneas poco cuidadas y una imagen general que guardaba alguna semejanza con la modelo pero no se parecía a ella. Los dedos de Fiorini

habían comenzado a endurecerse y su trazo ya no era el mismo. Jamás se supo cuál fue la enfermedad, si reuma, artritis reumatoidea o qué. Lo cierto es que Fiorini ya no dominaba sus dedos y la habilidad se había escapado de sus manos. Luego de tajear el cuadro de aquella señora, comenzó cancelar o derivar los encargos. Mantuvo las clases de pintura, porque en ellas no era indispensable que utilizara el pincel. Sin embargo, el golpe había sido demoledor. Su carácter cambió, se volvió más hosco, agrio, violento y maleducado. Comenzó a beber y Clorinda solía encontrarlo inconsciente tirado en el jardín de la casa. Pronto, los padres de sus alumnos dejaron de enviarlos a sus clases. Estaba desesperado. De golpe se convirtió en un hombre celoso de su joven mujer, y por las noches, luego de beber, la golpeaba. Fiorini ya no podía continuar con la pintura ni con su vida tal como la venía llevando. Decidió, entonces, salir de Buenos Aires. Compró una chacra en Santos Lugares y la familia se mudó para allá, un sitio no muy lejano de aquel donde Rosas había ordenado establecer prisiones rurales para encarcelar a sus opositores. En Santos Lugares, en 1848, fue ejecutada la condena a muerte que Rosas les había impuesto a Camila O' Gorman, embarazada de ocho meses, y al cura Ladislao Gutiérrez.

Clorinda creyó que sería una solución que su esposo se dedicara a las tareas del campo y a administrar la chacra. También se lo había sugerido Vicente, el hermano de Fiorini. De pintor a chacarero no era un cambio que Jacobo aceptara fácilmente. Por las noches iba a escondidas al altillo de la estancia y se ponía a pintar. Descendía, abatido, malhumorado, trastornado. En la cama se echaba sobre Clorinda y la poseía de manera salvaje, más para dañarla que para refugiarse en su cariño; parecía castigarla con cada uno de sus movimientos, que nada tenían que ver con un acto de amor, mientras la llamaba de la misma manera en que lo hacía desde que era una niña, *madonnina*, aunque cargada de sorna. Esas humillaciones le hicieron comprender a Clorinda lo que había visto hacía ya muchos años cuando espió a su madre y a Fiorini por el ojo de la cerradura. Ahora adivinaba el rostro de su madre frente a ese hombre que gozaba con su sufrimiento, con una expresión diabólica y perversa, pues era su propio rostro y su propio sudor, soportando las agresiones incesantes hasta que, al fin, Jacobo quedaba agotado al lado suyo, mientras ella, como su madre, respiraba agitada, vejada y magullada. Ese era el rostro que no había podido ver cuando era niña. Era su rostro. Cuando recobraba las fuerzas, el italiano

sufría una violenta y súbita excitación, aunque no sexual, Fiorini volvía a golpearla una y otra vez.

El pintor hablaba ya con muy pocos y constantemente se peleaba con sus vecinos por cuestiones menores. Entabló demandas judiciales contra algunos de ellos; intimó a los proveedores de alimentos para los animales; se enemistó con los almacenes que compraban lo que se producía en la chacra; tuvo incidentes con los peones. Las cosas empeoraban sin cesar. Cada vez celaba más a Clorinda y se ponía fuera de sí cuando algún peón simplemente la miraba. Maldecía entonces a "¡los hijos de esta tierra!" y golpeaba a su mujer con dureza, delante de todos. Llegó un momento en que no tuvo más empleados varones. En 1856, después del nacimiento de su última hija, Mercedes, se encontró con su hermano Vicente, que había ido a felicitarlo por el acontecimiento.

—¡Felicitala a ella, que es la madre; a mí no, ese niño no es mío!

Fiorini no dejaba entrar a la chacra a ningún varón, lo que provocó un gran descalabro porque él solo no podía encargarse de todas las tareas. Los animales que criaban, cerdos y gallinas, empezaron a morir por falta de atención y los frutales se arruinaban. Un buen día, cansada de los malos tratos y las trompadas, Clorinda se le plantó y le dijo que se iba de Santos Lugares con sus hijos. Al día siguiente, Fiorini parecía otro hombre. Llevó a toda la familia a misa. Los chicos ya no lloraban ni parecían tristes como hasta entonces. Con la llegada de Benigno, primero, y de Mercedes, después, Clorinda se vio obligada a contratar empleadas para que la ayudaran con los chicos y la casa.

Crispín Gutiérrez era el capataz de la chacra. Tenía más o menos la misma edad que Clorinda, que le había tomado simpatía. Era un muchacho ingenuo, de buen corazón, que no había recibido ninguna educación. Como a ella, le gustaban mucho los perros, y generalmente se mostraba reservado y andaba callado. A su hermano menor Remigio, de 18 años, Clorinda lo conocía de menos tiempo y siempre le pareció diferente de Crispín, más cínico y calculador, un muchacho cuya única meta en la vida era aprender a domar caballos. Cuando Fiorini echó a todos los peones, porque según él deseaban a Clorinda, Crispín fue el único que había conservado su trabajo. Fiorini nunca lo vio como a un hombre, sino como a un chico.

Un día, mientras Crispín sacaba agua del pozo, uno de los perros de Clorinda, Octubre, se echó con una nube de moscas que zumbaban a su

alrededor. El zumbido molestó a Fiorini, que no tuvo mejor idea que pegarle una tremenda patada al pobre animal. Crispín reaccionó, se lanzó sobre su patrón y lo golpeó duro. Naturalmente, Fiorini lo echó de inmediato. Sin un hombre que conociese y se preocupara por las tareas de la chacra, de nuevo la economía del italiano amenazaba con irse a pique. Alentado por Clorinda, el cura del pueblo convenció a Fiorini de perdonar a Crispín y el muchacho pudo recuperar su trabajo. Entonces, la que se alejó de la chacra fue la propia Clorinda, cansada ya de su marido, tutor, casi padre. Tomó a Mercedes y se fue a Buenos Aires, donde la esperaba Carlos Sarracán, entonces empleado en la Aduana. Juntos concurrieron a la Curia a pedir la nulidad de su matrimonio, porque, alegaron, Fiorini la golpeaba permanentemente. "Un día de estos sucederá algo irremediable", les dijo Sarracán a las autoridades de la Iglesia. Los sacerdotes le preguntaron si, además de los golpes, podía alegar otra causal. El hombre respondió por su hija. "¡Incesto!" Enseguida suavizó sus dichos: "Fiorini fue casi el padre de Clorinda. Fue su tutor legal. ¿Qué dice de eso nuestra Iglesia?". Nada. Su solicitud fue rechazada.

De vuelta en Santos Lugares, Clorinda notó que sus criadas, Nicolasa Merlo y Claudia Álvarez, dos chicas de 15 y 16 años, analfabetas y huérfanas, que Jacobo había recogido del hospicio, se habían adueñado de los chicos y manejaban la casa a su capricho. Además, se peleaban por ver quién se quedaba con Crispín y quién con Remigio. Crispín no les daba mucha bolilla porque eran muy habladoras y entrometidas. De todas formas, a Clorinda no le gustaba la actitud de sus empleadas. En sus ratos libres, Clorinda pretendía enseñarles a leer y a escribir, a instruirlas sobre cómo debía comportarse una mujer honesta, una dama. Les decía que ellas no eran hembras, sino mujeres, que debían hacerse respetar, y que eso no lo iban a conseguir si se ofrecían a los hombres de esa manera. Pero Tomasa y Claudia casi no le hacían caso a su señora. Entre ellas comentaban que su ama quería arrebatarles a esos muchachos para aprovechárselos ella sola.

La chacra era grande y requería de mucho trabajo. Tenía dos pisos y un ático. Había siete habitaciones, con dos columnas simples en el porche, que soportaban una gran viga. Las ventanas eran pocas; una de ellas, enrejada, estaba en la habitación principal; la otra, muy pequeña, en el altillo. Una franja de pavimento de ladrillo, de dos metros de ancho, rodeaba la casa para protegerla de los yuyos. El terreno tenía un palomar, árboles de higo,

perales espinosos y variados tipos de malezas que crecían por todas partes. En el camino que llevaba fuera de la casa había sauces, álamos y rosas chinas.

Un día de mediados de octubre de 1856, Octubre murió. Era el galgo favorito de Clorinda, que acostumbraba llamar a sus perros con nombres de meses: Marzo, Octubre, Noviembre. Cuando Crispín estaba enterrándolo, ella salió a darle una jarra con agua, porque era un día de mucho calor. Remigio, echado en la tierra al lado de su hermano, solo lo miraba. Cuando terminó de enterrar al animal, Clorinda llamó a Crispín a la cocina. Le dijo que no entendía qué estaba haciendo en la chacra, que estaba desperdiciado su vida, y que lo mejor para él era irse, porque la situación de constante tensión con Fiorini era insoportable para todos. Le pareció que estaba hablando con un chico. El muchacho, con la cabeza gacha y una voz muy baja, apenas le respondía. Le dijo que no se iría porque no quería dejarla sola con el italiano. Clorinda insistió. En ese momento una sombra apareció en la ventana. Era Cayetano.

En 1856, Cayetano Descalzi era un vendedor ambulante que, de tanto en tanto, pasaba por la chacra. A veces, Fiorini lo dejaba a dormir en el palomar y le daba un poco de leche. Sus vidas no habían resultado lo que pretendían. Ambos se habían dedicado al arte. Cuando se convirtió en el artista más cotizado del régimen rosista, Descalzi logró superar la ventaja inicial de Fiorini. Caído Rosas, los dos se vieron sumergidos en una larga decadencia, que había llevado a Descalzi casi a la indigencia y a Fiorini a rozar la locura. Clorinda reconoció a ese hombre sobre el que su marido le había hablado tantas veces, el que había llegado desde Italia con él y Vicente. Así como Fiorini había perdido sus manos, Descalzi estaba ciego. Se había convertido en un mercachifle de cabellos grises, sucios y largos, que andaba con un bastón y una bolsa de trastos al hombro. ¿Por qué iba a la casa de su antiguo amigo y rival justo ahora, cuando transitaba ese triste final de vida? Quería volver a jugar con Fiorini un juego que le había costado una reliquia. Venía a reclamar una antiquísima tablita con la imagen de la *Madonnina*.

Cuando estudiaba en la Academia de Brera en Milán, Fiorini también realizaba algunos trabajos de restauración en una vieja iglesia del Piamonte. Todo el norte de Italia había sido invadido por los franceses a principios del siglo XIX. El cura de la iglesia, Fra Severino, fue asesinado y se había

corrido la voz de que Fiorini había escapado llevándose una antigua y pequeña obra del altar, una pintura de la *Madonnina* realizada en el siglo XV, muy particular porque la Virgen lucía una serpiente alrededor del cuello. Para salvarla de los franceses, la envolvió en una tela y se la llevó. La conservó todos estos años como un tesoro que cada tanto admiraba. ¿Sería el deseo de ver esa *Madonnina*, o de robársela a su compatriota, lo que llevaba a vayetano Descalzi, arruinado y sin el crédito de otras épocas, a frecuentar a escondidas la chacra de Fiorini?

Una vez más, Crispín acomodó al mercachifle en el palomar. El capataz le compró entonces un pistolón que Descalzi tenía a la venta. Era la noche del sábado 11 de octubre de 1856.

Unos días atrás, Jacobo le había pedido a Remigio que cavara un pozo. El domingo 12, cerca del mediodía, Remigio fue a buscar al patrón para pedirle que le pagara el trabajo. Eran 65 pesos, según el precio que había fijado Jacobo. A Fiorini no le cayó nada bien el reclamo del peón; desde lo alto de la escalera le arrojó un billete de quinientos pesos y le dijo que se dieran por pagados, tanto él como Crispín, y que se fueran de la casa. Los trató de "hijos del país", es decir, de salvajes, brutos, animales. Remigio lo miró furioso. Cuando se enteró del hecho, Crispín no dijo nada. Cerró los puños y lanzó una mirada que espantó a su hermano. Quiso ir a vérselas de inmediato con su endemoniado patrón. Fiorini no había salido del altillo en todo el día. Clorinda estaba preocupada porque no había probado bocado desde el desayuno. Sabía que su marido no se resignaría nunca a dejar de pintar, aunque ya era un tormento, para él y para todos, porque cada vez que salía de ese altillo la golpeaba delante de los chicos o se la llevaba al cuarto matrimonial, donde la humillaba de todas las formas posibles.

Clorinda fue al altillo para decirle, sin atreverse a entrar, que bajase a descansar. Eran cerca de las ocho de la noche. Jacobo escuchó la súplica de su mujer, que sostenía un monólogo apagado y cauto que se convirtió en un susurro, pero perfectamente audible en medio del silencio. Al fin, Jacobo abrió la puerta y la vio. A su espalda se veían retratos de Clorinda pertenecientes a diversas épocas. Eran particularmente hermosos los de los años de esplendor de Fiorini; los recientes, surgidos de sus manos agarrotadas, eran monstruosos. Clorinda dio media vuelta y Jacobo bajó los escalones detrás de ella. Llevaba en la mano una bayoneta que un oficial rosista le había regalado hacía muchos años. Fue hasta el salón y se recostó

en el sofá a esperar la cena, siempre con la bayoneta en su mano. Clorinda marchó a la cocina a apurar la comida. Aunque Jacobo quería cenar con los chicos, Clorinda no le hizo caso. Después de que las criadas le sirvieran en la mesa de la sala principal, Clorinda vio venir a Crispín y a Remigio hacia la casa. Tomó a los chicos y a las criadas, y se fue al palomar. Jacobo cenaba con la bayoneta a su lado cuando el capataz y su hermano entraron. Fiorini se incorporó y les hizo frente. Crispín le disparó con el revólver que le había comprado al trapero italiano, ese Descalzi.

—¿Qué fue eso? —gritó Clorinda, que salió corriendo hacia la casa con las criadas atrás.

Crispín había fallado el tiro. Fiorini lo atacó con su bayoneta, pero el capataz se movió hacia donde estaba su hermano y le arrebató el mazo para cavar postes de cercas que tenía en sus manos. Antes de que Fiorini lograra alcanzarlo con la bayoneta, le dio un mazazo en la cabeza. Fiorini cayó. Remigio tomó el arma que había tirado Crispín y le pegó al patrón con la culata. Remigio volvió a darle con la maza. Una y otra vez. Rápidamente, antes de que llegara alguien, ataron el cuello de Jacobo con una lonja de cuero crudo y lo arrastraron como si fuese un cerdo muerto hasta detrás de la casa, bastante lejos, a un lugar donde solían tirar la basura.

Cuando escuchó el disparo, Clorinda contuvo a sus hijos y les dijo a Tomasa y a Claudia que se quedaran con ellos. Corrió hacia la casa; antes de entrar vio el reguero de sangre que se perdía en la oscuridad. Los hermanos Gutiérrez ya no estaban. Al entrar vio el manchón de sangre cerca de la mesa y el rastro que partía de allí y salía de la casa. Entonces entró Claudia. Clorinda le ordenó que trajera agua y jabón para limpiar la sangre en el sofá y la alfombra, y que le dijera a Tomasa que llevara a los chicos a la cocina y que por ningún motivo los trajera al salón.

Clorinda Sarracán de Fiorini no le contó a nadie el crimen de su marido. Cuando le preguntaban decía que se había ido a Buenos Aires y se mostraba preocupada porque no regresaba; hasta fue a buscarlo a la casa de la calle Del Parque 124, que Fiorini tenía en la capital y usaba cuando viajaba a la ciudad. No hubo noticias del italiano. Su padre, Carlos Sarracán, fue a acompañarla ya desde el día siguiente de la desaparición pues se había enterado en su trabajo que el pintor no aparecía. Poco después del 20 de octubre, en el diario *La Tribuna* se recibió un par de cartas anónimas que se preguntaban dónde estaba Jacobo Fiorini. Los amigos del italiano en la

ciudad y su hermano se alarmaron porque no había rastros de que hubiese salido de Santos Lugares. El 24 de octubre de 1856, *La Tribuna* daba la noticia de "la desaparición misteriosa del señor Fiorini, antiguo vecino de la ciudad". Según afirmaba el artículo, Fiorini era casado y con propiedades en el país. Unos días atrás, continuaba, había partido a caballo de su chacra de Santos Lugares rumbo a la capital. Tres días después, el juez de turno o semanero, Basilio Salas, le comunicó al juez penal Miguel Navarro Viola que Fiorini había desaparecido y le pedía que iniciara las investigaciones para saber qué le había sucedido. Navarro Viola le encomendó la tarea al comisario de Villa Luján, Nicolás Arnaud.

El policía era un hombre de baja estatura y llamativa melena colorada. Antes de ir a la chacra recibió un anónimo (una nota envuelta en una piedra, arrojada a la comisaría) indicándole dónde podía estar el cuerpo, y se dirigió de inmediato a ese lugar con un carruaje y tres policías a caballo. Buscaban un gomero de amplia copa y estructura poderosa situado casi en los límites del terreno de Fiorini. Allí, al pie del poderoso árbol, estaba, apenas cubierto por hojas y algo de basura, el cadáver del pintor. Los médicos forenses determinaron que le habían partido la cabeza. Los hombres de Arnaud inspeccionaron la chacra y encontraron enterrada la maza de madera usada en el crimen. Tenía sangre pegada. Arnaud se dispuso a interrogar a los empleados. Fue la oportunidad que la criada Claudia Álvarez tuvo para despacharse contra Clorinda. La jovencita siempre había estado encariñada con Fiorini porque había sido él quien la sacó del orfanato, a los 14 años. Le dijo al policía que sus amos se peleaban todo el tiempo y que Fiorini sospechaba que la señora le metía los cuernos con el capataz, Crispín.

Navarro Viola ordenó el arresto de Clorinda, de Crispín, de Remigio, de Tomasa Merlo, de la propia Claudia y, además, de Carlos Sarracán. El juez no creía que el padre de Clorinda hubiera ido a verla solo para estar con su hija en momentos difíciles. Pensaba que detrás del crimen debía haber habido alguna motivación económica; Sarracán, si bien era encargado en la Aduana Nueva, tenía apuros económicos. Antes del hallazgo del cuerpo, su hija había cobrado algunos créditos de su marido, y Sarracán la había acompañado siempre; frente a una motivación, por el momento confusa, para el homicidio no debía descartar que Sarracán hubiera pensado en hacerse con el patrimonio de su yerno. Hasta se rumoreaba que el crimen se

debía a una cuestión de incesto entre Carlos Sarracán y Clorinda. Para Navarro Viola, todas las posibilidades estuvieron abiertas hasta que le trajeron el dato de que Sarracán no había depositado a su nombre un solo centavo de lo que había cobrado Clorinda durante los días siguientes a la desaparición; por el contrario, todo el dinero fue consignado a nombre de su hija. Navarro Viola liberó a Sarracán inmediatamente.

Clorinda fue engrillada en su propia casa, en presencia de Arnaud. Estaba derrumbada, y a la vez aterrada, cuando vio que el herrero se disponía a martillar los hierros de los grilletes para remacharlos. El policía cambiaba su actitud hacia ella; de pronto parecía comprensivo y solidario, de golpe la interrogaba como si estuviese frente a un súcubo. Rápidamente, Aranud dejo ver qué era lo que en verdad le interesaba. Le preguntaba a Clorinda sobre su vida sexual; quería saber cómo era Fiorini con ella, qué hacía o dejaba de hacer. Mientras daba vueltas alrededor de la mujer, leía el contenido de unos enormes papeles donde supuestamente estaban escritas las declaraciones de los demás implicados. Según Arnaud, la culpaban de haber preparado la muerte de su marido. Los papeles no contenían ninguna declaración, estaban en blanco; era una de las trampas que el policía solía usar con los sospechosos para obtener confesiones.

—Ah, entonces usted admite que habló con Crispín Gutiérrez poco antes de que matara a su esposo.

—Pero eso no significa nada. Yo hablaba con todos en la casa.

—Sí, pero en esas circunstancias… O, como dice su criada, cuando Fiorini no estaba usted dormía con Crispín Gutiérrez en la cama matrimonial.

—¡Eso es mentira! ¡Ella no pudo haber dicho eso, es mentira!

—Clorinda se tapaba la cara con las manos y lloraba.

—Con su llanto, me está confesando que lo que dicen los testigos es verdad. Usted mandó limpiar la sangre.

—Yo no maté a mi marido.

—Usted lo preparó todo. ¡Está en estos papeles! —dijo Arnaud casi gritando—. ¡Hable! ¡Confiese de una vez!

—¡No, no, déjeme en paz…!

—¡Lo dicen los testigos! ¡Aquí! —y con el dorso de una mano dio un fuerte golpe en el manojo de papeles que tenía en la otra.

—¡Basta!

—Nunca más verá a sus hijos, se lo aseguro. Conozco a las mujeres de su clase.

—¡No, no! ¡Está bien, basta!

Y Arnaud volvía a machacar sobre las relaciones que Fiorini habría mantenido con las damas que retrataba y con las mujeres de los vecinos de la chacra y sobre cómo ella habría soportado todas esas infidelidades de su marido. Una mujer sensible y delicada como Clorinda pudo haber pensado en una revancha. A pesar de las humillaciones, Clorinda no respondía. El policía había descubierto los retratos de Fiorini en el altillo, casi todos de Clorinda, pero pertenecientes a la época en la que el italiano ya no podía dominar sus manos; muchos de esos retratos eran imágenes deformes. Arnaud las hizo traer ante Clorinda y se las mostró una y otra vez.

—Así deforme la veía, porque como artista que era le veía el alma.

Arnaud la careó con los demás en un interrogatorio despiadado y violento, donde le hizo decir lo que quería escuchar. Las medias palabras de Clorinda fueron tomadas como una confesión. Era, por fin, lo que Navarro Viola esperaba. Cada vez que estaba frente a Clorinda, el juez no abría la boca. La miraba con intolerancia e impaciencia. Así como Arnaud solo quería arrancarle la confesión de una vez por todas y entregar el caso solucionado, Navarro Viola quería que el policía le arrancara la confesión.

Frente a Navarro Viola, Claudia Álvarez amplió lo que le había dicho a Arnaud, que Clorinda y Crispín eran amantes, y que ellos habían matado a Fiorini con la ayuda de Remigio. Su patrona ya le había dicho a ella y a Nicolasa que iban a matar al patrón. Le pegaron un tiro y lo golpearon con una maza. Reiteró que su amo desconfiaba de Clorinda desde hacía tiempo, y que Crispín dormía en la cama del amo cuando este viajaba a Buenos Aires. Después de matar al amo, su patrona y Crispín se fueron a dormir a la cama matrimonial, como si nada hubiera pasado. Claudia repitió todo lo que había oído por ahí. Ella no había visto nada de lo que contaba. Solo que el día 12 de octubre Clorinda le ordenó que limpiara una mancha de sangre en la alfombra y en el sofá de la sala. En cambio, Nicolasa, que tenía 15 años, dijo todo lo contrario. No era verdad que Crispín y la señora durmieran juntos; no sabía quién había matado a Fiorini y era mentira que su ama le hubiera dicho que pensaba asesinarlo. Su patrona nunca le hablaba a ella ni a Claudia sobre su vida. Cuando le tocó enfrentar al juez, Crispín le pidió su indulgencia y que lo eximiera de la pena de muerte si

admitía su culpa. El juez le dio una respuesta vaga, algo así como que le daría toda la indulgencia que pudiera en nombre de la ley. Para el saber y entender de Crispín fue suficiente. Admitió su culpabilidad. Dijo que había matado a Fiorini porque no aguantaba más que maltratara a su ama y porque no toleraba sus insultos "a los hijos de esta tierra". Además, le debía dinero y también a su hermano Remigio. Afirmó que cuando le pidieron que les pagara, Fiorini los humilló tirándoles dinero en la cara. Reveló que el revólver que utilizó, aunque él no sabía disparar, se lo había comprado a un baratillero italiano que había pasado la noche anterior al crimen.

El juez nombró abogado defensor de todos los acusados a Marcelino Aguirre. Para su hija, Sarracán propuso a Carlos Tejedor, uno de los políticos y abogados más importantes de Buenos Aires. Pero este rehusó aceptar el cargo en tres oportunidades, hasta que Navarro Viola desempolvó un viejo antecedente de la época de los españoles, según el cual un abogado de la matrícula no podía negarse a defender a un acusado que pidiera por él, aunque el reo careciera de recursos para solventar sus honorarios.

Después de la caída de Rosas, el 3 de febrero de 1852, el país quedó dividido. Por un lado, la Confederación y Urquiza; por el otro, el Estado de Buenos Aires. En 1856 y 1857 el tema de interés en Buenos Aires fueron las elecciones legislativas. Con el cuerpo renovado, se elegiría la asamblea que designaría al reemplazante del gobernador Pastor Obligado. En la ciudad había dos grupos políticos. Uno, el de los progresistas, que se expresaban en los periódicos *El Nacional* y *Tribuna*, y formaron el comité Club de la Guardia Nacional. Sus adversarios los apodaron "pandilleros", porque salían en pandilla a vocear los nombres de sus candidatos. El otro grupo era el de los conservadores, reunidos en el Club del Pueblo, a quienes los pandilleros llamaban "chupandinos", porque sus celebraban sus reuniones en una taberna donde se bebía abundante Carlón (un vino que se hacía con uva garnacha originaria de Benicarló, Castellón; aquí se le agregaban soda y hielo para rebajar su contenido alcohólico, pues tenía una graduación de 15 grados, muy elevada para la época; existía una variedad más económica, el clarete). Pandilleros eran, entre otros, Bartolomé Mitre, Dalmacio Vélez Sarsfield y Adolfo Alsina. Nicolás Anchorena, Amancio Alcorta y Jaime Lavallol eran chupandinos.

Junto a las cuestiones políticas, el crimen de Fiorini, el encarcelamiento de Clorinda y la posibilidad de que nuevamente una mujer fuera condenada

a la pena de muerte se convirtieron en los temas del momento en la ciudad. Pandilleros y chupandinos hablaban de Clorinda Sarracán; Sarmiento lo hacía en las páginas de *El Nacional*. En las reuniones de café los porteños apenas encontraban espacio para el esparcimiento. En ese entonces los cafés tenían una gran importancia, simplemente porque la gente podía reunirse en ellos. Durante la época de Rosas, esto estaba mal visto, porque al gobernador no le gustaban las tertulias ni los lugares donde se realizaban. Luego de su caída, los cafés porteños se revitalizaron. Por ejemplo, en el Café de la Amistad, ubicado en Rivadavia entre Tacuarí y Cambaceres (hoy Bernardo de Irigoyen), a las polémicas entre chupandinos y pandilleros se sumaban las discusiones sobre quién era Fiorini, si Clorinda era una mujer desalmada o una víctima de las infidelidades de su marido, si Crispín era tan buen mozo como decían, si habría otra Camila O'Gorman. El Café de la Amistad nunca hizo honor a su nombre porque las controversias terminaban en gigantescas peleas. Las mujeres de Buenos Aires no concurrían a los cafés, y mucho menos a las pulperías. Por eso, las audiencias en la sala de justicia constituyeron un atractivo superlativo.

Cuando debió hacerse cargo de la defensa de Clorinda, Tejedor se hallaba mucho más dedicado a la política que a su carrera jurídica. A los 21 años había conspirado contra Rosas y había sido condenado a muerte. Escapó hacia el Brasil y luego a Chile. Al regresar se dedicó al periodismo, y fue redactor de *El Nacional*. Para defender los privilegios aduaneros y portuarios de la ciudad abogó por la separación absoluta de Buenos Aires y el Interior. Era pandillero, aunque no provocaba un gran rechazo entre los chupandinos. La primera vez que vio a Clorinda estaba indignado. Cuando la mujer le preguntó a qué se debía esa actitud, Tejedor le explicó que no era un hombre de aceptar imposiciones; que había sido forzado a defenderla. Ella replicó que tenía absoluta libertad para renunciar, ya que no quería que la defendiera alguien que no estaba convencido de su inocencia. Tejedor la trató de ingenua y terminaron discutiendo a los gritos. En las reuniones siguientes, el abogado se dedicó a escucharla, aunque no le creía una palabra. En cierto momento le preguntó si cuando la detuvieron o después había sido enfrentada con los otros sospechosos. Clorinda le respondió que llevaba dos días engrillada y que su mente estaba perturbada. No se acordaba mucho de lo que había pasado, solo de la cara repugnante de Arnaud y de los fríos ojos de Navarro Viola. En ese momento, le dijo

Clorinda, hubiera hecho cualquier cosa por un poco de alivio a la tortura, por un jarro de agua o por un descanso. De inmediato, el abogado logró que Clorinda compareciera nuevamente ante el juez. Allí rectificó su primera declaración, que había sido obtenida con apremios. Tejedor le contó a la mujer que el juez estaba apurado por sentenciarla, y que les había ofrecido un pacto a Crispín y a Remigio que consistía en su confesión a cambio de ahorrarles la pena de muerte. En cuanto a las otras pruebas de la acusación, como la declaración de la criada Claudia, Tejedor estaba convencido de que la chica solo había firmado, o escrito una cruz, en un papel que le presentó Navarro Viola; en otras palabras, se trataba de una declaración armada.

El 6 de noviembre, los diarios de la ciudad rivalizaban sobre el caso; cada uno tomaba una posición, a favor o en contra de Clorinda. En *El Orden* de ese día se sostenía: "La esposa de Fiorini ha demostrado en la prisión y ante el juez del crimen Dr. Navarro Viola una energía que asombraría aun si esta mujer infeliz fuese inculpable. Pero no es una resignación cristiana, es más bien una especie de enajenación que prueba estar helado su corazón para los sentimientos que la naturaleza ha grabado en su sexo".

El Nacional, en cambio, advertía a los que daban por descontada la condena: "El inconveniente, repetimos, de que la prensa por un celo mal entendido (no queremos decir hipócrita) en contra del crimen haga exclamaciones y aspavientos que puedan caer luego en el más completo ridículo, si es que recae por último un fallo absolutorio (…) No queremos decir que la señora de Fiorini sea inocente, pero mientras la causa está pendiente del fallo de los Tribunales, ¿a qué prevenir la opinión pública?".

Al día siguiente, el juicio comenzó en una colmada sala de la Cámara de Justicia, en el Cabildo. El calor no fue impedimento. Crispín y Remigio entraron engrillados. Durante toda la audiencia permanecerían con la cabeza gacha. Lo mismo las dos criadas hasta que entró Clorinda. Todos la miraron, algunos estiraron sus cuellos para no perderse la visión de la mujer. Caminó despacio, con delicadeza. No miró a nadie en particular. Ocupó su lugar detrás de los otros acusados. Tenía el pelo recogido debajo de una cofia blanca. Un vestido negro hasta el cuello.

Antes de que se leyera la causa, Tejedor le pidió a Navarro Viola que permitiera quitarle los grilletes a Clorinda.

Para el fiscal no había dudas sobre los autores del crimen. Emilio Agrelo dedicó más tiempo en calificar de desalmados a los acusados que en analizar las pruebas de la causa. Se refirió a Clorinda como "mujer sin corazón". Afirmó que le debía todo a Fiorini, su bautismo, su educación, su nombre y su posición, y que le había pagado con la traición y la muerte. Finalmente la llamó mujer perversa. Agrelo no era partidario de la pena de muerte y mucho menos de aplicarla a mujeres. Subrayó que Clorinda había negado toda participación en el asesinato de su marido y que no tenían valor alguno las declaraciones hechas en su contra por los autores y cómplices del crimen. Luego de los insultos del principio, la alocución del fiscal parecía casi un alegato de la defensa. Agrelo se basó en viejas leyes españolas, de las que aún se echaba mano en el país. Para probar la participación de un sospechoso en un delito no eran válidas las acusaciones lanzadas por otro sospechoso. Y eso era lo que pasaba en este caso. En consecuencia, siguió el fiscal, debía condenarse a Clorinda por haber proyectado y ocultado el asesinato, pero su pena no podía ser la muerte. Sin inmutarse, Agrelo afirmó que había repasado todas las leyes que se ocupaban de los homicidios y encontró que todas prescribían la pena de muerte para el "hombre que mata" y no para la "mujer que mata". El fiscal entendía "la necesidad y la justicia del escarmiento para evitar la repetición de crímenes tan bárbaros como este", pero sostuvo que eso no se conseguía solo con la pena de muerte. En fin, le pidió al juez que condenara a Clorinda Sarracán de Fiorini a la pena extraordinaria de 15 años de prisión, debiendo presenciar la justicia que se verificará en las personas de los dos asesinos, sus cómplices Crispín y Remigio Gutiérrez, para quienes solicitó la pena de muerte.

En la sala se produjo un murmullo generalizado. Más de un miembro del foro criticó duramente al fiscal. Estaba bien que Agrelo se manifestase contra la pena capital, pero eso no lo autorizaba a hacer interpretaciones rebuscadas y, menos aún, a manipular las leyes españolas. Las Siete Partidas eran un cuerpo de leyes elaborado en la España del siglo XIII que se utilizó en América durante cientos de años. En la Partida Séptima, la que se refiere a las cuestiones penales, se prescribía con todas las letras la muerte para la mujer que asesina al marido.

La firme voz de fiscal dejó de sonar. Una mujer avanzó con un pequeño en sus brazos y una columna de niños detrás de ella. El público pasó del

murmullo a la gritería. Eran los hijos de Clorinda. Navarro Viola se enfureció. Tejedor pidió la palabra y solicitó un cuarto intermedio para que la acusada pudiera ver a sus hijos. Navarro Viola echaba chispas; el abogado nunca le había caído bien, menos aún en esos momentos. Como si no hubiese escuchado al defensor, Navarro Viola le pidió al jefe de la guardia que sacara de allí a los chicos y restituyera el orden en la sala inmediatamente. Pero Clorinda se aferró a los niños y gritó que la dejaran estar con ellos. Parte del público comenzó a insultarla y a gritarle "asesina", mientras otros pedían misericordia para la mujer. También a los gritos, Tejedor le recordó a Navarro Viola que la acusada era madre de cinco criaturas. El juez le retrucó que estaban en una sala de audiencias y no en un circo. La audiencia se interrumpió.

El 12 de noviembre le llegó el turno al defensor de los hermanos Gutiérrez. Marcelino Aguirre recordó la causa contra Domingo, "el Jorobado", Parodi y su banda. El precedente se refería a que la pena de muerte podía ser conmutada por la de prisión si el culpable colaboraba con la Justicia. Teniendo en cuenta que Crispín y Remigio habían confesado para no ser ajusticiados, eso fue lo que pidió para ellos. Remarcó que eran muy jóvenes, uno tenía 23, el otro, 19, y solicitó que se les aplicara una pena parecida a la que el fiscal había pedido para Clorinda.

El día 16 habló Tejedor. Antes que discutir detalles de la investigación, el abogado dirigió todos sus esfuerzos a despertar misericordia hacia Clorinda. Habló de la especial relación entre Clorinda y Fiorini, de marido y padrino, de la diferencia de edad, de la relación ilegal del pintor con la madre de Clorinda, del fracaso de la demanda de divorcio que ella había presentado ante las autoridades de la Iglesia. Finalmente pidió que la condenaran a diez años de prisión. Su intervención fue duramente criticada por la prensa: los periodistas afirmaban, de manera casi unánime, que el trabajo de Tejedor había sido desganado, con poca preparación, como si se hubiese querido quitar el asunto de encima. El mismo día, el juez dictó sentencia.

Navarro Viola había fundado y dirigía una revista enciclopédica llamada *El Plata Científico y Literario*. Poco antes de que le asignaran la causa de Clorinda Sarracán escribió en ella un artículo sobre la pena de muerte.

> … los castigos horrorizan, corrigen más a la humanidad por su duración que por el rigor fuerte pero efímero, atroz pero del momento, que deslumbra y se apaga. La cárcel perpetua, pues, esa sublime penitenciaría de los Estados Unidos y de Chile, en la que se reúne, el trabajo, a la reclusión, debe reemplazar ya entre nosotros a la injusta, innecesaria e inútil pena de muerte.

La sentencia de Navarro Viola establecía la pena de muerte para Clorinda, Crispín y Remigio. En el caso de la mujer, debía ser ejecutada en la Plaza 25 de Mayo, en Buenos Aires, a las seis de la mañana; por su parte, los hermanos serían ajusticiados en la plaza del pueblo de San Isidro, a las ocho de la mañana. Luego de los fusilamientos, en los tres casos, los cadáveres debían ser colgados para la pública exposición durante seis horas.

El Nacional tomó partido decididamente a favor de Clorinda; encabezó un movimiento para salvarla de la muerte, a la vez que criticó a los colegas que escribían en *La Tribuna* por haberla llamado "tigresa". "Una mujer a la horca no es de pueblos civilizados", repetían los seguidores de *El Nacional* y otros que no lo eran, pero para quienes la ejecución de una mujer, aun culpable, resultaba inaceptable, especialmente después de la experiencia de Camila O' Gorman.

Rápidamente, la causa pasó a la Cámara, que convocó a audiencias públicas para el miércoles 19 y 21 de noviembre. El trámite seguía siendo muy veloz. La decisión acerca de la pena que debía aplicarse a Clorinda no fue unánime. El juez Francisco de las Carreras votó la conmutación de la pena de muerte por la de prisión. Sus colegas Juan José Cernadas, Domingo Pica y Basilio Salas votaron por la confirmación de la pena de muerte. Movido por una celeridad incomprensible, el Poder Ejecutivo de Buenos Aires, con las firmas del gobernador Pastor Obligado y del ministro de Gobierno Dalmacio Vélez Sarfield, estableció que las ejecuciones se realizarían el 2 de diciembre. Mientras Tejedor recibía críticas demoledoras ("abogado sin fe en el corazón" o "en Europa después del presente proceso habría terminado su reputación forense"), diversas solicitudes de conmutación a favor de Clorinda se preparaban para ser presentadas ante el gobierno, entre ellas la de la Sociedad de Beneficencia.

Clorinda esperaba en capilla en la Casa de Ejercicios Espirituales. El coronel Eustaquio Marcos ordenó que se la engrillara nuevamente, en los tobillos y en las muñecas, y que se alistara un destacamento de Guardias Nacionales para conducirla al lugar de la ejecución. No le permitieron llevar con ella, como era su deseo, un pañuelo blanco y algunos cabellos de su hija

Mercedes, la menor. Escoltada por diez jinetes, el carruaje la llevó hasta la casa de un panadero español que había muerto hacía poco. Serviría como capilla antes de que la enviasen al cadalso.

Unas dos mil mujeres pidieron que se le perdonara la vida a Clorinda Sarracán. Por primera vez se veía manifestarse a las damas de Buenos Aires. Estaban lideradas por Mariquita Sánchez de Thompson, luego de Mendeville, por sus segundas nupcias con Juan Washington de Mendeville. Mariquita era una de las referentes de la Sociedad de Beneficencia, donde se reunían las mujeres de alcurnia de la ciudad. Durante el período de las luchas por la independencia, su casa era visitada por las personalidades importantes de la época. Ahora era una indomable viuda de 70 años, conocida como "una tormenta en faldas", que sabía cómo influenciar la opinión pública cuando era necesario. Luego de visitar a Clorinda en la cárcel, salió secándose las lágrimas, convencida de que se trataba simplemente de una esposa abusada y una buena madre que merecía una segunda oportunidad. Mariquita consiguió siete mil firmas que se oponían a la ejecución Clorinda, y reiteraban que no debía olvidarse el caso de Camila O' Gorman, que debía quedar como la última mujer ejecutada en la Argentina. Si Clorinda sufría el mismo fin, declaró Mariquita, constituiría una memoria sangrienta de la tiranía. Frente a las cerca de 95.000 personas que entonces vivían en Buenos Aires, siete mil firmas eran un número importante. Por su insistencia, Vélez Sarsfield se reunió con Tejedor y analizaron varias posibilidades.

—¿Cuál ha sido una de las mayor atrocidades que cometió el tirano? —preguntó Vélez.

—Atrocidades hay por doquier.

—El fusilamiento de una mujer embarazada. ¿Me entiende?

—Pero Clorinda no está embarazada...

—Usted sabe lo que tiene que hacer —concluyó Vélez Sarsfield.

—Pero no voy a poner en juego mi reputación con una mentira.

En consideración del estado de gravidez de la condenada, el sábado 29 de noviembre Tejedor presentó una solicitud de aplazamiento de la pena de muerte. El argumento del embarazo era relevante, ya que como escribiera el mismo Tejedor en su Curso de Derecho Criminal: "(…) si la que debe ser fusilada es una mujer que está encinta, la ejecución se suspende hasta el parto". Nadie quería otra Camila, que había sido fusilada a pesar de estar en

embarazada. Se realizó entonces una reunión de abogados en el despacho del gobernador. También se reunieron las cámaras legislativas, la de Diputados primero, la de Senadores después. El gobierno resolvió suspender los efectos de la sentencia. Meses más tarde, ya en 1857, el Poder Ejecutivo envió a la Legislatura un proyecto de ley por el cual se conmutaban las penas de Clorinda y de los hermanos Gutiérrez por la de 10 años de prisión. El proyecto se convirtió en ley el 28 de septiembre de 1857. La mentira de Tejedor había llegado muy lejos.

Después de una vida atribulada y de aquellos formidables sucesos de 1856, Clorinda deseaba dos cosas, estar con sus hijos y lograr que la olvidaran.

Hacia 1868 nadie se acordaba ya de Crispín y de Remigio Gutiérrez. Una historia afirma que en el Carnaval de ese año, varios presos de escaparon de la cárcel del Cabildo disfrazados de payasos, entre ellos los hermanos Gutiérrez. El 14 de abril del año siguiente, el gobernador de Buenos Aires, Emilio Castro, firmó el indulto de Clorinda Sarracán. El documento afirmaba: “El gobierno espera, al volver a las sociedad y a la familia, observará en todo tiempo una conducta irreprochable, que demuestre haber sido merecedora del acto de clemencia”. Cuando dejó la prisión, Clorinda era una mujer de 38 años. Comenzaba entonces una vida diferente. Una más.

LA LOGIA JUAN-JUAN

La logia Juan-Juan fue una sociedad secreta creada en Buenos Aires en la década de 1850 por opositores de Justo Buenos Aires en la década de 1850 por opositores de Justo José de Urquiza. Formada por José María Bustillo, Carlos Tejedor, Pastor Obligado y Miguel Esteves Saguí tenía el propósito de agrupar a los opositores de Urquiza, luego de la firma del Acuerdo de San Nicolás.

Originalmente, el objetivo de la logia fue asesinar al caudillo entrerriano, hecho que intentaron consumar el 8 de septiembre de 1852

cuando Urquiza se disponía a embarcarse en Buenos Aires con rumbo a Santa Fe. Pero la empresa fracasó.

Luego, Esteves Saguí y otros integrantes de la logia dirigieron la revolución del 11 de septiembre de 1852, animados por el regreso de Bartolomé Mitre. El levantamiento dos por el regreso de Bartolomé Mitre. El levantamiento provocó la separación de la provincia de Buenos Aires del resto de las provincias.

DE ABOGADO DEFENSOR A REVOLUCIONARIO

En 1878 Carlos Tejedor, aquel que más de 20 años atrás había defendido a Clorinda Sarracán, sustituyó a Carlos Casares como gobernador de la Provincia de Buenos Aires. Cuando, en 1880, las perspectivas de Mitre para alcanzar la presidencia se vieron nuevamente enturbiadas por el apoyo prestado por Avellaneda a Julio A. Roca, las armas parecieron nuevamente la solución. Tejedor hizo alusión en un discurso a la condición de "huésped suyo" del gobierno federal pues la ciudad de Buenos Aires era considerada parte del territorio bonaerense. Cuando Avellaneda anunció su propósito de convertir a la ciudad de Buenos Aires en capital de la Nación, Tejedor se opuso con todas sus fuerzas. Se presentó como candidato a presidente en 1880 para enfrentarse con Roca. Tejedor perdió y ordenó movilizaciones militares y la formación de milicias para adiestrar a los ciudadanos bonaerenses en el manejo de las armas. El Congreso sancionó una ley que prohibía a las provincias la movilización sin permiso expreso del gobierno federal, pero Buenos Aires la desconoció. Frente a la actitud adoptada por Tejedor, Avellaneda dispuso el retiro del gobierno federal de la ciudad de Buenos Aires y decretó la designación del pueblo de Belgrano, entonces fuera de la ciudad de Buenos Aires, como sede transitoria de gobierno. El Senado, la Corte y

parte de la Cámara de Diputados se trasladaron allí, antes de que el ejército nacional al mando de Roca sitiara Buenos Aires. El enfrentamiento fue cruento; tras feroces combates en Puente Alsina, los Corrales y en San José de Flores, las tropas de Tejedor fueron derrotadas. Se dispuso el desarme de la milicia provincial y la renuncia de Tejedor a favor del vicegobernador José María Moreno.

IV

Serapio Borches de la Quintana. Estafador de almas (1870)

Se había convertido en el insólito caso de un hombre amado por muchas mujeres. Serapio era atractivo, de porte elegante, simpático y de maneras cordiales. Sobresalía, además, por su robusta inteligencia; hablaba varios idiomas y poseía una vasta cultura general. Era un candidato ideal, y por eso sus pretendientes se desesperaban cuando él las rechazaba caballerosamente. Hasta que conoció a Dorotea, una delicada jovencita de 17 años, de ojos celestes, encantadores cabellos castaños y rostro inocente. Serapio no podía dejar de admirarla ni de tocarle sus pequeñas manos. Se enamoraron a primera vista.

En 1863, con sus hermanos, José María y Miguel, se había establecido en el partido de Mar Chiquita, luego de haber vivido diez años en Buenos Aires desde su llegada de España. A Serapio Borches de la Quintana no le gustaban las fiestas ni las reuniones; se resistía a los incesantes ruegos de sus hermanos para que se distrajera y los acompañara. Las pocas veces que salía con ellos, Serapio descollaba. Pero él prefería dedicar su tiempo a los negocios, a administrar la pequeña finca que explotaban. Dorotea era la hija de un hacendado medianamente rico, don Andrés. Serapio la había visto por primera vez cuando montaba un caballo con tal gracia que no pudo quitarle los ojos de encima. Luego la escuchó cantar mientras tocaba la guitarra, con una vocecita de soprano que terminó de seducirlo. Serapio hubiera seguido con el noviazgo por un tiempo más prolongado, porque su idea era, primero, consolidarse económicamente y, después, pensar en el matrimonio.

Dorotea lo comprendía, pero don Andrés quería que se casaran de inmediato. Un año de noviazgo, pensaba el viejo, era demasiado tiempo. Serapio se le adelantó en los planes. Fue a verlo para pedirle formalmente la mano de la joven y, de paso, que la boda se realizara en unos meses, el tiempo necesario para concretar un importante negocio.

—¿Pero para qué es necesario ese negocio? —rezongó don Andrés—. Hágalo casado, hombre, cuál es el problema.

—Don Andrés, usted debe saber que ahora no tengo el capital suficiente para mantener una familia y no quiero que Dorotea pase ninguna necesidad.

—Mire, m'hijo. Yo he vendido alguna hacienda y qué mejor utilidad puede tener ese dinero que la felicidad de mi hija.

—No sería correcto, don Andrés. Yo quiero demostrarle lo que valgo.

—Demuéstrelo después del casamiento.

—Usted me obliga a ser medio hombre. Yo me quiero casar con el fruto de mi trabajo. Por eso necesito concretar ese negocio. Necesito demostrarle que no me caso por su dinero.

—Usted lo que necesita es un cura.

—Bueno, está bien. Pero de todos modos vamos a tener que esperar un mes más o menos, porque deben llegar los documentos de mi familia desde España.

—Está bien. Pero ni un día más. Ahora me voy a dormir.

Serapio pasó esa noche con Dorotea.

Al día siguiente se apuró en decirles a sus hermanos que, en verdad, lo de los papeles de España una manera de ganar tiempo. Que lo que quería era realizar ese negocio que en poco tiempo les daría una fortuna.

—Pues bien, hombre, ¿cuál es ese bendito negocio? —inquirió Miguel.

—En los corrales de Buenos Aires se está vendiendo la hacienda a muy buen precio. Esto se debe a que están exportando a la Banda Oriental y a Europa. Entre lo que se vende en Buenos Aires y lo que se vende aquí hay una diferencia de cien pesos por cabeza, diferencia que en uno o dos días puede subir a ciento cincuenta pesos. Como acá no conocen esta información, el negocio es comprar hacienda a precio local y venderla en Buenos Aires a un precio mucho mayor. ¿Se dan cuenta? Pero hay que apurarse porque ahí los precios suben en cuestión de horas.

Miguel y José María se entusiasmaron. Vieron enormes ganancias y entendieron las razones de su hermano para postergar el casamiento. Sin

embargo, había un problema: no contaban con el dinero que necesitaban invertir. Pensativo, Serapio dio vueltas y vueltas hasta que finalmente les dijo que había encontrado la solución: comprarían a crédito. Los tres tenían buena fama, eran respetados en Mar Chiquita y conseguirían las cabezas de ganado necesarias. Con la venta que harían en Buenos Aires pagarían sus deudas y les quedaría una enorme ganancia, que, calculaban, sería de unos quinientos mil pesos. De ese modo, consolidarían sus finanzas y Borches podría casarse con la hermosa Dorotea. Luego repetirían negocio, pues era difícil que los precios de Buenos Aires descendieran rápidamente, al contrario.

Cuando fueron a ver a los estancieros de la zona, los hermanos no tuvieron inconvenientes para comprar a crédito. Serapio gozaba de la mejor reputación, y los lugareños creían en su honradez como en la existencia de Dios. Sus hermanos, además de invertir el pequeño capital de que disponían, se presentaron como garantes de Serapio. Al fin, lograron reunir una tropa que valía doscientos mil pesos; ganarían más de trescientos mil. Acordaron que el propio Serapio la conduciría a Buenos Aires con la ayuda de algunos peones. Una vez comprado el ganado, los hermanos fueron a ver a don Andrés y a Dorotea para contarles sobre el negocio. Frente al hecho consumado y al entusiasmo de los tres, don Andrés aceptó esperar que Serapio volviera de la ciudad. Antes de irse, el español le pidió a su futuro suegro que le prestara diez mil pesos para comprarle algunos regalos a Dorotea en Buenos Aires. La jovencita estaba feliz y entusiasmada. En poco tiempo se casaría y su amado demostraría su habilidad para los negocios. La última noche antes de partir los jóvenes se amaron con vehemencia.

—Volveré en quince días —se despidió Serapio.

Pero el tiempo pasó y Serapio no apareció. Ni al cumplirse los quince días ni al siguiente, ni al siguiente. Pasaron veinte días y todos se alarmaron pensando que le habría ocurrido alguna desgracia. Dorotea, sin embargo, tenía un semblante extraño; antes que pensar en una fatalidad, más bien sospechaba otra cosa, algún tipo de desdicha para ella. Mientras, los hermanos de Serapio y don Andrés decidieron dejar pasar un mes, luego del cual uno de ellos iría a Buenos Aires. Pero antes de que se cumpliera el mes, el capataz y los peones que habían salido con Serapio llegaron a Mar Chiquita.

—¿Que no ha venido don Serapio? —preguntó extrañado el capataz—. Nosotros pensamos encontrarlo acá porque hace más de quince días que nos despachó diciendo que nos encontraríamos aquí.

—¿Vendió la tropa?

—Sí, claro. Apenas llegamos. Y nos dijo que la vendió a más de lo que había pensado.

Para los hermanos y don Andrés era evidente que le había pasado algo malo, alguna desgracia. Miguel se preparó para hacer los 300 kilómetros hasta Buenos Aires. Cuando llegó a la ciudad dio las señas de Serapio, preguntó aquí y allá, buscó datos con la policía y se enteró de una verdad que le sacó el alma del cuerpo. Serapio nunca había tenido la menor noticia de una suba de precios de la hacienda en Buenos Aires. El negocio que les había propuesto a sus hermanos era tan falso como las promesas a don Andrés y Dorotea. Apenas llegado a la ciudad, Serapio vendió la hacienda en doscientos ochenta mil pesos, con una ganancia de setenta mil si se descontaban los diez mil que le había pedido prestados a don Andrés. Se deshizo de los caballos y se alojó en el hotel Ancla Dorada. El comisario Francisco Wright le dijo a Miguel que Serapio se había registrado con un nombre falso, aunque no había dudas que era él porque las señas particulares resultaban inconfundibles. Se lo había visto gastando en algunas sastrerías y en un salón de juego. A los dos días abordó un buque que salía hacia Europa aunque se desconocía el destino porque compró el pasaje a bordo, también con nombre falso. El barco hacía escala en Montevideo y también en algunos puertos del Brasil. Atontado como estaba, Miguel volvió a Mar Chiquita dieciocho días después de haber partido en busca de su hermano. Decidió no contarles la verdad a don Andrés y a Dorotea. Ante los demás diría que Serapio había sido víctima de un delito. Pero callar se le volvió en contra; su estado era deplorable, se encerraba en su habitación y se golpeaba la cabeza contra la pared. Su hermano José María no estaba mejor, al igual que don Andrés. Dorotea había perdido su lozanía. Era la única que intuía el espanto que los alcanzaba. A los pocos días de la vuelta de Miguel, enfermó de tristeza. Su padre ya compartía la sospecha de que Serapio había cometido la más repugnante de las vilezas.

—¡Si no fue víctima de un crimen, juro que lo buscaré y le arrancaré el corazón con la manos! —exclamó el padre de Dorotea.

Los pagarés comenzaron a vencer. Los hermanos de la Quintana debieron vender todo lo que poseían y aun así no lograron saldar sus deudas. Se quedaron con lo puesto y marcharon a un pueblo alejado para ocultar su vergüenza y vivir en la miseria. Frente a lo evidente, Miguel terminó por revelar toda la historia que había averiguado en Buenos Aires, de boca del comisario Wright.

Cinco meses después de la partida de Serapio, Dorotea tuvo un bebé. Don Andrés se lo llevó lejos. Nunca se supo adónde.

Serapio Borches de la Quintana nunca había pensado en casarse con la hija de un chacarero, por más hermosa que fuera. Su mira estaba puesta en algunas de las jóvenes de las familias distinguidas de Buenos Aires. ¿Sus hermanos? Pues ya se arreglarían sin él. Y Mar Chiquita no era un lugar para volver. Se justificaba a sí mismo diciendo que el campo no le hacía bien a su salud.

Desde entonces, Serapio estafó y robó de todas las formas imaginables. Un malviviente, como se les dice a los ladrones. Pero no un vulgar ladrón que robaba un reloj o una cartera en la calle, ni un bruto que rompía las puertas de las casas o los negocios. Era un ladrón de alto vuelo, temerario y desvergonzado, que siempre fue enemigo de la violencia. Había adquirido un profundo conocimiento del espíritu humano y una habilidad extraordinaria para representar cualquier papel y ganarse la confianza de los demás, fuera quien fuese.

Borches era uno de los tantos tipos de criminales estudiados por el renombrado juez y criminólogo alemán Carl Joseph Anton Mittermaier hacia mediados del siglo XIX. Los que definía como “falsos hombres honrados”.

> Representan un problema insoluble, pues parecen buenos y honrados; no solo engañan a los no peritos, sino a aquellos que se jactan de conocer bien a los hombres. Estos personajes utilizan las creencias de la vida social que se ofrecen a sus instintos. Por ejemplo, que nos alegremos cuando hombres que estimamos sin tacha, no beban, ni fumen, ni maldigan, ni protesten. Se comportan como verdaderos hombres modelo. Por lo cual se podría confiar en ellos incondicionalmente. De un joven que se alimenta de lo indispensable y únicamente se permite comprar una manzana los días de fiesta, no podemos creer que haya estafado. Y cuando se añade el ser muy apreciado, no podemos atribuir conducta alguna delictiva.

Cuando subió a aquel vapor que navegaba hacia Europa, Serapio tenía en mente recalar en Nápoles. Sin embargo, ya en viaje decidió conocer Río

de Janeiro. Usó entonces el nombre falso de Rodolfo Gándara. Apenas puso pie en Río, concurrió a los lugares de diversión más distinguidos y se relacionó con familias ilustres. Se presentaba a sí mismo como un joven español que quería conocer América. En las mesas de juego ganaba y perdía sumas abultadas. Los cien mil venían y desaparecían como si nada. Pero no le importaba. En los salones, más que sobresalir, dominaba. Tenía la habilidad de poder ver de qué estaban hechos todos aquellos que se le acercaban. Ahí conoció a un joven de la alta sociedad millonario e inocente; si fuera su amigo le diría que no frecuentara ese tipo de lugares porque podría encontrarse con canallas como él. Decidió que por el momento lo usaría como banca financiera. Aquel joven millonario e inocente le prestaba de a dos mil y de a diez mil. Así conoció también la casa de la familia de Juan Palma de Nevares. Almorzaba allí todos los domingos y entabló amistad con Juan Pablo, el hijo de Juan, de 25 años, y con Luisa Angélica Nevares, la hija, a quien rápidamente enamoró. Serapio pensó que era su oportunidad y, al cabo de unas semanas, le pidió al padre la mano de la joven. El jefe de la familia fue diplomático: le dijo que Serapio había llegado al Brasil hacía poco y solo se lo conocía por lo que él mismo contaba y aparentaba. El viejo quería saber de su familia, los motivos del viaje a América, sus antecedentes y sus medios de vida. Serapio le respondió con una media verdad. Le dijo que había nacido en Barcelona, en el seno de una noble y pudiente familia. Su hogar estaba formado por su padre y un hermano, y había venido a América solo por el placer de viajar. Él vivía de rentas.

—No se ofenda pero necesito que una persona de responsabilidad corrobore lo que me dice. Seguramente usted tendrá relaciones con el ministro español, que podrá darme referencias.

Serapio respondió que estaba enemistado con el diplomático y que no era la persona adecuada para dar referencias sobre él.

—Entonces el banquero que le hace los giros.

—Parece que el diablo se me ha puesto en contra. El dinero que necesito para mi estancia en Río lo he traído en mi valija. No tengo aquí banquero porque mis giros vienen a Buenos Aires desde Londres.

—Necesito que alguien me informe de usted, señor Gándara. De lo contrario debo pedirle que no venga a mi casa como novio de mi hija. Tal vez, si usted me da la dirección de su padre podría escribirle.

Serapio le dio una dirección falsa. Pero eso no fue todo. El embajador español le informó a Nevares que no podía estar enemistado con Rodolfo Gándara porque no lo conocía, y que le parecía extraño que perteneciendo, como había dicho, a una familia distinguida de España, no se haya comunicado con él al llegar a Río. Frente a esta situación, Nevares le contó lo ocurrido a su hijo Juan Pablo.

—¿Es que tu amigo es un miserable aventurero? De todos modos, no le des vuelta la cara; al contrario, trátalo como siempre —le recomendó el padre.

Serapio advirtió inmediatamente que las cosas se le habían ido de las manos y decidió abandonar el Brasil en el primer buque hacia Buenos Aires. Un día antes de partir se encontró con Juan Pablo Nevares en el Teatro El Dorado. Lo saludó ampulosamente, al borde de la burla.

—No puedo devolverle el saludo a un hombre incapaz de demostrar la legitimidad de su apellido —dijo Juan Pablo. Se acercó hasta Serapio y lo abofeteó con su guante. Serapio se precipitó sobre Juan Pablo y debieron separarlos. Enseguida, dos amigos de cada uno se reunieron en el cuarto de un hotel para preparar el duelo. Sería a la madruga siguiente, a sable, hasta que uno de los dos quedara impedido de continuar. En verdad, los padrinos de Juan Pablo no debieron aceptar el combate porque lo que estaba en duda era el linaje de Serapio o Gándara, y un caballero no podía batirse a duelo con quien no lo era. Sn embargo, la afrenta había sido de tal magnitud que consintieron en seguir adelante. Durante la espera, Serapio contrató una ballenera para escapar apenas hiriese a su contrincante, y de ahí embarcar a la nave que iba a Buenos Aires.

El lugar elegido para el duelo era el salón principal de la casa que alquilaba Serapio. Ahí estaban los dos ex amigos, mirándose con odio. El primer golpe hirió a Serapio en un muslo. La herida era superficial pero le dolía mucho. Envalentonado, Juan Pablo lanzó otra estocada pero falló. El español vio su oportunidad y tiró un golpe de arriba hacia abajo que dio en la cabeza de Juan Pablo y le abrió un tajo hasta el entrecejo. El herido soltó el sable y se llevó las manos a la cabeza. Rápidamente, sus padrinos corrieron a asistirlo y lo sostuvieron para que no cayera. El lance había concluido. Como la herida era muy grave, un médico intervino de inmediato. Entre los gritos y la confusión, Serapio se llevó el paletó de Juan Pablo, donde encontró su billetera con quinientos pesos y una cadena de

oro. Finalmente abordó el buque que lo llevaría hacia el sur. En el trayecto decidió que desembarcaría en Montevideo. Al llegar se alojó en el Hotel de la Paz con el falso nombre de Manuel García. Con una buena provisión de dinero, hizo lo mismo que en Río de Janeiro: comenzó a frecuentar casas de juego y los salones de la alta sociedad. De aquel hotel se mudó a otro más lujoso, Paso del Molino.

Por la misma época llegó a Montevideo un francés llamado Louis Mollard, quien se hospedó en el mismo hotel. Su destino final era Burdeos, donde debía encontrarse con su hermano, a quien iba a dejar al cuidado de sus negocios para retirarse a descansar. El dueño del Paso del Molino, Rodolfo Ramírez, era un viejo amigo de Mollard y le dio, como era de esperar, la mejor habitación. Serapio se alojó en la habitación de al lado, lo cual era conveniente para sus planes, porque cuando el dueño entraba a hablar con su amigo Mollard, él no tenía más que pegar la oreja a la pared y escuchar la conversación. De esta manera se enteró de que el francés llevaba consigo más de veinte mil francos. Al mismo tiempo, el español se disfrazó con una peluca rubia, una barba postiza del mismo color aunque no muy tupida, y con otro nombre falso alquiló una pieza en la calle Reconquista. Serapio le dijo a la dueña del lugar, llamada Serafina, que su nombre era Juan Fisher, y pagó una quincena por adelantado. Serafina, una italiana cuarentona aún atractiva, que se fijaba en los huéspedes jóvenes y todavía más si eran ricos, pensó en conquistar a Serapio. Pero este ya le había echado el ojo a ella, porque creía que la mujer podía ser útil para sus planes de retirada una vez que diera el golpe contra Mollard. Cuando salía de la pensión, Serapio caminaba una cuadra, doblaba la esquina y entonces se sacaba la peluca y la barba postiza, dejaba de ser Juan Fisher y pasaba a ser otra vez Manuel García. La segunda noche en el Paso del Molino, Serapio se acercó al hotelero, que estaba cenando con Mollard. Pidió disculpas por la intromisión y le comentó que un grupo de amigos lo invitado a cenar; como tenía valores en su habitación quería saber si estarían seguros durante su ausencia. El dueño le dio todo tipo de garantías y hasta le ofreció guardárselos él mismo. Serapio rechazó la oferta afirmando que si Ramírez decía que el lugar era seguro, le bastaba con su palabra.

—Mire usted, señor, este hotel es tan seguro que aquí tiene a mi amigo, el señor Mollard, que viaja a su país con una suma de veinte mil francos y

no tiene ningún temor porque me conoce y conoce el hotel.

—Entonces acompáñeme a la habitación —le dijo, rápido, Serapio—, así podrá usted apreciar mis valores. Hay tanto charlatán en este mundo… Y no quiero que usted me tome por uno de ellos.

Así fue como Serapio le mostró al hotelero una bolsa con monedas de oro y un fajo de billetes que era el botín que había traído de Río.

—Si usted desea, yo mismo vendré a dormir en la habitación contigua, la que ocupa mi amigo Mollard, que dentro de una semana parte hacia Europa.

Serapio ya sabía cuánto tiempo tenía para concretar el robo. Se fue a la pensión de la calle Reconquista, donde se colocó la peluca y la barba, y se convirtió en el señor Fisher. Encontró a la italiana en el salón y le pidió permiso para hablar con ella, como para pasar el rato, pues todavía era temprano para ir a dormir. Hablaron de arte y luego de música. Como en el salón había un piano, Serapio se levantó y miró la música que estaba sobre el atril. Era *L' amor funesto*, de Donizetti.

Serapio recitó:

—"*Più che non ama un angelo, / T' amai nel mio deliro, / Mi fusi nel tuo spirito, / Vissi nel tuo respiro*…" Ah, lo que yo daría para oírla cantar, señora mía.

Una sonrisa iluminó el rostro de Serafina. Fue hasta el piano y comenzó a cantar. Aunque lo hacía apasionadamente, era una pésima cantante. Es decir, mala pero entusiasta. En un momento, Serapio pensó que iban a estallarle los tímpanos, que vendrían los serenos y que su vida acabaría bajo los gritos de esa mujer. Pero mantuvo la compostura y esperó el final para aplaudir de pie la interpretación. Se acercó a la italiana, le tomó las manos y la miró amorosamente. Se acercó un poco más, hasta casi rozar los abundantes pechos de la mujer. Pero se detuvo a milésimas. La miró a los ojos y no dijo una sola palabra. Le besó una mano y se retiró. Si había alguna muralla que derribar, con Serafina ya lo había logrado.

Al día siguiente, Serapio se encontró con Serafina. Ambos sonrieron, hablaron poco e intercambiaron miradas sugerentes. Se percibía un estado de tensión que pronto estallaría. Al anochecer, la mujer volvió a dedicarle su canto y él respondió, sentado en el sillón de la sala, soplándole un beso con la mano. Serafina creía que su talento lírico había subyugado a ese buen mozo. Serapio se levantó y fue hacia ella. La tomó nuevamente de las

manos, pero esta vez apoyó una palma de ella en su propio pecho. Serafina hizo lo mismo con la mano de Serapio. Estaban parados en medio de la sala y él no tenía intención de llevarla a una habitación. Le tomó la cabeza con las dos manos y la besó. Serafina retrucó de la misma manera, pero llevó la cara de Serapio hasta sus pechos, mientras levantaba su cabeza hacia atrás con una exclamación olvidada. Se sentía rebosante. Con un ágil movimiento Serapio la acompañó hasta el sillón y la acostó. Ella quiso quitarse la blusa pero él la contuvo. No hacía falta apurarse; la besó en el cuello del lado izquierdo, justo debajo de una verruga que sobresalía cerca de la oreja. Evitaba besarla en la boca no porque le desagradara sino porque temía que ella le desacomodara la peluca y la barba. Se colocó con maestría a espaldas de la mujer, y el resto de la noche fue de un amor desenfrenado.

Por la mañana, ya sin peluca ni barba, que debió cuidar especialmente mientras estuvo enredado con Serafina, Serapio volvió al hotel. Ramírez lo invitó a cenar esa noche con Mollard si es que no tenía ninguna salida programada. Luego de la prolongada sobremesa, Serapio anunció que se retiraba a descansar a su habitación. Sin embargo, luego de buscar algo de oro que colocó en su bolsillo, se fue a lo de la italiana, ya muy tarde. Serafina seguía embelesada. Cantó otra vez y, luego de su último alarido, se le echó encima en el mismo sillón de la noche anterior, cuyas ventajas la mujer había aprendido a apreciar. Serafina amaba con violencia hasta con rabia. Serapio le dijo que daba gracias al cielo por haber conocido a una mujer que con su canto había despertado en él tanta pasión y tanta violencia. Se quedaron dormidos en el piso. Al otro día, apenas se despertó, Serapio fue a buscar un ramo de flores para su amada. Lo apoyó en sus senos desnudos mientras arrancaba cada pétalo con los dientes. Al mediodía salió. Dejó de ser Juan Fisher y se metió en su habitación del hotel. Era un jueves. Pegó el oído a la pared y oyó cómo Mollard le decía al hotelero que el domingo irían al teatro y que el martes se embarcaría hacia Francia. Esa misma noche Serapio sacó todos sus valores de su habitación y los llevó a lo de Serafina. Se echó a los pies de la italiana y le suplicó que no cantara más porque no podía soportar tanta emoción (y alaridos). Ella también se arrodilló y tuvieron otra noche de desenfreno. Serapio pasó el viernes y el sábado con la italiana.

La tarde del domingo volvió al hotel. Allí se encontró con Mollard, que estaba tomando café. El francés lo invitó al teatro pero Serapio rehusó

alegando que esa noche estaba ocupado.

—¡Ah… *l' amour*! —respondió Mollard. A las 19, el francés se fue junto con el hotelero hacia el Teatro San Felipe.

Serapio subió a su habitación pero en verdad fue a la de Mollard. Con una lámina de acercó levantó el ganchito que cerraba la puerta desde adentro y entró. Con un clavo muy fino y agudo, que siempre llevaba en su cadena de oro, falseó la cerradura de la valija que contenía todo el dinero del francés. Había libras esterlinas y francos. Acomodó las ropas que escondían los valores, cerró la valija y salió del cuarto. Antes se sonrojó las mejillas, se puso la peluca rubia, se subió el cuello del redingote y descendió por las escaleras. El mozo de guardia lo vio. En el paso del salón al vestíbulo de entrada, en una zona de penumbra, el muchacho salió a su encuentro algo sorprendido. No reconoció al caballero y, antes que pudiera pronunciar palabra, Serapio se puso de perfil hacia el lugar menos iluminado y lanzó una pregunta:

—¿Está el señor Mollard?

El mozo le respondió que no y el caballero se retiró. El pobre empleado se quedó pensando cómo había hecho aquel hombre para entrar sin que él lo viera. Todo había sido muy rápido. Serapio se dirigió a lo de la italiana mejorando antes su disfraz con la barba postiza y quitándose el rubor excesivo en sus mejillas. Le mostró a Serafina el dinero que le había robado a Mollard, pero le dijo que era suyo, que se lo había ganado a un joven en la mesa de juego. Dejó a Serafina luego de asegurarle que esa noche estaba con fortuna, que volvería a las mesas de juego, y que no lo esperara despierta, que descansara mucho, que él, al otro día, le daría una sorpresa. Como de costumbre, al salir se quitó la peluca y la barba, y se dirigió a la Confitería Oriental. Haciendo alharaca, en el mostrador compró una botella de champagne. Todo el mundo se dio vuelta para mirarlo. Regresó al hotel con la botella y le pidió al mozo de noche que la destapara. Bebió en el salón y luego subió a su habitación.

La mañana siguiente, Serapio bajó a tomar el café y le pidió a un mozo de día que llamara al dueño. Circunspecto, le dijo a Ramírez que debía informarle acerca de un acontecimiento que esperaba no lo alarmara porque para él no tenía importancia.

—Usted, estimado amigo —comenzó Serapio—, debe tener algún empleado que abusa de su confianza o alguien entró a robar. Se lo digo

porque puede comprometer el crédito de su hotel.

—Pero, ¿qué ha sucedido?

—Esta mañana fui a buscar dinero en mi valija y no había un centavo. Tenía más de quinientos o seiscientos patacones, que es nada, pero es una molestia porque voy a tener que escribir a Buenos Aires para pedir fondos.

Ramírez quedó pasmado. El pobre hombre gimió y estaba a punto de largarse a llorar. Pero Serapio no le dio tiempo. Agregó que había revisado la puerta de entrada a su habitación y no había detectado violencia alguna. Por eso, creía que había actuado un empleado infiel o alguien que tuviera las llaves.

—¡No puede ser! ¡No puede ser! —exclamó el pobre hotelero. De inmediato Serapio lo tomó de un brazo y lo llevó hasta su habitación. Juntos revisaron las valijas. Tras unos instantes de silencio, Ramírez recobró el habla.

—¿Quiere decir que el robo se ha cometido ayer?

—Supongo. Yo he dormido aquí toda la noche.

El hotelero llamó al mozo que había estado la noche anterior, un muchacho de gran confianza de Ramírez, que le contó que todo se había desarrollado normalmente excepto por la aparición de un hombre rubio y alto. No había podido verle bien rostro, pues habló con él solo un instante, entre el salón y el vestíbulo. Recordaba que le había preguntado por Mollard. Ramírez tembló, pensando que Mollard también podía haber sido víctima del mismo ladrón. Serapio le pidió a Ramírez que le prestara cien pesos para moverse durante el día, y salió. Fue a lo de Serafina con un ramo de flores y la excusa de que había muerto un amigo; debía cumplir el triste homenaje de la despedida pero regresaría pronto.

Cuando salió y dobló la esquina se quitó la peluca y el postizo, y se dirigió nuevamente al hotel de Ramírez. Allí se encontró con un cuadro doloroso. El hotelero, los mozos y algunos pasajeros rodeaban a Mollard tratando de consolarlo. El francés estaba pálido. No hablaba. Serapio se unió al coro de lamentos. El ladrón, decían todos, debía ser ese hombre rubio que vio y habló con el mozo aquella noche.

Dos días después, Serapio fingió que había recibido dinero de Buenos Aires, pagó su hospedaje, abandonó el hotel y se fue a lo de Serafina. Permaneció allí quince días para observar la evolución de los acontecimientos. Diez días después del espectacular robo, ningún diario se

ocupaba ya del tema. Ahora le tocaba librarse de la italiana, de sus alaridos, y de esa peluca que le empezaba a incomodar.

—Se me han presentado negocios que pueden quintuplicar mi capital, querida mía —le dijo a la mujer—. Para realizarlos me ausentaré cuatro o cinco días, pues debo viajar a Buenos Aires. Cuando regrese, si todo sale como tengo previsto, nos iremos a pasear a Europa y podrás cantarme frente al mar de Nápoles.

—Siento no disponer de una fortuna para ayudarte en tu inversión —le contestó muy triste Serafina—, pero si te sirven dos mil pesos, son tuyos.

Dos días después, Fisher, o García o Gándara o Serapio Borches de la Quintana, salía de la casa de la calle Reconquista con el dinero de la italiana, lo que le quedaba de su aventura brasileña y lo que le había robado a Mollard. Tomó un barco y regresó a Buenos Aires. Se alojó en el Hotel de la Paz con su nombre verdadero, e hizo la vida de siempre; iba a teatros, salones de juego, cafés, garitos de mala muerte y tertulias de la alta sociedad. Todo tipo de ambientes y de personas, y a todos engañaba de una u otra forma. Así conoció a Carlos Francisco Brun, un ex sargento mayor del Ejército argentino, ahora vago y malentretenido, vivo, sagaz y ventajista. Brun vivía del robo y dormía en una pieza alquilada de la calle Rivadavia, en la sección 4ta. de la Policía, cuyo comisario, Patricio Igarzábal, lo tenía bien calado. Brun solía robar en los bares del Paseo de Julio y en los cafecitos del Mercado Viejo. No robaba grandes sumas; cada tanto lo pescaban y se pasaba ocho días en el calabozo. Serapio lo conoció cuando Brun, pensando que lo engañaría, quiso venderle bolivianos falsos. Con una sonrisa, y tirando una de las monedas al aire, Serapio le aseguró que la falsificación era de muy mala calidad pero que él era capaz de acuñar monedas de oro que cualquier banco aceptaría. Tomó a Brun de los hombros y le dijo con firmeza que necesitaba a una persona como él, que conociera el comercio en el país, para concretar una gran falsificación y hacer una fortuna. Brun se quedó mirándolo perplejo.

Serapio se encargaría de hacer un cuño o molde de metal para grabar onzas españolas y cóndores chilenos. Sustituiría el oro por una liga o aleación de metales mucho más baratos. Vería si usaba una liga de estaño y antimonio o una de cobre. Balancearía el peso, dándole más o menos peso, según fuera necesario. También se encargaría del chapado, que en realidad apenas era un dorado, y del brillo, ya que las monedas falsificadas solían ser

descubiertas porque eran más opacas que las verdaderas. Todo eso le enseñó Serapio a Brun en menos de quince minutos.

—Muy bien. ¿Y yo qué hago? —inquirió Brun.

—Andá a comprar lo necesario; yo te doy el dinero. Pero antes comprate ropa y afeitate en lo del barbero. No podés ser mi socio con ese aspecto de vagabundo. Alquilá una casa retirada, y ayudame a acuñar y a poner en circulación las monedas. Lo que exijo de vos es el más absoluto secreto. —Brun juró solemnemente mantener la boca cerrada—. Pues bien —finalizó Serapio— mañana a las nueve de la noche tenés que tener alquilada la casa y comenzamos.

La casa que alquiló Brun tenía un sótano, que convertirían en taller. Serapio no solo se dedicó a la confección de los cuños, sino también a la preparación de planchas de acero para la fabricación de papel moneda. Por día, calculaba, podrían producir cincuenta monedas de oro falsas y el doble si trabajaban toda la noche. Serapio adoptó el apellido Brun para hacerse pasar por el hermano de Carlos Francisco.

Serapio gastó todo su capital en esta empresa. De modo que, cuando tuvieron listas doscientas monedas, las hicieron circular. Serapio tomó cuarenta monedas, fue a una casa de cambio de la calle San Martín y las cambió sin ningún problema. En pocos días tenían sesenta mil pesos contantes y sonantes. Su estrategia era guardar el dinero bueno y gastar el falso.

La casa que alquilaban pertenecía una mujer sola, de 40 años, que Serapio pronto convirtió en su amante. Pero jamás permitió que conociera el taller donde falsificaban las monedas. Tal vez, con un poco de suerte y tiempo, podría convencerla de vender las dos propiedades que tenía, por las cuales podría sacar unos doscientos mil pesos. Luego la abandonaría, como había hecho con Serafina.

—¡Amor mío! —le dijo a la pobre mujer, trastornada por las caricias de Serapio—. Formaremos una familia en España, tendrás relaciones e irás a fiestas donde se destacarás entre las más distinguidas mujeres. Te haré olvidar estas miserables propiedades. ¡Vendelas!

Ramona Villanueva, sentada en el sofá de la sala, mientras Brun se hallaba en el sótano con las tareas de falsificación, se inclinó sobre la boca de Serapio.

—Solo quiero tu amor y que muera todo lo demás —le dijo en un suspiro.

Por el momento, Serapio debía pensar en las monedas. Depositaría diez mil monedas falsas en Montevideo y repetiría la operación en Rosario. Mientras le daba forma a sus maniobras financieras, en el Banco Argentino apareció el primer indicio que permitiría descubrir la fabulosa falsificación. Un comerciante se presentó para reclamar que las monedas de oro que le habían dado eran falsas. ¿Cómo lo sabía? El hombre no era un especialista en numismática. Pero ocurrió que su mujer le había dado tres monedas a un joyero para la confección de una alhaja y este se las devolvió diciéndole que esas monedas eran imitaciones, que habían sido confeccionadas con una aleación de metales y luego doradas. El comerciante fue a lo del joyero, un hombre de ojo experto, y le hizo revisar el resto de las monedas. Ninguna era verdadera. El comerciante les propuso a las autoridades del banco limar o partir las monedas para ver de qué estaban hechas. Cuando limaron dos, enseguida apareció la aleación de metales blancos. No eran de oro. El banco había sido estafado.

La policía desconocía que en el país hubiera un criminal capaz de hacer semejante trabajo de falsificación. Pronto se descubrió que las monedas falsas habían inundado el mercado y otros bancos también habían sido engañados. Cuando se corrió la voz surgió la primera pista. El Banco de la Provincia informó a la Policía que un tal Carlos Francisco Brun había realizado un depósito en monedas de oro, que retiró una semana después, pero en papel moneda. La Policía conocía muy bien a Brun por sus antecedentes de ratero vulgar. Le pusieron vigilancia y se enteraron de que se disponía a viajar a Montevideo con otro hombre. El comisario Igarzábal descubrió que depositarían allí ochocientas monedas de oro falsas y harían girar su valor al Banco de Londres y Río de la Plata, en Buenos Aires, donde cobrarían el monto en papel moneda tres días después. Igarzábal ordenó que no los atraparan en el momento del cobro en Buenos Aires, sino que los siguieran para descubrir su guarida, que, pensaba, era el lugar donde falsificaban. El propio comisario se haría pasar por empleado del banco, y otros agentes se dispondrían estratégicamente. Brun y Serapio llegaron de Montevideo y se trasladaron al Hotel de la Paz para hacer tiempo hasta que pudieran cobrar el giro. Al tercer día, a las once, Brun y Serapio fueron al banco. Igarzábal reconoció a Brun inmediatamente. Dejó que los dos

pájaros cobraran el dinero y se fueran. Los policías los siguieron hasta una casa, que rodearon sin perder tiempo. Revisaron el lugar sigilosamente e irrumpieron en el sótano. Encontraron a Serapio en mangas de camisa imprimiendo billetes de cinco mil pesos. A su lado estaba Brun, tomando un habano de una caja que sostenía en una mano. Había monedas de oro y de plata por todos lados, al menos eso parecía. Apenas vieron a los agentes, Serapio tomó un puñal y una espada, pero cuatro revólveres lo apuntaron. Tiró las armas y se cruzó de brazos, desafiante. Antes de que le pusieran las manos encima, Serapio le dijo a Brun que no abriera la boca por nada del mundo. Les ataron las manos a la espalda con una cuerda y se los llevaron. En el lugar encontraron el dinero que habían cobrado en el banco. Cuando supo que Brun y su compañero alquilaban la casa, el comisario fue a ver a la dueña. Ramona le contó que el compañero de Brun, Serapio, era su pretendiente. También, que le habían dejado un cofre con toda su fortuna, pues pensaban viajar a España. El comisario quiso ver el arcó; al abrirlo encontró todo el botín de las falsificaciones.

—¿Qué hacían cuando los sorprendimos? —le preguntó Igarzábal a Brun en la comisaría.

—Dorábamos monedas para collares de señoras —respondió.

—Respuesta tonta, como quien la pronuncia. Sabemos todo. Vos sos muy idiota para hacer una falsificación como esta. ¡Hablá y te ahorrarás algunos métodos! ¿Entendés? Además, la condena la condena va a ser más leve.

Brun confesó todo.

Cuando trajeron a Serapio, Igarzábal lo recibió con la información de que su cómplice había revelado toda la trama y que, en consecuencia, le convenía hacer lo mismo.

—¡Qué tengo que ver yo con la confesión de cuanto imbécil sea interrogado por usted!

Serapio pareció flaquear cuando Igarzábal le mostró la llave del cofre que había dejado en la casa de Ramona. Pero ni una palabra salió de su boca. Miraba con desprecio a sus guardias y a los comisarios de la ciudad que llegaban a la seccional solo para conocer al hombre que había sido capaz de realizar semejante falsificación. Así se mantuvo cuando la pobre Ramona fue a visitarlo a pesar de haber sido engañada. Ella no tendría

pareja, ni viaje a Europa ni lujos en España. Al verla, Serapio le dio vuelta la cara.

Con todas las pruebas en su contra, Brun fue condenado a ocho años de cárcel y Serapio, a quince, que debían cumplir en el presidio de Patagones, en el sur de la provincia de Buenos Aires. La Penitenciaría Nacional de la calle Las Heras aún se estaba construyendo y no había ninguna cárcel segura en el país. Los presos se escapaban con frecuencia. El de Patagones era un presidio con mínima vigilancia, como todos. Tenía a su favor la lejanía y la desolación del desierto. El carcelero en jefe, don Nicolás, vivía en una construcción que cerraba el círculo de la cárcel. Tenía mujer, Tránsito, y dos hijas, Flora y Nicolasa, de 16 y 14 años. Al llegar a Patagones, el ánimo de Serapio cambió y la situación que debía aprovechar se le presentó manifiesta: enamoraría a las tres mujeres y se ganaría la amistad de don Nicolás.

Sin hablar, Serapio se distinguía del resto de los presos por su porte, su vestimenta y sus maneras distinguidas y firmes. Es decir que no pasaba inadvertido, y, si bien pensaba que debía ocupar tiempo y prudencia para acercarse a las mujeres, tuvo la fortuna de que esta vez la montaña fue a Mahoma. Tránsito le envió con una criada la comida que ella misma preparaba en su casa, junto con un ramito de violetas que, según la criada, la señora cultivaba en su jardín. Tránsito aún no había cumplido 40 años. Era una mujer maciza, de pelo castaño oscuro recogido en un rodete, de espíritu vivaz, que no se resignaba al papel de esposa de un carcelero que trabajaba en un lugar perdido en un desierto sobre el que Dios jamás había posado su mirada. Apenas vio a Serapio, Tránsito buscó llamar su atención. Los regalos se sucedieron y él comenzó a responder con mensajes escritos en un papelito, cuyo contenido incendiaba el corazón de Tránsito. La criada mensajera llevó entonces la noticia de que, en la tarde de un día, su ama lo esperaría en el balcón donde se tendía la ropa, cuando su esposo se echara a dormir la siesta. La mujer cambió las mantas de la habitación que solían usar para huéspedes que jamás llegaban, limpió el lugar y sacó algunos cachivaches que envió al sótano. Parecía haber recuperado el ímpetu de los 20 años, y hasta llegó a ver con ojos más complacientes ese desierto descorazonador que tenía a su alrededor. Solo se cuidaba de no expresar con su boca la atracción animal que Serapio le provocaba, por temor a ser escuchada por Nicolás.

De repente, Serapio se vio muy cerca de la mujer del carcelero mayor. Había pensado que la conquista de sus hijas le llevaría más tiempo, pero las niñas ya se le habían insinuado al ver a su madre tan excitada con el recién llegado. Apurado por escapar, Serapio prefirió explotar la veta que tenía más a mano, es decir, la pasión de Tránsito. Aquella tarde el hombre subió por el balcón gracias a una soga que le tendió la mujer. Por primera vez en su vida, Serapio Borches de la Quintana se vio avasallado por el ímpetu de una dama que no le dio tiempo más que para sacarse la camisa. Buscó imponer sus caricias sobre los arrebatos de Tránsito. Le acarició la cara con las dos manos y el pelo hacia atrás, hasta desatar ese rodete ridículo que, le diría luego, la afeaba. Tránsito no dejaba de apretarlo contra sí; Serapio metió la cara entre sus pechos, provocando su primer ahogo y la primera exclamación de la mujer. Debió contenerla poniéndole en la boca la palma de su mano, que ella mordisqueó y lamió con desesperación. Fuera de la habitación, las hijas reían. De vez en cuando abrían apenas la puerta para espiar, y la cerraban cuando parecía que su madre comenzaría a gritar de placer.

Serapio le explicó a Tránsito que lo que hacían era muy peligroso; que si llega a ser descubierto por su marido o por algún guardia sería ejecutado sin miramientos; en el mejor de los casos, si lograba evitar la ejecución, los separarían para siempre. Le dio el golpe de gracia cuando le dijo que la única forma de continuar con su amor era huir juntos. Tránsito se asustó y él buscó calmarla. Llevarían también a sus hijas. Pero la mujer replicó que las niñas necesitaban a su padre; ella necesitaba un hombre. Quería irse sola con Serapio. Finalmente pensaron en el plan de escape. Serapio no podía salir por la puerta principal del presidio porque el centinela lo atraparía de inmediato, pero si salía con Tránsito por la puerta de la casa que daba al exterior, nadie se daría cuenta. Mejor aún si Serapio se vestía con un traje de don Nicolás. Tránsito solo debía preparar tres caballos y todos sus objetos de valor, porque en Buenos Aires iban a necesitar dinero. Cuando llegaran a la ciudad, él le daría mucho más de lo que ella aportara para la huida.

Como sabía que necesitaba un conocedor del terreno para salir de ese territorio insólito, Serapio compartió la idea de la huida con otro preso, un tal Rafael Gómez, con el que había hecho migas en el corto tiempo que llevaba en la prisión. Cuando se lo comunicó, Tránsito no puso reparos. Ella

no tenía los conocimientos necesarios para dar con el camino adecuado para alejarse de la prisión. Finalmente, fijaron el día y el horario del escape: sería el domingo siguiente, a las ocho de la noche.

La mujer había reunido cuatro mil pesos en alhajas y ahorros por otros quince mil. Cuando llegó el momento, los tres salieron sin que nadie lo advirtiera. Nicolás estaba inspeccionando las barracas que se utilizaban como celdas.

A poco de andar, Serapio dio vuelta la cabeza un par de veces y gritó que veía aproximarse a unos jinetes. Gómez dijo lo mismo. Le pidieron a Tránsito que echara pie en tierra y se escondiera detrás de unas matas, mientras ellos ocultaban los caballos. La dejaron sola.

Años después, en 1870, dos hombres llamados José de Giménez y Carlos Sáenz y Toledo llegaron al puerto de Montevideo en un buque procedente de Europa. El tal Giménez era en realidad Mariano Torres, un andaluz con antecedentes criminales en Buenos Aires. Sáenz de Toledo no era otro que Serapio. Ambos se alojaron en el Hotel Oriental e hicieron lo que era costumbre, exhibirse en fiestas sociales y en salones de juego. En esos momentos, la Banda Oriental atravesaba un período de gran convulsión. Acababa de comenzar la "Revolución de las lanzas", que el caudillo Timoteo Aparicio encabezaba contra el gobierno de Lorenzo Batlle. La economía andaba a los tumbos y el gobierno compraba a crédito todo malo y caro. Serapio y Torres lograron venderle madera, que las autoridades orientales pagaban en letras a plazo fijo. La madera era necesaria para la construcción de trincheras. Cuando recibió los bonos, Serapio los utilizó para falsificar otros hasta hacerse de una suma de treinta mil pesos. Las relaciones de los socios con el gobierno eran excelentes. Todas las noches iban a jugar al mus con el ministro de gobierno, Fernando Torre. Así conocieron a Lorenzo Otero, un rico comerciante que vivía solo con un sirviente. Otero era un hombre sencillo que se iba a dormir temprano y solo pensaba en trabajar. A los tres meses, Otero, Serapio y Torres, estos últimos con sus nombres falsos, se habían convertido en amigos inseparables, y Otero ya no parecía ser aquel que siempre había sido. Salían a pasear fuera de la ciudad; comían en grandes hoteles, pasaban las noches jugando al ajedrez o en compañía de hermosas damas. Por entonces, Serapio frecuentaba a una señora llamada Leonor, que vivía en la calle Reconquista con sus dos hermosas hijas, Petronila, de 17 años, y

Rosamunda, de 16. Serapio vivía con las tres y solo cuidaba que las mujeres no quedaran embarazadas. Con el tiempo, terminó llevando a la casa de Leonor a su amigo Otero, que quedó conmocionado por la belleza de Petronila. Otero le había comentado a Serapio que había comprado cupones de la deuda oriental por valor de seiscientos mil pesos. Los cupones podrían ser vendidos cuatro meses después, con una ganancia del diez al veinte por ciento. Por su parte, Serapio le hablaba sobre las virtudes de Petronila y lo mucho que la muchacha se interesaba por Otero. Al mismo tiempo, le aconsejó a Petronila que se dejara seducir por el comerciante. Si Otero le proponía una relación íntima, se vería, pero el delincuente no lo creía capaz.

El golpe contra el inocente comerciante lo daría durante el baile de máscaras de carnaval. Otero no estaba convencido de concurrir debido a que en las últimas semanas, con tanta parranda, había descuidado sus negocios. Serapio le dijo que lamentaba escuchar eso porque le hubiese gustado compartir la velada con él y no era el único que sentía así. En verdad, aunque no debía decírselo, había otra persona muy interesada en encontrarlo en el baile; esa persona era Petronila, que le había preguntado insistentemente si Otero concurriría. Además, la muchacha se había hecho preparar especialmente un vestido negro con capucha, y antifaz y lazos de color violeta. Otero no pudo menos que decir que concurriría. Serapio y Torres fueron a lo de Leonor para indicarle a Petronila cómo debía ir vestida.

Apenas lo encontró en el baile, la muchacha se colgó del brazo de Otero y terminaron perdidos entre tanta gente. Leonor y Rosamunda fueron al palco, mientras Torres y Serapio dijeron que irían a buscar a la pareja perdida. En realidad, cuando salieron del salón ambos se dirigieron a la casa de Otero. Una vez allí, sacaron la caja de hierro con toda su fortuna, la llevaron a la casa que alquilaban y regresaron enseguida al teatro. Desde que salieron del baile hasta que regresaron, el robo les demandó una hora y quince minutos. Se reunieron con las mujeres y Otero, y se divirtieron hasta las diez de la mañana del día siguiente.

Serapio y Torres fueron a su guarida y abrieron el cofre de Otero. Había tres millones de pesos en distintos valores, entre ellos, los cupones de la deuda oriental. Ese mismo día, los dos embarcaron hacia Buenos Aires y se alojaron en el Ancla Dorada. Cuando se dio cuenta de que le habían robado su dinero, Otero quiso pegarse un tiro.

El comisario Francisco Wright recibió el encargo de buscar en la ciudad a los dos ladrones que se había llevado el dinero de tan importante comerciante uruguayo. De acuerdo con la información que le dieron, Wright pensó que se trataba de un tiro de los que daba Serapio Borches de la Quintana. Como sea, creyó conveniente seguir el rastro de los cupones de la deuda uruguaya, es decir, debía vigilar la Bolsa de Comercio de Buenos Aires. El comisario conocía allí a un corredor francés, a quien le pidió que estuviese atento a la presentación de cupones de crédito orientales y que si eso llegaba a ocurrir le avisara inmediatamente. No había pasado mucho tiempo cuando el francés le comunicó al policía que un conocido, muchacho de gran confianza, se había presentado a negociar títulos por valor de cincuenta mil pesos. El francés había acordado con su amigo verse a la tarde en el Café de las Cuatro Naciones, ubicado en el Mercado del Centro, para tratar el asunto. Wright le pidió que concurriera y que concretara la operación. Cuando, en la reunión, el francés le dijo a su amigo que necesitaba ver los títulos, este le respondió que lo pondría en contacto con el dueño de los valores. Enterado, Wright le pidió a la Tesorería cincuenta mil pesos con el objeto de dárselos al francés y al momento de cerrar la operación atrapar a los ladrones. El negocio se haría al día siguiente en el mismo café. Llegado el momento, la manzana había sido rodeada por agentes de civil. Dos hombres entraron y fueron directamente a ver al francés. Cuando le mostraron los títulos de la deuda oriental, apareció Wright y los detuvo. Algo no encajaba. El comisario esperaba encontrarse con personas conocidas; en cambio, no tenía la menor idea de quiénes eran esos dos. Interrogados en el mismo café, los hombres dijeron que los valores se los había dado un tal Carlos Fernández, alojado en el Ancla Dorada. Pues bien, la maniobra no había concluido entonces. Wright instruyó a esos dos hombres para que le llevaran los cincuenta mil pesos al tal Carlos Fernández. Los tipos fueron al hotel, entraron en el salón y se sentaron con un caballero. Wright lo reconoció inmediatamente. Carlos Fernández era Serapio. Al verse atrapado, el delincuente salió corriendo, pero Wright le puso la mano encima justo en la puerta del hotel. Torres, que estaba en una habitación, también fue detenido. Ocurrió entonces lo mismo que años atrás con Carlos Francisco Brun, el del caso de las monedas falsas; mientras Serapio negaba todos los cargos, Torres confesaba con lujo de detalles. Aunque las autoridades de la Banda Oriental reclamaron la

extradición de Serapio y de Torres, se determinó que antes debían pagar por los crímenes cometidos en la Argentina. Los mandaron a la antigua cárcel debajo del Cabildo.

Serapio le echó un vistazo a la prisión y reunió de inmediato a otros siete presos, a los que interesó en un plan de fuga. Solo él se había dado cuenta de que los cimientos del lugar eran muy viejos y que el piso no estaba bien rellenado; había partes huecas. Durante una semana cavaron desde la celda en dirección a la escalera que daba a la entrada al Cabildo. Eran, aproximadamente, unos ocho metros. Durante esos días, los presos complotados les pedían a sus esposas, madres o hermanas que los visitaban que les llevaran un pequeño pico. Los ocho escaparon de la prisión el domingo de Carnaval, a la noche. Desde entonces, los rastros Serapio Borches de la Quintana se perdieron para siempre.

LA REVOLUCIÓN DE LAS LANZAS

Luego de la revolución que puso fin a la dictadura de Venancio Flores, el Partido Colorado designó como presidente a Lorenzo Batlle. En un clima político de extrema tensión, Batlle, antiguo miembro del Partido Conservador, sostenía la necesidad de llevar adelante una política de partido en la que los Blancos quedaban excluidos. Este modelo fue conocido como el “exclusivismo Colorado”. Los blancos advirtieron que la política de Batlle significaba su definitiva expulsión del gobierno. El único camino posible para lograr la participación era la revolución. Así, en marzo de 1870, el caudillo blanco Timoteo Aparicio invadió el territorio oriental desde la Argentina, a la altura de la ciudad de Salto.

Los enfrentamientos se extendieron durante dos años. Se movilizaron alrededor de 16.000 hombres perteneciente a los dos bandos (por entonces, Uruguay tenía una población de aproximadamente 400.000 habitantes). Casi todo el territorio fue

afectado por las acciones de guerra. Los efectos sobre la campaña fueron tremendos y recordaron los años de la Guerra Grande.

Esta revolución fue la última en la que se utilizaron las armas tradicionales: lanza, facón y boleadoras. Como en los torneos medievales, fueron comunes los desafíos de jefe a jefe. De un bando a otro, los caudillos se retaban a duelo y, en medio de los combates, se enfrentaban cara a cara en luchas de lanzas y facones.

El impacto de la revolución afectó seriamente a los estancieros empresarios, cuyo destino se hallaba atado a la continuidad y al éxito de las inversiones. Por eso, con el objeto de defender sus intereses y presionar al gobierno para que garantizara la paz, decidieron agremiarse. Así, en 1871 fundaron la Asociación Rural del Uruguay. La paz, firmada en abril de 1872, marcó el inicio de la coparticipación: los blancos tendrían representantes en el Parlamento y, de ese modo, podrían participar del gobierno.

V

Juan Martín Larrea, el ladrón que se dejó morir de hambre (1874)

El Conde de Montecristo era su libro de cabecera. Lo leía una y otra vez. Deseaba protagonizar algunas de las aventuras que le arruinaron la vida a Edmond Dantès. Admiraba a Dantès, sobre todo la fuerza de voluntad que mostraba para concretar sus venganzas. Alguna vez, él mismo sería un Montecristo. ¡Qué trágica emoción la de ser arrestado el mismo día de tu boda! Una acusación falsa, la cárcel injusta, el deseo de morir de hambre encerrado en un inmundo calabozo, el escape con alguna treta. ¿Acaso él también sería arrojado al mar y salvaría su vida de milagro? ¿Descubriría un tesoro fabuloso en alguna isla desierta? Estaba seguro de que sería un gran señor.

Juan Martín Larrea había nacido en Valladolid. Tenía la frente amplia, los ojos grandes y celestes, la nariz aguileña y la boca triste. Ya se había fugado de varios presidios europeos cuando decidió capitanear una banda de salteadores de caminos y volver a asolar los senderos de Valladolid. Larrea soñaba con ser un gentilhombre. Joselito Saiat, uno de sus hombres, envidioso de la fama de su jefe y de la irresistible atracción que ejercía sobre las mujeres, incluso sobre la propia, decidió venderlo ante las autoridades. Larrea fue detenido y encarcelado, aunque no por una razón bastarda como la que había llevado a Dantès a la mazmorra, sino por ser un verdadero ladrón de caminos. Larrea supo de inmediato que la información que había permitido su arresto era producto de una traición, la de Joselito. Al tercer día de arresto, el guardia que le llevaba la cena advirtió que la

celda estaba vacía. Entró rápidamente y vio que en una de las paredes, sostenido por un alfiler, había un papel en el que alguien había escrito, con hermosa letra, el siguiente texto: "Me mando a mudar a otra parte, porque yo no he nacido para adorno de horca. Búsquenme, sin embargo, en casa de Joselito Saiat, mi delator".

El capitán de ladrones a caballo tenía una cuenta que cerrar con Joselito. Sin perder tiempo, la policía se dirigió a la casa de Saiat para ponerlo sobre aviso sobre la fuga de su jefe. Encontraron a Joselito sentado, con los brazos apoyados en la mesa y la cabeza descansando en ellos. No respondió cuando lo llamaron por su nombre. Un oficial levantó su cabeza tirando de los cabellos. Joselito no hablaba. Tenía sangre en su camisa. Los ojos, desmesuradamente abiertos. Lagrimeaba. Le hicieron preguntas de todo tenor pero Joselito respondía con silencio. La patrulla salió. Dos oficiales volvieron a entrar en la casa e insistieron con las preguntas. Un hilo de sangre comenzó a salir por la comisura de la boca de Joselito. Y sus labios… Que estaban sellados. Se volvieron rojos. La sangre comenzó a salir a borbotones. Uno de los oficiales le tomó la cabeza y el otro le abrió la boca. Le habían cercenado la lengua. Larrea había estado allí y su venganza había sido espantosa. Su delator ya no delataría a nadie más. Tres días después, Joselito Saiat murió en el hospital.

Larrea abandonó España y a Pilar, su mujer. Se vino a América. Desembarcó en Montevideo en 1873. Cambió su fisonomía por completo. Tenía habilidad para el maquillaje. ¿Quién era Larrea en América? Pues un simpático torero andaluz, de los muchos que andaban por la ciudad, aunque ninguno con su verba ocurrente y su ingenio. María, hija de vascos, cayó rendida a los pies de Juan Martín, que aquí comenzó a llamarse Antonio, y lo siguió en cualquier empresa que él le propusiera.

Se fueron a vivir a una casa frente a la de un médico joven y con mucho dinero, Esculapio Sosa. Pronto, las miradas de la vasca comenzaron a buscar las del médico y las de este comenzaron a buscar las de la mujer de Larrea. Así fue hasta que María y su vecino pasaron la tarde juntos hasta poco antes de las 5, cuando volvía Larrea. El ladrón le había indicado a María que se dejara cortejar por Esculapio y que incluso le propusiera encontrarse en la propia casa de Juan Martín.

Una tarde, María le dijo a Esculapio que, la mañana siguiente, Larrea se iría a comprar hacienda y tendrían muchas horas para celebrar su amor.

Como el hombre no volvería hasta bien entrada la tarde, le propuso al médico que fuera temprano y se quedara a almorzar. Esculapio estaba loco de contento. Le dijo a María que no veía la hora de ir a verla y le pidió que despachara a sus sirvientes apenas se hubiera ido Larrea, así nadie lo vería entrar ni salir de la casa de su amada.

María había preparado la comida pero apenas probaron bocado. Más bien, bebieron bastante vino mientras Larrea observaba a Esculapio desde una habitación de la casa, a la que había vuelto sin que el médico lo advirtiera. Lo observó reír, beber y, finalmente, desmayarse por el efecto de la droga que le había puesto en el vino. Larrea salió corriendo de su casa, se metió en la del médico y se llevó todos los ahorros y algunas alhajas.

La denuncia de Esculapio fue demoledora. La Policía detuvo a Larrea y a María, que negaron haber engañado y robado a Esculapio. La palabra del médico se impuso sin dudas frente a la del andaluz, que ni siquiera podía mostrar un trabajo. En esa época, la palabra de los extranjeros valía bastante poco, salvo que se tratara de un hombre de fortuna. A los tres días, Esculapio recibió una carta de Larrea desde la cárcel. Le decía que María no tenía la culpa de lo que había sucedido, sino que había actuado bajo su influencia y que, por lo tanto, hiciera los arreglos necesarios para que se dispusiera su libertad. Si no le hacía caso, "le abriría la panza en canal". Atemorizado, el médico logró que liberaran a su mujer. Quince días después, Larrea se escapó.

El capitán de ladrones abandonó Montevideo y se vino a Buenos Aires, mientras las policías de las dos ciudades intercambiaban información sobre el español. Corría el mes de junio de 1874 y los informes sobre el bandolero andaluz estaban sobre el escritorio del jefe de la Policía, Enrique O'Gorman, en el Hotel del Gallo, como se llamaba popularmente al viejo Departamento de Policía, ubicado frente a la Plaza de la Victoria (luego Plaza de Mayo), a la izquierda del Cabildo. El gallo era el símbolo de la Policía desde 1822. Pues ahí atacó Larrea esta vez, a unos 150 metros del Hotel del Gallo.

Bajo la Recova Vieja, frente a la sede de la Policía, estaba la zapatería de un tal Muñiz, natural de Santander, en cuyo presidio Larrea había estado detenido. Muñiz lo conocía por haberlo visto trabajar en las calles como preso forzado. Cuando se presentó en el local, el español por poco se desmaya. Había esperado no volver a verlo nunca más; y lo tenía ahí

parado, con media sonrisa y mirándolo fijo. Larrea se acercó y lo saludó con una palmada en la espalda "por los viejos tiempos". Muñiz no pronunció palabra, mucho menos cuando escuchó el motivo de la visita. Larrea quería que le diera dos mil pesos, así como así. A cambio de nada. Bueno, podría tomarse como un préstamo, le dijo con indisimulable ironía. Pero los necesitaba ya, en ese mismo momento. Fue tal el miedo que se apoderó de Muñiz al ver a Larrea en su casa y mucho más al escuchar su exigencia que no tuvo valor para echarlo y, menos aún, para denunciarlo ante la Policía. Se había escapado de cuanto presidio español lo había albergado, pensó rápidamente Muñiz; si lo denunciaba, la estadía en una cárcel americana no haría más que aumentar sus deseos de venganza. Y Muñiz conocía perfectamente lo que había ocurrido con Joselito Saiat.

Dos o tres veces por semana, Larrea se daba una vuelta por el negocio a buscar dinero. El zapatero estaba perdido, mucho más cuando a mediados de junio el salteador de caminos convertido en ladrón de negocios le exigió que le diera nada menos que diez mil pesos. Los necesitaba para un gran robo. Aunque tenía esa suma en casa, Muñiz se la negó. Había conseguido el dinero con mucho trabajo y no quería que un matón prepotente se lo arrebatara.

—¿No me lo quieres dar? Pues bien, yo sabré cómo quitártelo.

Esa misma noche, mientras Muñiz dormía, Larrea utilizó sus ganzúas, entró en la casa y se llevó los más de ocho mil pesos que encontró en un mueble. Al día siguiente, el zapatero descubrió el robo y enseguida supo quién había sido. Pero no tuvo el coraje de denunciarlo.

Larrea utilizó el dinero para preparar el robo de la joyería Dupuy, ubicada en Piedad y Suipacha. Durante un par de semanas se presentó en el local para comprar alhajas de mediano valor. Su verdadero propósito era observar el lugar, los movimientos, los horarios, las entradas y las salidas de los empleados y de los dueños. María, la vasquita, aún estaba con él. Le pidió que sedujera al dependiente nocturno. El empleado y la chica quedaron en encontrarse para una cita amorosa la noche del 1º de julio de 1874, el momento elegido para dar el golpe. Con una ganzúa, Larrea abrió la entrada como si fuera la cosa más normal del mundo, como si empleara una llave. Un vigilante lo vio abrir la puerta con tanta naturalidad, que creyó que era uno de los dueños o un empleado. El español forzó todas las cajas. Eligió las joyas de mayor valor. Desmontó las piedras para no hacer

tanto bulto y se llenó los bolsillos. Después, abrió la caja fuerte y tomó todo el dinero. En total, entre billetes y alhajas, se alzó con unos cuatrocientos mil pesos. Al salir, muy tranquilo, Larrea fue hacia el vigilante de la esquina. Sacó cinco pesos de su bolsillo y se los dio para que echara un ojo al negocio, afirmando que la ciudad se había llenado de ladrones. El vigilante, medio ofendido, le dijo que no hacía falta que le diera ningún dinero para que él cumpliera con su trabajo como correspondía. Larrea le palmeó la espalda y se fue tan tranquilo como había llegado. Cuando la policía fue avisada del robo, el jefe O'Gorman desplegó a la mitad de los casi 700 policías de la ciudad para encontrar a Larrea.

La gestión de O'Gorman no tenía como principal preocupación hallar al español, sino convencer al ministro de Gobierno, Amancio Alcorta, de sancionar leyes que castigaran duramente a los vagos y malentretenidos. Sostenía O'Gorman que la inusitada cantidad de vagos entorpecía el cuidado de las propiedades y las tareas de vigilancia. Sin embargo, Alcorta envió las inquietudes del jefe a la Justicia Correccional, que le recordó al policía que la vagancia en sí misma no era delito ni tenía por qué serlo, dado que las acciones ilegales debían ser justamente eso, acciones. No eran necesarias leyes más duras, porque ya existía un decreto del 18 de agosto de 1853, según el cual eran considerados vagos "quienes corrían avestruces" y los condenaba al servicio de las armas. Mientras las autoridades discutían sobre los vagos, Larrea escapó a Valparaíso para vender las joyas de Dupuy.

Durante seis meses nada se supo de Larrea. Desapareció cuando quiso y reapareció cuando quiso. De vuelta en Buenos Aires, fijó su atención en una próspera panadería de la calle Perú, entre Chile e Independencia. Sin perder tiempo, se acercó a la hija del dueño, Amalia, una chica de 14 años. Para conquistarla se sirvió una vez más de los buenos oficios de la vasquita María, que comenzó a frecuentar la panadería hasta hacerse amiga de la jovencita. Mientras, con el nombre de Antonio, Juan Martín se convirtió en cliente del negocio y lanzaba intensas miradas a Amalia. María logró convencer a la muchacha de que Antonio era, además de un atractivo y rico español, un candidato serio. Amalia se enamoró del ladrón y el hombre jugó su carta: le pidió al panadero la mano de su hija. Larrea no esperaba la respuesta que obtuvo: que Amalia era una niña, muy jovencita, aún no había cumplido los 15 años. Ni pensar en casarla. A pesar de la sorpresa, Larrea reaccionó obedeciendo la primera idea que le vino en mente: tomó al

panadero por el cuello y lo golpeó. Un rato después, ambos anunciaban la celebración del matrimonio. Antonio hizo el anuncio con una sonrisa; a su lado, el futuro suegro permanecía con el semblante sombrío y un pequeño hematoma en el ojo derecho. En ese mismo momento, Larrea también anunció que, mediante el aporte de unos cuantos miles de pesos para su mejora, se había convertido en socio de la panadería.

Seis meses después, O'Gorman había dejado la Jefatura de Policía. Presentó su renuncia un mes y seis días después del fallido atentado contra el presidente Domingo F. Sarmiento y cinco días de producida la Revolución del 24 de setiembre de 1874. Encabezado por Bartolomé Mitre, el movimiento fue una reacción a los fraudes electorales y a un enrarecido clima político. La revolución fue sofocada por el general José Inocencio Arias recién en diciembre. O'Gorman fue reemplazado por Enrique B. Moreno, cuya primera medida fue una purga en la institución: diez comisarios y cinco oficiales fueron exonerados.

Uno de esos agitados días, Antonio estaba en la puerta de la panadería cuando se apareció una mujer. El bandido se quedó inmóvil, como si hubiera visto el más espantoso de los espectros a pesar de que la mujer lucía una belleza exquisita, de cabellos negros como sus ojos y labios que solo un artista podía haber delineado. Era la Pilarica, su mujer española, aquella que había abandonado cuando escapó de su país luego del asunto de Joselito Saiat. Pilar se acercó a Antonio y le dijo algo por lo bajo. Este no atinaba a cerrar la boca por el asombro.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó Amalia, que observaba la escena desde el final de un largo pasillo. Larrea tenía el aspecto de un cadáver.

—Es mi cuñada —respondió— que me trae una mala noticia.

Pilar miró a su marido y luego a Amalia. Les dedicó un gesto de desprecio y se marchó, después de recordarle, siempre a media voz, que lo esperaba a las ocho de la noche. Larrea quedó conmovido, silencioso, sin habla, y así permaneció cuando Amalia salió a la puerta y lo llenó de preguntas. Antonio se largó a llorar, de impotencia. Miraba el cielo y lloraba. Amalia pensó en la muerte del hermano de su esposo o en alguna desgracia parecida. Pero prefirió entrar a la panadería y no hacer más preguntas por el momento.

Pilar había nacido en Castilla la Vieja. Larrea era el amor de su vida y había sufrido con su huida de España. Apasionada, altanera, temeraria, se

prometió buscarlo en cualquier lugar de la Tierra donde estuviera; no le importaban los peligros que debería afrontar; no le importaba nada. Lo amaba alucinadamente, eso era suficiente. Y había cumplido. Pero que la hubiera traicionado con un segundo matrimonio era para Pilar lo mismo que si le hubiera suministrado veneno. No mataría a Juan Martín, o a Antonio, como se enteró que se hacía llamar en América. Ejecutaría se venganza en la persona de esa niña que se lo había arrebatado. La humillaría. No le importaba el costo. La humillaría.

Larrea lloró casi todo el día, hasta poco antes de las ocho de la noche. Puntualmente, entró en la posada Caballo Blanco, donde se hospedaba Pilar. Allí estaba, hermosa y enojada.

—Aquí me tienes, he venido por ti —le dijo la castellana.

Larrea permaneció mudo. Ninguna excusa le pareció buena.

Pilar fue contundente. Le dijo que había venido a llevárselo; caso contrario, lo entregaría a la policía.

—No me entregarás —respondió Larrea— porque me amas mucho.

No había advertido que esa era, precisamente, la razón de Pilar para entregarlo. Pareció darse cuenta de que ese no era el camino correcto para hacer cambiar de opinión a su mujer. Le recordó sus años en España, la felicidad que habían disfrutado, el amor que él le profesaba. Hasta que jugó su carta. Le pidió que lo esperara ocho días, el lapso necesario para concretar su último robo, el que le aseguraría el futuro, y entonces sí, se iría con ella.

Pilar había triunfado, pero la victoria no terminó con el deseo de vengarse de Amalia. Quería que el mismo Larrea la rechazase y la renegase, como a la más ruin de las mujerzuelas. Ella lo perdonaría solo si él se divorciaba de Amalia ante la Curia y si no volvía a la panadería.

Trastornado con estas novedades, Larrea marchó al Paseo de Julio y se sentó en un banco bancos reflexionar sobre su situación.

Mientras, Pilar fue a visitar la panadería de Amalia.

—¿En qué puedo servir a usted? —preguntó el padre de Amalia.

—Usted no puede servirme en nada. Soy yo quien viene a prestarles a ustedes un inmenso servicio.

—¿Le pasó algo a Larrea? —preguntó Amalia precipitadamente.

—No, joven —respondió la castellana—, a quien le sucede una cruel desgracia es a usted y vengo a anunciársela. Soy la esposa de Juan Martín

Larrea, casado con usted con el nombre de su hermano, Antonio. El matrimonio es nulo porque yo soy su mujer desde hace siete años, mientras usted lo es desde hace solo siete meses.

Amalia cayó al piso y se golpeó la cabeza. Lloraba, pero no por el golpe, sino por la noticia que acababa de recibir. Lo hacía desconsoladamente, en el hombro de su padre, que la incorporó y la sentó en un sillón. La pobre Amalia sobrellevaba la conmoción con una entereza que a la española le llamó la atención. Su expresión hacia Amalia cambió. Entre los dependientes que acudieron a ver qué pasaba y los clientes que asomaban curiosos la cabeza, la panadería era una revolución.

Amalia se enjugó las lágrimas y le preguntó a Pilar si tenía pruebas de lo que decía. Esta pidió que los empleados se retiraran. Entonces mostró los documentos sobre su casamiento con Larrea. Era ella la única y verdadera mujer de Juan Martín Larrea, conocido en América por los nombres de Antonio y Miguel. Pilar aseguró que iba a hacer valer sus derechos ante la Iglesia argentina y, si era necesario, ante el mismo diablo.

—Pero es mi marido y usted no me lo puede quitar —dijo Amalia, desesperada—. Nos hemos casado ante la Curia y él no negará que es mi marido.

—Yo tengo los derechos que la ley le da a la primera mujer, y me lo llevaré conmigo a pesar de él mismo.

Apartó su mirada de Amalia, y se dirigió al padre de la joven:

—Es necesario que ustedes entablen hoy mismo, si es posible, una demanda de divorcio; Larrea no ha de volver más aquí, porque vive conmigo, que soy su única mujer.

Pilar salió de allí y fue hasta el Caballo Blanco. Pensaba que, cuando Amalia pidiera el divorcio, Larrea sería citado; ella también acudiría a la audiencia y obligaría a su marido a negar a Amalia, a humillarla diciendo que había sido solo un pasatiempo.

Larrea apostaba todo a sus próximos dos golpes, al médico Gundin, de la esquina de las calles Defensa y Comercio, y a la casa del señor Lanús. Había decidido irse con la castellana pero no quería hacerle daño a Amalia.

El médico Gundin no tenía familia; vivía solo y sin más gente a su alrededor que Juanita, una jovencita que se ocupaba de la limpieza y del orden de la casa, y una vieja cocinera que tenía a su servicio desde hacía mucho tiempo. Guardaba sus ahorros en una caja de hierro, en el escritorio.

El plan de Larrea consistía en entrar a la casa con la ayuda de la criada. La sedujo. Comenzó a visitarla por las tardes, hasta que logró encontrarse con ella a la noche, antes de que el médico regresara, alrededor de las diez. El ladrón llevaba una botella de licor y se metía en la habitación de Juanita y le pedía que fuera a comprar unas masitas en la confitería de Defensa y Victoria. Cuando ella salía, aprovechaba para inspeccionar el caserón, especialmente el escritorio donde estaba la caja fuerte; sopesaba su solidez y el tipo de cerradura. Cuando volvía Juanita pasaban horas en su cuarto antes de que volviera Gundin.

Larrea comenzó a decirle a Juanita que era necesario activar el casamiento. Ella estaba feliz. La noche que decidió dar el golpe fue al encuentro de la pobre criada con los instrumentos de trabajo, formón, masa, ganzúa, palanca. Le propuso casarse a los quince días. Ella no lo podía creer. Tenía 17 años, había aspirado a un cochero de Tranway y ahora, en unas semanas, se hallaba a punto de desposar a un gentil y apuesto caballero español, que, según le había contado Larrea, trabajaba de portero en una rica casa de la que ella sería acaso la costurera o, con un poco de suerte y tiempo, tal vez la dueña.

Un día, en el colmo de la felicidad, Larrea le pidió que, como era costumbre, fuera a comprar las masitas y volviera rápido para seguir hablando de la boda. Juanita tomó el dinero y salió. Cuanto calculó que Juanita habría andado media cuadra, cerró la puerta de calle y se dirigió rápidamente al escritorio: no contaba con que el que la joven emplearía en ir y volver de la Confitería de la Unión. Sacó su ganzúa, la introdujo en la cerradura de la caja fuerte y la hizo girar. Tras un momento de resistencia, sonó ese ruido especial del pestillo que se descorre y la cerradura cedió. Pero la puerta de la caja no se abrió, permanecía cerrada por otro pequeño pestillo que se abría por medio de un mecanismo que Larrea no conocía. Sacó el formón y un mazo de madera, colocó el formón en la juntura baja de la puerta y dio un golpe de maza con fuerza y una pasmosa habilidad; la puerta se abrió con algún ruido, y dejó a merced de las temblorosas manos de Larrea el contenido de la caja.

Con el dinero a la vista, el español se serenó por completo. Empezó a llenarse los bolsillos con gran rapidez. Eran ochenta mil pesos en billetes y ciento diez mil en acciones. Las acciones las dejó. Recogió sus instrumentos y dejó una nota. Había empleado en la operación dieciocho

minutos. Inmediatamente después entró Juanita con las masitas. Los dos comieron, rieron y, mientras bebían licor, hablaron de su futuro como recién casados, de los viajes que harían y de los hijos que tendrían. A las nueve y media de la noche Larrea se fue. Alborozada, Juanita revisó la casa antes de que llegara su patrón, y así fue como encontró la nota que dejara su prometido.

> El doctor Gundin puede girar por valor de doscientos mil pesos, contra el Banco de Antonio Larrea y Cía., donde se halla depositada su fortuna.
>
> Antonio Larrea y Cía.

Descubierto el robo, Juanita confesó lo que había hecho con quien creía que era su novio. La abatida muchacha había vivido una efímera fantasía y no podía retornar a la realidad. Se había quedado muda, con la mirada fija en el vacío, tal vez imaginando un traje de bodas, descendiendo por una enorme escalera de mármol del brazo del caballero español, entre los aplausos de los invitados. Sentía que estaba allí, y cuando la hacían volver a realidad experimentaba un profundo malestar, un rechazo que al tiempo se transformó en un irrefrenable deseo de desaparecer, de salir de esta vida.

Al día siguiente del robo, Larrea se presentó ante Pilar como dueño de una fortuna. Lo primero que le dijo fue que tenía deseos de huir con ella a Norteamérica o a Génova. Pero Pilar se mantuvo firme; no se movería de Buenos Aires hasta que él no se hubiese separado de Amalia.

—Tú vas a sentarme en el banquillo —le dijo el ladrón.

—Tú lo habrás querido —le respondió Pilar—. Renuncia a esa niña y serás feliz.

Larrea tenía el presentimiento de que aquella estupenda mujer sería su perdición. Salió del Caballo Blanco anonadado. No quería perder a Amalia, pero ese era el único medio de escapar a la venganza de su esposa, venganza que, si se ejecutaba, sería su perdición, pues en esta vida había dos personas a las que jamás les haría daño, Pilar y Amalia. Tomó pues una resolución: salvaría a Amalia, aunque para ello debiera engañar a Pilar.

En la Curia se reunieron casi todos, Amalia, su padre y Pilar, esta como damnificada. Aunque la demanda había sido entablada por Amalia, Pilar pidió la anulación de aquel matrimonio, pues se había efectuado después del suyo, lo que ofreció probar al día siguiente con los documentos

correspondientes. El problema era que había faltado Larrea, ocupado en el robo a la casa del señor Lanús. Enojadísima, Pilar prometió que lo llevaría a la siguiente audiencia.

Durante el asalto, Larrea se encontró con una resistencia inesperada, nada menos que del cocinero del dueño de casa. El ladrón lo mató de una puñalada en el estómago y no pudo robar nada. Allí quedaron los cien mil pesos con los que soñaba. Era la primera empresa en la que fallaba, lo que había hecho decaer su ánimo. Larrea era muy supersticioso y temió que las fatalidades se sucedieran.

Al día siguiente del asesinato, tal como estaba previsto, todos se reunieron en la Curia por el asunto de la anulación del matrimonio. La situación de Larrea no podía ser más crítica. Era la primera vez que se encontraba frente a sus dos mujeres, con la policía pisándole los talones, un golpe que había fallado y un muerto sobre su conciencia.

—¿Cuál de estas dos mujeres es la vuestra? —preguntó a Larrea el curial escribano.

El hombre miró a Amalia, que lo contemplaba ansiosa, bajó la cabeza, y la levantó para mirar a la castellana, que sonreía. Larrea vaciló. Estaba pálido.

El curial escribano repitió la pregunta, pero Larrea se mantuvo en silencio, ahora mirando el piso.

—Vamos, responde —lo conminó Pilar—. ¿Por qué vacilas? Contesta al señor cura. ¿Cuál es tu mujer verdadera?

—Tú.

Amalia lanzó un grito y comenzó a llorar desconsoladamente, abrazada por su padre.

—Pero también aquella es mi mujer —completó Larrea, señalando a Amalia.

Dicho esto, el capitán de salteadores de caminos, el ladrón atrevido y sanguinario, salió corriendo.

Pilar fue derecho a la policía y se hizo conducir al despacho del jefe que ya no eran ni O'Gorman ni Enrique Moreno, sino el teniente coronel Manuel Rocha. A él le contó toda la historia de Juan Martín Larrea. Le contó sobre los robos a Dupuy y al médico Gundin, y el crimen del dependiente del señor Lanús. Ella misma pidió que lo detuvieran lo antes

posible. Cuando Pilar volvió al Caballo Blanco, se desplomó. Acababa de entregar al hombre que más quería en el mundo.

Al día siguiente, una fría mañana de fines de mayo de 1875, Larrea fue a buscar a Pilar al Caballo Blanco.

—Quiero que nos vayamos de aquí. Estoy convencido de que el único amor que tengo es el de tu corazón. ¡Vámonos de Buenos Aires!

—Ahora es imposible. Yo misma estoy vigilada por la policía. Yo te delaté el mismo día que saliste de la Curia renegando de mí. Mátame, Larrea, mátame, porque esa es la única manera en que te librarás de mí.

—Está bien, piérdeme.

—¿Dónde vas?

—A la panadería, a despedirme de Amalia. Sé que le vas a decir a la policía dónde estaré.

De pronto, la castellana se levantó, se echó sobre los hombros una mantilla y se dirigió a la policía.

Larrea fue a la panadería; en el mismo cuarto de Amalia le confesó todos sus crímenes y le pidió perdón. La chica permanecía en silencio. Allí, en esa habitación, y sin recibir la respuesta de Amalia, Larrea fue detenido por una patrulla policial. Lo llevaron al despacho del jefe, donde estaba Pilar, esperando. El teniente coronel Rocha entregó a Larrea al juez eclesiástico para que lo interrogara él primero, en presencia de Pilar.

—¿Usted es Juan Martín Larrea, natural de Valladolid?

—No solo Juan Martín, sino Miguel Antonio y Antonio Miguel.

—¿Se ha casado usted con estas dos mujeres, incurriendo en el criminal delito de bigamia?

—No solo con estas dos, sino con algunas otras que ustedes no conocen y que yo me guardaré muy bien de delatar.

—¿Por qué lo hizo, desafiando a Dios y a la justicia de los hombres?

—No se lo diré porque no me da la gana.

—Responda con más respeto.

—Si no quiere oír insolencias, no me pregunte impertinencias.

El juez eclesiástico o provisor volvió a preguntar cuál de las dos mujeres era la suya. Larrea no respondió y se dirigió a Pilar para decirle que se fuera a Europa lo antes posible.

—Yo no me voy —dijo, gimiendo—. Mi lugar es aquí, a tu lado, y no puedo dejarlo para que lo ocupe esa mocosa.

—Tu lugar a mi lado no puede ocuparlo nadie. Vete a Europa y me habrás dado una prueba seria de tu amor.

Larrea ingresó a la Penitenciaría como encausado, por lo que no debía ser afeitado y pelado, como ocurría con los presos condenados. Allí, en su celda, permaneció una semana sin hablar con nadie. De a poco se hizo más comunicativo, solicitó un ejemplar de su inseparable *Conde de Montecristo* y se volvió más locuaz. Con los guardias y los otros detenidos hablaba de su vida y de cómo eran los presidios europeos.

Una mañana, Larrea mandó a llamar con gran apuro a Francisco Wright, intendente de la Penitenciaría.

—He resuelto convertirlo a usted millonario, ni más ni menos que lo que el abate hizo con Edmundo Dantès, su protegido. Voy a hacerlo dueño de una fabulosa fortuna que va a dar envidia a los Anchorena, a quienes no he podido robar, no por falta de voluntad, se entiende. Deme papel y pluma.

LA REVOLUCIÓN DEL 24 DE SETIEMBRE DE 1874

La presidencia de Domingo Faustino Sarmiento (1868-1874) estaba por concluir. Se perfilaban como candidatos a sucederlo el vicepresidente Adolfo Alsina, Bartolomé Mitre, por el Partido Nacional, y Nicolás Avellaneda, su ministro de Cultura y Educación. El 1 de febrero de 1874 se realizaron elecciones para renovar la Cámara de Diputados, una verdadera previa de las presidenciales. El nivel de enfrentamiento preelectoral superaba todo lo visto hasta entonces visto. Mitristas y alsinistas se adjudicaban el triunfo en medio de denuncias de fraude. Los autonomistas porteños medio de denuncias de fraude. Los autonomistas porteños triunfaron en La Rioja y Catamarca; Mitre se adjudicó solo Santiago del Estero y San Juan y Avellaneda se impuso en el resto de las provincias.

El 15 de marzo, Alsina declinó su candidatura y puso sus votos a disposición de Avellaneda, lo que dio origen al sus votos a disposición

de Avellaneda, lo que dio origen al Partido Autonomista Nacional (PAN). Luego de las presidenciales de abril, también fraudulentas, Avellaneda fue proclamado presidente en el colegio electoral por cerca del doble de electores que Mitre. El acuerdo con Alsina daba buenos resultados. Como en muchas otras oportunidades, el derrotado recurriría a las armas para revertir el resultado desfavorable de las urnas; así lo hizo Mitre, a quien solo le quedaba el camino de la revolución. El movimiento estalló el 24 de septiembre de 1874. El diario *La Nación* —tribuna mitrista— fue clausurado y se estableció el estado de sitio. Los sublevados contaban con unos 5.000 hombres, oficiales mitristas, milicianos que respondían a hacendados nacionalistas, y tropas aborígenes al mando de Cipriano Catriel. El general Arredondo, en Cuyo, y el general Rivas, en el sur bonaerense, midieron fuerzas con las tropas gubernamentales. En medio de los enfrentamientos, Avellaneda asumía como presidente. La Verde y Santa Rosa fueron batallas definitorias. En noviembre, Mitre se puso en marcha y se topó con una pequeña fuerza que desconocía. Se trataba de unos 850 hombres, 120 de ellos policías, algunos soldados de línea y más de 700 paisanos carentes de artillería. Los comandaba el teniente coronel José Inocencio Arias, quien posicionó a sus tropas en la estancia La Verde, cerca de 9 de Julio. Al mando de casi 5.000 hombres, Mitre lo intimó a la rendición. Atrincherado con cercos y zanjas, Arias resistió. Cinco veces cargó Mitre con su caballería contra las posiciones enemigas. Otras tantas fue rechazado. Tras cuatro horas de lucha perdió unos 260 hombres, incluyendo algunos oficiales superiores. Debió retirarse derrotado. Finalmente, el 3 de diciembre se rindió en Junín. El 7, Roca atacó a Arredondo, pero no lo hizo frontalmente, como Mitre, sino que dio un rodeo y avanzó por la retaguardia. La jornada sería gloriosa para el entonces coronel Roca porque obtendría el grado de general. A Mitre lo esperaba la cárcel de Luján, a Arredondo un consejo de guerra, y a Avellaneda, una difícil gestión. El nuevo partido gobernante, el PAN, gobernaría sin sobresaltos hasta 1916.

El aspecto de Larrea y la vaguedad de su mirada sorprendieron a Wright. A pesar de creer que el hombre estaba loco, le dio lo que pedía. Larrea se sentó delante de su mesita y escribió con precipitación febril.

> A Victoria, reina de los ingleses. Pagarás a la vista y al portador, sin permitirte hacer la menor observación, la cantidad de tres millones de libras esterlinas, que yo le regalo porque sí.
>
> Tu soberano y señor Antonio Larrea.

Wright contuvo una carcajada; dobló el papel y le hizo una pregunta.

—Y… ¿me pagará la reina Victoria esta enorme suma, sin hacerme esperar?

—Ya lo creo que pagará —replicó, convencido, Larrea—. La reina es débil como todas las mujeres; la soberana inglesa fue mi esclava. Ya he girado contra ella muchas sumas que se ha apurado a pagar temiendo que divulgara su secreto, la debilidad que tuvo conmigo.

Larrea comenzó a darles giros por inmensas sumas a todos los empleados de la Penitenciaría con quienes tenía trato. Los giros eran contra los soberanos de España, quienes, decía, pagarían porque le debían su reino.

Solía tener algunos momentos de lucidez. Entonces hablaba de su mujer, Pilar; hablaba de ella con un profundo cariño. Larrea recibió una carta que terminó de hacerle perder la poca cordura que le quedaba. Era una carta de la castellana, que le daba noticias de lo que había pasado después de que llegara a Europa.

Le contaba que, al llegar a Valladolid, el padre de Larrea no hacía más que preguntar por él, tan desesperadamente que no pudo soportarlo ni contener las lágrimas. Se sintió desfallecer y debió tomarle las manos al viejo. Debía contarle toda la verdad. Le relató lo que le había sucedido en su viaje a América, el encuentro con su marido, los delitos de Juan Martín y el engaño con esa jovencita Amalia, el motivo del encierro que le había impedido a su hijo volver a España a visitarlo. Para animar al pobre viejo terminó diciéndole que Juan Martín le había prometido escaparse para reunirse con ellos lo más pronto posible. Pilar le contaba a Larrea que el buen viejo la escuchó sin pronunciar una palabra: dejó caer sobre ella su cabeza, muy afligido, y así permanecieron más de dos minutos. El viejo necesitaba consuelo y Pilar lo sabía; sobre todo, había que darle seguridades

sobre la vuelta de su hijo, que era lo que más ansiaba. Entonces, se apartó para contarle que Juan Martín no tardaría en llegar. En ese momento, la cabeza del viejo cayó pesada como un plomo sobre su hombro derecho. Se la levantó, cariñosamente, alzó sus ojos buscando los del viejo y entonces vio algo horrible que la dejó pasmada. Los ojos del padre de Larrea, le contaba en la carta, estaban abiertos e inmóviles, en su boca se dibujaba una amarga sonrisa y estaba lívido como un cadáver. Ella gritó. El viejo había ido muriendo a medida que Pilar le contaba lo ocurrido en América y tal vez con su última palabra haya exhalado su último suspiro. La carta tenía un final atroz. Cuando llegó a la casa, la madre de Larrea se enteró por la servidumbre que su marido había muerto del disgusto por no tener a su hijo: la mujer sonrió y luego soltó una carcajada. Tenía la mirada vaga y tuvo un temblor convulsivo en todos los miembros. Había enloquecido. Pilar le decía a su marido que solo le quedaba esperar que él regresara pero que si dentro de seis meses no estaba en Valladolid, se mataría.

Cuando llegó a esta parte de la carta, Larrea la dejó caer de su mano, alzó sus ojos al techo de la celda y permaneció así un largo rato. De sus ojos caían lágrimas que corrían por sus mejillas. De golpe, les dijo a quienes estaban cerca de él:

—Vayan inmediatamente a mi casa y díganle a mi mujer que no se mate, que yo he de evadirme de aquí aunque tenga que gastar mi inmensa fortuna. Que ya tengo comprado al gobernador de la Penitenciaría, a los jueces y al mismísimo gobernador de la provincia, a quien he deslumbrado con mi oro. Apresúrense, porque si no llegan a tiempo, si mi mujer se muere, abro en canal a todo el mundo.

Larrea se quedó solo, entregado por completo a su locura. Había momentos en que deliraba a gritos sobre inmensos cargamentos de oro que debía recibir, y que destinaba a pagar al gobierno de Buenos Aires. En otros era dominado por visiones terribles, en las que se le aparecían esqueletos y fantasmas que intentaba apartar con movimientos febriles. Entonces, la locura de Larrea tomaba un carácter sombrío. Decía que aquellos espectros pretendían precipitarlo a un abismo donde lo esperaban sus víctimas. Lanzaba gritos destemplados y llamaba en su auxilio a los guardias. De pronto se tranquilizaba por completo y volvía a soñar con sus tesoros. Así permaneció durante tres o cuatro días, negándose a comer. Su salud no mejoró; estaba flaco y demacrado por la falta de alimentación. Su salud se

agravó con rapidez. La mañana del 28 de julio de 1875, lo encontraron muerto en su cama. Se había dejado morir de hambre.

VI

Los Caballeros de la Noche.
El delito que no existía (1881)

—¿Cómo se llama?

—Alfonso Kerchowen de Peñaranda.

—¿Cuántos años tiene?

—27.

—¿Dónde nació?

—En el castillo de mi padre, el vizconde de Kerchowen, en Bruselas, Bélgica.

—¿Y dónde vive en Buenos Aires?

—En la calle Caray 170, con mi señora mujer y mi hija.

—Jajaja… Caray, no —corrigió el comisario Pablo Tasso, de la comisaría 3ra. de Recoleta—. Es Garay, Garay. Jaja… ¿Cuándo llegó a Buenos Aires?

—Hace más o menos tres años, en el City of New York*. Venía de Nueva York.*

—¿Y de qué trabaja, además de robar cadáveres?

—¡Señor, qué está diciendo! La policía es igual en todos lados. Inventa historias… ¡Señor, yo soy pintor!

—Así que la policía es igual en todos lados. Entonces usted debe conocer muchas policías.

—Lo que conozco son sus trampas. No se va a aprovechar de que no sé hablar bien su idioma. ¡No sé por qué estoy acá! En este momento mi

esposa y mi niño de pocos meses están abandonados por culpa suya, por esta injusta prisión de la que soy objeto.

—Díganos… —Taso cambió el tono, ahora más componedor— qué vino a hacer en América.

—A buscar un trabajo más productivo que el que podía tener en mi patria. Yo soy pintor pero tengo proyectos industriales de importancia que debo realizar en Buenos Aires.

—Justo acá. No en Bruselas ni en París ni en Nueva York. Justo acá. ¿Y de qué se tratan?

—¡Usted es un policía y yo estoy en prisión injustamente, por su culpa! ¡No voy a discutir con usted mis proyectos!

El comisario Tasso dio vueltas a la silla donde estaba sentado Kerchowen.

—Usted dice que es un emprendedor. Acá tengo unos documentos que le atañen —dijo mientras alzaba unos papeles con su mano derecha—. Sí, efectivamente, su padre es Eugenio de Peñaranda, vizconde. Cuántos problemas le ha dado —Alfonso daba vueltas la cabeza tratando de seguir al comisario en su ronda alrededor de la silla—. ¿Ha probado el vino Carlón? ¿Qué le parece?

—¿Qué raza de pregunta es esa?

—Leo en los documentos, porque estos son documentos enviados por su país, de su inclinación hacia el vino del Rhin, el Champagne y especialmente el Chateau Lafitte. Aquí leo: "Dipsómano por inclinación". También veo que lo han debido sacar inconsciente de algunas mesas de juego, donde su padre ha debido cubrir sus pérdidas —Kerchowen enrojeció de furia—. Leo que usted fue echado del colegio a los 18 años por ladrón y que las influencias de su familia permitieron que la cuestión no tuviera consecuencias importantes para usted. Leo también que fue sospechoso del robo de joyas de su propio tío… Ajá… Ajá. Me imagino que su título y la fortuna de su padre le han abierto muchas puertas que usted ha sabido cerrar. Alcohólico, jugador, mujeriego… Hay informes sobre usted de Marsella, Mónaco, Burdeos, Liverpool… Aquí veo una coincidencia con lo que usted me ha dicho. Efectivamente, llegó en el vapor City of New York*, en 1878.*

—¿A qué viene esta infamia?

—¿Qué parte ha tomado en el secuestro del cadáver de la señora doña Inés de Dorrego, el 24 de agosto?

Las cinco sombras se movían por los monumentos del cementerio de la Recoleta, separadas por poco más de un metro cada una. Llevaban máscaras. Habían entrado alrededor de las seis de la tarde y se escondieron hasta que se hizo casi medianoche. Hacía mucho frío en el momento de transición del 24 al 25 de agosto de 1881, y se cuidaban de que el viento no les volara los sombreros de ala ancha que llevaba la mayoría de ellos. Kerchowen era el único que lucía una capa con esclavina que, se notaba, había soportado innumerables agravios en su larga existencia. Los cinco se escondieron de la luz de la luna como si presintieran que caerían fulminados si los alcazaba. Aquí y allá, los cinco saltaban de tumba en tumba hasta reunirse a una decena de metros de aquella que los había convocado esa noche. Pablo Miguel Ángel se quedó de centinela, con la misión de ir de cuando en cuando a la entrada del cementerio para corroborar que el sereno siguiera durmiendo. Los otros cuatro, el turco Vicente Morata, Daniel Expósito, Francisco Moris y Kerchowen, en fila india y en puntas de pie, se dirigieron a la tumba de doña Inés Indart e Igarzábal de Dorrego. La mujer había muerto de neumonía a los 76 años, menos de dos meses atrás, el 29 de junio. Había sido la esposa de Luis Dorrego, hermano del general Manuel Dorrego. Luis e Inés tuvieron ocho hijos, de los cuales seis fueron mujeres: Felisa Gregoria, Teresa Quintina, Emiliana Teodora, Luis Melitón, María del Carmen Adriana, Adolfo Claudio, Magdalena Justa y Ángela Inés.

Kerchowen y Moris se pararon frente a la entrada de la bóveda de la familia Dorrego. A los costados, Morata y Expósito, quienes habían llevado cuerdas para trajinar la pesada carga que sacarían del sepulcro. Morata, rápido, con un golpe rompió el vidrio de la entrada y abrió la puerta. Al entrar, prendieron velas y desplegaron las sogas para atar el ataúd de doña Inés, aunque antes debían bajarlo de la pequeña plataforma en la que se encontraba. La madera era de las más caras y de las más pesadas, ébano. Tenía incrustaciones en plata, metal con el que también habían sido confeccionadas las manijas. Era muy pesado. Con gran esfuerzo, Moris y Kerchowen, de un lado, y Morata y Expósito, del otro, lo levantaron con

todas sus fuerzas pero no pudieron moverlo gran cosa. Intentaron deslizarlo de un lado y luego del otro, y lo arrimaron hasta el borde. Dispusieron las cuerdas en el piso, al lado del pedestal, para después poder atar el cajón y trajinarlo. Secándose el sudor a cada instante, lo bajaron al suelo sobre las dos cuerdas. Lo demás fue un poco más sencillo: arrastraron el ataúd tirando de las cuerdas hasta sacarlo de la bóveda. Todos se sentaron a su alrededor para descansar. Era más pesado de lo que habían previsto. Nuevamente de pie, lo arrastraron con cuidado hasta un sepulcro cercano. Morata hizo lo mismo que en la entrada de la tumba de doña Inés. Un golpe para romper el vidrio y la puerta se abrió. Tiraron de las cuerdas mientras Moris y Morata empujaban de los pies del cajón hasta la entrada de la tumba que habían abierto y donde esconderían a doña Inés. Kerchowen y Expósito, que tiraban de la cuerda desde la cabecera del ataúd, entraron al sepulcro. De golpe se detuvieron y debieron contener un grito.

El ataúd de doña Inés era demasiado grande, no pasaba por la puerta de la bóveda elegida, que era más estrecha. En voz baja, les avisaron a los de afuera que debían retroceder y cuidar que los costados del cajón no se dañaran raspando los marcos de la entrada, que eran de metal. Morata y Moris ya no tenían un extremo de la cuerda, sino que empujaban con sus manos. Para hacer retroceder el ataúd debieron aferrar las manijas y tirar. El esfuerzo los dejó rendidos. De nuevo, los cuatro estaban sentados alrededor del cajón. Expósito le hizo los cuernos como señal para ahuyentar la mala fortuna. Moris se persignó. Parecían perdidos. Kerchowen le hizo señas a Morata para que lo acompañara. Caminaron unos cien metros, hasta la esquina de la calle de bóvedas, y cuando estaban por pegar la vuelta a la esquina se fijaron en un monumento que el belga había visto cuando se dirigían a la de los Dorrego. Era la de la familia Requejo. Con un piolín midieron la entrada, volvieron y compararon con la parte más ancha del ataúd de doña Inés. Ahí podía entrar. Ahora, el viento soplaba fuerte. Expósito se sacó el sombrero y se ató un pañuelo para contener su cabellera. Volvieron a tirar de la cuerda mientras otros dos tiraban de las manijas, y así arrastraron la carga hasta la entrada de la bóveda de los Requejo. Morata, el especialista en abrir tumbas, esta vez debió forzar la cerradura porque no había vidrio que romper. El ataúd pasó, pero adentro el espacio era muy chico. Debieron colocarlo de costado, una afrenta a la memoria de doña Inés. Desataron los nudos de la cuerda y salieron. Morata compuso lo mejor

que pudo la cerradura violada y, para marcar el lugar, dejaron una flor en la entrada.

***

—¿A quién se le ocurrió eso de los Caballeros de la Noche? ¿A usted?

—No se burle de lo que no conoce.

—Explíquese, entonces.

—De ninguna manera.

—¿Quién escribió la carta que recibió Doña Felisa?

—No sé qué me está diciendo.

—¡Ya me cansó, Kerchowen! Si no es de esta manera será de otra, pero usted me va a decir a quién se le ocurrió ese asunto de los Caballeros de la Noche.

El comisario Agustín Isidoro Suffern, el otro policía designado para hacerse cargo de este caso por el jefe Marcos Paz, observaba el interrogatorio de Tasso sin decir palabra o hacer gesto alguno. Solo en ese instante se paró y, de espaldas a Kerchowen, le hizo un gesto de calma a Tasso bajando y subiendo su mano.

—Usted no me reconoce, ¿verdad, Kerchowen? —dijo Tasso imprevistamente.

El belga quedó sorprendido.

—¿No se acuerda de hace unos noventa días? Yo lo puse en prisión por andar merodeando el cementerio de Recoleta.

—Si usted me detuvo hace tres meses, ¿cómo es posible que no haya advertido que mi interés era robar un cadáver?

Tasso le pegó una trompada.

***

Hacía trece años que Felisa Dorrego de Miró vivía en el palacio que había construido su marido, Mariano Miró, sobre un terreno que había comprado en una subasta, ubicado entre las calles Viamonte, Córdoba, Libertad y Talcahuano. La mansión era de estilo italiano, con dos plantas, una galería perimetral en el piso bajo y un vistoso mirador. Felisa era una de las hijas de doña Inés de Dorrego. El 25 de agoto, una de sus criadas le entregó una carta dirigida a la "Señora Felisa Dorrego de Miró y familia". Sentada en el sillón que había correspondido a su marido, la lectura le provocó un temblor en sus manos.

> Respetable señora y familia: al pasar la vista por estas líneas, es posible que sus sentidos desfallezcan; empero este es un mal que no tiene remedio, porque nos encontramos impulsados por fuerza extraña a proceder como lo hacemos.
> Dicho esto, venimos sin comentario a participarles que los restos mortales de su finada madre doña Inés de Dorrego, que reposan desde hace poco en la bóveda de la familia de los Dorrego, han sido sacados por nosotros en la noche pasada del 24 al 25 del corriente mes y conducidos a lugar seguro, encontrándose por consiguiente en nuestro poder, fuera del campo santo de la Recoleta. Debemos añadir que esos restos se hallan hoy rodeados de respecto y que volverán al lugar de donde han sido sacados, siempre que ustedes, si quieren ser complacientes con nosotros, cumplan la condición que vamos a imponerles.
> Sabemos que doña Inés de Dorrego, al morir, dejó a sus hijas queridas una fortuna colosal; sabemos que esas hijas la lloran y la veneran, recordando que a madre amante y cariñosa; y que esas hijas por todo el oro del mundo, no consentirán ver esos restos sagrados ultrajados y arrojados al viento en tierras profanas y desconocidas. Que indudablemente la justa crítica de una ciudad y de una nación os cubriría de vergüenza y lodo, manchando para siempre vuestro nombre ilustre. Hijas tan ricas, dirán, y tan desnaturalizadas...
> Sabemos que la familia de los señores de Dorrego está en razón celosa de su nombre ilustre y sin mancha, que la calumnia no ha podido, no puede ni podrá tal vez alcanzarle nunca; sabemos en fin que para las ricas y poderosas herederas de doña Inés de Dorrego, deshacerse por ejemplo de cinco millones de pesos moneda corriente, le sería fácil, sería una cantidad insignificante. Sin embargo, ya que llegamos al hecho, o mejor a la condición de que debemos hablar, no queremos ser exigentes en demasía y nos conformaremos con las dos cuartas partes, es decir con dos millones de pesos moneda corriente.
> Con más claridad y en resumen: ustedes, doña Felisa Dorrego de Miró y familia, nos abonarán en el término de veinticuatro horas la cantidad de dos millones de pesos moneda corriente, que son ochenta mil patacones, si quieren que los restos de su finada madre, doña Inés de Dorrego, sean devueltos intactos y respectados al santuario mortuorio de la familia de donde han sido sacados, sin que nadie sepa lo sucedido, lo juramos. Más adelante encontrarán las explicaciones necesarias sobre la manera como debe efectuarse la entrega.

Si las demandas no eran cumplidas, seguía diciendo la carta, los restos de doña Inés serían ultrajados, reducidos a cenizas y arrojados a los cuatro

vientos.

Al final de la carta había una *Nota Bene*:

> Al sacar los restos de doña Inés de Dorrego, hemos tratado de no dejar rastro alguno, impidiendo de esta manera que al ser público el hecho, lo tome de su cuenta la policía, perjudicando a uds. con su mismo celo. Sus pesquisas serían infructuosas y no tendrían otro resultado que el de impedirnos recibir el precio del rescate exigido, quizás contra la propia voluntad de uds. y el de obligarnos, en la duda, a realizar nuestra venganza. Que la persona a quien envíen a la Recoleta para cerciorarse de la verdad de nuestra afirmación, obre con prudencia y precaución. Es un consejo en interés de uds. como en el nuestro. Los C. de la N.

Con la carta llegaron también un pequeño cofre de madera y un pliego, en el que se indicaba que los dos millones de pesos debían colocarse en el cofrecito, envolviendo la moneda en papeles lacrados y cubriéndolo todo con paja, para ocultarlo así de las miradas indiscretas. Finalmente, la misiva decía que un mozo de cordel iría a la mañana siguiente para recoger el cofre con el dinero y entregar otra carta. Se les recomendaba que no le dirigieran la palabra, porque el muchacho nada sabía y nada podría decirles. Los mozos de cordel eran muchachos u hombres que se paraban en la esquinas con una cuerda de unos diez metros enrollada en el hombro izquierdo, y eran contratados para levar una carga o realizar un trámite.

En el extremo superior de la carta había un sello con tinta azul que representaba una lechuza, el ave de las tumbas, rodeada por la siguiente inscripción: *DICTUM ES FOEDUS. TACERE. OBEDIRE.VINCERE* (Lo establecido es obligación. Someterse, obedecer. Vencer). Al pie, con tinta colorada, otra leyenda que rodeaba una estrella decía: *DICTUM ES FOEDUS. NEMO ME IMPUNE LACESSIT* (Lo establecido es obligatorio. Nadie podrá ofenderme impunemente).

Los sobrinos de doña Felisa, Felipe y Manuel Lavallol, fueron al cementerio y comprobaron que el ataúd de doña Inés no estaba en la bóveda, tal como afirmaba la carta extorsiva. Las hijas de la difunta estaban decididas a pagar lo que se les pedía, pero los varones de la familia pretendían llevar el asunto a la policía. Y así lo hicieron. Por tratarse de quiénes se trataba, el propio jefe de la Policía, Marcos Paz, se interesó personalmente en el asunto y designó a los comisarios Suffern y Tasso para que encontraran el ataúd y atraparan a los culpables.

La familia Dorrego y los comisarios coincidieron en que el tamaño del ataúd y su peso hacían muy difícil sacarlo del cementerio. Si lo habían intentado a la noche, entonces debieron haberse visto ante la dificultad de pasar el muro perimetral. La noche del 24 al 25, el sereno no había notado nada extraño, al menos en la entrada. Y aunque estuviese durmiendo, varias personas con un féretro de tales dimensiones a cuestas no habrían podido pasar a su lado sin que lo advirtiera. Además, deberían haber abierto las cancelas, que estaban cerradas. El día 27, muy temprano, decenas de policías comandados por el comisario Francisco Acevedo invadieron el cementerio y detuvieron a todos los civiles que allí se encontraban. Los vigilantes creían que, de esa manera, podrían dejar fuera de circulación a algún cómplice que estuviera vigilando el cementerio hasta que se cumpliera el pago o que pudiera avisarles a sus secuaces que la familia había avisado a la policía. Cuanto deudo había ido esa mañana a llevarle una flor a sus difuntos quedó en prisión por más explicaciones, quejas o reclamos que hiciera, lo mismo que aquellos que andaban por la calle cerca de la puerta de la Recoleta. Acusación ambigua la de merodear, que los policías definían de acuerdo a cómo les caía la cara o la pinta del merodeador. Los agentes se dividieron en grupos y buscaron por los monumentos cercanos a la bóveda de los Dorrego, hasta que a uno de ellos le llamó la atención una flor colocada en la entrada de la bóveda de la familia Requejo y se lo dijo al comisario Acevedo. Hacia allí fueron todos. Adentro, de costado, estaba el ataúd de doña Inés, con su madera raspada aquí y allá. La incertidumbre sobre el destino de los restos había concluido rápidamente y comenzaba la caza de los Caballeros de la Noche.

Pablo Tasso estaba disfrazado de vendedor ambulante de pollos. Llevaba unos grandes bigotes postizos y se paró cerca de la entrada de la mansión Miró. A la hora señalada,

José Bossi, el mozo de cordel, se presentó para retirar un cofre que secretamente debía contener el dinero, los dos millones de pesos. En lugar de los billetes habían colocado en la pequeña arca papeles de diarios y estraza. Bossi tomó el cofre y salió. Caminó por Corrientes, llegó hasta el Paseo de Julio (hoy Alem), dobló por Piedad (hoy Bartolomé Mitre) hasta Victoria (hoy H. Yrigoyen) y entró en la estación central del Ferrocarril del Norte. Lo seguían Tasso y Suffern. En la estación, Bossi se encontró con el changador Antonio Perri, también italiano, al que le decían “el manchado”

por unas marcas en el costado derecho de su cara producto de una vieja quemadura. Había sido contratado para recoger el cofre de manos de Bossi, viajar en el tren y tirar la caja en un punto determinado. Perri tampoco sabía de qué se trataba el asunto. Antes de que el tren partiera, los policías averiguaron que había sacado un boleto hasta Belgrano. Habían previsto no detener a Bossi, sino seguir el cofre. Por eso, ahora estaban en el tren vigilando a Perri. Luego de cumplir su encargo, Bossi salió de la estación y fue apresado por el propio jefe de Policía, Marcos Paz, que seguía los pasos de los comisarios sin que estos lo supieran. De puro comedido, Paz creía que Bossi estaba implicado, pero se equivocaba. Aun así, hizo todo lo posible para que el arresto del mozo no pasara inadvertido en el lugar.

En el tren, Tasso se sentó al lado de Perri. Por su parte, Suffern se hizo pasar por guarda. Cuando le pidió el boleto, el italiano se sorprendió.

—¡Comisario Suffern! ¿Qué hace vestido de guarda?

A Suffern se le enrojecieron aún más sus coloradas mejillas y su rostro y sus cabellos parecían incendiarse. Hizo que sus hombres llevaran a Perri a un vagón menos concurrido. Lo maltrataron sin motivo, o, mejor dicho, por haberle hecho pasar un mal momento al comisario. Luego le preguntaron dónde llevaba el cofre que había recibido en el andén. Perri contó que, el día anterior, un hombre lo había contratado para que lo recogiera, tomara el tren y tirara la caja en el puente que cruza el arroyo Maldonado, a la altura del Hipódromo de Palermo. Cuando estaban por llegar al lugar; le ordenaron al maquinista que disminuyera la velocidad. Perri tiró el cofre, y Tasso, Suffern y otros dos hombres se lanzaron del tren y rodaron por la pendiente de tierra.

Kerchowen y el turco Morata habían llegado al lugar en un carruaje alquilado. Morata se quedó en el coche; su compañero bajó y se acercó a las vías. No le gustó nada que en tren disminuyera su velocidad al llegar al puente. A pesar de haber visto volar el cofre, salió corriendo hacia el carruaje sin agarrarlo porque vio que unos hombres saltaban del tren. Al llegar al carruaje le dijo al cochero que saliera a toda prisa de allí; este azuzó los caballos y enfiló hacia el pueblo de Belgrano. Los policías corrían desesperados pero se iban alejando del vehículo. Tasso vio a un lechero que venía lentamente con su caballo. Le quitó el animal y salió al galope. Suffern, que tosía por el esfuerzo de la carrera, se aprovechó de un carrero que estaba descansando bajo un árbol, y le quitó el carro. Sin embargo, ni el

comisario a caballo ni el otro en el carro lograban alcanzar el carruaje que llevaba al belga y al turco. Cerca de las Barrancas de Belgrano, el cochero que llevaba a los Caballeros de la Noche se dio cuenta de que lo perseguían y desconfió de sus pasajeros. Detuvo el coche y les pidió que se bajaran. Kerchowen y Morata quisieron tomar un tranvía que vieron a lo lejos, pero como venía muy lento, decidieron internarse en la zona de quintas de Belgrano. No fueron muy lejos. En la calle Santa Fe, parte del viejo Camino del Medio (luego llamada avenida Cabildo), los comisarios pudieron al fin ponerles las manos encima. Casi al mismo tiempo, alrededor de las tres y media de la tarde, en un solemne acto realizado en el cementerio de la Recoleta, el ataúd de doña Inés de Dorrego volvió a su bóveda.

Muerto de miedo ante las amenazas de Suffern y de Tasso, que estaban fuera de sí por la larga persecución a la que los habían obligado, Morata les dijo que escondían los documentos de la asociación Caballeros de la Noche en el mismo pueblo de Belgrano, entre unos matorrales. No se trataba de ninguna construcción, sino de un claro en el cual se reunían y donde guardaban los documentos fundacionales del grupo, los estatutos, redactados con gran pobreza de lenguaje y de ideas. Parecían las reglas de una sociedad infantil.

> Eres libre de someterte o no al cumplimiento de una orden del Consejo Supremo, siempre que dicha orden no sea terminante, lo que suele suceder en ciertas circunstancias; en ese caso, la denegación o mala voluntad se castigará en debida forma.
> Si quieres inducir a alguien a entrar a la Asociación, avisarás desde luego al Consejo Supremo, manifestando su deseo por medio de un escrito firmado de su mano.
> En la Asociación solo entrarán los extranjeros. El Consejo Supremo decidirá sobre los demás.
> Calla siempre con quien tengas que callar y lo que tienes que callar. Misterio, secreto, silencio en todo, por todo y con todo.

En la mayoría de los escritos encontrados aparecía el nombre de Kerchowen. Era fácil entender que todos los documentos eran de su autoría y que el mentado Consejo Supremo de los Caballeros de la Noche se reducía a una sola persona.

***

—Kerchowen, si usted, como dice, no tiene nada que ver con los Caballeros de la Noche, ¿cómo explica su huida hacia el pueblo de Belgrano?
—Es muy sencillo. Si a un hombre inocente lo persiguen los comisarios, señor, y resulta que no ha cometido usted ningún daño, ¿cómo no va usted a huir con los mil y un engaños que tiene la autoridad para atribuir un delito falsamente?
—¡Kerchowen, usted fue a recibir el dinero del rescate!
—Yo no tengo nada, señor. Que yo haya ido a recibir un rescate es un asunto que usted imagina.

***

La evidencia que Tasso y Suffern habían reunido no fue suficiente. Necesitaban, acaso como el dedo al anillo, obtener una amplia confesión. Luego de un "hábil interrogatorio", eufemismo para cubrir la aplicación de tormentos, Kerchowen confesó todos los detalles del plan para extorsionar a la familia Dorrego y mencionó a todos los involucrados. Morata fue torturado y también terminó confesando; había nacido en Turquía y tenía 32 años. Los otros miembros fueron detenidos, a excepción de uno solo. Eran italianos, españoles o turcos: Florentino Muñiz, Francisco Moris, Patricio Abadie, Pablo Miguel Ángel, José Antonio Kadaur, Francisco Desalvo y Joaquín Barreiros. El único que escapó fue Daniel Expósito, uno de los que había entrado al cementerio a robar el cadáver. Nunca más se supo de él.

Kerchowen trató de cargar la responsabilidad en el español Florentino Muñiz, un hombre de 43 años. Eso mismo, echarle la culpa a un cómplice, había hecho en Europa cada vez que había sido descubierto en alguno de sus embrollos. Dijo que Muñiz era el verdadero jefe de la organización y que de él fue la idea de crear una organización llamada los Caballeros de la Noche.

Para todo el mundo en Buenos Aires había sido un hecho deleznable; nadie dudaba de que debían ser condenados, y las pruebas era abrumadoras. Los policías los enviaron ante el juez con esa convicción. Pero había una circunstancia que todos habían dado por sentada aunque no lo estaba ni mucho menos. ¿Cuál era el delito que habían cometido?

El fiscal Andrónico Castro no tenía ninguna duda. En su acusación del 18 de marzo de 1882 resumió su postura en cinco puntos:

1. Los Caballeros de la Noche habían violado un establecimiento público, como el cementerio y, para colmo, lo hicieron de noche y en pandilla.
2. Violaron un sepulcro.
3. Había profanación de un cadáver, porque a pesar de no haber abierto el cajón, el hecho de moverlo de lugar ya lo configuraba.
4. Los Caballeros, aunque no todos, iban armados con revólveres.
5. El hecho había sido planeado.

Andrónico Castro escribió (pues la acusación fue escrita según el procedimiento judicial vigente) que había habido una "profunda meditación". Para el fiscal, el delito de violación de sepulcros estaba previsto en la ley española, en la francesa, en el código napolitano y en el proyecto de Código Penal argentino. Pero había un problema: no estaba contemplado en la ley vigente. Aunque exhortara al Congreso a incluir este delito en la ley penal, lo cierto es que no lo estaba. En otras palabras, significaba que en la Argentina no era delito violar sepulcros. Castro hizo un malabarismo. Aseguró que el delito estaba regido por la Ley de las Siete Partidas. En la ley 14, título 14, de la Partida Primera se prescribía: "Maldad conocida faxen los que quebrantan los sepulcros o desotierran los muertos, para llevar lo que meten". Y enseguida empalmó con la ley 12, titulo 9, de la Partida Séptima, la última, que hablaba de cuestiones penales, que establecía la pena de muerte o reclusión perpetua para los que profanaran una tumba. Según Castro, era imperioso que la sociedad se librara de "individuos tan peligrosos y tan incorregibles como los procesados". Acusó a Florentino Muñiz y a Adolfo Kerchowen de Peñaranda de violación de sepulcro y del cadáver de doña Inés de Dorrego. Como jefes del complot, solicitó que se los condenara a presidio por tiempo indeterminado. Y acusó de complicidad en primer grado a los demás integrantes de la asociación, para los que pidió quince años de prisión.

La mejor defensa que se presentó en el caso fue la de Rafael Calzada. Nacido en el Principado de Asturias, estudió en Barcelona y en Madrid, pero quiso recibir su diploma de abogado en su región natal, en la Universidad de Oviedo. Luego de obtenerlo con nota de sobresaliente, trabajó en el estudio jurídico de Francisco Pi y Margall. Lo que más deseaba era entrar en la magistratura, pero aún no tenía la edad necesaria para aspirar a un cargo. Decidió entonces venirse a Buenos Aires, donde comenzó a trabajar nada menos que en el prestigioso bufete de José María

Moreno. Tenía 27 años cuando lo designaron defensor de su compatriota Florentino Muñiz. Su defensa, que incluía una demoledora réplica a la acusación del fiscal, ayudó a todos los acusados.

Calzada sostuvo que en este caso no se podía hablar de una asociación o de una banda porque, además de que algunos se conocieron recién en la comisaría cuando fueron detenidos, los llamados reglamentos de los Caballeros de la Noche no eran más que una sucesión de disparates de los cuales no se podía deducir ningún propósito criminal.

Afirmó Calzada que trasladar el ataúd de una bóveda a otra no significaba nada, menos aún responsabilidad criminal. Hizo pie en un consagrado principio jurídico del mundo occidental que suele expresarse con la frase en latín: *Nulla poena sine praevia lege*, que significa que no puede haber una pena para nadie si antes no hay una ley que diga que lo que hizo el acusado es un delito. El Código Penal argentino no contemplaba como delito la acción de violar un sepulcro, es decir, no había ninguna ley que dijera que eso era un delito. El principio de legalidad sostiene que algo es delito si hay una ley anterior al hecho que así lo diga. Calzada citó la Constitución argentina: "Ningún habitante de la Nación puede ser penado sin juicio previo fundado en ley anterior al hecho del proceso". En consecuencia, esa violación de sepulcro, que el defensor no negaba ni discutía, no podía ser penada porque no estaba contemplada como delito.

Tampoco la sustracción de ataúd podía ser considerada como un hurto o un robo, porque para que fuera un delito contra la propiedad era necesario que el ladrón hubiese tenido efectivo poder sobre la cosa que se había llevado, lo que en este caso tampoco se daba porque los ladrones no se llevaron el ataúd sino que lo pusieron en otra bóveda. Era como si un ladrón entrara en una casa y, en lugar de llevarse el dinero que roba y hacer con él lo que quiere como si fuese el dueño, solo sacara el dinero de un cajón de la cómoda y lo pusiera en otro. No hay robo porque no hay desapoderamiento. Lo que ocurrió con los Caballeros de la Noche, dijo Calzada, fue una simulación de hurto, ni siquiera un robo. ¿Por qué? Calzada insistió. No hubo violencia, y, como es sabido, el robo se diferencia del hurto porque la sustracción debe conseguirse por medio de la fuerza. Si los Caballeros hubiesen abierto el féretro y sacado las joyas que llevaba la difunta, podría pensarse en un robo, pero Kerchowen y sus compañeros muy lejos estuvieron de una acción como esa.

Rafael Calzada se puso en el lugar de los que justamente se habían indignado frente a la falta de respeto a la memoria de la muerta, un atentado que repugnaba la conciencia de todos. Y se preguntó si una acción deleznable como esa debe quedar impune. Su respuesta es sí, pues no hay ley que la castigue. Le quedaba referirse a la carta enviada por los caballeros a doña Felisa Dorrego de Miró, la hija de doña Inés. Consideró Calzada que había allí una amenaza, cuando escribieron que los restos serían profanados, reducidos a cenizas y esparcidos a los cuatro vientos. Y que la pena que debería corresponder a los acusados era solamente por amenazas, que tenía un castigo de no más de cuatro meses de prisión.

El juez Julián Aguirre dictó sentencia el 30 de octubre de 1882. No le dio la razón al fiscal pero tampoco a Calzada. Para el juez hubo robo de cadáver, y condenó a Kerchowen, Morata, Moris, Abadie, y Miguel Ángel y Expósito (a pesar de que este no había sido detenido) a la pena de seis años de prisión. La pena de Kerchowen se agravaba con una reclusión solitaria de quince días en el aniversario del crimen. A Muñiz, en definitiva el cliente de Calzada, le aplicó dos años de prisión. Absolvió a Kaduc, Desalvo y Barreiro.

Mientras se esperaba la sentencia definitiva, doña Felisa Dorrego de Miró se enteró de la miserable situación que estaban atravesando la mujer de Kerchowen y su pequeño hijo. Felisa quiso protegerlos y los tomó bajo su cuidado.

El 24 de noviembre de 1893, la Cámara del Crimen dictó la sentencia definitiva. Los jueces Barra, Pardo, Peralta, Bunge y Martínez le dieron la razón al abogado Calzada. No se podía condenar a nadie si una ley anterior no establecía que lo que habían hecho era delito. No después del episodio, porque eso sería arbitrario y los ciudadanos quedarían a merced del criterio de las autoridades, que podían poner en prisión a quien quisieran por simple capricho o interés. Solo quedaba en pie el delito de amenazas en la famosa carta enviada a doña Felisa. La pena se daba por cumplida por el tiempo que los reos habían pasado ya en presidio. Los Caballeros de la Noche, después de más de dos años y tres meses de cárcel por un hecho que no era delito, salieron en libertad.

AHORA SÍ

El Congreso sancionó el primer Código Penal argentino en 1886. A causa de lo ocurrido con los Caballeros de la Noche, se incluyó como delito sustraer un cadáver para hacerse pagar por su devolución. El Código Penal vigente mantuvo el mismo delito, en el artículo 171, dentro de las extorsiones. La pena prevista para el autor de este delito es de dos a seis años de prisión. extorsiones. La pena prevista para el autor de este delito es de dos a seis años de prisión.

VII

Luis Castruccio, ¿el primer envenenador? (1888)

La autopsia comenzó alrededor de las seis de la tarde, tal como estaba programada. Los instrumentos estaban alineados sobre una mesa de madera y la lámpara de techo iluminaba de lleno el demacrado cuerpo de Alberto Bouchot Constantin, un desgraciado inmigrante francés, que a los pocos meses de su llegada al país terminó tendido en una camilla de la morgue.

Mientras los médicos realizaban los últimos preparativos para iniciar el procedimiento, el doctor encargado de la práctica hizo su aparición junto con otro hombre, algo extraño. Joven, petiso y con una protuberancia marcadísima en medio de la frente, como un chichón, el muchacho tenía la mirada perdida. Movía la cabeza de un lado a otro rápidamente sin enfocarse en nada en particular hasta que sus ojos se posaron en el cadáver. De repente, su cara perdió la inquietud inicial, que fue reemplazada por una pequeña sonrisa, algo melancólica.

El doctor empujó al petiso, que se había quedado paralizado en el umbral de la puerta, dentro de la habitación y lo sentó en un banquillo de madera al costado de la camilla, cerca de la cabeza del muerto. Ante la mirada inquisitiva de los otros médicos, el doctor se encogió de hombros:

—Es Luis Castruccio, ex patrón del fallecido; está acá por orden del juez.

Y sin más explicaciones dio inicio al procedimiento.

Aprovechando la distracción de los profesionales, que examinaban el abdomen del difunto, Castruccio acercó poco a poco su banquillo hasta

posicionarse justo al lado de la cabeza de su antiguo sirviente; su expresión era la misma que había tenido cuando lo vio por primera vez. Con un suspiro acarició suavemente el cabello de Constantin y dijo:

—¡Pobrecito! Se murió muy pronto.

Habló en voz lo suficientemente alta como para que lo escucharan los médicos, que no hicieron más que dedicarle una mirada de desaprobación para luego volver a su trabajo. Castruccio los ignoró y largó otro suspiro, esta vez más prolongado.

Por un largo rato, el hombre se la pasó acariciando la cara de Constantin y susurrándole cosas al oído. Los médicos trataban de ignorarlo y tomaban la precaución de no acercársele demasiado. No fue hasta que Castruccio tomó la mano del cadáver para sostenerla entre las suyas que el doctor de cabecera, sin saber cómo actuar en esa situación, decidió anotar el comportamiento del sujeto en un cuaderno.

"Está muy sereno, demasiado para alguien que presencia un proceso de este tipo por primera vez. Sus expresiones son exageradas. No deja de tocar el cuerpo y constantemente pronuncia palabras de conmiseración hacia el fallecido, no importa cuántas veces se le pida que se comporte."

El doctor presentó estas anotaciones junto con los resultados de la autopsia al juez de la causa Carlos Miguel Pérez. Poco después de leer los informes, Pérez llamó a Castruccio a interrogarlo.

—Señor Castruccio, los resultados de la autopsia son concluyentes, Constantin murió por envenenamiento; siendo usted la única persona que vivía con él, debo hacerle la siguiente pregunta: ¿usted lo envenenó?

—Permítame decirle, señor juez, que todo esto es un gran malentendido. Me apena mucho el fallecimiento de Constantin y nunca tuve intenciones de que le pasara nada malo, al contrario, desde que comenzó su enfermedad me hice responsable de conseguirle un buen médico y de comprarle todas las medicinas necesarias para que se repusiera.

El juez lo observó por un momento. Su cara estaba contraída, casi como si quisiera llorar, pero sus ojos, clavados en los del juez, estaban secos.

—Señoría —intervino uno de los médicos—, quisiera aclarar que a pesar del envenenamiento el difunto murió por asfixia.

Por un momento, la habitación se quedó en silencio. Los médicos miraban al juez, esperando una respuesta, pero el primero en reaccionar fue Castruccio, que estalló en estrepitosas carcajadas.

El juez, desconcertado, se limitó a esperar que el acusado se calmara, lo que tomó unos cuantos minutos. Las carcajadas se fueron apagando poco a poco y Castruccio se tomó un momento para recuperar el aliento.

—¿Me puede explicar qué fue lo que acaba de ocurrir? —preguntó el juez, alzando la voz.

—Es verdad —dijo el acusado, con una gran sonrisa— lo maté como Otelo a Desdémona.

Luis Castruccio había llegado a Buenos Aires en 1878, en un barco junto con muchos inmigrantes italianos que venían al país en busca de una vida mejor. Tenía solo 15 años y hasta entonces nunca había salido de su pueblo natal, Rapallo, cerca de Génova. Por eso, a pesar de estar agotado por el viaje interminable, la magnitud de la ciudad lo maravilló tanto que se pasó el resto del día recorriendo sus calles.

Por ser un joven sin educación y recursos le resultaba casi imposible conseguir un trabajo estable. Durante las primeras semanas en el país desempeñó numerosos oficios: albañil, mozo de cordel, peón de frigorífico, todos trabajos tradicionales para inmigrantes y que, naturalmente, no se pagaban bien. Eran pocos los días en que contaba con suficiente dinero para rentar una habitación donde pasar la noche, por lo que muchas veces terminó durmiendo en la calle, en callejones pequeños y angostos para resguardarse un poco del frío.

Debido a su mala suerte en Buenos Aires, Castruccio decidió trasladarse a La Plata, una ciudad que acababa de surgir de la nada y donde, según decían, las ofertas de trabajo abundaban. Alternando diferentes empleos logró ahorrar una buena cantidad de dinero y volvió a Buenos Aires, donde alquiló una casa en la calle Piedad, la actual Bartolomé Mitre.

Castruccio aspiraba a conseguir un trabajo distinguido que lo hiciera rico y reconocido. Por eso, trataba de educarse por sus propios medios, leyendo los libros de los hombres para los que trabajaba y visitando muy seguido la biblioteca pública. Sin embargo, a pesar de sus esfuerzos, hablaba muy mal el español y sus gestos y expresiones exageradas no ayudaban a que las personas lo tomaran en serio. El puesto de mayor jerarquía que logró conseguir fue el de corredor de una casa de comercio.

Pronto se vio nuevamente enfrentado a problemas económicos, lo que, sumado a la imposibilidad de cumplir con sus expectativas y aspiraciones, lo sumieron en una profunda depresión. Solo, sintiéndose un fracasado, el

italiano decidió acabar con su vida. Durante una visita al médico robó una receta del consultorio para conseguir un frasco de estricnina. Vestido con sus mejores ropas, el hombre se sentó a redactar su testamento. En él, legaba el poco dinero que tenía al Hospital Italiano de Buenos Aires, con la severa condición de que no se destinara ni un centavo de sus fondos a ninguna sala para mujeres, a las que llamaba "animales malignos". Luego se refería al infierno como "el fuego central que hará más mal a los vivos que a los muertos"; el texto terminaba con citas de Flammarión y Víctor Hugo.

Terminado el testamento no le quedaba más que concretar el suicidio, pero en el momento en que tomaba el frasco de estricnina de la mesa, una idea le vino a la mente. Por un momento se quedó inmóvil, mirando perdido la pared de enfrente, ninguna expresión visible en su rostro. Mientras procesaba la idea, Castruccio empezó a asentir con la cabeza.

—Es brillante, simplemente brillante —se decía a sí mismo.

Con una gran sonrisa, dejo el frasco en su escritorio. Metió el testamento en un sobre, en el que escribió: "Nulo hasta nueva resolución". Y lo guardó en un cajón.

Si todo salía bien, esto resolvería todos sus problemas. Era muy simple: debía conseguir a una persona que lo hiciera beneficiario de un de seguro de vida; luego debía encontrar la forma de asesinar al asegurado y presentar el caso como de muerte natural. Entonces, pensó, solo debía recoger el dinero de la póliza y olvidarse de sus preocupaciones. El plan perfecto.

Castruccio puso en marcha su proyecto lo más rápido que pudo, publicando en los periódicos un anuncio solicitando a un niño de entre 7 y 9 años para trabajar como su servidor, asegurándole educación y un buen porvenir. Después de todo, sería más fácil engañar a un niño que a un adulto; no sospecharía nada. Muchos padres se presentaron para ofrecer a sus niños, por lo que no le tomó mucho tiempo elegir al muchacho indicado.

Hasta ahora, todo marchaba de acuerdo a lo planeado. Logró que el niño se encariñara con él, comprándole juguetes y caramelos, y llevándolo todos los días a pasear por la ciudad. El inconveniente surgió cuando comenzaron a visitar compañías aseguradoras, ya que todas consideraban inmoral que un adulto fuera beneficiario de la póliza de un pequeño.

Este problema no hizo que Castruccio bajara los brazos. Estaba empeñado en hacer que su plan funcionara, así que despidió al niño y se tomó unos días para pensar otra forma de conseguir un asegurado. La solución a su problema apareció mientras leía el diario, cuando encontró un aviso en el que un muchacho se ofrecía como mucamo. Castruccio se vistió rápidamente y salió corriendo hacia la casa del criado con el periódico que indicaba la dirección. Quería ser el primero en ofrecerle el trabajo. Una vez allí se tomó un momento antes de tocar la puerta para recuperar el aliento. No quería parecer demasiado ansioso por contratarlo para no despertar sospechas.

El mucamo era un español un poco mayor que él; provenía de una familia humilde y se encontraba en el país para reunir dinero que luego llevaría a los suyos en España. Vivía con un primo que se había instalado definitivamente en la Argentina unos años atrás. Luego de convenir el sueldo, el italiano le ofreció mudarse a su casa. Finalizada la conversación, Castruccio se aseguró de que supiera firmar y le dijo que si hacía su trabajo correctamente lo recompensaría con una póliza de seguro de vida.

Una vez establecido el muchacho en su casa, puso en marcha el plan. Como había hecho con el niño, buscó ganarse su afecto llevándolo a pasear por la ciudad; incluso llegó a prestarle sus ropas para una salida al teatro. Todo parecía ir de acuerdo con lo planeado; pero, confiado en demasía de la situación, el italiano decidió apurar las cosas. Cuando volvían a casa del teatro, pasaron justo por el frente de una aseguradora. Castruccio no pudo resistir y le insistió a su mucamo que asegurara su vida en ese mismo instante, cuando apenas lo había conocido hacía menos de una semana. El español se alarmó ante el insólito pedido. Desde entonces empezó a sentirse incómodo en presencia de su patrón, en especial, al notar que de tanto en tanto lo observaba con una expresión sombría. Unos días después, cuando Castruccio volvió a mencionarle el tema del seguro, el mucamo decidió contarle a su primo lo ocurrido. Aunque no le habían quedado en claro las intenciones del italiano, aquel le aconsejó que lo más conveniente era que dejara el trabajo en ese momento, antes de que las cosas se complicaran. Así, la tentativa había fracasado nuevamente.

No obstante, Castruccio no se desanimó. Analizó el último intento fallido para asegurarse de no volver a repetir sus errores. Estaba tan obsesionado con la idea que lo haría rico que pasaba día y noche

reflexionando acerca del crimen, modificando algunos detalles e imaginando posibles escenarios para que todo fuera perfecto. Llenó su biblioteca de cuentos policiales de los que tomar inspiración, y de manuales y enciclopedias científicas y de anatomía que pudieran serle de utilidad.

Decidió publicar un aviso en el periódico solicitando un sirviente. En poco tiempo, numerosos aspirantes al puesto se presentaron en su domicilio. Castruccio entrevistó a uno por uno hasta encontrar al que cumpliera con todos los requisitos necesarios para poder hacerlo desaparecer sin que nadie sospechara nada. El hombre elegido se llamaba Alberto Bouchot Constantin, un inmigrante francés sin familia en la Argentina, recién llegado a la ciudad. Era corpulento, pero a la vez apacible e ingenuo, lo que convenció a Castruccio de que era el indicado para llevar a cabo el plan.

Una vez que lo contrató comenzó a utilizar diferentes métodos para ganar su afecto. Algunos ya los había utilizado con el primer criado; pero esta vez se aseguró de tratarlo como si fuera un familiar. Por ejemplo, le permitía comer con él en su mesa y gastaba la mayor parte de sus ingresos para costear la convivencia. Pensaba que así el criado desarrollaría con él un vínculo íntimo y de una confianza ilimitada. De esta forma, cuando su patrón le ofreció conseguirle un seguro de vida, Constantin no sospechó nada.

Les fue difícil encontrar una compañía de seguros; pero finalmente lograron obtener una póliza de la aseguradora La Previsora del Hogar. Constantin se hizo pasar por el cuñado de Castruccio, circunstancia que el italiano había planeado de antemano para evitar las preguntas que podrían surgir por el hecho llamativo de que un sirviente dejara como beneficiario de la póliza a su patrón. Una vez firmados los papeles, la primera etapa del plan se había completado. Ahora seguía el crimen del asegurado.

Esa noche Castruccio no cenó con Constantin. Con la excusa de que tenía que completar unos papeles para su trabajo, permaneció en el estudio leyendo hasta después de medianoche. Quería estar seguro de que tanto Constantin como sus vecinos estuvieran profundamente dormidos. Con cuidado para no hacer ruido cerró todas las ventanas de la casa, dejándola en completa oscuridad. Luego fue a su habitación, se vistió de negro de pies a cabeza, y se cubrió el rostro con una máscara. Del cajón de su cómoda sacó un pañuelo y un pequeño frasco de cloroformo. Suponía que la mitad del frasco sería suficiente.

Después de mojar el pañuelo con el cloroformo, manteniéndolo a una prudente distancia para evitar los efectos del líquido, se dirigió a la habitación de Constantin. Abrió la puerta despacio y vio que Constantin dormía plácidamente, con el cuerpo de costado, de espaldas a la puerta.

Casi en puntillas se acercó a la cama, protegido por su vestimenta negra que lo disimulaba entre las sombras de la habitación. Cuando estuvo frente al cuerpo de su víctima, Castruccio acercó el pañuelo a la nariz del criado con cuidado de no tocarlo. Durante unos segundos no pasó nada. El italiano se impacientaba cada vez más. Pero el cloroformo empezó a hacer efecto. Constantin jadeaba, le costaba respirar y en poco tiempo comenzó a toser. Tosía cada vez más fuerte; con cada tos, todo su cuerpo se estremecía. Castruccio empezó a preocuparse; no debería estar moviéndose, pensaba, a esta altura ya debería estar agonizando. De repente, Constantin abrió los ojos. Castruccio se sobresaltó, apartó el pañuelo rápidamente de su rostro, se echó para atrás, y se chocó con la pared. El criado estaba agitado y trataba de recuperar el aliento. Su visión era borrosa y, debido a la oscuridad que reinaba en la habitación, no podía distinguir nada, lo que fue una ventaja para su patrón. No tenía idea de qué le podía haber pasado, pero el fuerte dolor de cabeza le impedía sacar conclusiones. Espero un poco para recuperar la calma y, despacio, volvió a apoyar la cabeza en la almohada. Cerró los ojos y en poco tiempo se quedó dormido otra vez. Todavía escondido entre las sombras, Castruccio aprovechó para salir de la habitación, diciéndose a sí mismo que lo volvería a intentar la noche siguiente con una dosis mayor.

Al día siguiente, Constantin se levantó en muy mal estado. Tenía un terrible dolor de cabeza; con apenas moverla un centímetro se mareaba. Igualmente trató de cumplir con las labores del día, tomándose cortos recreos por cada tarea realizada. Lo que más le costaba era mantener los ojos abiertos. Se sentía muy cansado y no había dormido bien desde que se había despertado a mitad de la noche.

Se la pasó en ese estado durante semanas, somnoliento, fatigado, mareado y con una constante jaqueca. En las noches no lograba dormir bien y notó que en su habitación últimamente había un olor extraño, dulce, que hasta entonces no había sentido. Por momentos pensaba que el olor tenía algo que ver con su insomnio, pero la verdad es que no estaba seguro.

Consultó con su patrón, quien le dijo que no tenía que preocuparse, que seguro era algo pasajero.

Lo que nunca imaginó Constantin es que desde aquella vez, todas las noches, Castruccio se vestía de negro y entraba en su habitación mientras dormía para tratar de asfixiarlo con un pañuelo empapado de cloroformo. Aumentaba la dosis cada vez más. Al final decidió llevar la botella de cloroformo con él y se pasó toda la noche en el cuarto del criado. Cada vez que el muchacho se despertaba, se escondía, empapaba el pañuelo nuevamente y volvía a aplicárselo cuando se volvía a dormir. Aun así, el italiano no logró cumplir con su objetivo y decidió cometer el crimen de otra forma.

Fue a la biblioteca pública donde consiguió libros de química y toxicología. Para cometer el homicidio eficientemente había decidido utilizar un químico más potente: el arsénico. Pasó días enteros estudiando esos libros, leyendo todo lo que podía sobre aquel veneno y haciendo anotaciones en una pequeña libreta negra que llevaba con él en todo momento. Además, también había leído una ley del registro civil, en la que marcó los artículos que se referían a los procedimientos en la exhumación de personas cuya muerte se sospechara se debían a un delito. Aunque pensaba que no le sería necesaria, ya que confiaba ciegamente en su plan, creía conveniente estar informado por si llegaba a surgir alguna complicación. Una vez que se sintió seguro de su conocimiento, falsificó una receta médica y adquirió en una farmacia veinte gramos de arsénico.

Como Constantin todavía se estaba recuperando de los efectos del cloroformo, Castruccio le ofreció encargarse de algunas de las tareas del hogar para que tuviera más tiempo para descansar. Una de esas tareas era preparar la comida. Así, Castruccio aprovechó las horas de la comida para administrarle el veneno a su criado. Comenzó el 18 de julio de 1888, durante el desayuno. Constantin estaba sentado a la mesa, mientras Castruccio preparaba los platos en la cocina. A pesar de la insistencia del sirviente para ayudarlo, él se negaba diciendo que lo mejor que podía hacer para reponerse era descansar.

Castruccio había separado en un pequeño frasco la dosis de arsénico que le suministraría a Constantin esa mañana. Calculaba que con una cantidad como esa en todas las comidas, el hombre estaría muerto en una semana. Volcó el polvo en la comida, lo esparció bien para que no se notara, y probó

un poco para asegurarse de que no tuviera un sabor inusual. No notó nada extraño, así que llevó los platos a la mesa y se sentó a desayunar con su criado.

Después de comer, Constantin se dirigió a su habitación quejándose de un palpitante dolor de cabeza. En el almuerzo, al dolor de cabeza se le sumó un fuerte malestar estomacal; durante la cena también comenzó a sentir náuseas. Castruccio le prometió que al día siguiente llamaría a un médico y lo cuidó durante todo el día, atendiéndolo en lo que necesitara. Cuando el criado finalmente se durmió, se fue a su habitación y anotó en su libreta: E. el ABC el 18. Era una clave. Significaba: Envenenado el Alberto Bouchot Constantin el 18 de abril.

Al día siguiente, Constantin despertó con vómitos y terribles mareos. Su dolor de estómago aumentó luego del desayuno y su voz se escuchaba más áspera. Castruccio lo llevó a una guardia de hospital, donde lo diagnosticaron gastritis y le recetaron unos medicamentos. Su patrón los compró y cuidó de él, mientras continuaba administrándole dosis de arsénico en cada comida. Todas las noches, antes de dormir, Castruccio anotaba en su libreta la fecha y la hora de la administración del veneno, los síntomas que iban apareciendo, los horarios y los diagnósticos de cada visita médica, y los horarios y las dosis de las medicinas. Constantin empeoraba día a día, hasta que llegó el momento en que no pudo salir de la cama y debió atenderlo un médico a domicilio. Este siempre decía lo mismo, atribuía la enfermedad a una gastritis grave.

Cuanto más débil se ponía Constantin, más ansioso se ponía Castruccio, que, a pesar de que estaba muy contento porque su plan marchaba sobre ruedas, no quería esperar más para cobrar el seguro. Así, una noche fue a ver a Constantin. El doctor se había ido hacía unas horas luego de administrarle unos calmantes para el dolor que lo hicieron dormir. El francés tenía un aspecto horrible, estaba tan pálido que parecía un cadáver. Su cuerpo, que antes había sido grande y fornido, ahora parecía haberse encogido, sus huesos que resaltaban le daban una apariencia escalofriante. Castruccio se quedó mirándolo un buen rato, arrodillado al costado de su cama. Le acarició la mano, luego el cabello y después el rostro, suavemente, para no despertarlo. Pasó una mano por su mejilla y la dejó allí unos segundos. Finalmente apoyó su mano sobre la nariz y la boca del

moribundo, y presionó, obstruyéndole la respiración. En pocos minutos, Constantin estaba muerto.

Esa noche, cuando se acostó, no pudo evitar taparse la cabeza con las sábanas. Tenía la horrible sensación de que había miles de personas observándolo. Aunque por un rato fue poseído por ese sentimiento de culpa, no tardó mucho en quedarse dormido. Al día siguiente se despertó sin que su conciencia lo molestara.

En la mañana llamó a un médico, que expidió un certificado de defunción, en el que atribuía la muerte de Alberto Bouchot Constantin a una congestión cerebral. Castruccio se hizo cargo de los gastos de la inhumación. Apenas conteniendo las lágrimas, acompañó el féretro de su criado hasta el cementerio de la Chacarita en un cortejo integrado por unos pocos vecinos.

Después de la muerte del muchacho decidió esperar por lo menos dos semanas para dirigirse, con la cabeza en alto, orgulloso de su obra, a cobrar la póliza. Castruccio presentó sus papeles en la compañía. Aunque no notó nada extraño, como era costumbre la aseguradora puso a cargo de un inspector la comprobación de todos los datos antes de pagar el seguro. En poco tiempo, hablando con los vecinos del barrio, el inspector descubrió que Constantin no era el cuñado de Castruccio, sino su criado. A eso se le sumaron las circunstancias de la muerte del francés: según los vecinos, el hombre había estado perfectamente sano hasta hacía unas semanas, cuando inexplicablemente aparecieron unos dolores terribles que pronto terminaron con su vida. El inspector comunicó sus hallazgos a la compañía, que decidió consultar a otras empresas del ramo. Estas le informaron acerca de los intentos de Castruccio de asegurar la vida de varios niños. Sin perder tiempo, la aseguradora derivó la investigación a la policía de Buenos Aires.

Castruccio, que no tenía idea de todo lo que estaba sucediendo, creía que se había salido con la suya y esperaba el pago de la póliza. Una noche se sobresaltó cuando desde su habitación escuchó un estruendo en la entrada de su casa. Al salir se encontró con un grupo de policías registrando sus pertenencias. Desesperado, preguntó a gritos qué era lo que estaba pasando. Los policías lo agarraron de los brazos y, por la fuerza, le revisaron la ropa, solo para encontrar la pequeña libreta en la que llevaba los apuntes del crimen. También hallaron el frasco de arsénico y los libros de toxicología donde había marcado las páginas referentes a ese veneno.

Con todas esas pruebas se lo llevaron esa misma noche a la comisaría para un interrogarlo. Su tendencia a hablar de más lo llevó a contradecirse varias veces. A falta de una explicación coherente sobre la muerte se ordenó la exhumación del cadáver.

Poco después de la autopsia, Castruccio confesó el crimen frente al juez.

—No lo he hecho sufrir —dijo, estirando la mano, juntando los dedos índice y pulgar—. Fue de esta manera, sin violencia alguna. Es cuestión de un instante.

El informe de los médicos forenses reflejaba las ideas dominantes:

> La crueldad, la falta de arrepentimiento, la ausencia absoluta de sentido moral, aunque vaya aparejada con la integridad intelectual completa y el cálculo frío para cometer actos criminales premeditados que redunde en propio provecho, constituye locura moral, entonces podría acotarse a Castruccio como un loco moral; pero en el caso presente bien podemos creer, siguiendo a Lombroso, que los locos morales como Castruccio se confunden con los criminales natos.

El caso fue a juicio. A pesar de los argumentos de la defensa de Castruccio, entre los cuales manifestaba que no debía ir preso ya que no había matado a un argentino, fue condenado por el juez Carlos Miguel Pérez a la pena de muerte. Sería fusilado el 22 de enero de 1890, en el patio de la Penitenciaría de la avenida Las Heras. Al oír la condena, Castruccio se sorprendió; le parecía una exageración, ya que no consideraba que su delito fuera tan grave y así se lo comunicó al juez.

—No puedo concebir que por haber fallado una operación comercial se pida la pena de muerte de un hombre.

El juez no le llevó el apunte y Castruccio echó mano del último recurso que le quedaba: mediante su abogado le envió un pedido de clemencia a la única persona que podía salvarle la vida, el presidente de la República, Miguel Juárez Celman.

El presidente y su ministro del Interior, Eduardo Wilde, eran fervientes seguidores de Herbet Spencer, ideólogo del liberalismo económico pero también un estudioso de la sociología. Spencer aplicó las ideas del evolucionismo biológico en el terreno de las ciencias humanas; creía firmemente que los inadaptados debían desaparecer por decantación, y los mejores ocupar los puestos directivos en todos los terrenos de la vida social.

Solo las personas más dotadas tenían adaptabilidad y capacidad, confirmando la vanguardia del progreso. En 1832 escribió:

> La pobreza del incapaz, las penalidades que caen sobre el imprudente, el hambre de los perezosos o aquellos seres débiles que el fuerte empuja a un lado son consecuencia de una benevolencia grande y de largas miras. Debemos calificar de espurios a aquellos filántropos que, por impedir la miseria de hoy, desencadenan una miseria mayor sobre las generaciones futuras y en esta categoría debemos incluir a todos los defensores de la ley de los pobres. Ciegos ante el hecho de que, en el orden natural de las cosas, la sociedad está excretando continuamente a sus miembros enfermizos, imbéciles, lentos, vacilantes, pérfidos, estos hombres irreflexivos abogan por una interferencia que no solo interrumpe el proceso purificador, sino que incluso, aumenta la depravación.

Era muy difícil, en consecuencia, que Juárez Celman, apasionado lector de Spencer, moviera un dedo para salvar a Castruccio.

El tiempo pasaba y el Presidente no daba respuesta al pedido. En las semanas anteriores a su ejecución, Castruccio se veía tranquilo, como si no se diera cuenta de su situación; tal vez estaba seguro de que tarde o temprano el indulto llegaría. Finalmente, todavía sin noticias, llegó el día de la ejecución.

Las luces de la mañana se filtraban por la pequeña ventana de la celda. El condenado estaba en la cama, tapado hasta el cuello y con los ojos cerrados, pero sin dormir. Su mente trabajaba en forma errática, pasando de una cosa a otra sin detenerse en nada por mucho tiempo. Pensaba en todo lo que hubiera comprado con el dinero de la póliza, en la cara demacrada de Constantin poco antes de morir, en el indulto presidencial que no llegaba, y en un sinfín de otras cosas que pasaban como flashes en su cabeza. Pronto escuchó pasos en el pasillo y se tapó la cabeza con la sábana.

—¡Llegó el día! —dijo uno de los guardias mientras entraba en su celda.

Eran alrededor de las cinco de la mañana. Dos guardias acompañados por un sacerdote acudieron a su celda para escoltarlo hasta el patio, donde lo esperaba el pelotón de fusilamiento. Apenas los vio, Castruccio no supo cómo reaccionar. Por momentos lloraba, luego reía y gritaba incoherencias. Lo esposaron y lo sacaron a rastras de la celda, mientras pataleaba y gritaba desesperadamente.

Ese día, el penal estaba lleno de gente, funcionarios y periodistas habían sido invitados a presenciar la ejecución. Los presos se amontonaban en las

ventanas que daban al patio para ver el espectáculo, y en la avenida Las Heras una multitud de personas esperaba oír la descarga del pelotón. Una vez en el patio, Castruccio gritó con todas sus fuerzas:

—¡Esto es una tortura inhumana! ¡Quiero que me maten rápido, con electricidad!

Al llegar frente al pelotón, lo sentaron en una silla y le vendaron los ojos. El reo lloraba y se estremecía, ya no tenía voz para gritar.

EL INFORME INGENIEROS

En 1903 José Ingenieros escribió sobre Castruccio.

Cuando cometió su delito, Castruccio, además de ser un amoral, era ya un degenerado mental, probablemente hereditario; serias fallas de su inteligencia acompañaban la honda malformación de su sentido moral.

Verdad es, empero, que se le dispensaba cierta tolerancia por ser notoria su locura, pues todos advertían que en el taller tipográfico solía hablar y reír a solas, volviéndose á menudo tipográfico solía hablar y reír a solas, volviéndose á menudo para contestar en voz alta á las voces alucinatorias que le chanceaban o injuriaban, según el caso.

En sus conversaciones sobrevolaban algunas ideas delirantes persecutorias, megalomaníacas o eróticas, aunque jamás llegaron a ser predominantes o exclusivas.

Su enajenación nunca llegó á influir marcadamente sobre su conducta, permitiéndole vivir adaptado á ese medio. Durante diez años no produjo acto alguno que planteara el problema de su traslado al manicomio, habiendo llegado a obtener la clasificación de “ejemplar” por su conducta en el pabellón, en el taller y en la escuela.

A mediados de 1907, al fundarse el Instituto de Criminología, Castruccio fue uno de los primeros penados que sometimos a estudio, tanto por la celebridad siniestra que le confirió su delito como por la fama de loco que le rodeaba en el establecimiento. Le observamos por

vez primera en el taller de imprenta, frente a su caja de tipos, componedor en mano. Castruccio componía una palabra o una frase, entre soliloquios en voz alta; mal podía cogerse hilo alguno en su cháchara, tan deshilvanada era, sin contar con las risas o interjecciones que continuamente dirigía hacia su espalda, respondiendo á las voces alucinatorias que le interrumpían. Despuésdiendo á las voces alucinatorias que le interrumpían. Después de componer una frase volvía á distribuir las letras, pues las palabras compuestas no correspondían al original, sino a sus propios devaneos; esta circunstancia le reducía a trabajar con poca eficacia, produciendo en igualdad de tiempo la cuarta u octava parte de los demás presos.

Nos hizo la impresión de un hombre bondadoso y simpático; los veinte años de cárcel habían redondeado ya todas las puntas y aristas de su carácter; sin presentar aún signos demenciales, había un visible apagamiento de su personalidad, otrora inquieta y original.

En la escuela cumplía estrictamente con sus deberes. A veces recitaba sus lecciones con acierto; otras sus exposiciones carecían de hilación y lógica. Tenía facilidad relativa para algunas materias como la aritmética y la geometría; en otras tropezaba con dificultades debidas á su falta de memoria. Seguía frecuentemente con interés el desarrollo de las clases, pero, a veces, después de quedar por largo rato inmóvil y, al parecer, profundamente abstraído, concluía por dormirse, como á consecuencia de una gran fatiga mental. Solía preguntar qué opinaba el Gobierno respecto de su persona, como si fuera objeto de interés público, y si se tenía noticias respecto de su libertad; según él, no debía demorarse más, pues se hallaba en condiciones de obtenerla, tanto por el tiempo que había permanecido preso como por su conducta irreprochable.

Algunas otras preguntas y cuestiones, por él suscitadas, parecían indicar decadencia mental. En cierta ocasión preguntó si en una República el pueblo era soberano; a la respuesta afirmativa, replicó diciendo que él no podía concebir soberanos sin súbditos que él no conocía los súbditos de los ciudadanos argentinos.

Respecto á sus alucinaciones dice: “Mucho tendría que decir sobre los sufrimientos y molestias que me ocasionan los espíritus malos, la electricidad y el magnetismo. Sobre este punto notus malos, la

electricidad y el magnetismo. Sobre este punto no sabría qué decir; hay tantas molestias, dolores y sufrimientos producidos por los malos espíritus que excuso toda descripción sobre el particular. Por medios invisibles se ejercen acciones funestas sobre mi organismo sirviéndose también de las matemáticas ocultas. A menudo oigo voces de personas desconocidas que me hablan de zonceras para divertirme ó que se divierten haciéndome injurias de palabras. Pero yo los conozco y solamente respondo á los que me ofenden y me entretienen."

La reclamación de su libertad asumió recientemente formas obsesivas, haciendo imposible su adaptación á la vida penitenciaria.

Cada día redacta notas á los jueces, al director, á los ministros o al presidente de la República exigiendo su inmediata libertad. Pero un hecho nuevo ha venido á caracterizar su derrumbe mental: exige que el gobierno le pague una indemnización por haberlo tenido preso.

En la imposibilidad de contener en límites prudentes estas inconductas de Castruccio, dispusimos su traslación al Hospicio de las Mercedes.

Resumiendo los datos de su biografía, encontramos que Castruccio ha sido un degenerado mental congénito, ya semiloco antes de cometer su delito, con profundos estigmas miloco antes de cometer su delito, con profundos estigmas y deficiencias morales. En la actualidad presenta una visible decadencia de sus funciones psíquicas, aunque no ha entrado decadencia de sus funciones psíquicas, aunque no ha entrado todavía á la fase francamente demencial.

—¡Preparen! —ordenó el oficial.

A lo lejos, un carruaje se acercaba a toda velocidad por la avenida. La gente salía del camino para darle paso. Se detuvo justo frente a la entrada de la prisión. Antes de que se detuviera por completo un funcionario bajo, algo alterado, y entró corriendo en la Penitenciaría.

—¡Apunten!

El funcionario llegó al patio principal y se abrió paso entre la multitud alzando un documento y gritando:

—¡El indulto! ¡El indulto! ¡El Presidente lo perdonó!

El jefe de la Penitenciaría detuvo la ejecución. Castruccio fue llevado nuevamente a su celda con los ojos muy abiertos, sin hablar, sin moverse, mirando al vacío. A partir de ese momento, su estado mental se deterioró por completo.

El indulto cambió la pena de muerte por prisión perpetua. Castruccio pasó veinte años de encierro. La mayor parte del tiempo leía y constantemente mandaba pedidos de indulto a todos los poderes nacionales esperando que lo dejaran en libertad.

En 1907, un joven y brillante jurista, psiquiatra, escritor, editor y político, llamado José Ingenieros, doctorado en medicina con una tesis consagratoria titulada "La simulación de la locura", premiada con medalla de oro —y que dedicó al portero de la Facultad de Medicina—, recibió el encargo de fundar el Instituto de Criminología. Funcionaba en la misma Penitenciaría. Ingenieros estudió a fondo el caso Castruccio, al que consideraba un enigma. Por entonces, el italiano llevaba casi veinte años preso.

Ingenieros, el alienista (así se llamaba entonces a los psiquiatras), ataviado con una bata blanca que le llegaba a los tobillos, mantuvo numerosas entrevistas con Castruccio, tanto en su gabinete del Instituto como en la celda del asesino. Ingenieros escribió un exhaustivo estudio sobre la personalidad del detenido. No fue el único fascinado por el caso. Luis María Drago le dedicó un capítulo de su libro *Hombres de presa*. Por entonces se hallaban en auge las teorías del médico Cesare Lombroso, para quien la constitución física de los delincuentes influía en sus comportamientos criminales. Para los lombrosianos, Castruccio era un criminal nato: las protuberancias de su frente, que él atribuía a una caída infantil, revelaban, según las doctrinas lombrosianas, su predisposición al delito.

Con los años, el estado mental de Castruccio empeoró hasta que tuvo que ser trasladado al Hospicio de las Mercedes (luego Hospital José T. Borda), el primer manicomio judicial. Castruccio fue una paradoja desde el comienzo. El primer envenenador del que se tenga registro en la Argentina terminó asfixiando a su víctima con las manos. El criminal no era más que un desequilibrado. Luis Castruccio murió en aquel hospicio, irremediablemente pobre y desquiciado.

VIII

Pedro Castro Rodríguez.
El extraordinario caso del cura asesino (1888)

Apenas entró a su despacho, Costa llamó al ordenanza. Le preguntó quién era el cura que estaba esperando en la antesala. El ordenanza le dijo que se había anunciado como el sacristán de la parroquia de Olavarría, don Ernesto Perin, y que traía una denuncia gravísima. Costa fue a su escritorio, revisó la correspondencia y vio que había llegado una carta de su hermano menor, Julio. Supuso que le había escrito sobre los pormenores de algún problema político del que, tarde o temprano, debería ocuparse, o de la marcha de las alianzas en el Partido Autonomista Nacional. Su hermano no pararía hasta la gobernación, pensaba. Miró al ordenanza, que seguía ahí parado, y le pidió que hiciera pasar al sacristán.

—Señor Costa, gracias por recibirme. Vine a verlo personalmente porque estoy en conocimiento de un hecho de una gravedad inusitada, y como advierto que en Olavarría, pues es allí donde ha ocurrido, nadie hace nada y ya pronto se cumplirán dos meses de estos terribles hechos, me decidí a relatarle a usted personalmente lo sucedido. Señor Costa, ejem... yo soy un simple sacristán, este… —Costa estaba a punto de decirle que fuera al grano—. Lo que vengo a decirle es que el cura párroco de Olavarría, Pedro Castro Rodríguez, envenenó a su mujer y a su hija de 10 años en la propia iglesia.

El jefe de policía no entendió lo que el sacristán le había dicho. O no quiso entender.

—¿Cómo dijo?

—Que el cura mató a su mujer y a su hija.

—¿Pero qué está diciendo?

—Entiendo que lo sorprenda… —se atrevió a decir tímidamente el sacristán.

—¡Cómo que mató a su mujer! Pero… ¿Y usted cómo puede decir lo que dice?

—Es que lo vi. Vi los rastros de sangre. Le pregunté qué eran esas manchas en el piso y Castro me miró con ojos de demonio y se me acercó. Yo pensé que iba a golpearme. Me insultó y amenazó con matarme si abría la boca. No tuve más remedio que retroceder y renunciar a servir a ese monstruo.

—¿Cómo se llama ese cura? —preguntó Costa, aún perturbado.

—Le dije… Pedro Castro Rodríguez.

—¿Dónde están los cadáveres?... ¿La nena también, dijo?

—Sí, sí, su hija. Y las enterró en el cementerio de Olavarría.

—¿Cuándo dijo que vio esos… esos rastros de sangre?

—El 6 de junio.

—Ajá. Dos días antes de que yo tomara la Jefatura —Castro había asumido el 8 de junio de 1888—. ¿Y por qué vino a verme ahora? ¿Por qué vino hasta La Plata y no se lo contó al comisario local?

—¡Porque es el cura de allá! Creí que usted debía saberlo personalmente. Y hoy es 28 de julio, ha pasado mucho tiempo. Señor Costa, debo confesarle que yo a ese hombre le temo y pido su protección. Él sabe que yo lo vi arrastrar los cuerpos y ya me amenazó.

Costa se levantó bruscamente y abrió la puerta. Le pidió al ordenanza que llamara de inmediato al comisario inspector Adolfo Massot. Y le dijo que también llamara a su mujer, María Doll, y le informara que probablemente debería salir de La Plata.

—Usted va a declarar todos los detalles que conoce de este caso en un acta —Costa quiso saber sobre esas mujeres, pero el sacristán no conocía más que sus nombres, Rufina Padim, la esposa del cura, y Petrona María Castro, su hija.

—¡Ah, tenía su apellido! Mire señor, después de declarar usted va a volver a Olavarría y no va a decirle nada de su viaje a La Plata. ¿Me entiende?

Golpearon la puerta. Era el comisario Massot.

—Venga, pase, pase. Este hombre vino a denunciar que el cura de Olavarría tiene mujer e hija y que las mató a las dos. Quiero que le tomen declaración y que usted me prepare para mañana a primera hora un informe sobre este cura… ¿español?

—Sí, es español, de La Coruña.

Carlos José Costa había nacido en Quilmes y militado políticamente en Bragado. Se dedicó al comercio, al trabajo agropecuario y llegó a tener tres estancias en una de las cuales abrió una escuela para peones. Ahora estaba al mando de la policía de la provincia de Buenos Aires, que había sido creada ocho años antes, en 1880. Sus objetivos como jefe policial eran muy claros. Primero, diferenciarse de la policía de la Capital, y después, que las comisarías de la provincia respondieran al mando centralizado en La Plata. Se fueron designando comisarios dispuestos a obedecer a la jefatura en lugar de hacerlo los jueces de paz locales. Estos funcionarios, sin preparación en leyes, eran hombres destacados de las comunidades que venían desempeñando la doble tarea, policial y judicial. Pero ahora la discusión era qué autoridad debía controlar el proceso de investigación criminal. Por estas razones, Costa vio en la presencia del sacristán una oportunidad para demostrar la fortaleza del mando de La Plata y a la vez dirigir el caso, que para colmo se presentaba como un escándalo para la Iglesia Católica.

Al día siguiente, el comisario Massot estaba en el despacho de Costa con el informe que le habían pedido. Pedro Nolasco Castro Rodríguez se había ordenado sacerdote católico en su país. Tenía ahora 44 años y se vino a América cuando tenía 30. No se sabían los motivos. Llegó primero a Montevideo, donde había cometido apostasía, negado la fe católica.

—¡Lo hubiera hecho en España! —exclamó Costa.

—No sé, señor. No hay informes que lo expliquen. Sabemos que se convirtió al anglicanismo. Sus razones también permanecen oscuras.

Desde el punto de vista teológico, el anglicanismo conservaba elementos de la tradición católica, como el bautismo y la eucaristía, y reconocía las Sagradas Escrituras como la palabra de Dios; pero tomaba algunos aspectos de la reforma protestante, como el rechazo del dogma de la infalibilidad del Papa, la inmaculada concepción y la Asunción de la Virgen, y el rechazo al celibato obligatorio, pues dejaba esta vocación a la decisión de cada cual.

—¿Por qué anglicano? ¿Qué tenía que ver con Inglaterra si él no era pertenecía a esa cultura?

—Tal vez querría abandonar el celibato. No sé, señor. Castro Rodríguez entonces se fue a Montevideo —siguió Massot.

—Pero, de todos modos, ¿por qué anglicano? Después de la fiebre amarilla, aquí, en los alrededores de Buenos Aires, muchos ingleses de desplazaron al campo. Pero no sé en Montevideo. Yo sabía que hacia 1871 acá había como diez mil ingleses. Me acuerdo de que el consulado británico había difundido un censo para mostrar que eran muchos, muchos más que en la Banda Oriental. Por eso la diócesis anglicana más importante, después de la del sur, era la de Buenos Aires, que comprendía justamente a la de Uruguay. Es extraño.

—Sin el apoyo de la Iglesia Católica, la situación de Castro Rodríguez en Montevideo era de extrema pobreza y ya verá, señor —continuó Massot —, que no será la única vez que conozca la necesidad. Los ministros anglicanos lo ayudaron para que probase suerte en Buenos Aires, pero a poco de llegar acá lo que hizo fue cambiarse nuevamente de religión y se integró la Iglesia Episcopal Metodista. Parece que por entonces su desesperación por obtener dinero fue tal que intentó envenenar a un teólogo protestante, también español, de apellido Real.

—¿Y qué pasó?

—Nada. No se investigó.

—¿Pero el Real ese fue asesinado?

—Sí.

—¿Se da cuenta la importancia de que la policía dirija las investigaciones penales? ¿Y qué más?

—En Buenos Aires vivió en una casa de la calle Belgrano 3360. Allí vivía una familia de apellido Monzón y en esa casa conoció a Rufina Padim. Fue cuando la fiebre amarilla. La madre de Rufina cayó enferma y él se hizo muy cercano a las mujeres. Finalmente, la madre de Rufina murió. Castro Rodríguez se hizo cargo de Rufina, quiero decir que le propuso matrimonio. Y se casaron en una iglesia evangélica, aproximadamente en 1874. Fue entonces cuando se dice que cayó bajo la influencia de Castro Boedo, su primo.

—¿Emilio Castro Boedo?

—Sí.

—¿Y en qué año se casó con Rufina?

—En el 74.

—Ah, fue todo simultáneo. Castro Boedo ya no era sacerdote católico.

Emilio Castro Boedo también había cometido apostasía. Fue durante la fiebre amarilla. Había nacido en Salta en 1827 o 1829, en Rosario de los Cerrillos. Ejerció el sacerdocio durante muchos años, pero abandonó la diócesis salteña para convertirse en jefe y capellán de la montonera del caudillo federal salteño Aniceto Latorre. Lo eligieron diputado para la legislatura de su provincia. Era enemigo de la oligarquía de Buenos Aires y contrario a Bartolomé Mitre. Se opuso fuertemente a la Guerra del Paraguay. En 1866 se lo persiguió como jefe de una conspiración contra el gobierno nacional. Cuando terminaba 1871 elevó un escrito de protesta al Vaticano donde decía, entre otras cuestiones, que el carácter sacerdotal y la masonería eran compatibles. Creía también que la libertad religiosa no se había alcanzado en América. Fundó su propia iglesia, llamada Iglesia Cristiana Apostólica Universal.

—Bueno… —el comisario Massot prosiguió con la historia del cura de Olavarría—. Rufina Padim y Castro Rodríguez pensaron en vivir enseñando a los chicos. Me dicen que en la calle Independencia de Buenos Aires fundaron un colegio llamado Acasia, pero al poco tiempo debieron cerrarlo. Entonces hasta pasaron hambre, como le había ocurrido a él en Montevideo. Rufina trabajó lavando ropa pero la situación económica no mejoraba. El cura… bueno, Castro Rodríguez se avivó y decidió volver a la Iglesia Católica para no morirse de hambre —continuó Massot—. En 1877 fue a ver al arzobispo de Buenos Aires y resulta que admitió su culpabilidad por haber cometido apostasía; se mostró muy arrepentido, dicen en Buenos Aires, y, casi llorando, pidió perdón. Yo creo, jefe, que estaba pensando en su estómago.

—Sí, ya me lo dijo varias veces. Es evidente, ¿no?

—Ejem… Ahí me explicaban que Castro dijo que haría cualquier sacrificio para volver a la Iglesia. El arzobispo le creyó, es decir, creyó que el tipo estaba de verdad arrepentido. Primero parece que lo mandó a la casa de Ejercicios a lavar sus pecados, je, y después lo nombró cura en Azul.

—Me imagino que las cosas empezaron a cambiar para el español, ¿no?

—Bueno, ahora comían, él y Rufina. Lo que pasaba, jefe, era, usted se imaginará, que el cura no podía tener mujer aunque jamás pensó en

abandonarla…, digo, porque siguió con ella. Primero fue a Azul solo y a ella la dejó en Buenos Aires. A las pocas semanas Rufina fue a su encuentro. En Azul se comportaron como marido y mujer, aunque cuidaron las apariencias lo mejor que pudieron. La gente se daba cuenta, me dicen que era evidente. ¿A ver? —Massot pasó rápido unos papeles que tenía en la mano—. Ah, acá está: el 24 de julio de 1878 nació Petrona María Castro. Pasaron algunos años y Castro mandó a su mujer y a su hija de vuelta a Buenos Aires, pero las visitaba permanentemente. Dos años después lo ascendieron a cura párroco y lo destinaron a Olavarría. Hasta ese momento tenía una buena reputación. Dicen que es un hombre alegre… bah… no sé… ejem…

—¿Y qué se sabe de Rufina Padim? ¿Cuándo salió de Buenos Aires?

—El 4 de junio viajó en tren a Olavarría junto con su hija. Era la primera vez que iba a Olavarría, me dicen... Antes había sido el cura el que las veía en Buenos Aires. Y, efectivamente, como dijo el sacristán, Castro Rodríguez las esperó en la estación y las llevó a la iglesia. Madre e hija llegaron a las cinco y media de la tarde.

—¿Algo más?

—Sí, el cura le pasaba a Rufina una mensualidad de cien pesos. Sabemos que ella, antes de ir para Olavarría con su hija, vendió una propiedad en Buenos Aires por veinticuatro mil pesos que depositó en el Banco Provincia de Azul a nombre de Castro.

—¡Ahí está el motivo!

—Eso es todo lo que me han informado, señor.

—Massot, salimos inmediatamente para Olavarría. Tenemos que ir a ese cementerio.

—¿Le avisamos al juez de paz de Olavarría?

—Por ahora no.

Recién cuando llegaron a Azul, Costa y Massot le enviaron un telegrama al jefe de policía de Olavarría ordenándole el inmediato arresto de Castro Rodríguez. Al mismo tiempo, telegrafiaron al juez de paz Domingo Dávila. Cuando los policías llegaron a Olavarría, la noticia ya había corrido por todos lados y los vecinos estaban excitados. Espontáneamente se realizaron reuniones en la puerta de la comisaría y en la iglesia. Los manifestantes pedían a los gritos que ahorcaran al cura asesino. Ya todos sabían qué había ocurrido. Castro había salido detenido de

la propia iglesia, en la calle Rivadavia entre General Paz y San Martín, justo entre dos escuelas, la número 1, de varones, y la número 2, de mujeres. Los policías debieron protegerlo para que no lo lastimaran.

Castro Rodríguez era el primer sacerdote que vivió en esa iglesia. Los tres edificios, junto con las dos escuelas, fueron costeados por Pedro Pourtalé mediante un escandaloso convenio con la municipalidad: Pourtalé recibió de regalo un terreno en el mejor lugar de Olavarría, donde levantó las construcciones por las que recibía un alquiler mensual; antes de que se construyera nada, cobró durante dos años y medio por adelantado.

El sacerdote fue llevado por dos policías a la oficina del juez Dávila. Sobre la sotana llevaba un sobretodo color café. Saludó con un apretón de manos al juez, que quedó un tanto desorientado, y esperó que le presentaran o se presentaran los otros dos. Costa no le dio la mano. Solo le indicó con un ademán que se sentara en un sillón ubicado frente a un enorme escritorio. Él ocupó el trono del otro lado de la escribanía y a un costado se sentó Dávila. Entonces, Costa se presentó e introdujo también a Massot; le comunicó al sacerdote por qué estaba detenido y le informó sobre el contenido de la denuncia del sacristán.

—No me imaginaba que ese holgazán llegara a semejante descaro de señalarme con falsedades. Perin siempre ha sido un hombre con problemas de carácter. Debo confesar que alguna vez me ha sacado de quicio, pero esto es inaudito. Una falsa acusación es su respuesta por haberlo censurado por su comportamiento insolente y desaprensivo, su falta de cuidado y pereza. Pues bien, señor jefe de la policía, más me extraña que usted le dé crédito a ese personaje.

—¿Usted puede decir dónde están la señora Rufina Padim y su hija Petrona? ¿Cómo es que no aparecen?

—Rufina murió de una enfermedad crónica del corazón que padecía. Tuvo la mala suerte de que le dio un ataque la misma noche de su llegada.

—¿Y su hija Petrona?

—Murió de la misma enfermedad.

Costa se levantó de su sillón y les pidió al juez Dávila y a Massot que lo dejaran a solas con el acusado. Dávila, sorprendido, no atinaba a levantarse de su silla cuando Massot lo instó a que lo acompañara.

—Usted es un mentiroso —le soltó imprevistamente al cura cuando quedaron solos—. No voy a aceptar ni una mentira más. Sabemos que usted

mató a la madre y a la niña, y que las hizo enterrar en el cementerio.

—Usted no sabe lo que les di…

—¡Basta! — lo interrumpió el policía—. No es más que un canalla asesino. No me va a llevar de las narices como hace con los demás. Esta vez ha ido demasiado lejos. Si no confiesa sus crímenes lo llevaré inmediatamente al cementerio para que presencie la exhumación de los cuerpos corrompidos de sus víctimas. Yo mismo le meteré sus narices en la carne putrefacta, y después lo ataré a ellas y lo dejaré a solas para que reflexione. Usted puede haber tenido idas y vueltas con Dios, pero no las tendrá conmigo.

—Señor Costa, usted recibirá veinte mil pesos si se olvida de mí.

Costa se acercó a Castro y le dijo que se pusiera de pie. Acercó su cara la del cura. Le habló en voz baja.

—Me va a dar casi el mismo dinero que le arrebató a Rufina después de hacerle vender la casa de Buenos Aires.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Se ha encontrado con una piedra en su zapato, Castro. No hago tratos con traidores y asesinos. Traicionó a su religión, traicionó a su mujer, traicionó a su hija. En un instante haré entrar a esos dos señores que esperan afuera y usted contará todo lo que ha hecho o su cuello adornará la horca de los enfurecidos vecinos, a los que les daré vía libre para que lo cuelguen, si no lo hacen mis propios hombres.

El jefe de policía se apartó y fue hasta la puerta. Hizo entrar a Dávila y a Massot, que ocuparon sus antiguos lugares.

—¿Dónde están los cadáveres de sus víctimas? —preguntó Costa.

—Fueron enterrados en el cementerio de Olavarría a las tres de la tarde del 6 de junio. En un solo cajón, que fue colocado en la fosa común número 13, que figura en el registro municipal con el nombre supuesto de Indalecia Burgos.

—¿Indalecia Burgos? ¡Explíquese!

—¿Qué quiere que le explique? ¿Cómo las maté o cómo las enterré?

—¡No sea cínico! ¿Cuándo llegaron sus víctimas?

—El 5 de junio a la tarde. Yo mismo fui a buscarlas a la estación de trenes. Las llevé a la iglesia y acomodé el equipaje en mi propia casa. Cenamos. Debo decirles que fue una cena triste. Rufina estaba enojada.

Casi no habló. Y Petrona seguía a su madre. Creo que estaban tristes por dejar Buenos Aires.

—Usted las trajo para matarlas.

—No es necesario que sea tan brutal. Rufina había sido mi mujer cuando yo no era sacerdote. Mantenerla ahora era casi imposible.

—Se refiere a la mensualidad que le pasaba.

—Me refiero a tener una mujer siendo sacerdote. No quiero decirle a usted sobre los argumentos que durante siglos han sostenido el celibato y los que lo han rechazado. Los vecinos murmuran. No era posible con mi nueva situación en Olavarría, a cargo de la parroquia del lugar. Ya no podía tenerla y cubrir las apariencias. Ella no se había dado cuenta de que esta situación era imposible. Usted sabe cómo son las mujeres. Siempre tienen una esperanza…

—Señor Castro, ni hombre ni mujer podían imaginar el diabólico plan que tenía usted en mente.

—Ella vino confiada, debo aceptarlo. Estaba más preocupada por descubrir si la engañaba con otra mujer…

—¿Usted salió de la iglesia y las dejó a la mesa?

—Felicitaciones a sus sabuesos. Sí, salí esa noche. Después de cenar. Ella estaba muy agitada. Rufina, quiero decir. Estaba nerviosa. No se hallaba en Olavarría a pesar de que había llegado hacía horas. No compartía la idea de vivir aquí. Ella, veamos…

—Usted la dominaba completamente. ¿Es eso lo que quiere decir? Acaso sospechara de alguna acción suya en su contra.

—Jamás. Lo que sospechaba era que yo tenía otra mujer, lo que era infundado.

—¿Qué hizo, entonces?

—Le dije que iría a buscar un calmante. Me dirigí a la botica El Siglo, la de Ventura Esteves. Aproveché que nadie me veía y tomé un frasquito de sulfato de atropina. Ya sabía en qué estante estaba. No era la primera vez que iba a la botica y sabía dónde estaba cada cosa, casi como el mismo boticario. Cuando volví me esperaba con una filípica. Me acusó de haber ido a una cita amorosa. Usted sabe que algunos me han hecho fama… Le dije que se quedara tranquila, que no era cierto. Que pensaba en ella. Que por eso había a la botica, para comprarle un medicamento que le calmara los nervios. Hasta le mostré el frasquito escondido en mi mano para

convencerla. Sin que se diera cuenta puse una fuerte dosis de atropina en una miga de pan. Rufina estaba recostada en mi cama; me acerqué y le pedí que tragara la miga ayudada con unos tragos de agua. Ella me hacía caso en todo. Debo decirles que el veneno hizo efecto de inmediato. Rufina tuvo fuertes convulsiones y gritaba de dolor. Ya eran alaridos más que gritos. No supe qué hacer. La niña estaba ahí, también. Entonces metí la mano debajo de la cama, tomé un martillo que allí guardaba y le pegué fuertes golpes en la cabeza. Ahí cesaron todos los ruidos. Ocurrió entonces que Petrona, que había visto todo, también empezó a gritar. Ahora tenía que ocuparme de mi hija. Entonces fui a donde estaba y la tomé en mis brazos. Ella lloraba y quería apartarse con sus pocas fuerzas. La llevé hasta el borde de la cama donde yacía su madre. Me senté y mantuve a Petrona entre mis piernas mientras sacaba el frasquito de atropina de la sotana. Yo diría que quedaba suficiente veneno como para matar a seis personas. Le abrí la boca y le hice tragar por la fuerza lo que quedaba en el frasquito y enseguida la oprimí contra mi pecho, muy fuerte; la oprimí y la oprimí durante tres horas hasta que ya no hizo movimiento alguno.

El cura calló. Costa, Dávila y Massot no dijeron una palabra. El silencio era contundente.

—Me tomé un respiro —prosiguió el cura asesino—. La cabeza de la niña colgaba de mi brazo. La deposité en la cama, al lado de su madre, a la que tuve que mover un poco. Me sequé el sudor, recuerdo. Esa noche me quedé allí, con las dos, como si las velara, hasta que llegó la luz del día.

—¿Qué hizo con el martillo?

—Salí de la habitación y caminé hasta el busto de San José. Lo corrí y coloqué el martillo atrás, donde hay un nicho. Luego volvía a poner el busto en su lugar. Me persigné, recuerdo…

—¡Vayan a buscarlo! —le ordenó Costa a Massot. El comisario salió a dar la orden y volvió enseguida. Se lo veía ansioso.

—¿Qué más hizo?

—Me preocupaba la sangre. Cubrí la cabeza a Rufina con una toalla, porque los dos golpes eran muy profundos y manaba mucha sangre. Noté cierto encanto en su rostro a pesar de la muerte, un encanto que le había conocido hacia ya muchos años. Bah…, no me detuve en esos recuerdos. Busqué trapos y toallas, y los mojé. Limpié todo lo que pude. Moví los cuerpos, que dejé por un momento en el piso para sacar las sábanas y los

cobertores manchados con sangre, la de Rufina. Y los cambié. La nena no sangraba, por suerte.

—¡Puede evitar el cinismo!

—Como guste. Le confieso los hechos tal como ocurrieron, que es lo que usted me pidió. Pues bien, el 6 de junio salí temprano. Dejé a las dos. Estaba preocupado. Para poder enterrarlas había preparado algunos documentos. Fui a ver al empleado municipal que extiende los permisos para las inhumaciones. Le dije que en el tren de la noche vendría un cadáver, cuya sepultura se me había encargado. Le entregué una carta que yo mismo había escrito, con nombres falsos, en la que se hablaba del encargo del entierro. Puse que se me pedía que corriera con los gastos necesarios, que me serían reembolsados; también se me solicitaban los responsos de orden. Y se decía que, al momento de la muerte de la mujer, no había médico disponible y que los certificados de estilo se enviarían más adelante.

—¿Qué le dijo el empleado?

—Nada. Se tragó el anzuelo. No se olvide de que soy el cura de Olavarría. Entonces me dio el permiso para la sepultura de una tal Indalecia Burgos, nombre supuesto que se me había ocurrido para la ocasión. La tarde de ese mismo día fui a ver al carpintero para encargarle de urgencia un ataúd. Le dije al pobre señor que la difunta había sido una mujer más bien gruesa y que necesitaba un ataúd grande. Me prometió que a la noche tendría el cajón en la iglesia. Me faltaba, entonces, un último trámite; contraté un servicio fúnebre de tercera clase. El carro fúnebre iría a la iglesia a retirar el ataúd. A la noche, cuando llegó el carpintero, le dije que entrara el cajón y lo dejara cerca del altar. Fui hasta mi dormitorio y bajé de la cama el cadáver de Rufina. Era muy pesado. Le cambié la toalla de la cabeza, de la que seguía rezumando sangre. La tomé por los sobacos y la arrastré por el altar hasta el cajón. Estaba fatigado. Con mucho esfuerzo lo levanté y lo deposité en el interior del ataúd, boca abajo. De inmediato fui a buscar el cadáver de la nena y…

—Su hija…

—¡Sí, mi hija! ¿Está satisfecho? Petrona Castro era mi hija. La tomé y la llevé hasta el cajón. La puse sobre el cuerpo de su madre, también boca abajo, con la cabeza sobre los pies de Rufina. Coloqué la tapa y la clavé. Me iluminaba la luz de una vela, delante del altar. Creo que no fui todo lo

sigiloso que hubiera debido y desperté al sacristán, que me debe haber visto. Yo estaba exhausto y me fui a acostar en la cama donde habían estado los cadáveres. Me fijé que no quedaran restos de sangre. Tuve que cambiar nuevamente las sábanas y, finalmente, pude descansar.

—¿No le preocupó dejar el ataúd en ese lugar, a la vista?

—No, porque tenía la excusa de la carta fraguada, esa en la que me pedían que me encargara de la inhumación de Indalecia Burgos.

—¿Qué pasó al día siguiente?

—Llegó el carro mortuorio para transportar el cajón hasta el cementerio. Cuando se estacionó en la puerta de la iglesia, se juntaron algunas personas. No es habitual que de la parroquia se retire un ataúd. Los vecinos se reunieron y, al sacar el cajón, lamentablemente algunos notaron que caían algunas gotas de sangre. Escuché un murmullo que provenía de los circunstanciales espectadores. Me acerqué al cajón y traté de mantener la calma. Mirando la sangre que caía, dije que la pobre mujer, cuyo cadáver iba rumbo al cementerio, había muerto de fiebre puerperal. La pobre infeliz no había podido superar el parto; a eso obedecía la sangre. El carro partió. Tomé un coche de alquiler y llegué al cementerio por otro camino. De lejos, presencié la inhumación en la fosa 13. Me retiré cuando los peones cubrieron el ataúd con la última palada de tierra.

—Usted nos va a acompañar al cementerio.

—¡Usted me prometió…!

—Y mantendré mi palabra.

El juez Dávila miró a Costa. Ordenó que de inmediato se realizara la exhumación de los cuerpos y que se le diera inmediata intervención al juez penal Juan Martínez.

Dávila se volvió hacia Castro Rodríguez.

—Es evidente que su mujer hacía todo lo que usted deseaba. ¿Por qué? ¿Por plata?

—Ya he confesado.

—Señor juez —dijo Costa—. Rufina vendió la casa de Buenos Aires contra su voluntad y depositó el dinero percibido en el banco de Azul, a nombre de Castro. Repito, no lo depositó a su nombre, sino al de Castro. Y la pobre Petrona… Para entender su muerte hay que entender la vida de este cura infame. No tuvo un solo momento de recato, de prudencia, de reserva. Lo que este hombre ha hecho lo hizo públicamente: abandonar la religión

católica, volver a ella, conquistar mujeres, engañar a Rufina, mostrar a su hija. Ni siquiera pudo disimular su parentesco con la pequeña. Decidida la muerte de su madre, Petrona, la hija debía correr la misma suerte. No ha habido sutileza alguna. Ha habido un calculado plan criminal.

—¡Bravo, Costa! Ni yo mismo hubiese podido ponerlo con esas palabras. Piense usted lo que quiera. Tienen ustedes los hechos. Las motivaciones quedan en mi espíritu y yo tendré que lidiar con ellas.

Los cuerpos fueron exhumados y los médicos Marcelino Aravena y Migueo Pintos realizaron la autopsia, que arrojó conclusiones anticipadas. Rufina fue envenenada pero murió a causa de los tremendos martillazos que recibió en la región occipital. Petrona murió envenenada. Dos frascos con las vísceras de las víctimas llegaron días después, por la mañana, a la Jefatura de Policía de La Plata. También el martillo, encontrado donde había indicado el sacerdote; varias esponjas que utilizó para lavar las manchas de sangre de los pisos; un paquete de billetes de banco; una caja con alhajas de Rufina, y un reloj de oro de la mujer, con una cadena, en cuya tapa estaba el retrato de Castro Rodríguez, pero mucho más joven, con barba; un revólver del cura; un frasquito que contenía el veneno, y una cajita de las que usan los boticarios para pomadas, pero que contenía arsénico.

El acusado fue llevado a La Plata. Designó como defensor a José Fonrouge, que fuera diputado, jurisconsulto, legislador provincial y nacional, juez de faltas y concejal de la Capital Federal, ministro de Gobierno y Justicia de la Suprema Corte de Justicia de la provincia de Buenos Aires, y un par de años después de los trágicos sucesos de Olavarría, también ministro de Gobierno de la provincia de Buenos Aires durante la gobernación de Julio A. Costa, el hermano menor del jefe de Policía Carlos José Costa.

Castro Rodríguez fue condenado a reclusión perpetua y cumplió su pena en el presidio de Sierra Chica, donde murió. También su cadáver fue exhumado. El médico Juan B. Aranda se llevó su cráneo para estudiarlo.

ADOLFO BIOY

Adolfo Bioy, padre del escritor Adolfo Bioy Casares, en sus memorias *Antes del 900* cuenta que visitó al cura Castro sus memorias en Sierra Chica. El sacerdote había sido amigo de su padre, es decir del abuelo de Bioy. La visita ocurrió en 1898. “Pasaba la mayor parte del tiempo en su celda, haciendo labores de tejido (…) o leyendo, creo que su libro de oraciones.”

IX

Francisca Rojas.
Manos que hablaron (1892)

La pala de puntear había quedado apoyada contra la pared de adobe. Ponciano Caraballo se había olvidado de guardarla. Se había ido a trabajar con la hacienda muy apurado, a la mañana, casi de madrugada. Salió de su rancho pegándole un golpe a la puerta con un énfasis desmedido. Francisca quedó sentada a la mesa, con el mate medio frío en una mano. Con la otra se tomaba la cabeza para palpar el chichón que le había dejado el último golpe de su marido. Le dolía más la cabeza que el labio, partido por un revés de la enorme mano de Ponciano. A pesar de los gritos y los ayees de Francisca, los chicos dormían, o al menos eso creía ella. La más chica, Feliza, se le apareció a su lado con los pies desnudos y los ojos casi cerrados por el sueño. Tenía cuatro años. Francisca dejó de tocarse el chichón que tenía arriba de la oreja izquierda, y con la misma mano atrajo a su hija, tomándola de un brazo, y le apoyó la cara contra su pecho. No era de llorar Francisca, y no lo hizo, pero la furia la invadía y no sabía cómo descargarse. Estaba sola, alejada de sus parientes, y con vecinos con los que era mejor no encontrarse, especialmente con esa Cándida, su comadre. Cándida Roldán era la mujer de Ramón Velásquez, el compadre de su marido.

—¡Esos traicioneros! —Francisca llevó a su hija a la cama, al lado de Ponciano, que se llamaba igual que su papá y tenía seis años, y que seguía durmiendo sin sobresaltos. Se puso un saquito de lana para salir a tomar un poco de aire. Hacía frío en medio del campo, en junio, en las afueras de

Necochea. Vio la pala al lado de la puerta y la entró. La mañana era nítida, limpia, fría, no había una sola nube ni soplaba el viento. Estaba enojada, además, porque no podía levantar la cabeza del todo debido a las torceduras que había recibido en el cuello. Le molestaba mucho andar con la cabeza inclinada. A veces, Ponciano la trataba como a un animal. Otras, como si tuviera delante de él una gallina para retorcerle el pescuezo, dejándole tremendas marcas rojas en la garganta. Era un hombre sencillo, hosco; desde hacía unos años se había vuelto un extraño para Francisca. A ella siempre le había gustado su porte y su timidez, pero ahora ya ni se fijaba en la figura de su marido; solo le importaba que no le pegara. Él había perdido la escasa delicadeza que siempre había mostrado hacia ella, especialmente cuando estaban en la cama. Cuando se le antojaba, la montaba como montaba una yegua y la golpeaba como si su mujer debiera ser domada. Se le retorcía Francisca, y doblaba la cabeza hacia atrás para mirarlo con furia. No lo insultaba porque ese respeto no lo había perdido a pesar de todo, y por los chicos, que estaban durmiendo ahí nomás. Pero Ponciano continuaba impávido y con manotazos volvía a echarle la cabeza para adelante. Hacía mucho tiempo que no tenían sexo enfrentados. Hacía mucho tiempo que Francisca sufría cuando su marido se le echaba y la daba vuelta igual que a los terneros; solo faltaba que antes la enlazara de las patas, aunque no le faltaba mucho, pensaba Francisca.

Cándida Roldán vivía a unos cuatrocientos metros de la casa de Francisca. Cuando el maltrato empezó, se le ocurrió que su comadre podría ayudarla, al menos darle un consejo y hasta hablar con Ponciano para ver qué le estaba pasando, ya que su esposo la ignoraba.

—Lo tenés que entender. Él es un hombre y vos sos una yegüita medio arisca —le dijo Cándida con media sonrisa.

—Pero me lastima. Mirá cómo me deja los brazos, y no te muestro en otras partes.

—Son hombres. Hay que saber llevarlos. Ya vas a aprender. Además, no le darás motivos para que te castigue, ¿no?

—¿De qué hablás?

Ponciano cada vez le hablaba menos. A veces se pasaba el día sin dirigirle la palabra. Venía a eso de las cinco de la tarde o a veces a las siete. Casi no la miraba. Comía solo. Les daba un beso a los nenes y se ponía a fumar. Francisca tampoco le hablaba. La última vez que lo había hecho

recibió una cachetada. También la empujaba para que cayera. Cuando eso ocurría, los nenes, especialmente Feliza, corrían a abrazar a su mamá. Pero Ponciano los apartaba y los llevaba a la cama. Francisca deseaba que el trabajo lo extenuara para que durmiera toda la noche y no la humillara. Ella le había hablado una vez, hacia ya unos cuantos meses, cuando el carácter de su marido comenzaba a cambiar.

—Así que usted tiene un *entripao*… Yo tengo un *entripao*… —le respondió Ponciano.

—Qué dice. Qué le he hecho yo para que me trate peor que a una mula.

—Usted no se le debe quejar al que le acomoda el culo —Francisca abrió los ojos y su cara se transformó.

—¿Cómo me dice eso? ¿Quién le metió cosas de la cabeza?

—¡Perra!

—¡Perra yo, *hijunagran*…. —La trompada de Ponciano le cortó la palabra, también la boca y la echó por tierra. El nene más grande salió corriendo hacia la cama a taparse la cara. Nunca había visto a su papá pegarle a su mamá.

—¡Bruta! Me dijo la Cándida que le fue a contar cosas de acá adentro. Usted no tiene que contar lo que pasa acá adentro. Cándida me dijo que debía ser porque le anda detrás a alguno. Que la han visto andar con alguno.

—Es mentira. ¡Esa chancleta! Ya me las va a pagar.

—No se haga el pollo. Yo ya me lo maliciaba, así que usted no le cobra nada a nadie. Usted se me comporta o se va a de acá y me deja a los gurises.

—¡Los gurises son míos! Usted no me los va a sacar.

La situación entre Ponciano Caraballo, de 30 años, y Francisca Rojas, de 26, fue empeorando en los últimos meses. Ella estaba convencida de que su comadre Cándida le llenaba la cabeza a su marido y le decía que lo engañaba. Francisca empezó a pensar que Cándida quería quedarse con los chicos, porque la vieja se había quedado sin hijos.

—Usted se me va de esta casa. Búsquese un lugar. No la voy a dejar bajo el cielo, pero se me busca un rancho y se va. Los gurises se quedan acá —la intimó su marido finalmente.

—Antes los mato. Yo no se los dejo.

Ponciano la agarró de los brazos y la zamarreó. Soltó su mano derecha y le pegó dos veces en la cara hasta tumbarla. Francisca quedo ahí tirada un largo rato, mientras su marido salía del rancho. Por fin, se reincorporó y se

sentó a la mesa. El mate de su marido estaba frío; Francisca lo agarró con fuerza, imaginando que fuese el cuello de Ponciano mientras lo miraba fijamente. Ni cuenta se dio que del labio le caían gotas de sangre. Hasta que apareció Feliza. Era el 29 de junio de 1892.

Al día siguiente, cerca de las nueve, apareció Mauricio Berma y ella le mostró lo que había hecho Ponciano. Era el único que la había acariciado en los últimos meses. A veces, Berma venía en una carreta y se la llevaba a Necochea. Otras, se quedaban en la casa mientras los chicos jugaban afuera. Por primera vez Francisca no lo abrazó. Estaba furiosa con su marido y con su comadre, y a cada rato repetía que Cándida se las iba a pagar. Que la iría a buscar. Mauricio tenía que irse. Lo que menos quería era que después de una pelea, se le apareciera Ponciano de golpe y lo encontrara justo en su casa con Francisca. El hombre calentó el agua, cambió la yerba y le sirvió unos mates. Luego le dio un beso en la frente y se fue. Francisca estaba como ida. Apenas notó que Mauricio la besaba o que abría la puerta que dejó entrar un frío intenso por el viento que se había levantado. Les sacó el camisón a los nenes, los cambio y les dio pan con leche caliente. No los miraba. De vez en cuando hablaba sola y pronunciaba el nombre de Cándida. No veía el momento de encontrarse con ella. Se lavó la cara, estiró el pelo hacia atrás y salió del rancho. Caminó los cuatrocientos metros hasta la casa de Cándida y la encontró con su marido, Velásquez, "ese vago", como le decía Francisca.

—Ponciano me echó del rancho porque vos se lo dijiste. Hasta acá llegaste con tus cucañas.

—Te lo tenés merecido por maltratar a un hombre trabajador.

—¿Maltratar? Hija de puta, mirá los golpes que me da ese —y le mostró las marcas en su cuello.

—¡Y quién sos vos, puta, para venir a mi casa! —Y le tiró una cachetada que supo detener. En medio de insultos y gritos, Francisca se lanzó contra Cándida, le clavó las uñas en la cabeza y en la cara, y le tiró de los pelos mientras extendía sus brazos para que ella no pudiera alcanzarla. Se pateaban y se empujaban. Velásquez intervino enseguida para separarlas, agarrando a Francisca por detrás, de la cintura y de un brazo, lo que permitió que Cándida la cacheteara y le tirara de los pelos. Francisca se movía para zafarse de Velásquez hasta que este la soltó.

—¡No me voy a ir, malditos! ¡Malditos los dos! ¡No me voy a ir! ¡Esos gurises son míos! ¿Entendés, vieja perra? ¡Esos gurises se van conmigo!

Francisca volvió a su casa caminando muy rápido. Recorrió parte de los cuatrocientos metros en zigzag. Tenía los ojos extraviados. Era la una y media de la tarde.

Ponciano entró a su casa y no vio a nadie. La puerta de la habitación estaba cerrada. Quiso abrirla pero notó que estaba trancada desde adentro. Llamó a sus hijos. Esperó un instante y se animó a gritar el nombre que hacía tanto tiempo no pronunciaba. "¡Francisca!" Nada. Pensó que la mujer se había ido con los nenes y la maldijo en su mente. Salió para mirar la habitación a través de la ventana. Pero la encontró con sus hojas de madera cerradas desde adentro y con el pasador colocado. ¿Por qué estaba cerrada de esa forma su habitación? ¿Había alguien encerrado allí? Ahora estaba preocupado. Volvió a la puerta y empujó. Le pegó con su hombro y todo el peso de su cuerpo, una y otra vez, hasta que lo que trababa la puerta se movió y escuchó el ruido de un objeto que caía. Entró. La hoja de la puerta arrastró la pala de puntear que era la que se había usado para trancar la puerta. Dio dos pasos y se quedó inmóvil. Sobre la cama, sus hijos estaban acostados uno al lado del otro. Vestidos como para ir a misa. Todavía caían algunas gotas de lo que hasta hacía algunos horas había sido un torrente de sangre. Los habían degollado. En el piso estaba Francisca. A simple vista se le veía un corte en el cuello. Ponciano salió disparado hacia la casa de su compadre Velásquez. Estaba desesperado. Cándida salió en el carro hacia la policía, y al rato llegó una partida con cuatro hombres enviados desde la comisaría de Necochea.

Francisca no reaccionaba. Nadie tocó nada. Ni Ponciano, ni Velásquez ni Cándida, ni los policías. Nadie se atrevía a mover a la mujer hasta que llegara el médico. Tres policías se quedaron al pie de la cama, inmóviles. Cuando llegó, el médico echó un vistazo a los chicos y enseguida supo que no necesitaban su asistencia. Fue hacia donde estaba la mujer, cuidando de ver por donde pisaba, porque de la cama había caído mucha sangre. En verdad, había sangre por todos lados. Le habló y, de a poco, la mujer fue reaccionando. Se quejaba de fuertes dolores en la espalda y le costaba hablar. Para los que estaban en el cuarto era evidente que había sido atacada con la pala, a traición. El médico no descartaba que el corte en la garganta se lo hubieran hecho también desde atrás. A duras penas ella fue

recuperando la conciencia; el médico la tomó de los sobacos y la depositó sobre la cama. Los policías, que ya estaban en el lugar, le preguntaban a repetición qué es lo que había pasado. Ponciano, pálido y trémulo, bebió un vaso de caña que le alcanzó Ramón Velásquez. Parecía que había humo en ese lugar. Tres policías, a un lado de la cama donde yacían las criaturas, miraban los cuerpos envueltos en una hipnosis que les impedía realizar cualquier gesto, cualquier movimiento. Ponciano y Ramón, como estatuas. El médico, sentado en la cama de Francisca, tomándole el pulso. Nadie hablaba. Parecía una escena en la que todos los protagonistas estuvieran posando para un artista. Ramón salió y buscó algo en la cocina. Volvió con otro vaso de caña para Ponciano. El tiempo transcurría despacio y nadie hacía nada para provocar algún suceso.

Los minutos pasaban. El médico les pidió paciencia a los policías, entre los que ya se encontraba el comisario Blanco de Necochea, que de entrada pretendían hablar a solas con Francisca. La mujer debía ser llevada a un hospital para recibir una mejor asistencia. Ella seguía quejándose de los dolores en la espalda. Su marido se sentó a su lado, pero a Francisca le dieron convulsiones. El médico lo apartó. Fue entonces cuando Francisca, lentamente, comenzó a hablar. Se incorporó con la ayuda del médico hasta quedar sentada en la cama. Levantó su brazo derecho y apuntó a un hombre.

—¡Él nos mató! —exclamó señalando con el dedo y la mirada a Ramón Velásquez, el compadre de su marido.

Los policías reaccionaron como si en ello les fuera la vida: se lanzaron sobre Velásquez, lo derribaron y le ataron las manos a la espalda con una cinta de cuero. Uno lo pateó en el costado. Y a la rastra lo sacaron de la habitación mientras Francisca se desplomaba por el esfuerzo y se cubría la cara con las manos. Entre sollozos contó que Velásquez había llegado a su casa después del mediodía. Le dijo que venía a llevarse a los chicos y dejar el rancho vacío por encargo de Ponciano. Francisca se opuso y lo insultó. Dijo que sus hijos la rodearon y ella los estrechaba contra su cuerpo cuando Velásquez cerró la puerta y le pegó con la pala; ella cayó y sintió que la tiraba de los pelos hasta levantarle la cabeza. En ese momento la cortó en la garganta. Entonces perdió la conciencia. Se despertó con fuertes dolores y, cuando se arrodillaba para incorporarse, vio a sus pequeños hijo sobre la cama. Gritó, se tiró de los pelos y volvió a desmayarse. “¡Fue Velásquez!”, repitió.

Velásquez fue llevado a la comisaría de Necochea. Le repetían cada uno de los hechos que había contado Francisca y él negaba cada uno rotundamente. Recibió golpes, patadas, le pegaron con un rebenque, y le ataron una soga con nudo corredizo alrededor del cuello, que apretaron casi hasta asfixiarlo. El detenido repetía que, a la mañana, Francisca había ido a su casa; que allí tuvo un altercado con su mujer, Cándida, que fue tan grave que las mujeres se agarraron a las trompadas. Pero no le creyeron nada. Lo colgaron de una viga en un inmundo cuartucho y le pegaron entre varios. Velásquez seguía negando. Lo bajaron y un policía que parecía un gorila lo agarró del cuello y lo levantó en el aire. Al bajarlo le pegó una patada en los testículos. La tortura siguió pero Velásquez no confesaba.

Francisca se iba reponiendo. No quiso hablar con su marido. El médico decidió, entonces, horas después de la primera y superficial revisación, volver a verla e inspeccionar especialmente las heridas de la espalda. Comenzó quitándole la primera curación que le había puesto en la garganta. La herida, si bien sangró mucho, no era profunda; por el contrario, con el tiempo apenas se distinguiría una pequeña cicatriz. Le tomó el pulso y era normal. La mujer estaba extrañamente bien, salvo por esa pequeña incisión en el cuello que no era grave. La hizo acostar boca abajo y le revisó con cuidado la espalda. No tenía ninguna lesión, no había recibido golpes ni raspaduras. Nada. ¿Qué le había pasado a Francisca? Su marido seguía preguntando por qué estaba postrada, si se iba a morir.

La policía de Necochea decidió llevar a Velásquez nuevamente a la casa de Francisca y Ponciano. Había pasado casi todo el día bajo tortura y no había hablado. Dejaron a Francisca reposando en su cama y no movieron a los pequeños de la otra, en la que habían sido encontrados. Sacaron a Ponciano y alejaron a los curiosos, especialmente, a la mujer de Velásquez, Cándida, que se había quedado afuera llorando y pidiendo por su marido. Cándida lo llamaba a Ponciano e insultaba a Francisca hasta que un policía se le acercó y le pegó un empujón. Velásquez estaba desfigurado. Atado con las manos a la espalda, lo empujaron hasta el dormitorio y lo tiraron al piso de tierra. Quedó ahí tirado “para que reflexione”, aunque lo único que alcanzó a decir fue un reproche a Francisca por haberlo acusado sin motivo. Él era inocente. Francisca, esta vez por sus propios medios ya que el médico se había retirado a realizar su informe, se levantó de la cama y volvió a acusar al compadre de su marido de asesino.

—¡Estás en yunta con ese cobarde que les pega a las mujeres! Los dos están en esto —gritaba Francisca—. Ese —señalando con la cabeza hacia afuera donde estaba su marido— al final de cuentas es bueno pa' golpear mujeres, y vos, Ramón, usaste el cuchillo contra mis gurises, pero…

Velásquez pasó toda la noche en ese cuarto, al lado de los cadáveres de los chicos. Al día siguiente seguía negando su culpa. El comisario Blanco recibió el informe médico que reseñaba las heridas de Francisca o, mejor dicho, que decía que Francisca solo tenía una herida leve en el cuello. Blanco comenzó a dudar de la mujer. Decidió volver a Necochea con Velásquez y también llevar a Francisca. La mujer fue torturada. En un grito de dolor por los tormentos y la humillación de los policías confesó. Dijo todo lo que los agentes de Necochea quisieron que dijera. Además, le tenían preparado un acto truculento e inhumano. En su propia casa prepararon una capilla ardiente donde colocaron los cadáveres de sus hijos. A pesar de los alaridos de desesperación que lanzaba, la dejaron encerrada allí.

El escándalo de las torturas ya era noticia en La Plata. El jefe de policía, Nunes, decidió enviar a Necochea al comisario Eduardo Álvarez para que actuara como observador y colaborador. Si los hechos llegaban a trascender en la prensa de La Plata y luego en los medios nacionales, se produciría un cimbronazo que el jefe no estaba dispuesto a sufrir. Además, Nunes le hizo un encargo especial: que hiciera todo lo posible, aunque no lo juzgara necesario, para obtener los rastros de las impresiones digitales dejadas por el criminal y que luego le llevara las muestras. Nunes estaba interesado en un trabajo de sir Francis Galton acerca de la identificación por huellas dactilares. Estaba tan entusiasmado con esa técnica, que desde hacía un año tenía a Juan Vucetich, de la oficina de Estadística e Identificación, estudiando ese asunto.

Una vez en Necochea, Álvarez preguntó si habían encontrado el cuchillo con el cual se habían cometido los crímenes. Le dijeron que no. El hombre fue hasta el rancho y se puso a recorrer las inmediaciones y también su interior. Caminó hasta el dormitorio. Se paró frente a la cama de Francisca. Se subió a la cama y metió la mano entre las pajas del techo, justo frente a la cabecera de la cama. Ahí estaba el cuchillo. Era uno de esos cuchillos de cocina que se usan en las casas. Álvarez se quedó pensando en el cuchillo. Estaba limpio y, sin dudas, era uno de los de la cocina. Quien lo escondió debió subirse a la cama, como había hecho él; por eso pensó que

el que había cometido los crímenes de los nenes debía ser alguien de la casa. Quién otro que no fuera del lugar iba a esconder el cuchillo en el techo. Si fuese un criminal venido de afuera lo hubiera tirado en la misma habitación, se lo hubiera llevado consigo o tirado o escondido en el campo.

De todas las manchas de sangre que había en la pieza, eran muy claras las que estaban en la ventana interior y en la puerta. La de la puerta correspondía a una mano pequeña. Velásquez tenía manos grandes. Ponciano también. Pero, pensó Álvarez, ¿por qué había sangre en esa ventana, que encima estaba cerrada desde adentro? El comisario hizo cortar dos pedazos de madera de la puerta con las manchas de la mano y los dedos ensangrentados para compararlas con las impresiones de los dedos de Velásquez y de Francisca, según una novedosa técnica elaborada en La Plata por su amigo, el comisario Vucetich. Álvarez volvió a inspeccionar las afueras de la casa. Se acercó a un pozo y en unas matas cercanas encontró un trapo ensangrentado como si alguien lo hubiese usado para limpiase las manos.

Álvarez relacionó el trapo con las manchas en la ventana y en la puerta. ¿Por qué había manchas de dedos en esos lugares? No se trataba de salpicaduras, sino de los rastros de alguien que había apoyado allí sus manos llenas de sangre, que luego se limpió con el trapo. Era posible que Francisca, después de volver de la casa de Cándida fuera de sí, decidiera que los chicos no serían de nadie. Entonces tomó un cuchillo de la cocina y, seguramente, suspiró antes de ir a ver a sus hijos, a los que había dejado solos por un buen rato. Ponciano y Feliza habrían festejado el regreso de su mamá. Tendrían hambre. Los habría llevado a la pieza aunque ellos querían ir a la cocina. Obedientes, se sentaron en el borde de la cama, como les habría indicado Francisca, que seguiría pensando en la pelea con su comadre. Los chicos estarían inquietos. Ella le habría dicho a la nena que se acostara y se tapara la cara, como si fuese un juego, y que no espiara por nada del mundo. Se habría sentado en el borde de la cama con Ponciano delante. Lo habría abrazado muy fuerte y le habría dado un beso en la cabeza. Con una mano le habría tapado la boca y con la otra le habría abierto la garganta mientras lo sostenía con fuerza, amorosamente. Lo habría acostado con cuidado al lado de su hermana y se habría inclinado sobre Feliza, que seguía con las manos en los ojos, sin hablar. La nena quedó en esa posición. Francisca los habría mirado. Entonces se llevó el

cuchillo a su cuello. No lloraba. No tuvo el valor, pensó Álvarez. Ella escondió el cuchillo. Salió por la ventana, que quedó manchada con sus dedos ensangrentados. Fue a lavarse a la cocina, se secó con el trapo. Salió y lo tiró en los matorrales. Volvió a entrar por la ventana con la pala de puntear. Trancó la puerta. No, no, nada de coartadas. Debía irse con sus hijos. ¿Por qué el corte que se hizo no fue más profundo? Por segunda vez no tuvo el valor, pensó Álvarez. Apenas se cortó y se tiró al piso.

Las cosas estaban bastante claras para Álvarez. Pero pensó que debía hacer más. Cuando mandó sacar parte de la madera de la puerta donde estaban los rastros ensangrentados escuchaba a los policías de Necochea murmurar a sus espaldas. Se reían de él y de esos métodos infantiles, según decían. Ellos ya habían logrado solucionar el caso sin más necesidad que unos golpes y maltratos. Pero había algo más. Aun confesado el crimen, siempre quedaba la duda para aquel que, días, meses o años después, quisiera conocer lo que había ocurrido. No bastaba con la confesión de Francisca. ¿Qué significaba eso? Que el hecho de que la mamá hubiera matado a sus hijos debía estar acreditado por un método fuera de toda discusión y duda. La manera de hacerlo era poner a prueba el sistema de identificación dactilar que había perfeccionado Vucetich.

LAS HUELLAS DE LA CULPABILIDAD

Álvarez le escribió a Vucetich, en el mismo mes de junio de 1892.

Estimado Juan:

Ha llegado el momento de darte la razón en aquello que como novedad me explicabas y que con tanto empeño tomó nuestro jefe Nunes. Me refiero a las impresiones digitales, que ahora, en el caso del crimen de Necochea, han servido como auxiliar poderoso para demostrar, de una manera evidente, quién era la verdadera autora de un crimen salvaje por el que se había puesto preso a un vecino honrado. Cumplidos los del acusado como autor cuando recién intervino la policía, y las de aquella que después resultó única victimaria, así como dos trozos de madera que he quitado de la puerta de la habitación donde se llevó a cabo el hecho, en los que encontrarás señales inequívocas que

corresponden a la mano de la mujer, Francisca Rojas. Para que te des cuenta exacta de lo enorme del hecho, y puedas comprobar que aquello (lo de las impresiones digitales) fue un auxiliar poderoso para su esclarecimiento, te adjunto copia del parte que he pasado a la Jefatura, pues, como sabes, el sumario lo instruía el comisario local y este obtuvo a última hora la declaración de la desgraciada mujer valiéndose de medios inaceptables, que he reprobado y condeno enérgicamente, y mi intervención fue motivada por lo contradictorio de los datos suministrados a la superioridad. Confesado el crimen por esos medios, siempre quedaba la duda. Que esto sirva de base y de aliento para seguir difundiendo ese sistema de identificación, que si no fuera porque he obtenido la constatación de que las huellas dejadas en la puerta y las impresiones de la mujer Francisca Rojas correspondían las unas a las otras, a pesar de su confesión, me hubiera quedado siempre la duda respecto a su culpabilidad.

Tuyo affmo. Ed. M. Álvarez. Junio 1882

A su pedido y bajo su supervisión, entintaron los dedos de Velásquez y Francisca. Luego esperó que le llevaran las copias realizadas sobre la mano los dedos y ensangrentados en la puerta y en la ventana de la habitación del rancho de los Caraballo. Con una lupa, Álvarez comparó. Era la primera vez en el mundo que se utilizaba el cotejo de huellas para resolver un crimen. Los dibujos de los dedos de Velásquez no coincidían en absoluto con los de la mano sobre la puerta. Se detuvo en el pulgar de Francisca Rojas. Según la clasificación de Vucetich, era V de verticilo, es decir, en el centro de la yema se veían líneas en espiral, igual que las que había en las improntas de la puerta y la ventana.

Francisca Rojas recibió sentencia el 20 de setiembre de 1894, en la ciudad de Dolores. La condenaron a la pena de presidio por tiempo indeterminado. Se tomaron en cuenta las declaraciones de la comadre, Cándida Roldán, de su marido Ponciano Caraballo, del testigo Mauricio Berma, y la confesión de Francisca. No hay mención alguna al trabajo de comparación de huellas dactilares realizado por el comisario Álvarez. Tampoco hay constancia de que la Jefatura de la Policía de la provincia

denunciara a los policías de Necochea que habían torturado a Francisca y a Velásquez.

X

El asunto Tremblié.
Un juicio de dos mundos (1894)

El agente Jesús Ramírez se hallaba en la esquina de Cuyo y Montevideo cuando, a las once de la noche, se le acercó una persona. Le dijo que a media cuadra, frente a un edificio en construcción, había descubierto debajo del cordón de la vereda, próximo a la cerca de zinc que habían colocado los obreros, un envoltorio que le despertaba las peores sospechas. Ramírez enfiló hacia el lugar acompañado por el desconocido, que se presentó como Eduardo Twaites. Una vez allí se acercó al envoltorio con cautela y algo temeroso. El farol que estaba enfrente no llegaba a iluminar la vereda opuesta, donde se hallaba el misterioso objeto. El policía le colocó un pie encima. Nada. Se puso en cuclillas y lo abrió. Había dos almohadas, una de lana y otra de plumas, un almohadón, un calzoncillo, una funda de sofá, una camiseta y una revista de cocina. Ramírez seguía sacando telas, trapos y papeles, cuando apareció algo que no supo qué era. Antes de continuar tocó el silbato. Luego continuó. Sí, podía ser… Era el torso de un hombre; faltaban la cabeza y los miembros, que habían sido cortados desde su nacimiento. Tocó el cuerpo y notó que aún estaba caliente; lo habían matado y seccionado hacía poco. El agente Ramírez cavilaba todavía en cuclillas cuando se acercaron otros policías encabezados por el comisario Alejandro Juárez, jefe de la Sección 5ta. Ramírez le mostró el torso revolviendo mecánicamente la ropa para que quedara todavía más al descubierto. Lo llevaron a la seccional. Juárez le avisó al general Manuel Campos, jefe de la policía, porque un hallazgo de esa naturaleza no era en absoluto frecuente, y

al juez de instrucción Servando Gallegos. En la comisaría, el médico Soage revisó el torso y advirtió que casi no había rastros de sangre. La razón era sencilla: para evitar la salida de la sangre el criminal había colocado sal gruesa y aserrín en las extremidades. Como no encontró un solo rasguño, pensó que tal vez la víctima había sido degollada, circunstancia que no podía afirmarse porque faltaba la cabeza. Suponía que primero le habían cortado la garganta y después las extremidades. Soage le dijo al comisario Juárez que descartara su hipótesis original de que el torso había sido abandonado por estudiantes de medicina: la torpeza con la que habían sido destrozadas las articulaciones demostraba que el autor carecía de profundos conocimientos de anatomía humana. Sin lugar a dudas se trataba de un homicidio. Otros médicos convocados por el juez Gallegos se sumaron al examen de los restos. El torso había pertenecido a un hombre joven y robusto, y el crimen se había perpetrado dos horas antes del hallazgo, es decir, a las nueve de la noche de ese 22 de abril de 1894. De inmediato, se designaron patrullas para buscar el resto del cuerpo por toda la ciudad. Cuatro horas después del hallazgo del torso, los policías encontraron otra bolsa en Avenida de Mayo, entre Santiago del Estero y San José. La boca de la bolsa estaba abierta porque se había desatado la cuerda que la sujetaba. A simple vista se veía una mano. Sin revisar el hallazgo, el comisario de la sección 6ta., Zunini, lo llevó a la 5ta., donde aún se encontraban el juez, el jefe de policía y los médicos. La bolsa contenía las extremidades correspondientes al torso de la calle Montevideo. Los brazos conservaban restos de las mangas de una camisa de franela blanca. Estaban doblados y se les había hecho una fuerte ligadura con una cuerda. Para eliminar los vestigios de sangre habían sido lavados y, después, cubiertos con sal gruesa. Estaban envueltos en retazos de género blanco de hilo, de una sábana, y sobre cada uno de los brazo había varios diarios del año anterior, 1893, atados con una cuerda. En el brazo izquierdo se notaban hematomas, acaso producto de una fuerte presión por parte del asesino. En otros paquetes también estaban las piernas. Y una bolsa de sal ensangrentada. Los médicos reconstruyeron el cuerpo sobre una mesa. Se fijó una talla de 1,70 metros. La edad aproximada sería de 30 a 40 años. La junta médica corrigió la hora de la muerte que inicialmente había dado el forense Soage, es decir, dos horas antes de las once de la noche del 22 de abril: sus integrantes coincidieron en que el homicidio se había perpetrado entre siete y ocho

horas antes del hallazgo de las extremidades, es decir, entre las 19.30 y las 20.30. El examen de las manos mostraba que se trataba de un hombre que no realizaba un oficio manual, pues estaban cuidadas, lo mismo que los pies.

El testigo privilegiado del caso era Eduardo Twaites, la primera persona que había visto el paquete de la calle Montevideo. Twaites le dijo poco a la policía y mucho a los periodistas, pues la noticia del hallazgo de restos humanos se transformó en el gran suceso del momento en Buenos Aires. La imaginación de Twaites había visto mucho más que sus ojos en medio de la oscuridad de la calle Montevideo. Aseguró que la persona que iba caminando delante de él (ya apareció una persona caminando delante de él) llevaba un pesado bulto al hombro y a cada rato se detenía para mirar alrededor. A él no debió verlo, dadas las circunstancias. Luego de arrojar el paquete y pegarle dos fuertes patadas, volvió sobre sus pasos observando los movimientos del vigilante que estaba en Cuyo y Montevideo. Twaites agregó que, para no ser descubierto por el criminal, se había ocultado en un zaguán; el asesino pasó cerca de él pero no lo vio. A pesar de la penumbra, siguió Twaites, él sí logró verlo perfectamente: era bajo, de un metro cincuenta, deforme, de nariz aguileña, con barba espesa y negra, brazos larguísimos con manos potentes; vestía de negro, llevaba un pañuelo rojo y un amplio sombrero de mosquetero. ¡Un monstruo en Buenos Aires! El público enloqueció de interés. La imagen corrió por la ciudad y más de uno quedó aterrado. Un Jack el Destripador, una bestia suelta, como había ocurrido hacía 13 años en Whitechapel, Londres. Los despojos y la imaginación de Twaites hicieron estragos en los lectores pues los diarios no aclararon que el testigo debió desmentir sus afirmaciones públicas ante la policía. A nadie había visto antes de ir a contarle sobre el paquete de la calle Montevideo al vigilante Ramírez.

Todo el mundo estaba trastornado por la noticia. Hubo decenas de denuncias de desapariciones que no eran tales; relatos fantásticos, inverosímiles y disparatados. Alejo Miranda, un negro changador, fue detenido e incomunicado porque un niño afirmó que lo escuchó decir: "¿Viste cómo lo liquidé? Tuve que emplear el cuchillo y el serrucho". Un grupo de vecinos quiso linchar al pobre negro. Lo que había dicho era cierto, pero estaba hablando de la matanza de un cerdo.

El jefe Campos supuso que los restos habían sido transportados, es decir, creía que el asesino no había andando por ahí a pie con el bulto, sino que había utilizado un carruaje. Entonces ordenó que citara a todos los cocheros de Buenos Aires, con sus respectivos carruajes. La orden provocó las quejas de muchos vecinos, pues se cumplió a la noche, a la salida de los teatros, y entre las 24 y la 1, no hubo un solo carruaje disponible. La revisación de los transportes no dio resultados positivos; solo se logró dejar sin vehículos públicos a la ciudad.

También se citó a lavanderas y planchadoras de Buenos Aires y de los suburbios con la idea de que alguna pudiera reconocer las ropas que cubrían las partes del cadáver. Y a los familiares de todas las personas que no aparecían, con el mismo propósito. A esas, además, se les mostró las partes encontradas. Nada de esto tuvo éxito. Luego se redactó un aviso, en el cual se informaba de las iniciales grabadas en las ropas encontradas, J.P., y se exhortaba al pueblo a que colaborara. Nada.

La víctima había sido degollada, insistían los médicos. El hecho de que no hubiera sangre en el corazón y los vasos, los llevó a pensar que la hemorragia debía haberse producido por la carótida. Además, en el cuello se observaban escoriaciones provocadas en vida. Los peritos confirmaron que el ataque mortal se había producido, entonces, en la garganta. Para retardar la descomposición se habían sacado las vísceras y rellenado las cavidades con cal y paja. Como no era posible embalsamarlo, se lo colocó en un cajón con doble cavidad. No parecía que el homicidio fuera el resultado de una pelea. Por el contrario, los forenses sostenían que, cuando fue atacada, la víctima estaba dormida, ebria o inconsciente. ¿Y qué se podía decir del criminal? Que usó un cuchillo poco afilado y demostró ser inhábil con el arma, lo mismo que con el hacha o el machete a los que debió recurrir para cortar los miembros. Las lavanderas y las planchadoras fueron citadas nuevamente a fines de abril. Concurrieron unas 150, a las que se les volvió a mostrar los retazos de sábanas, pañuelos y servilletas encontrados con los despojos. Era evidente que faltaba una pieza fundamental que confirmara las conclusiones a las que habían llegado los médicos y permitiera identificar el cuerpo: la cabeza.

Isidro Gallego tenía 11 años. El 16 de mayo, temprano, salió de su casa en la calle México 285, donde vivía con su mamá, que era lavandera, y se fue a la laguna de la Dársena. Mientras andaba por ahí se encontró con su

amigo Gregorio Fregueiro, de 13 años, que vivía con su papá, un carrero, en Balcarce 1244. Los chicos fueron a cazar pajaritos y patos.

En la prolongación de la calle San Juan, entre Paseo Colón y la Dársena Sur, casi en la mitad del trayecto había un puente de ladrillos. Debajo del puente se comunicaban las aguas de dos grandes lagunas, que se habían formado por las obras del puerto. Con las lluvias o las grandes mareas, el agua inundaba el lugar. Isidro llegó a la laguna que había a la derecha de la calle, yendo de Paseo Colón hacia la Dársena, cerca del puente. Se disponía a saltar una zanja hacia donde había un desagüe de las cloacas cuando pisó un objeto duro y se lo dijo a Gregorio.

—¿Quién sabe si no es la cabeza? —le respondió Gregorio en broma.

Era una bolsa. Se acercaron y notaron que estaba enganchada a un alambre galvanizado de tres o cuatro metros. Parecía como si alguien hubiese intentado sacarla del agua con el alambre y, al no lograrlo, hubiese desistido. Tal vez un linyera. El gancho de alambre había roto la bolsa. Los chicos se agacharon para saber qué había adentro. Cuando lo hicieron se quedaron petrificados. Un ojo los miraba desde el interior del bulto. Pegaron un grito mientras saltaban hacia atrás y salían corriendo a buscar a un policía. Eran las diez de la mañana. Encontraron al agente Remigio Burgos, de la sección 29a., y le contaron lo que les había ocurrido. Volvieron al lugar y miraron mejor. La bolsa era de arpillera y estaba atada con un piolín grueso, igual a los envoltorios donde se habían encontrado el torso y las extremidades. Era la cabeza.

El juez Gallego y el general Campos llegaron a la comisaría. Los dos hombres no se llevaban muy bien debido a viejas rencillas de procedimiento. Campos no aceptaba que las investigaciones penales las dirigiera un juez, y Gallego que las averiguaciones las condujera el jefe de policía. Esta disputa había nacido en 1888, cuando se sancionó el nuevo Código de Procedimientos en Materia Penal, redactado por Manuel Obarrio, que establecía el sumario escrito y secreto, y le concedía la dirección de las investigaciones al juez de instrucción. Con este código, la policía perdía mucho poder. En el caso del descuartizado, ninguno de los dos, ni el jefe Campos ni el juez Gallego, habían tomado la delantera. Ambos estaban presentes cuando los policías abrieron la bolsa que contenía la cabeza. También había otras dos bolsas, retazos de cotín atado, un pedazo de una

página de avisos de un diario, un poco de aserrín y barro, procedente del lugar del hallazgo.

La cabeza correspondía a las partes del cuerpo hallado en la calle Montevideo y en la Avenida de Mayo. Estaba en mal estado debido al tiempo que había estado sumergida en el agua. Fue llevada a la oficina antropométrica del Departamento de Policía, donde se la lavó y fotografió. Luego se la colocó sobre una mesa y se llamó a prostitutas y cafishos, que durante tres horas desfilaron delante de la cabeza para ver si alguno la reconocía. Nada. Entonces citaron a cuanto peluquero y barbero había Buenos Aires. Tampoco. El juez Gallego ordenó que el escultor Correa Morales sacara de ella una máscara de yeso y que el artista Euseri realizara un retrato al óleo. Los médicos advirtieron un detalle particular en la dentadura de la víctima: faltaban los incisivos principales, que habían sido reemplazados por otros postizos, que tampoco estaban. Los cabellos era de color castaño claro, casi rubio, cortado de mayor a menor. En la parte superior derecha tenía un tremendo golpe, con hundimiento de hueso y desgarro del cuero cabelludo de unos tres centímetros. La cara era un poco alargada y chata; la nariz, corta, levemente aguileña y delgada; los ojos, redondos y de color pardo; el bigote, castaño; la barba, bien afeitada; la boca, de tamaño regular, y las orejas, pequeñas. Así era la descripción que se realizó antes de que Correa Morales hiciera su mascarilla, pues al sacar el molde desfiguró aún más algunos rasgos, además de desprender casi todo el pelo y el bigote. Aunque la información era abundante, los avances para saber quién era la víctima eran escasos. Gallego decidió realizar una exposición extraordinaria y única en la historia argentina. Hizo preparar un anexo especial en el propio Departamento de Policía e invitó al público a presenciar una muestra con las fotografías de la cabeza, del torso y de las extremidades. Se expondría también la mascarilla realizada por Correa Morales, la reconstrucción realizada al óleo por el artista Euseri, las ropas con las iniciales misteriosas, algunos dibujos y hasta las bolsas que habían contenido las partes del cuerpo. El juez empapeló Buenos Aires con carteles que anunciaban la exhibición, como si fuera una obra de teatro o la presentación de una muestra artística. Gallego creía que las personas que conocían al descuartizado tal vez no se animaran a hablar directamente con la policía; por eso, dispuso que un grupo de agentes de investigaciones, vestidos de civil, recorrieran el salón de la exposición para que observaran

las reacciones del público y escucharan sus comentarios. Cuando la muestra abrió sus puertas, el público colmó el salón. Uno de los agentes que recorría el lugar aquí y allá escuchó la disimulada exclamación de un señor que estaba acompañado por una mujer. Se les acercó y les pidió que lo acompañasen. En presencia del juez, que esperaba novedades en una habitación contigua, el hombre dijo llamarse Benito Chalounaisse, de 32 años, y la mujer, la señora Catalina de Courtade. Aún conmocionados, afirmaron que, sin lugar a dudas, el muerto era François Farbos.

La historia que había llevado a Chalounaisse a ver la exposición era muy simple. Era francés, carpintero, que vivía y trabajaba en la casa y carpintería de Próspero Courtade, otro francés radicado en la Argentina, en la calle Constitución 484. La mujer que lo acompañaba en la muestra era la esposa de Courtade. En la carpintería solían reunirse un grupo de amigos franceses, todos carpinteros. Algunos incluso dormían allí, pues el lugar tenía algunas habitaciones de huéspedes. Chalounaisse relató que el 20 de abril llegó a Buenos Aires desde Francia el vapor *Orenoque*. Entre los pasajeros se hallaban Farbos, que había nacido en Burdeos y venía a América todos los años a trabajar, y Pedro Cando, otro amigo, que trabajaba como camarero en el barco. Farbos era esperado en el puerto por otro paisano, Raoul Tremblié, también de Burdeos. Cando se despidió de Farbos porque tenía algunos deberes que atender en el barco. Luego de saludarse con un abrazo, Cando vio cómo su amigo descendía y se encontraba en el muelle con Tremblié. Dos días después, ni Farbos ni Tremblié habían llegado a la carpintería de Courtade, lo que llamó la atención porque desde hacía muchos años los dos eran pensionistas asiduos de la carpintería. Preocupado, Chalounaisse fue al *Orenoque* a saludar a Cando y, de paso, preguntarle por sus amigos. Cuando Benito le contó que no tenía noticias de Farbos ni de Tremblié, Cando se extrañó porque los había visto irse juntos del puerto. No obstante se despreocuparon del tema pensando que tal vez ambos tenían algún asunto que terminar antes de ir a la carpintería. Pero desde que la ciudad entera había empezado a hablar del descuartizado, y mucho más desde la aparición de la cabeza, los franceses de la carpintería comenzaron a preocuparse. Por eso, Chalounaisse y la mujer del dueño no dudaron en asistir a la exposición de la policía.

—¿Usted sabe si Farbos y Tremblié tenían alguna disputa?

—¿Por qué lo pregunta? —inquirió Chalounaisse—. ¿Es que acaso usted piensa que…?

—Farbos está aquí, muerto y descuartizado. Tremblié no aparece.

—Lo que yo pienso —se sinceró el juez Gallego frente al testigo— es que Tremblié mató a Farbos. ¿Usted no?

En su país, François Farbos era cartero, y Tremblié, además de amigo, era su socio.

Cuando los amigos de la carpintería, Próspero Courtade, Mariana de Hasquil, José Bernard, Francisca Marzán, Josefina Listol, Adrián Subit, Mauricio Boitel, Alberto Dubertrand y Honorina Listac, fueron llamados a reconocer los restos, todos admitieron que se trataba de Farbos. Hasta se presentó otro francés, un tal Eugenio Lapeyre, que había viajado con Farbos en el *Orenoque*. No era un amigo de antes, sino que lo conoció en la travesía. El dato que aportó Lapeyre fue que durante el viaje Farbos le mostró una dentadura postiza, de tres incisivos, que llevaba colocada.

Farbos no siempre se hospedaba en la carpintería. A veces se quedaba en el Hotel Lyon, de la plaza Constitución, y dejaba su equipaje en lo de Courtade. Farbos le había dicho a su mujer, Marie, con la que vivía en la calle Glacier 29 de Burdeos, que le enviase la correspondencia a la carpintería de Courtade, a nombre de François Barnes, que era el apellido de la madre de Farbos. Farbos hacía eso porque continuaba desempeñándose en Burdeos y no quería exponerse a perder ese trabajo si la oficina se enteraba que se iba largas temporadas a Buenos Aires. Prefería decir que estaba enfermo o cualquier otra excusa que escondiera que se encontraba en el extranjero.

Farbos y Tremblié habían acordado que, cuando llegara el barco, se encontrarían en el muelle de Buenos Aires. Antes, Tremblié había alquilado una casa en Cangallo 1583 con el nombre falso de Pedro Tavanne. Dejó pago un mes adelantado, 32 pesos, y le dijo al dueño que era representante de dos firmas francesas. Aunque abandonó la sala que ocupaba en la carpintería y se instaló en Cangallo, nunca dejó de frecuentar a sus amigos y cenaba con ellos casi todas las noches. Poco antes de que llegase el Orenoque, Tremblié estaba en la carpintería, afilando un machete que había comprado, uno como los que usaban los policías. Andaba mostrándole a todo el mundo el buen filo que le había sacado. Dos días antes de que llegase su amigo, le dio una lima a otro francés que paraba en la carpintería,

José Bernard, para que le confeccionara con ella un puñal de dos filos. Antes de pagarle un peso con cincuenta, probó el puñal clavándolo varias veces en el banco de carpintero. La única modificación que le hizo fue cambiarle el mango por otro de madera que él mismo había confeccionado. Era un puñal largo. Siguiendo esta pista se pudo saber que el día anterior al arribo de Farbos, entre las ocho y las nueve de la noche, una persona, cuyos rasgos coincidían con los de Tremblié, compró cinco kilos de sal gruesa en el almacén de Emilio Guidotti, en la esquina de Cangallo y Montevideo. José Nicolino, que tenía un corralón en Lorea 1407, identificó a Tremblié como aquel que le comprara una bolsa de aserrín. El 20 de abril, cuando llegó el *Orenoque*, tal como estaba acordado Tremblié, esperó a su amigo para acompañarlo a realizar los trámites de aduana. Farbos traía ocho baúles. La empresa Expreso Villalonga fue contratada para transportar los baúles desde la aduana hasta la casa alquilada por Tremblié. Desde Cangallo, Tremblié llevó algunos de los baúles a la casa de alquiler Beau-Sejour, propiedad de unos amigos, los hermanos Lisle. También llevó una valija y un sombrero de fieltro. Cuando los policías fueron a la pieza de la calle Cangallo vieron que había sangre por todos lados, en la pared, en las baldosas del piso, en el lado interior de la puerta y en el postigo de la ventana. Todos los rastros habían sido lavados con agua. También encontraron aserrín de madera blanca. Eran demasiadas evidencias contra Tremblié. En uno de los baúles que Tremblié dejó en la casa de los Lisle había recortes de diarios que coincidían con los que habían aparecido en la bolsa que contenían los brazos de Farbos. Pertenecían a un ejemplar de *La Prensa* del 8 de diciembre de 1893. En ese mismo baúl había cuerdas con nudos como las que se habían usado para atar los brazos de la víctima. Los últimos informes que recibió el juez Gallego decían que, después del 21 de abril, Tremblié se afeitó la barba y se recortó las patillas; y cambió su modo de vestir: comenzó a usar trajes de colores claros cuando nunca los había lucido, pues era habitual verlo con un traje color azul marino. El 2 de mayo, Tremblié se embarcó en el vapor *Paraguay* con su nombre de pila cambiado, Jean Tremblié.

Gallegos no tuvo ninguna duda de lo que había pasado y lo dejó bien claro en la sentencia. Tremblié, de 30 años, recibió a Farbos en Buenos Aires y lo llevó a la casa de la calle Cangallo, donde lo asesinó. Luego escapó a Francia con catorce baúles. Por eso, el juez dispuso telegrafiar a

las autoridades francesas de Dunquerque para que detuvieran y extraditaran a Tremblié apenas atracara el vapor *Paraguay*. Todo el papeleo entre la Argentina y Francia quedó concluido antes de que el barco llegase a Francia. Cuando el buque fondeó en el puerto de Dunquerque eran las 7.30 del 28 de mayo. El capitán Fontaine ordenó que nadie desembarcara. Cuando un comisario y dos agentes abordaron la nave, el capitán señaló a un hombre de estatura pequeña, moreno, que quedó inmóvil, con los ojos exageradamente abiertos. Era Tremblié. No esperaba que lo descubrieran al llegar a destino. Cuando lo revisaron le encontraron el anillo matrimonial de Farbos. Esposado, fue conducido a la oficina central de policía. Los catorce baúles fueron requisados y se comprobó que en los costados tenían depósitos secretos que contenían monedas argentinas de uno y dos centavos. El valor total del metálico era de mil pesos. Ese resultó ser el motivo del crimen de su amigo Farbos: el contrabando de monedas de cobre, favorecido por la alta cotización del oro en el Río de la Plata. Ambos se dedicaban a ese negocio. Por eso, Farbos viajaba a la Argentina. En Francia vendían el metal argentino a un precio que triplicaba al de la inversión. La codicia de Tremblié precipitó el final de Farbos.

Criminólogos argentinos y franceses catalogaron a Tremblié como una persona con carácter criminal latente. Esto no tenía que ver con sus padres ni con su infancia, sino que, de acuerdo con las teorías dominantes en la época en Europa y en América, había nacido así, delincuente. La categoría de hombre (varón y mujer) delincuente estaba arraigada en la antropología criminal del médico italiano Cesare Lombroso; los psiquiatras y los médicos describían reglas generales, según las cuales los criminales proceden de familias honradas, nacen en un ambiente propicio para el bien, son educados con el constante ejemplo de la sana moral, pero ni los buenos ejemplos ni la buena educación, en fin, nada ahoga el germen de la maldad que el delincuente lleva en sí mismo. Se decía que en París, cuando aún era muy joven y frecuentaba burdeles, casas de juego y tabernas, Tremblié había recibido la propuesta de ganar hasta seis mil francos si seducía jovencitas y las conducía a Buenos Aires para entregarlas a una red que las explotaría en prostíbulos. A la vez, Tremblié intentó entrar en el negocio del contrabando de monedas de cobre, para lo cual buscó a un socio, que resultó ser François Farbos. Estas hipótesis no fueron corroboradas. Lo concreto es que en sus baúles se encontró un contrabando de monedas de

cobre y se estableció que había matado a Farbos movido por "un ánimo desordenado de riqueza".

Ante la ausencia de un tratado con la Argentina, el gobierno de Francia rechazó el pedido de extradición. El enjuiciamiento de Tremblié no fue automático ni sencillo. Había que entablar un proceso en Francia y analizar toda la prueba que se había reunido en la Argentina. El juez Gallegos, algunos policías que habían seguido el caso desde el inicio y los testigos debieron trasladarse desde la Argentina a la Corte de Douai, en la región del Paso de Calais, en el norte francés. La justicia argentina hizo una apuesta muy fuerte: que un tribunal extranjero diera por válida la investigación realizada en Buenos Aires y condenara a muerte al culpable. El juez y los demás integrantes de la comitiva permanecieron largos meses en Francia esperando el veredicto, con todos los gastos pagados por el Estado argentino. Desde su arresto, Tremblié había negado cualquier vinculación con el crimen de su amigo. Aseguraba que este se había ido al interior de la Argentina con una dama que había conocido en el viaje del *Orenoque* a Buenos Aires.

Entre las pruebas enviadas desde la Argentina, Marie Farbos reconoció las pertenencias de su marido, como los retazos de camisa que conservaba el cadáver descuartizado. El momento más terrible para ella, y para el juicio, fue el careo con Tremblié. Marie, que se exhibía llorosa, esperaba que el acusado entrara; apenas lo hizo se le abalanzó a la garganta para estrangularlo. El desorden fue descomunal. Al ver la reacción de la mujer, Tremblié se echó a llorar. Marie ya había reconocido los dientes postizos con el engarce de oro que fueron hallados en poder del acusado, así como el pantalón de empleado de Correos encontrado en uno de los catorce baúles traídos desde la Argentina. Marie Farbos no tenía ninguna duda sobre la culpabilidad de Tremblié.

Finalmente, Tremblié fue condenado a morir en la guillotina. Pero su equipo de defensores y su abogado, Hattu, lograron que la Corte Suprema de Francia anulara el veredicto por errores en el procedimiento. Fue así como en 1896 debió realizarse un segundo proceso, esta vez en la Corte de Saint-Omer. Nuevamente, los abogados y testigos argentinos debieron trasladarse a Francia.

Lo que en el primer juicio había pasado inadvertido ahora se convirtió en una pieza clave: los dientes postizos de Farbos. El tribunal francés

ordenó que le mostraran al acusado la dentadura de Farbos y le solicitó a Tremblié que, para quedar exculpado, probara que esos postizos no eran de la víctima sino suyos. Al principio, Tremblié no supo qué hacer. Tímidamente, tomó los postizos y trató de colocárselos. La saliva se acumulaba y caía. Tomó aire y volvió a intentarlo. Comenzó a sudar. La saliva caía y su boca se deformaba. El espectáculo era tan desagradable que algunos dieron vuelta la cara. Trataba de que los incisivos entraran en el hueco de los molares que a él le faltaban; se desesperaba y no lo conseguía; presionaba echando la cabeza hacia atrás, luego bruscamente hacia delante y otra vez hacia atrás. El gesto de los presentes cambió por el de lástima por ese hombre que quería de demostrar lo imposible. El 30 de abril de 1896, el segundo tribunal reiteró la pena de muerte. Tremblié intentó suicidarse ahorcándose en su celda con una toalla, pero los guardias lo vieron y lo evitaron. Las pruebas utilizadas fueron las que se habían reunido en Buenos Aires. El juez Gallego podía darse por satisfecho. Conocido el veredicto, fuera de la sala de audiencias la muchedumbre gritaba: "¡*A mort… A mort*!". En Francia, el caso provocó casi el mismo interés que en Buenos Aires.

DESCUARTIZADO

El primer descuartizado de la historia argentina que figura registrado en documentos oficiales fue el jardinero de Juan Manuel de Rosas, que le cuidaba las rosas en la quinta de San Benito de Palermo. El hecho ocurrió en 1845, días antes de la batalla de la Vuelta de Obligado.

El jardinero se llamaba Antonio Pose, oriundo de La Coruña. Lo mataron dos inquilinos de la misma pensión de la calle Chile donde vivía el jardinero, con la intención de robarle sus ahorros. Los asesinos fueron José Gómez Rodríguez Jardín (¡Jardín!), un portugués, y su mujer, Tomasa Sampayo, argentina. Cuando la dueña de la casa vio que Jardín y Sampayo lavaban las manchas de sangre que había en espacios

comunes y tiraban baldes de agua teñida de sangre a la calle, avisó a los serenos.

Jardín fue fusilado en la Plaza del Retiro (donde hoy se levanta el edificio del Circulo Militar) y su cadáver quedó expuesto en una horca. Tomasa fue obligada a presenciar la ejecución de su marido y a pasar seis veces por debajo del cadáver una vez colgado. Aunque la pena establecida para ella se completaba con encarcelamiento por tiempo indeterminado, fue liberada luego de la caída de Rosas.

Sin embargo, el Tribunal Supremo francés intervino nuevamente. Esta vez se mantuvo la condena de Tremblié, pero la muerte en la guillotina fue cambiada por la pena de reclusión perpetua, debido a que el crimen no se había cometido en territorio francés.

Años después, Tremblié murió en la prisión de Saint-Omer. Nunca confesó.

El descuartizamiento de François Farbos tuvo a Buenos Aires inquieta durante dos años. En algún momento, con mayor o menor intensidad, se hablaba del descuartizado francés en casi todos lados, en los cafés, en las confiterías, en todo lugar donde se reunieran más de dos personas. Hasta circuló una copla dedicada al caso dentro del cancionero urbano, una copla con la misma entonación de la zarzuela "La verbena de la Paloma o el boticario y las chulapas y celos mal reprimidos", de Tomas Bretón.

¿Dónde vas con catorce baúles?
¿Dónde vas, asesino Tremblié?
A la cárcel por toda la vida,
Por el hombre que descuarticé.

XI

Cayetano Grossi.
Se inicia la saga de los asesinos seriales (1896)

Sacaba un papel del bolsillo del saco negro y volvía a guardarlo. Después le daba dos pitadas al cigarrillo y dejaba caer la ceniza al piso. El cenicero estaba repleto. Gaetano Grossi, o Cayetano, como le decían en la Argentina, estaba sentado en la capilla de la Penitenciaría Nacional. En unos minutos, Cayetano iba a ser fusilado por el asesinato de sus hijos. Habían logrado probarle dos, aunque investigaron cinco casos más, por lo menos. El tipo fumaba mucho. Debieron cambiarle un par de veces el cenicero para que no manchara el mantel blanco con volados que cubría una mesa redonda y llegaba hasta el piso. La mesa y un par de sillas eran todo el mobiliario de la capilla, donde los condenados esperaban el momento final. Sobre la mesa había un candelabro que tenía una única y larga vela y, al lado, un crucifijo más alto que el candelabro. Sentado frente a Cayetano estaba el cura Macceo, sacerdote de la Penitenciaría. Tenía una Biblia en su mano izquierda y le hablaba casi mecánicamente. Por momentos, el reo le clavaba la mirada, perdido.

—*Io non sono un assassino, monsignore* —dijo de golpe. El resto de la frase fue ininteligible para el sacerdote porque Grossi hablaba en su dialecto, el calabrés. Decía que era injusto que lo mataran. Macceo venía escuchando las mismas palabras desde hacía horas. Deducía que el reo que quejaba de su suerte.

En toda la historia del pueblo de Bonifati, en Cosenza, Calabria, los jóvenes nunca fueron más que los ancianos. Hacia 1878 seguía siendo un

feudo dominado por algunas familias ricas, como los Carafa o los Telesio. Por entonces tenía unos tres mil habitantes, el castillo medieval y la iglesia de la Anunciación. Domingo Cayetano Grossi, de 24 años, se hallaba en un momento de la vida en que debía tomar una decisión. No le gustaban las tareas agrícolas ni trabajar la madera. No le gustaban las montañas ni el mar. Tampoco le interesaba probar suerte en Sangineto, el municipio más cercano, a poco más de dos kilómetros, con menos habitantes que Bonifati. No había muchas cosas que lo atrajeran en su pueblo y, maldiciendo su estirpe vulgar y la miseria a la que estaba condenado, decidió que de ningún modo se convertiría en uno de los ancianos de Bonifati. Abandonó a su mujer, Rosa Ursomano, y a sus dos hijos, y viajó a Buenos Aires. Aquí fue botellero, afilador ambulante, mozo de cordel, vendedor de cacerolas. Terminó como carrero, dedicado a modestas mudanzas en la zona de la estación del Retiro.

A poco de llegar, el calabrés se relacionó con sus compatriotas y, especialmente, con una mujer, Rosa Ponce, viuda de Nicola, que vivía en la calle Artes 1438, corralón 6. Grossi se instaló allí con ella y sus tres hijas. Como no le gustaba que le dijeran Domingo, para todo el mundo pasó a ser Cayetano, el hombre de la casa. Las hijas de Rosa nunca fueron sus hijas; por el contrario, Cayetano se convirtió en el hombre de las cuatro mujeres. Era la pareja de Rosa y el hombre de Clara, Catalina y María. Con Rosa tuvieron tres hijos, Carlos, Teresa y Lorenzo, que llevaron su apellido. Habían tenido dos hijos más, que murieron a poco de nacer. Aquellos fueron los únicos a los que Cayetano les permitió vivir con ellos. No así a los hijos que tuvo con las tres hermanas a lo largo de veinte años. Era tan llamativa la brutalidad con la que trataba a las mujeres como la sumisión que ellas demostraban. Pero ninguna decía nada sobre el destino de las criaturas. La comida escaseaba y no podían darles de comer a más bocas.

Con Clara, la hija mayor de Rosa, Cayetano tuvo al menos dos hijos, una beba que nació en mayo de 1896, y un varón nacido el 2 de mayo de 1898. Luego de los nacimientos, Cayetano les dijo a Clara y a sus otras mujeres que llevaba a las criaturas a la Casa de Expósitos, cuando en realidad los tiraba o los quemaba. Clara nunca volvió a verlos. Cayetano había hecho de comadrón en todos los partos: cortaba el cordón umbilical a unos cuatro o cinco centímetros del ombligo, y enseguida, sin lavar a la criatura, la tomaba, la envolvía en un pañuelo grande o en una arpillera y se

la llevaba. Los vecinos veían a las mujeres embarazadas y, al cabo de unos meses, la panza había desaparecido pero no se veían más niños en la familia. Aunque los vecinos y los conocidos sabían lo que ocurría, nadie indagaba demasiado.

Cayetano hizo desaparecer a todos sus hijos; a los últimos los había tirado por ahí. Pero nunca supo que a uno de ellos lo habían encontrado. Fue a las cuatro y media de la tarde del 29 de mayo de 1896. Un carrero llamado Natali Raffo le avisó a un policía, Jorge Reyné, que había encontrado un cuerpo en la quema de basura. El cuerpo era el de una criatura. Estaba descuartizado y solo quedaban algunos huesos. Los médicos forenses descubrieron que la criatura había nacido con vida, es decir, que había tenido vida extrauterina, y que la muerte se había producido por fractura de cráneo y desarticulación de los miembros. La policía estaba desorientada frente al hallazgo. El caso pasó al juez Narciso Rodríguez Bustamante. Todo quedó en el olvido durante dos años. Pero, el 5 de mayo de 1898, el juez recibió un parte similar al de 1896. Decía que un tal Ramón Debesa, que recolectaba trapos en la quema de basura junto con su mujer, Petrona Olmos, halló envuelto en retazos de ropa el cadáver de una criatura de pocos días de vida. Buscó a un policía y encontró al agente Cirilo Centeno, quien dio aviso a la comisaría. De inmediato reapareció el antecedente de aquel bebé descuartizado hallado un par de años atrás. Esta vez, el cuerpo estaba envuelto en un trozo de cotín blanco y colorado, y sobre este un saco de hombre de casimir negro, bastante usado y muy remendado. Alrededor del cadáver, entre muchos pedazos de género de diferentes clases y colores, había dos batas de mujer de género negro y una servilleta, marcadas con las letras N.D.R., todas hechas con hilo colorado. La autopsia determinó que esta segunda criatura había vivido cuatro días luego de su nacimiento. Lo habían estrangulado. Y, acaso lo más importante, la data de la muerte era de cuatro días atrás.

Los carreros contaron lo que sabían sobre Cayetano y las mujeres Nicola. Les parecía repulsiva la forma en que vivía esa gente, amontonada, con un hombre que hacía de macho de varias, y ninguno, ni él ni las mujeres, lo ocultaba. Embarazos que llegaban a término y criaturas que nunca aparecían. Todos sabían de qué se trataba. Pero nunca nadie dijo una palabra, hasta que la policía preguntó. El 9 de mayo, una partida policial se dirigió a la casa de la calle Artes. Lo que vieron allí no les gustó nada.

Repararon en las ropas de los ocupantes y en la actitud de rechazo que mostraron las mujeres y el hombre cuando los vigilantes les preguntaron sobre su parentesco. El 10 de mayo a las 17.30 volvieron. Esta vez, los policías de la comisaría 12 llevaban una orden de allanamiento del juez Bustamante, que la había firmado creyendo que podrían encontrar ropas que coincidieran con aquellas que se habían hallado en los cuerpos de los bebés. En la primera habitación, cerca de la entrada de la casa, al lado de un pesebre, en el ángulo nordeste, había una cama de hierro para dos personas bien arrimada a la pared. Allí estaba acostada Clara, muy enferma. Los policías corrieron la cama hacia el centro de la pieza y de un ángulo sacaron una piedra de alrededor de dos kilos de peso, una tabla de una pulgada de espesor y veinte centímetros de ancho por cincuenta de largo y, finalmente, una lata que parecía haber sido de kerosene. De la lata sacaron un pequeño bulto envuelto en arpillera. Lo apoyaron en el piso y procedieron a desenvolverlo. Apareció el cadáver de un niño; alrededor del cuello había un pañuelo fuertemente anudado. Había muerto estrangulado. El pequeño era hijo de Clara. Ella estaba acostada por efectos del parto reciente. Ante el terrorífico cuadro, Grossi culpó a las mujeres, y ellas coincidieron en culparlo a él. Hasta el mes de mayo de 1898, Clara había tenido cuatro hijos con Cayetano y Catalina, uno; todos ellos fueron asesinados al nacer por el padre. Los ocupantes de la casa confesaron que las tres criaturas descubiertas eran de hijos Clara y de Grossi. Este negó todo; solo admitió que se deshizo del nacido en 1896. Y que al último lo mató por pedido de Clara. Luego volvió a negar todo y a decir que los hijos no eran suyos. Cayetano no sabía cómo defenderse y se complicaba cada vez más. Al final, todos reconocieron que las ropas que envolvían a los pequeños asesinados eran suyas.

El juez tenía frente a sí al primer asesino serial registrado de la historia argentina. Un Cronos de carne y hueso, que en lugar de devorar a sus descendientes, lo estrangulaba y los descartaba.

El 20 de diciembre de 1898, el juez Ernesto Madero dictó sentencia. Se preguntó cuál había sido el móvil de los crímenes de los recién nacidos. No lo había sido precisamente la intención de ocultar la deshonra de las parejas de Grossi, pues las mujeres Nicola hacían gala de ella, paseándose por la calle con sus panzas de embarazadas.

> (…) Clara llegó incluso a sentarse en la vereda durante la fiestas de carnaval, cuando su estado de embarazo era sumamente notable —escribió el juez—. No ocultando su embarazo las concubinas de Grossi, no podía guiar a este al dar muerte a sus hijos, el móvil de ocultar la deshonra ya que era pública, de modo que solo un sentimiento de sórdida codicia o de ferocidad pudo llevarlo a cometer esos delitos.

Madero condenó a Grossi morir por fusilamiento. A Rosa y a sus hijas Clara y Catalina les impuso tres años de prisión por encubrimiento. Recién el 5 de abril de 1900, la Cámara confirmó las penas, reduciendo solo la de Catalina a dos años de cárcel. De los cinco jueces que integraban la Cámara, solo Miguel Estévez votó por cambiar la ejecución de Grossi por prisión por tiempo indeterminada. Afirmó que, a su criterio, la prueba en su contra eran principalmente las declaraciones de las mujeres, personas que por su vida degradada, por su condición de procesadas y por la participación que tuvieron en los infanticidios, no podían ser tomadas como prueba sólida.

A las cinco de la mañana del 6 de abril le anunciaron a Cayetano que tendría su última visita. No quería ver a nadie en particular y no pareció extrañarse ni complacerse cuando Carlos, de 19 años, entró en la capilla. Hacía un año que Carlos no veía a su padre y ahora lo miraba con curiosidad. En su rostro no había una expresión que demostrara sentimiento alguno. Solo la curiosidad lo había llevado a ver a quien consideraba un animal. Cayetano jamás había demostrado algún sentimiento hacia él, ni de niño ni de adolescente. Lo había tratado como una mascota a la que a veces se le pegaba para que no hiciera pis en un rincón de la casa. Carlos se quedó mirándolo. Cayetano era para él un espécimen que recibiría su merecido castigo, y la única razón que justificaba su presencia allí era que lo vería morir. Cuando Cayetano le tendió la mano, Carlos permaneció inmóvil. El más chico, Lorenzo, no quería entrar en la capilla, pero un guardia lo empujó con cierta brusquedad. Lorenzo sentía hacia su padre el mismo miedo que había sentido Carlos cuando tenía su edad. Se paró cerca de la entrada y no quiso acercarse más. Por el contrario, cuando Cayetano se acercó a él con la intención de abrazarlo, el chico se dio media vuelta y se tapó la cara con las manos. Temblaba de miedo. El padre Macceo le habló para tranquilizarlo y lo abrazó. Cayetano se sorprendió al ver a su tercera visitante, su hija Teresita. Como Lorenzo, se quedó en la entrada y apenas lo vio se echó a llorar. Cayetano intentó ponerle una mano en la cabeza para

acariciarla pero ella retrocedió. Solo lloraba y se tomaba el estómago, como si le doliera la panza. Macceo ordenó al personal de la Penitenciaría que se llevara a los chicos.

El sol salía y se ocultaba. Faltaban veinte minutos para las ocho de la mañana. Ahora, Cayetano se mostraba nervioso. Un médico fue a tomarle el pulso y confirmó que estaba muy alterado. El reo puso una mano en el bolsillo de su saco y volvió a sacar el papel arrugado como había hecho toda la noche. Sabía lo que estaba escrito en ese pedazo de papel porque él se lo había dictado a un amigo que lo había ido a ver a la prisión, poco después de conocerse la pena de muerte. Eran algo así como sus últimas palabras, dirigidas al juez Madero.

> Yo recibo con resignación la pena que me ha impuesto, pero soy inocente. Yo no soy culpable de las muertes de esas criaturas porque las culpables son esas mujeres que me han acusado asesino de sus hijos. Yo no soy el padre de las víctimas: los padres de esos niños eran los amantes de las mujeres Nicola. Si yo fuera un asesino tan feroz, yo hubiera muerto a mis hijos con la madre. ¿Cómo es posible que una madre haya permitido que yo asesinara a sus propios hijos? ¿Por qué no me acusaron ante la Policía cuando yo salía a la calle, las madres de las víctimas? No siento morir, y hago esta declaración por el amor a mis hijos legítimos.

El juez, el coronel Juan Carlos Boerr, director de la Penitenciaría, y una escolta de soldados llegaron a la capilla. Dos guardias entraron e hicieron incorporar a Grossi, que había estado casi toda la noche sentado en la misma silla, al lado de la mesa redonda con el crucifijo y el candelero. Se pararon a sus costados. Grossi prendió otro cigarrillo y le sacaron la caja de fósforos. Le ordenaron tirar el cigarrillo y caminar hacia la salida. El cura Macceo iba detrás. Lo iban a fusilar en el jardín del penal. Grossi caminó despacio pero ninguno lo apuró. El sol ahora había salido a pleno. El destacamento a cargo de la ejecución estaba integrado por el capitán Manuel Medrano y los tenientes primeros Rosa Burgos y Calisto García. También lo esperaba el abogado defensor de oficio, Marcelino Torino.

La silla estaba dispuesta debajo de un árbol frondoso. Tenía un respaldo alto. Antes de llegar, un soldado y Macceo tomaron a Grossi de los brazos, lo llevaron hasta el banquillo y lo sentaron dándole un empujón. Frente a él se habían parado los tres soldados que le dispararían: los oficiales a un lado y el sargento segundo Emilio Lascano quien se encargaría de darle el tiro de gracia del otro. Un soldado le ató las manos a la espalda y luego, con una

correa, le dio vueltas al cuerpo para sujetarlo a la silla. El cura le vendó los ojos con un pañuelo blanco. El sol se ocultó otra vez. El pelotón estaba preparado, a unos tres metros de distancia del condenado. Detrás del destacamento, un grupo de funcionarios custodiaba el ataúd donde pondrían el cadáver del ajusticiado. Los demás se habían corrido hacia los lados, a una distancia mayor. Un fotógrafo se colocó en diagonal a Grossi y captó el momento exacto de la descarga. Grossi se inclinó hacia su derecha.

Lascano se acercó con su fusil y se colocó a la izquierda de Grossi. Levantó el arma, le apuntó desde una distancia de cincuenta centímetros de la cabeza y disparó. Cuando bajó el fusil se cuidó de que su uniforme no estuviera manchado. No lo estaba. De inmediato se acercaron funcionarios de la Penitenciaría cargando el ataúd de pino. Lo pusieron al lado del cadáver, que aún permanecía atado a la silla. El sol volvió a salir. Le quitaron las vendas de los ojos. Uno sostenía al ajusticiado del brazo izquierdo haciendo fuerza para que el cuerpo no se doblara totalmente hacia adelante. Finalmente, lo desataron y, entre tres, lo colocaron en el cajón. Los mismos tres guardias más uno lo levantaron y lo cargaron. El sol ya no se ocultó más.

XII

Carlos Livingston.
El crimen de la calle Gallo (1914)

Habían querido matarlo tres veces. La primera fue el 5 de mayo de 1914. Dos personas lo esperaron en Amenábar y Manuela Pedraza. Pensaban estrangularlo con una cuerda; asaltarlo por la espalda y rodearle el cuello sin que tuviera tiempo de defenderse. Pero fueron muy obvios: los ademanes, la postura de matones los delataron de inmediato. Uno se puso adelante y antes de que su compañero lo atacara desde atrás, Frank Carlos Livingston ya se había dado cuenta de la maniobra; giró para poner a dos de sus hijos detrás de él y enfrentó a los agresores con su carísimo bastón de caña de Malaca. Terminó espantando a patada limpia a esos bachichas ignorantes, porque el cocoliche que hablaban los delataba. De todos modos, Livingston no pudo evitar que en el único movimiento coordinado que lograron uno de ellos alargara la mano y se llevara su reloj y la cadena de oro. "¡Malditos bachichas!", maldecía Livingston, "raza de italianos ignorantes". No habían podido con un hombre corpulento, alto, con una calva pronunciada y un enorme bigote que era toda una proeza arquitectónica: nacía justo debajo de los orificios nasales y se extendían cubriendo completamente el labio superior e invadiendo, sin prejuicio alguno, el inferior. Pero lo extraordinario ocurría entonces: a ambos lados, los bigotes continuaban tan espesos más allá de la comisura de los labios y se elevaban a izquierda y derecha expresando el prodigio alcanzado por el peinado constante y prolijo. La cara de Livingston era su bigote, pues ni siquiera su calva rivalizaba con semejante portento. Le dedicaba mucho

tiempo a su cuidado, un cuidado que no le dispensaba a su esposa, Carmen Guillot, a quien maltrataba y golpeaba, por lo común con la mano abierta. Pero su bigote y sus amantes eran sus posesiones más queridas. Con la paciencia de quien quiere destacarse por su mostacho, dedicaba horas y meses al peinado de su bigote manillar; ni siquiera dejaba ver sus dientes cuando reía, lo que se adivinaba porque sus pómulos se hinchaban y sus ojos se sesgaban un tanto. Livingston pertenecía a una familia que había emigrado a la Argentina a mediados del siglo XIX, en la época de Juan Manuel de Rosas. Venían de Albany, Nueva York, estadounidenses de pura cepa. Carlos trabajaba como subcontador en el Banco Hipotecario, un flor de trabajo y de sueldo; tenía caballos de carrera y muy buenas relaciones en la alta sociedad de Buenos Aires. A Carmen trataba de ocultarla; era difícil verlos juntos en público. Carlos (la mayoría le decía Carlos y no Frank, salvo algún que otro petimetre amigo suyo) más bien solía mostrarse en las carreras, en sus paseos y en los restaurantes con amigos y las mujeres de sus amigos. Dos veces por semana visitaba a Nicole, una prostituta uruguaya a la que se había aficionado desde hacía ya unos años, y, por supuesto, a María Gregori. Esta era una italiana que había perdido su virginidad con Carlos en el baño de la casa del padre de Livingston, cuando ella tenía 16 años y hacía muy poco tiempo que había entrado a trabajar como doméstica. Desde entonces y durante diez años, María, que apenas hablaba español, no sabía escribir en italiano y demostraba un temor reverencial hacia su amo, fue su amante cuando Carlos quería que lo fuera. María dejó de trabajar para los padres de Livingston y se dedicó a lavar, planchar y coser ropa. Carlos seguía visitándola. La dominó toda la vida.

Carmen Guillot y Carlos Livingston vivían en un caserón del barrio de Belgrano, sobre la calle Olazábal. Aunque ganaba muy bien, cada día al salir dejaba sobre la mesa del living tres o cuatro pesos, una miseria, para los gastos del día, comida y otras necesidades. Rara vez almorzaba o cenaba en su casa. El grueso de su dinero iba a las carreras, a mantener sus caballos y a sus amantes. Muchas veces había acompañado a sus potrillos en el Hipódromo de San Isidro, tirando suavemente de las riendas con una mano, mientras con la otra estrechaba a alguna amiga, casi siempre rubia, esbelta, marcadamente pintada, empolvada y fumadora. Nunca a María. María era otra cosa. A ella no la llevaba a las carreras ni a los restaurantes. María era

suya. Alguna vez, la muchacha hasta había cosido ropa para la casa de Carlos, luego de que este se hubiera casado.

Carmen no podía entender cómo un par de hombres fuertes y jóvenes no habían podido matar a Carlos aquella vez, en la esquina de Manuela Pedraza y Amenábar. Furiosa, los insultó y les gritó que no eran capaces de matar a un hombre decentemente. Decidió que la próxima vez sería cómplice directa. Tenía la idea de llevar a su esposo a una emboscada, en una oscura calle de Saavedra. Lo invitaría a dar un paseo. Lo haría una y otra y otra vez hasta que dijera que sí, porque Carlos ya no aceptaba nada de lo que le propusiera su mujer, a quien consideraba un estorbo. Pero Carmen insistiría hasta lograr llevarlo a algún lugar donde los calabreses lo mataran de una buena vez. Estaba presurosa porque su marido había vendido la propiedad del barrio de Belgrano en veintiocho mil pesos y era el momento propicio para deshacerse de él y tomar el dinero. Tenía todo pensado. Una vez que los italianos lo mataran, se tiraría al suelo y se lastimaría con un cuchillo. Estaba todo listo. Lauro Salvatto y Salvatore Viterale sabían perfectamente qué debían hacer. Cuando llegó el día del paseo, Carlos se arrepintió. Era tal el rechazo que le provocaba su mujer que hizo lo imposible para evitar la salida. Carmen era una mujer atractiva, independiente, amorosa, pero para Carlos no era más que un obstáculo para hacer lo que él quería. Alguna vez ella le preguntó por qué se había casado, si esa era su idea de matrimonio. La pregunta tuvo como respuesta un soberano soplamocos que la dejó con la cara enrojecida un buen tiempo. En fin, la segunda tentativa de asesinato quedó en eso, en una idea.

Salvatore Viterale, vendedor de pescado, quiso probar suerte solo. El calabrés era el amor de Catalina González, viuda de Carello, la mucama de los Livingston. Por ella y por la historia de Carmen, golpeada y humillada por su marido, es que Salvatore quiso matarlo sin ayuda de nadie. Los tres pensaron que lo mejor sería hacerlo de noche, mientras Carlos dormía. No había nada más sencillo. Carmen y su mucama le abrieron la puerta y Salvatore se movió con cierta habilidad por los lugares de la casa que ya conocía, pues solía llevar los pedidos. Pero su conocimiento del caserón no era completo. Cuando se metió en sitios donde nunca antes había estado, dudó mucho. Cuando entró en la habitación con el cuchillo en la mano, vio que el que estaba en la cama no era Carlos, sino su hijo mayor. Se había equivocado de habitación. El adolescente gritó; había divisado una silueta

amenazante en la oscuridad. Aunque no logró distinguir el rostro del intruso, era evidente que se trataba de una persona extraña a la casa. El grito provocó dos reacciones, la huida inmediata de Viterale y las imprecaciones de Carmen que otra vez veía frustrados sus planes.

Carmen Guillot había nacido en Uruguay. Por parte de madre era Borges Lafinur, descendiente de Juan Crisóstomo Lafinur, filósofo, docente, periodista y autor de tres poesías dedicadas a Manuel Belgrano. Carmen seguía su corazón y su razón, lo que la llevó a romper las rígidas convenciones de su época. Ni su familia ni la de Livingston aprobaban su matrimonio con Carlos, pero ella, que aún no tenía 18 años, huyó con él, que tenía 35, sin que le importara el qué dirán. Fue una época en la que también surgió su afición por la poesía. A su amado Carlos le había escrito:

Lejos de ti, que el corazón adora
No encuentra ya ventura ni placer
Recuerdo tu cariño hora tras hora
¡Ay! Sin poderte ver
¿Por qué te has ido?
¿Piensas que un instante
Pueda vivir sin ti?
Sin oír tu voz, sin ver ese semblante
¿Piensas que habrá ventura para mí?

Carmen y Carlos huyeron de sus familias, aunque las consecuencias sociales fueron demoledoras solo para ella: había cometido un acto incalificable, había huido del hogar paterno. En un comienzo fue sostenida por Carlos, pero luego, cuando la relación de la pareja se deterioró sin remedio, aparecieron los reproches y, sobre todo, el estereotipo que asimilaba a la mujer independiente con la vida disoluta; en cambio, las aventuras de su marido formaban parte de los estándares de vida de un varón de clase alta. Qué reproche podía haber hacia un hombre que se comportaba como tantos otros que, por ejemplo, se acostaba con una de sus criadas.

No hubo ventura en su vida junto a Carlos. Aquel poema, escrito en prolija letra gótica, quedó olvidado, con los dos jazmines que lo

acompañaban, en una billetera de su marido, en un lugar recóndito del escritorio. En 1914, después de nueve años de matrimonio, aquella mujer de carácter y decisiones polémicas se había esfumado. Quedaba su juventud, tenía 27 años, su belleza maltratada por las marcas en su cara de una infinita amargura, y un impensado sometimiento a su marido, muchas veces resultado de los golpes. Recluida en su cuarto de costura, rara vez dormía con su marido, y si lo hacía era espalda con espalda. Carlos siempre iba al dormitorio después de acostarse con María. Cuando decidía poseer a su esposa, la golpeaba en la cara y la obligaba a recibirlo chorreando sangre por la boca y la nariz. ¡Cómo aborrecía a ese hombre al que años atrás había amado con pasión! ¡Cómo odiaba el rostro que antes había adorado! Ya nada los unía, ni siquiera los siete hijos que habían tenido, Carlos, Graziella, María, Patricia, Roberto, Elisa y Dora. No veía como un éxito o como una realización en su vida haber tenido descendencia. Para ella, su vida con Carlos era un fracaso.

Por las mañanas, luego de dedicarle toda su atención a su sobresaliente bigote, Livingston dejaba aquellos tres o cuatro pesos sobre la mesa del comedor y se iba sin siquiera saludar. Fuera del horario de trabajo en el banco, vivía su vida sin Carmen. Aunque los domingos nunca dejaba de ir a misa con su familia, se lo veía luego en el Jockey Club, en el Hipódromo de Palermo o en el de San Isidro, al lado de sus caballos y de sus mujeres.

Carmen y Carlos casi no se hablaban. Cuando lo hacían discutían sobre el dinero que él le dejaba y sobre la supina indiferencia que mostraba hacia todo el mundo en la casa, incluyendo a sus hijos. Esos enfrentamientos terminaban invariablemente cuando él le pegaba hasta cansarse. A veces se le iba la mano, y Carmen pasaba días sin recibir a nadie y sin salir de su casa siquiera para ir a la feria. Hasta meses antes de los frustrados intentos de asesinato que les había encargado a aquellos italianos, se animó a ir a la comisaría y denunciarlo por malos tratos, pero luego retiraba la presentación, temerosa de las represalias de su marido. No sabía qué hacer salvo refugiarse en Amado Nervo, Espronceda, Bécquer, José Asunción Silva. O en la costura.

Así transcurría la vida del matrimonio Livingston en su casona del barrio de Belgrano hasta que en 1914 Carlos decidió mudarse. Recibiría veintiocho mil pesos por la venta de la casona y se irían al Barrio Norte, a una casa de la calle Gallo 1680. Al principio, Carmen no quería vender la

casona de Belgrano, pero su opinión era la menos tenida en cuenta por su marido. Según ella, no había motivo alguno para hacerlo; era lo suficientemente amplia y cómoda para una familia grande como la de ellos y, además, creía que Carlos usaría el dinero de la venta para sus caballos y sus mujeres, dejándola de lado como siempre. Al final pensó que tal vez el cambio de casa la ayudase con su salud, que le preocupaba bastante: sufría de insomnio, tenía temblores y había adelgazado mucho. Su médico le había dicho que tenía tirotoxicosis o enfermedad de Basedow, es decir, altos niveles de hormonas tiroideas en el plasma sanguíneo. Su cabeza trabajaba a mil por hora. Para sobrevivir se veía obligada a contraer deudas, que le ocultaba a su marido para que no le pegara. Pensó en darle un macetazo, en envenenarlo, en dispararle. Pensó la muerte de ese hombre de todas las maneras que su imaginación le permitía, y cada vez que fantaseaba se sentía liberada. Poco a poco, las dudas fueron desapareciendo y se apoderaba de ella la voluntad de concretar lo que había soñado tantas veces. Pero no tenía el coraje. A medida que pasaban los días advirtió que los deseos de eliminar a Carlos ya no tenían su origen simplemente en un anhelo, sino que eran el producto de una meditada decisión. También entendió que no debía inmiscuirse en la agresión.

Catalina González de Carello, la mucama, era una mujer que había pasado los 40 años. Como era natural, estaba enterada de todo lo que pasaba en la casa y del sufrimiento de Carmen, de quien se hizo amiga y confidente; una amiga tan íntima que Carmen se atrevió a contarle su idea de eliminar a Carlos. Catalina estuvo de acuerdo. El señor Carello había sido un calvario para ella, le había hecho perder muchos años de su vida sometiéndola como si fuese un animal. Con el tiempo había logrado librarse de aquel ogro, del que juró no hablar más en su vida. Desde que empezó a trabajar con los Livingston se identificó inmediatamente con Carmen. En la señora de la casa se veía ella misma, tal como era años atrás, y en Carlos veía a Carello. Ante a esas visiones, Catalina le decía a Carmen que el tiempo que perdiera ahora no lo recuperaría jamás. Y que debía salir del pozo en que se encontraba lo más rápido que pudiera. Catalina también entabló una relación amistosa, y luego íntima, con Salvatore Viterale. Los encuentros en el zaguán entre el calabrés, un muchacho de 19 años, pelo enrulado casi rojizo y estatura mediana, se volvieron cada vez más apasionados. Tanto, que Carmen debió llamarle la atención amablemente a

su empleada. Las exclamaciones que profería, con Salvatore entre sus pechos, podían ser escuchadas por sus hijos, aunque los encuentros tuvieran lugar después de las diez de la noche, antes de que llegara Carlos y cuando los chicos ya se habían acostado.

Carmen era una persona discreta que aprendió a evitar los golpes de su marido simplemente no haciéndose notar. Parecía consumida; a cada instante Catalina le decía que no debía desperdiciar su vida de esa manera, bajo el yugo de un hombre bárbaro; que era joven y atractiva, y que los hombres se fijaban en ella, como ese amigo de Viterale, Raffaele Próstamo, que solía acompañar a su amigo a entregar el pescado. Catalina se encargó de preparar un encuentro, que simulara ser casual, entre Carmen y Raffaele en el mismo zaguán donde ella se veía con Salvatore. Carmen volvió a sentir deseos por un hombre; cuando lo veía a Raffaele le daban ganas de cambiar esa ropa de luto que usaba por orden de Carlos, quien le decía que otros vestidos llamaban la atención de los hombres y la mostraban como una cualquiera cuando debía ser recatada por el honor de sus hijos. "¡Cuánta hipocresía!", decía Carmen para sus adentros, y cuánta felicidad le causaba encontrarse con Raffaele.

Como era costumbre, Viterale iba a la casa de los Livingston dos veces por semana. Llegaba a la mañana temprano y le dejaba el pescado a Catalina con la promesa de verse a la noche. Un día, meses antes de que los Livingston se mudaran a Barrio Norte, el italiano entregó el pescado y se quedó parado como quien quiere decir algo pero no se anima. Con rodeos, le dijo a Catalina que tenía un pequeño negocio con sus socios, Francesco Salvatto y Giovanni Battista Lauro, también calabreses. Que si por él fuera le regalaría el pescado, pero que hacía meses que no llevaba nada de dinero de las ventas que le hacía a los Livingston y que sus socios no paraban de preguntar qué era lo que pasaba. A Salvatore le daba mucha vergüenza hablar de plata con su novia. Con la cabeza baja le pidió que le contara a Carmen lo que estaba ocurriendo, que la deuda era de unos doscientos pesos, y que si al menos pudiera darle algunos pesos, le servirían para que sus socios se quedaran tranquilos por un tiempo. Catalina le dijo que la esperara, que hablaría con Carmen. Hacía días que las dos mujeres hacía días venían pensando en la posibilidad de apoyarse en los italianos para eliminar a Carlos. Catalina le dijo a Carmen que había llegado el momento de proponerle a Salvatore participar del plan y que todos ganaran plata.

Carmen fue al encuentro de Viterale y le dijo en voz baja, sin rodeos, que quería matar a su marido. Salvatore abrió los ojos. Si se encargaba de cumplir con eso, ella le daría mil pesos de los dos mil que la viuda cobraría por el seguro de vida. Luego, cuando recibiera la herencia, le daría más.

Salvatore no lo haría solo. Fue a la pensión de la calle Bolívar 844, donde vivía con Lauro y Salvatto, y les transmitió la propuesta de Carmen. Sus socios y amigos apenas pasaban los 20 años de edad. Nunca habían matado a nadie. Salvatore se mostraba inclinado a aceptar. Les contó a los otros que el marido de Carmen, el patrón de su novia Catalina, era un *figlio di puttana* que golpeaba a su mujer y maltrataba a sus empleados; que los hacía vivir en la miseria, mientras él se daba la vida de gran señor. Lauro y Salvatto aceptaron. En el pueblo de donde venían, en los alrededores de Reggio Calabria, habían conocido muy bien a basuras como ese. Así que un burgués menos le haría bien al mundo.

En los meses siguientes, las tres veces que intentaron matar a Carlos fracasaron. Los Livingston ya se habían mudado a la casa de la calle Gallo y el plan seguía sin realizarse. Carmen, Catalina y los italianos tuvieron una reunión. Próstamo no quiso participar, justo el muchacho que le gustaba a Carmen. Pero los demás siguieron adelante. Debían planear el ataque definitivo. Lo harían el domingo 19 de julio, a la noche, en la propia casa de Livingston. La casa de la calle Gallo tenía dos plantas. La familia ocupaba la planta baja. Ese domingo, Carlos leyó el diario durante el desayuno. Hacía un mes que se habían mudado y hacía veintiún días que en Sarajevo, capital de Bosnia, Gavrilo Princip había asesinado al archiduque Francisco Fernando, heredero del trono del Imperio Austrohúngaro. Pronto, las potencias europeas comenzaron a declararse la guerra unas a otras, y los alemanes lanzaron el plan de invasión de Bélgica, paso previo de la invasión de Francia. Victorino de la Plaza, un salteño de 72 años, se hallaba interinamente a cargo del Poder Ejecutivo debido a la enfermedad de Roque Sáenz Peña. Mientras leía las noticias, Livingston se dirigió a Carmen.

—Si ganan mis caballos no me esperes a cenar.

Viterale, Lauro y Salvatto llegaron a la casa de la calle Gallo pasadas las nueve y media de la noche. Habían fijado una contraseña: un timbre largo y dos cortos seguidos significaba que eran ellos. La razón de la contraseña era que si Carlos hubiera regresado de las carreras más temprano, las mujeres no les abrirían la puerta. Pero la puerta se abrió. Antes de que llegaran,

Catalina había ido a comprar el diario de la tarde para saber si el caballo del patrón, Yrigoyen, había ganado. Todo pensado. Reunidos en el comedor, los tres calabreses, Carmen y Catalina decidieron que Salvatore no participara, porque Livingston lo conocía; era posible que dijera o gritara algo que pudiera servir para identificarlo. Salvatore se despidió de Catalina y se fue. El asesinato sería llevado a cabo por Lauro y Salvatto, que usarían los cuchillos que habían llevado, no los de la casa. Lauro llevó también un arma especial, una especia de lanza o pica que había confeccionado con un palo y un cuchillo de treinta centímetros atado en uno de sus extremos. Con esta arma pensaba herir a Livingston desde lejos.

Carmen y Catalina se encerraron en el dormitorio matrimonial. La idea era hacer ver que los agresores, acaso ladrones, habían encerrado a las mujeres. En la habitación Carmen tenía su máquina de coser. La abrió y empezó a trabajar. Pasó el tiempo y Livingston no llegaba. Salvatto sacó la lamparita del comedor pero se olvidó de las del vestíbulo y el zaguán. Se acercaba medianoche y nada, el dueño de casa no llegaba. A las doce y media de la noche del 20 de julio, se escucharon ruidos en la puerta. Era Livingston. Cansado de la parranda del día, se dirigió al comedor para dejar el bastón. Tanteó el interruptor y le extrañó que la luz no se encendiera. Cuando dio un paso más hacia el interior de la habitación recibió un corte en su brazo. Lauro y Salvatto atacaron. Tiraron y tiraron puñaladas al tuntún; la oscuridad también los limitaba a ellos. Livingston gritó e insultó; aún tenía el bastón en su mano y lo antepuso como si fuese una espada, moviéndolo de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, lanzando imprecaciones. Carmen escuchó los gritos. Siguió cosiendo y comenzó a cantar y a cantar. En el comedor, los cuchillazos seguían; los italianos los lanzaban uno detrás de otro sin ver a su blanco. Pero Livingston fue cortado en el pecho y en un hombro. El subcontador del banco seguía defendiéndose y, a pesar de las heridas, no caía. Un cuchillazo de Lauro le dio en la pierna a Salvatto, que cayó pero se repuso rápidamente. Ahí se dieron cuenta de que estaban tan enceguecidos que podían matarse entre ellos. Se tantearon, se dieron la mano y uno tiró otra cuchillada hacia adelante. Esta vez, el arma no volvió sino que quedó clavada en el cuerpo de Livingston, que ya no opuso resistencia. Carlos tomó el cuchillo clavado con las dos manos y en ese instante Lauro probó con su pica moviéndola como si fuese una hoz. Alcanzó a Livingston y le cortó el cuello. La sangre

dejó un dibujo en la pared. En ese momento, Carlos se desplomó. La sangre lo inundaba todo.

De repente, silencio. Carmen y Catalina esperaron unos minutos y empezaron a gritar pidiendo auxilio. Lauro y Salvatto habían salido un rato antes, utilizando una llave colgada junto al tablero de la luz. Cerraron por fuera la puerta de calle. El vigilante de la esquina y un inspector de tránsito vieron caminar a dos hombres tranquilamente; repararon en que llevaban levantadas las solapas de sus abrigos. Hacía 14 grados. El policía y el inspector no se preocuparon.

El portero Humberto Pontini, italiano, había escuchado los gritos de la pelea, pero no sabía de dónde provenía semejante escándalo. El señor Vanicelli, que vivía en la planta alta del edificio, llamó alarmado a Pontini para saber qué estaba ocurriendo; el portero le respondió que no pasaba nada, que creía que los gritos provenían justamente de la casa de Vanicelli. Este le contestó que no, que en su casa estaba todo tranquilo, que nadie gritaba. El portero le dijo entonces que se volviera a dormir. Vanicelli se quedó preocupado. Estaba seguro haber escuchado la voz de un hombre que decía: "¡No me maten, no me maten!". Luego de un momento de calma, gritos comenzaron nuevamente, pero esta vez eran de las mucamas de los Livingston, que pedían auxilio. Pontini salió a la carrera. La vecina Clementina Cantini de Ballestra avisó a la policía.

Cuando llegaron los agentes de la comisaría 39ª, el primero al que encontraron fue Pontini. Como no entendían lo que decía porque hablaba en italiano o ese cocoliche incomprensible, lo detuvieron. Carmen, ya en el comedor, se escandalizó por la carnicería que los calabreses habían hecho con el cuerpo de Carlos.

—Si sabía que lo iban a hacer sufrir tanto —le dijo por lo bajo a Catalina— no me metía en esto.

El espectáculo era escalofriante. La pica estaba tirada cerca del cadáver. En el cuerpo de Livingston contaron treinta y seis heridas. Otro cuchillo había quedado clavado en el estómago de la víctima, y otro, con el grabado "Cast 901 Eels", estaba debajo del cadáver. Por último, cerca del cuerpo había una vaina con las iniciales M.R. Los asesinos no sabían que desde 1904 el sistema de identificación por impresiones digitales estaba vigente en el país. Tampoco lo sabían todos los policías, y los que conocían la técnica recurrían a ella muy poco porque decían que era muy lenta. Los

apremios eran el recurso más fácil. Por una u otra razón, los autores de homicidios no se preocupaban por evitar que quedaran sus huellas en las escenas de los crímenes o por limpiarlas. De hecho, del comedor de la casa de la calle Gallo no se levantó ninguna huella. Sin embargo, los policías se fijaron en un detalle: los cuchillos abandonados tenían olor a pescado y en sus empuñaduras se veía algo adherido. Puestas bajo la lupa no quedó duda alguna, se trataba de escamas de pescado.

El comisario Samuel Ruffet observó el espectáculo de sangre que ofrecía el comedor y ordenó revisar todas las habitaciones. Tal vez, las actividades de Carlos Livingston pudieran ofrecer alguna pista. En una vieja billetera encontrada en el escritorio del dueño de casa hallaron la carta con el poema que tantos años atrás le escribiera Carmen con esos dos jazmines marchitos. También encontraron otros poemas: "Nocturnos", de Silva y "Perlas", de Nervo, con un subrayado.

¡Qué vagas melancolías
hay en tu voz! Bien se ve
que son amargos tus días.
Huyeron las alegrías,
tu corazón presa fue
de vagas melancolías.
¡Por piedad! ¡No cantes ya,
que tu voz al alma hiere!
Nuestro amor, ¿en dónde está?
Ya se fue... todo se va...
Ya murió... todo se muere...
Por piedad, no cantes ya,
que la pena me avasalla...
¡Calla!

—Costura y poesía —escuchó decir Ruffet de su colega, el comisario Barrera—, qué más se puede pedir de una mujer…

Ruffet sabía de los problemas en el matrimonio entre Carlos y Carmen, porque conocía la denuncia por golpes que ella había realizado tiempo atrás, y que luego retirara. También sabía que ella había consultado con un

abogado por los trámites de divorcio, intento que también había abandonado. ¿Alguien escuchó cantar la noche anterior? ¿Quién cantaba en la casa? ¿Será verdad que Carmen cantaba mientras asesinaban a su marido?

Carlos Livingston fue velado en la casa de sus padres, Frank Sutton Livingston, nacido en Filadelfia, y Elisa Gómez Maturana, chilena, en la calle Junín 1232. Carlos era el segundo de los catorce hijos del matrimonio. Al día siguiente, 21 de julio, un carruaje transportó el cadáver del subcontador del Banco Provincia hasta el cementerio del Norte, donde fue enterrado a las cuatro de la tarde. Se pidió expresamente que no se mandaran coronas.

Ruffet sumó un dato más a la pista de los cuchillos con olor a pescado y escamas: entre los acreedores de Livingston había un lechero y un pescador. A este último le debía doscientos pesos, mucha plata. Todos sabían qué clase de hombre era Livingston, capaz de gastar mucho dinero en sus salidas y deberle a los proveedores de su casa. Ese vendedor de pescado era Salvatore Viterale.

—¿Cuánto hace que trabaja para la familia Livingston?

—Un año y medio —contestó Catalina.

—¿Hace mucho que este vendedor les trae el pescado?

—Ruffet miró muy serio a Catalina.

—Sí, desde hace tiempo.

—Usted se quedaba a conversar con él.

—No, ¿por qué lo iba a hacer?

—Lo dicen los hijos del difunto.

—Es mi novio.

—Es decir que ese hombre conocía la casa.

—Es un buen muchacho que apenas sabe hablar nuestra lengua.

—¡Responda!

—Sí, conocía la casa.

—Lo vio con esto en la cintura —el policía le mostró uno de los cuchillos encontrados en el comedor.

—No sé… este… Puede ser. Él vende pescado pero no lleva los cuchillos encima.

—¡Usted va a la comisaría!

Catalina y la otra criada, Juana Arístides, que hacía seis meses que estaba en la casa, fueron llevadas a la comisaría e interrogadas permanentemente durante días. Eran sospechosas, pero no había cargo alguno en su contra. Nadie puso en discusión los procedimientos del comisario Ruffet.

Los padres de Carmen llegaron desde Uruguay, se alojaron en el Hotel Roma y a él llevaron a su hija y a sus siete nietos. Carmen cumplió el papel de esposa desamparada. Pidió al banco que le pagaran la jubilación de su marido, a pesar de que le faltaban dos años para cumplir los treinta de servicio reglamentario. La viuda alegó que se quedaba sola con siete hijos y con su propiedad hipotecada.

El diario *La Nación* publicó que alguna persona perteneciente a la casa debía estar implicada en el homicidio. Salvatore Viterale fue detenido. Cuando lo interrogaron negó toda vinculación con el homicidio. Hasta se mostró indignado porque Livingston se había muerto sin pagarle lo que le debía. Lo dejaron libre. Dos días después, el 24 de julio, volvieron a detenerlo en una pensión de la calle Tacuarí al 1300. Catalina había entrado en serias contradicciones: que la noche del crimen no había visto a Salvatore, que sí lo había visto pero temprano, que a lo mejor era un poco más tarde. Tampoco supo explicar qué hicieron con su patrona cuando quedaron encerradas en la habitación matrimonial ni por qué no pidieron auxilio antes.

Viterale fue interrogado nuevamente, pero esta vez a los golpes. Confesó todo el plan y su participación. Hasta dijo que había querido matarlo antes a Livingston, con menos sufrimiento, pero que no pudo. Aquella noche del 19 de julio se había ido antes de la casa y no había participado del ataque. Giovanni Battista Lauro también fue detenido, pero Salvatto logró escapar. Después de cometido el crimen, y sin esperar paga alguna, Salvatto se embarcó rumbo a Italia en el vapor *Laura*. Como el buque haría una escala en el puerto de Santos, la policía argentina le solicitó a la brasileña que lo detuvieran apenas el navío atracara. Salvatto regresó al país esposado y con su pierna aún rengueando por la puñalada que accidentalmente le había dado Lauro mientras mataban a Livingston. Raffaele Próstamo, el rubio que le gustaba a Carmen, cayó preso cuando entraba a su casa en la calle Humberto I 924.

La noche del domingo 26 era sabido, al menos los periodistas tenían el dato, que la viuda sería llevada a la comisaría. Un par de periodistas de *La Nación* hicieron guardia en la puerta del Hotel Roma. Pretendían hablar con el padre de Carmen. Eran las ocho de la noche cuando los reporteros pidieron ser atendidos por Manuel Guillot. Este les comunicó que Carmen había salido por la mañana con un policía que había ido a buscarla. A la tarde, otro agente fue al hotel a comunicarle al padre que la viuda seguía en la Comisaría 39ª prestando declaración. Los periodistas le dijeron que, según la información que tenían, Carmen había quedado detenida.

—¡Pobre Carmencita! —exclamó Manuel Guillot—. ¡Qué hombre fatal ese Livingston!

El lunes 27 de julio los diarios decían que el caso estaba resuelto. Ruffet ya tenía el motivo del crimen, sabía la verdad sobre el matrimonio Livingston. Ella llevaba una vida desgraciada, golpeada y humillada por su marido, un hombre jugador, mujeriego y de mal carácter. Ella decidió eliminarlo.

Todos los acusados fueron llevados a los tribunales para prestar declaración. Cuando llevaron a Catalina, la muchedumbre que se reunió para verla fue tan grande que debieron intervenir los bomberos para desalojar a los curiosos del Palacio de Justicia. El 17 de agosto, cuando le tocó el turno, Lauro se escapó vestido de guardia. Los periódicos afirmaban que fue ayudado por la mafia calabresa en el país, un tema tabú hasta entonces, pues la policía negaba permanentemente que la mafia italiana se hubiese establecido en la Argentina. Pero nada de eso era cierto. Lauro aprovechó un descuido y salió a la carrera. No estaba vestido de guardia. El 4 de octubre volvieron a detenerlo en Santa Fe. Estaba solo y sin un peso.

Durante el proceso, el gran interés del público, especialmente de los criminólogos, se centraba en lo que pasaría con Carmen Guillot, procesada por homicidio en grado de tentativa y asociación ilícita. Antonio De Tomasso, su abogado —futuro diputado socialista—, la presentó como la víctima de un monstruo.

—Pertenecí a una honrada familia, señor juez —afirmó en su declaración—. Mis padres sufrieron mucho a causa de mi salud. Yo estaba predestinada a la muerte. Mucho antes de casarme, cuando aún vivía con mis padres en una finca de Belgrano, empecé a sufrir el mal de Basedow. Es un bocio que apenas desfigura la garganta pero perturba la psiquis.

—¿Cómo conoció a su marido?

—Vivía cerca de mi casa, en un chalet, con una mujer francesa. Me miraba, sonreía. Me arrojó una carta de amor, en la que decía que estaba enamorado de mi "extraña belleza". Yo desconfiaba. Mucho se murmuraba de él, de su vida, de sus costumbres. Cuando todos se oponían a nuestro amor, combatí como una leona. Un día me esperó en su coche. Escapamos. Me llevó a un hotel. Mi desengaño fue cruel. Mis ilusiones duraron apenas horas. En la intimidad, se me presentó como una bestia.

—¿Por qué se casó con él?

—Era joven, estaba enferma, atolondrada por un amor sincero y por un mal que me enloquecía, era un guiñapo. Después de muchas incidencias, decidimos casarnos. Yo ni siquiera había cumplido 18 años. Y empezó mi martirio. Él era cruel. Me odiaba, y no perdía oportunidad de despreciarme. Con ese mismo bastón de Malaca con el que se defendió, me propinaba feroces palizas. Derrochaba dinero con mujeres y en el juego. Cada nacimiento de mis hijos fue para él un disgusto. (...) Harta de ser castigada, cuando la mucama me propuso una solución, la acepté. Ella también había tenido un marido así, pero se había librado de él. La noche en que los pescadores entraron en casa para matarlo quedé muda de espanto.

De Tomasso logró reunir prueba sobre los actos de adulterio de Livingston, pero no la presentó. Los periodistas le habían marcado el camino ubicando a María Gregori, ahora con 26 años, que podía prestar testimonio. Pero el abogado defensor dejó de lado tanto la infidelidad como el maltrato, a pesar de que eran hechos fácilmente comprobables.

—Carlos no podía quererme —había declarado Carmen en el juicio—. Conservaba afectos íntimos de mucho antes de conocerme y abandonaba mi hogar con todo el desplante para compartirlo con otra sin que siquiera atendiera una vez a mis ruegos cariñosos. La brusquedad de su actitud, la aspereza de sus palabras eran la única recompensa a mis cariñosas insinuaciones.

De Tomasso prefirió insistir con la enfermedad de Basedow y llevar sus efectos hasta el extremo de provocar en Carmen una alteración de su psiquis con fuerza suficiente para impedirle comprender lo que estaba haciendo al confabular contra su marido. Era una defensa riesgosa si se tomaba en cuenta el proceso contra Cayetano Santos Godino, el "Petiso Orejudo". En este caso, los informes médicos establecían sin dudas que Godino era un

débil mental, incapaz de entender lo que hacía y, sin embargo, el pensamiento criminológico imperante no hacía de la enfermedad una excusa del crimen.

La querella (pues la familia Livingston fue contra Carmen; además de sacarle los hijos, contrató al abogado Tomás de Veyga) y la fiscalía se encontraban ante un problema: Carmen Guillot no era una delincuente nata o una delincuente pasional, no respondía al estereotipo de la mujer delincuente, que señalara desde Italia Cesare Lombroso. Los demás acusados no presentaban problemas desde este punto de vista, pues se trataba de extranjeros y empleadas del servicio doméstico sobre los que había infinidad de prejuicios. En cambio, con Carmen la cuestión era diferente. La querella y la fiscalía subrayaron, entonces, que su enfermedad hormonal de ninguna manera la libraba de responsabilidad; la clave para entender por qué era responsable era la fuga del hogar de los padres para irse a vivir con Livingston, dijeron los que acusaban.

> Las mujeres atacadas de locura moral se muestran ávidas de placeres y toilettes —se lee en la *Revista de Criminología, Psiquiatría y Medicina Legal*, Año III, 1916, página 70—. Antes del casamiento se comprometen en aventuras fugaces, se hacen raptar. Más tarde tornan imposible la vida a sus maridos, tienen repulsión hacia ellos; descuidan a sus hijos y aun los maltratan. La terminación ordinaria de estos matrimonios es la separación, el divorcio o un drama sangriento.

De Veyga fue todavía más allá y se refirió a las características físicas de Carmen; la forma de sus labios, sus arrugas cínicas, su sonrisa fría y siniestra, evocaban a las brujas y eran claros estigmas de su criminalidad, como lo enseñaba el maestro italiano, Lombroso.

> La vida prematrimonial de Carmen Guillot —agregó el abogado de la querella—, desde el punto de vista de la moral estricta, ha dejado un tanto que desear. El hogar en que se formó, según su propia declaración, no le permitió ver modelos de virtud ni tuvo sobre su conducta la dirección benéfica, el ojo avizor del buen padre de familia. Fácil es comprender, entonces, cuán mal preparada se hallara Carmen para soportar la vida conyugal, que exige seriedad, método y sojuzgamiento de la conducta femenina.

En esa época, la vara para medir la vida prematrimonial de hombres y mujeres era distinta. En esta diferencia se jugó el destino de Carmen Guillot. El juez Juan Serú, un hombre de pocas luces, prejuicioso y venal, condenó a Carmen Guillot a la máxima pena posible para las mujeres:

prisión por tiempo indeterminado, con una sanción adicional consistente en aislamiento durante veinte días en cada uno de los aniversarios del delito. También se dictó presidio por tiempo indeterminado para Catalina González y Salvatore Viterale.

Raffaele Próstamo recibió quince años de cárcel. Giovanni Battista Lauro y Francesco Salvatto fueron condenados a la pena de muerte por fusilamiento, sentencias confirmadas por la Cámara del Crimen de la Capital Federal.

LOMBROSO: LA CIENCIA DEL *MANYAMIENTO*

Drácula, el monstruo creado por Bram Stoker en 1897, tenía nariz afilada, cejas abultadas y orejas puntiagudas. Stoker no fue original con el aspecto de su criatura pues se basó en el retrato del delincuente clásico que había trazado doce años antes un médico italiano. Drácula, además de conde y vampiro, era un criminal nato.

Ese médico fue Cesare Lombroso, nacido en Verona, el 6 de noviembre de 1835. A los 20 años pretendió demostrar 6 de noviembre de 1835. A los 20 años pretendió demostrar que la inteligencia era enemiga de las mujeres; a los 24 se recibió de médico cirujano.

Lombroso se alistó en el ejército piamontés, que desde 1859 luchaba con Austria por su independencia. Allí se sorprendió por la gran cantidad de tatuajes obscenos que lucían “los conscriptos deshonestos en comparación con los honrados”. Así fue gestando su idea de una personalidad típica del criminal.

Al dejar el ejército, Lombroso vivió de su magro sueldo de profesor universitario de medicina legal y de su trabajo de profesor universitario de medicina legal y de su trabajo en hospitales psiquiátricos.

En 1870, mientras hacía la autopsia de un bandido llamado Vilella, Lombroso tuvo una inspiración: en la parte posterior del cráneo de

Vilella vio una pequeña cresta, como la de los pájaros, que interpretó como un signo de primitivismo.

El argumento que implicaba esa inspiración sostenía que, desde el punto de vista de la evolución, los criminales son tipos atávicos que perduran entre nosotros. En nuestra herencia yacen aletargados gérmenes procedentes de un pasado ancestral. En algunos individuos desafortunados, aquel pasado vuelve a la vida. Por su constitución innata, estas personas se ven impulsadas a comportarse como lo haría un mono o un salvaje; en nuestra sociedad civilizada su conducta se considera criminal. Podemos identificar a los criminales natos porque su carácter simiesco se traduce en determinados signos anatómicos. Su atavismo es tanto físico como mental, pero los estigmas o signos físicos son decisivos. ¿Cuáles fueron los efectos de esta teoría en el Derecho? Se debía estudiar al delincuente, no al delito.

Seis años después de analizar el cráneo de Vilella, Lombroso publicó su famoso libro *El hombre delincuente*. En él señaló los estigmas que diferencian al hombre delincuente. Por ejemplo, mayor espesor del cráneo, mandíbulas grandes, frente baja y estrecha, nariz afilada como el pico de las aves rapaces, cejas pobladas, protuberancia en la parte superior de la oreja, grandes dientes caninos y paladar achatado como las ratas, arrugas precoces, escasa sensibilidad al dolor, incapacidad de sentir vergüenza. Y agregó algunos rasgos sociales, como hablar en jerga y tatuarse.

En la Argentina, Lombroso tuvo muchos seguidores, los mismos que en 1914 vieron en “el Petiso Orejudo” a un joven anormal, al exponente genuino y porteño de hombre lombrosiano. Hasta inspiró una palabra del lunfardo, *manyamiento*, que significa identificar a las personas por su aspecto, resabios que aún perduran en el llamado “olfato policial”.

Mina Harker, una de las protagonistas de la novela de Stoker, dice de Drácula: “El conde es del tipo criminal y como criminal tiene una mente deforme”. Esta fue la segunda gran inspiración de Lombroso, que lo alcanzó cuando examinaba a otro bandido, Misdea. Encontró que tenía un antecedente de epilepsia, y solo por eso asoció esta enfermedad con la delincuencia. A su criterio, la epilepsia favorecía la acción de las tendencias primitivas.

Sobre la mujer, Lombroso afirmaba: “La mujer normal tiene muchos caracteres que la aproximan al salvaje y, en consecuencia, al delincuente (irascibilidad, venganza, celos, vanidad)”. Y comparó a las prostitutas con los monos.

El zoólogo y evolucionista Stephen Jay Gould, que fuera presidente de la Academia de Ciencias de Estados Unidos, afirma que Lombroso no escapó a los aires racistas de su tiempo, pues identificó la conducta criminal como la conducta normal de los grupos inferiores.

También hubo jueces y policías que consideraron sus tesis como una justificación para emplear una técnica de investigación: la de detener, frente a cualquier delito con autor desconocido, a “los sospechosos de siempre”, pertenecientes a las clases menos influyentes.

Lombroso debió reconocer que algunos delitos eran cometidos por personas normales, sin estigmas en su cuerpo. Y porque eran normales, es decir, corregibles, hasta se los Y porque eran normales, es decir, corregibles, hasta se los podía perdonar por más grave que fuera su delito. En cambio, como los criminales natos inspiraban temor, eran incorregibles o necesitaban largos tratamientos, recomendaba que, frente a la mínima falta, se los encerrara por tiempo indeterminado o se los castigara con duchas frías y trabajos penosos.

Jamás se ha demostrado la existencia del criminal nato, ni anatómica ni genéticamente. Una nariz muy puntiaguda o un brazo más largo o más corto son variaciones extremas o un brazo más largo o más corto son variaciones extremas dentro de una curva normal.

Sobre el final de su vida Lombroso se volcó al espiritismo. El 19 de octubre de 1909, luego de darle los últimos retoques al prólogo de un libro sobre la materia, se fue a acostar. Murió mientras dormía. Al hombre que es considerado el padre de la criminología y que fundó una ciencia nueva, la antropología criminal, hoy archivada, le faltaban pocos días para cumplir 74 años.

La fecha de la ejecución de los italianos fue fijada para el 22 de junio de 1916, a las siete. Hacía menos de cinco años que los dos condenados habían

llegado de Calabria y ahora todo acabaría para ellos en uno de los patios de la Penitenciaría Nacional de la calle Las Heras. El presidente Victorino de la Plaza no encontró motivos para concederles la gracia. Pero ordenó que la ejecución se realizara sin público ni invitados. Sin embargo, en la fecha fijada, a las seis, los periodistas pudieron observar en la entrada de la Penitenciaría una gran cantidad de invitados que portaban pases especiales firmados por autoridades del Congreso, del Poder Judicial, del propio Ejecutivo y de la policía. Hasta estuvo el juez Serú, acompañado por un par de amigos. Los guardiacárceles pusieron algunas sillas para los funcionarios de mayor rango.

Lauro y Salvatto aparecieron en el patio quince minutos después de las siete. Lucían camisas blancas e iban engrillados. Salvatto tenía la cara enrojecida; se negaba a avanzar, pateaba, maldecía, lloraba, gritaba:

—¡*M' amazzano... m' amazzano*…!

Con mucho esfuerzo lo arrastraron hasta una de las sillas, a no más de medio metro de la otra. Lo vendaron, lo sentaron y lo ataron a la silla; entonces bajó la cabeza y dejó de moverse. Lauro no quiso que lo vendaran. Pidió que se acercara su abogado, uno de pobres que le había provisto el Estado, llamado César Viale. El defensor quiso pasar toda la noche con los condenados y gestionó el indulto para ellos hasta último momento. Cuando Lauro lo tuvo enfrente, se inclinó y le besó la mano. Un guardia le dijo a Viale, de malos modos, que se retirara de una vez por todas, que retrasaba la ejecución. El cura Macceo, que los había acompañado desde la celda, comenzó a rezar. Lauro y Salvatto también le besaron la mano al sacerdote. A su frente estaban dispuestos ocho tiradores. Lauro vio al juez Serú y quiso hablar con él haciéndole señas desde lejos, pero el juez le respondió separando sus manos, en señal de que ya no había nada más que hacer. El oficial de guardia alzó su sable y al instante lo bajó. Sonó la descarga, los cuerpos se movieron hacia atrás y después hacia adelante, sin que las sillas cayeran. Eran las 7.28. Un sargento se acercó con su fusil Mauser y les pegó un tiro de gracia en la cabeza. Cuatro enfermeros aparecieron para desatar los cuerpos y transportarlos en camillas hasta la sala de autopsias. El público murmuraba y comentaba las incidencias de la ejecución, caminando lentamente hacia la salida de la Penitenciaría. Fue la última vez que se ejecutó la pena de muerte en la Argentina por delitos comunes y como resultado de un proceso legal.

Muchos años después, el periodista Luis Diéguez, del diario *Crítica*, entrevistó a Carmen Guillot en la Cárcel de Mujeres, un caserón ubicado en Humberto I y Defensa. “De la antigua belleza, ella conserva la fascinación de los ojos grandes y negros”, la describió. “La hermosura de ayer se muestra marchita, acentuada por la encanecida cabellera.” Ante el periodista, Carmen pidió ver a sus hijos.

—¡No me arrepentiré jamás! Él tuvo la culpa. Ahora ya no soy una mujer peligrosa. Bien merezco ver a mis hijos.

Sus hijos la habían abandonado. Diecinueve años después del crimen, Carmen seguía en prisión y no se le concedió la gracia prevista para quienes hubieran cumplido quince años de presidio con buena conducta. El pedido recién fue renovado en julio de 1934, cuando Carmen llevaba veinte años de encierro.

XIII

Fernando Asuero.
Un curandero en la Casa Rosada (1930)

—¡Que traigan los estiletes! —ordenó el médico cuando entró en la sala del primer piso del Hotel Español, en Avenida de Mayo al 900. Habían preparado todo para que la prensa asistiera a una exhibición que nunca se había podido documentar: una operación "asueroterápica". Hacía seis días que el médico, el vasco Fernando Asuero, había llegado a Buenos Aires, y en la ciudad no se hablaba de otra cosa más que del "doctor curalototo". El vasco venía del comedor del hotel, después de "manducar" un buen jamón serrano con vermouth. Subía las escaleras rodeado por una pequeña comitiva de siete hombres, con una feta de jamón que le colgaba del labio. Mientras masticaba, hablaba de sus dotes deportivas como arquero, a propósito de una foto que llevaba en la mano donde se lo veía en un equipo de fútbol de San Sebastián, de 1910. De golpe se dirigió a uno de los colaboradores y le preguntó cuántas personas habían solicitado someterse a su único y milagroso método de tratamiento. La respuesta lo dejó satisfecho: ¡mil!

—Querría verlos a todos pero no sé cómo hacer.

En la sala del primer piso, además del paciente, un pariente suyo, había cinco médicos y más de diez periodistas que no paraban de sacar fotos. Cuando entró, el médico alzó una mano y les ordenó que no lo hicieran más porque podían atentar contra el éxito del tratamiento. Un periodista le dijo, tímidamente, que habían sido convocados para que el mundo supiera de los

beneficios de la “asueroterapia”. El vasco no le respondió. Colocó rápidamente una silla cerca de la ventana e invitó al paciente a sentarse.

—Prepárate para una experiencia —le dijo—. Estás muy gordo.

Entonces le introdujo en la fosa nasal izquierda una especie de preparado que sacó de quién sabe dónde, y de una bandeja que le alcanzó uno de sus asistentes tomó cinco estiletes en frío. Eran como alambres largos, niquelados, que terminaban con una sortija en la punta. Como si se tratara de la varita de un mago, los manipulaba dentro de la pobre nariz del paciente, que sudaba la gota gorda.

—Véis, ahora rondo la faringe… Aquí… El cornete medio… Aquí…

El paciente tenía la cara roja y las pupilas dilatadas. Asuero le daba golpecitos en ambos lados de la cabeza y en la nuca mientras los alambres seguían allí, clavados en su nariz

—¡Miren, miren cómo baja de peso! —exclamaba el médico—. Si yo he logrado rebajar hasta tres kilos por día. ¿No es mejor que un baño turco? Mirad este reflejo… —y parecía retorcer los estiletes. El paciente estaba amoratado, y Asuero señalaba que en todo el procedimiento no se había derramado una sola gota de sangre, justo en el momento en que sacaba el último estilete, con un poco de sangre.

—Tenía la mucosa un poco congestionada. Ahora se sentirá mejor.

Los estiletes del doctor Asuero servían para bajar de peso y para muchas cosas más, como el estreñimiento, la piorrea, las hemorroides, las úlceras varicosas, el asma, las neuralgias, la parálisis, el reumatismo, la ciática, la artritis, el dolor de muelas y de cabeza, la hiperclorhidria (es decir, la excesiva secreción de ácido clorhídrico por las glándulas gástricas), la sordera, la ceguera, los tumores, las fiebres de diferentes naturalezas. Bah, se trataba de un método que todo lo curaba y que consistía en tocar o buscar el reflejo del nervio trigémino, el nervio principal de la cabeza. El trigémino recoge la sensibilidad de casi toda la cara, y sus fibras terminan, en buena medida, a nivel del bulbo raquídeo. En el bulbo, afirmaban los “asueristas”, radicaba la clave de la terapia; por eso aplicaban toques al trigémino, para conmocionar el bulbo.

El salvador de la humanidad, el dios de la humanidad, el Mesías o el dios de la medicina. No lo distinguía la irradiación luminosa que envuelve a los seres divinos, sino el estruendo de sus indisimulados eructos. Fernando Asuero era un vasco que se decía médico y se atribuía la capacidad de sanar

casi todas las enfermedades; al menos en los comienzos de su carrera eso decía. Luego, el sosiego que traen los años lo llevó a afirmar que era capaz de curar todas las enfermedades.

Había nacido en San Sebastián, capital de la provincia de Guipúzcoa, en el País Vasco, en 1886. A los 43 años demostró su predilección por descansar y trabajar al mismo tiempo, y combinó la clínica con los hoteles. También fue un precursor de la publicidad. Asuero estableció su consultorio en el Hotel Príncipe, cerca del puerto, y mandaba repartir panfletos que decían: "Clínica del doctor Asuero, Hotel del Príncipe, San Sebastián. Muy señor nuestro: pida turno para dentro de veinte días. Atte. Asuero". Era un negocio redondo. El hotel marchaba muy bien; como no podía ser de otra manera, todas sus habitaciones estaban siempre ocupadas, porque el médico mandaba a sus pacientes a internarse tres o cuatro días antes de la intervención "asueroterápica", es decir, de la introducción de agujas en las fosas nasales. Su negocio nunca mermaba; al contrario, todos los empleados ligados a la actividad turística, desde los comerciantes hasta los botones, promocionaban la clínica del buen doctor para sostener sus trabajos y, a la vez, la economía de la región, fuertemente ligada al turismo. Asuero contribuía con su imaginación. Por ejemplo, a un sordo internado en el hotel-clínica le dijo que corriera por los pasillos, saliera a la calle y volviera sin decir palabra alguna; ante la sorpresa de todos, así lo hizo el hombre, mientras Asuero, desde la puerta del hotel, gritaba que su técnica había logrado hacer caminar a un paralítico.

Nadie vio nunca la certificación de médico de Asuero. Pero sí era notoria su vinculación con el capitán general de Cataluña, Miguel Primo de Rivera, cuya dictadura se estableció en España como consecuencia el golpe de Estado del 13 de septiembre de 1923. Diversos testimonios aseguran que hasta el mismísimo dictador se hizo tocar el trigémino por el vasco. Las réplicas de sus opositores fueron demoledoras para el médico, pero este no les daba ninguna importancia. José Ortega y Gasset lo calificó de "charlatán irresponsable". Pío Baroja de "curandero poco digno de consideración". Augusto Pi y Suñer indicó que "fue lanzado al gran público valiéndose de procedimientos repudiables". Avelino Práxedes Gutiérrez dijo que "la ciencia española nada tiene que ver con este curandero". Santiago Ramón y Cajal, premio Nobel de Medicina en 1906, lo calificó como "vergüenza medieval". El dramaturgo y poeta Ramón María del Valle Inclán afirmó de

Asuero que era un caso de milagrería, lo cual, a su criterio, no era de extrañar, ya que "tenía el antecedente de Primo de Rivera, el que dijo que había aprendido a gobernar en su casino de Jerez y del que muchos creyeron que había venido a salvar al país". También el jurisconsulto Luis Jiménez de Asúa se sumó al coro de los denunciantes de Asuero.

Cuando cayó la dictadura, el vasco huyó de España hacia Italia. Su arribo provocó una interpelación del Parlamento al gobierno, y Asuero terminó expulsado del país. En ese entonces, la Argentina rondaba por la cabeza de Asuero. Ya el 29 de mayo de 1930, ante los rumores de su venida, médicos españoles difundieron una carta: "Estamos haciendo todo lo posible para cubrir la vergüenza de la medicina española —enfatizaban—; por eso remitimos esta solicitud con la intención de advertir a todos vosotros y al gobierno de vuestro país sobre los peligros de la charlatanería nefanda del tal Asuero". Nadie podría decir en la Argentina que no estaban avisados.

El viaje a bordo del *Cap. Arcona* hacia Buenos Aires fue todo un espectáculo. Asuero se la pasaba con su comitiva hablando maravillas del presidente Yrigoyen y del Hotel Español que está "en esa Avenida de Mayo que me dicen que es estupenda". En él se alojaría, porque allí, decía casi a los gritos, se hospedaban los amigos del presidente de la República. También viajaban periodistas, fotógrafos y camarógrafos, que lo seguían a todos lados, en cubierta, en los camarotes, y en el restaurante, donde consumía las cuatro comidas más unos aperitivos.

—Mi propósito es serio, vengo casi como embajador. Vea usted que no me podrán echar así como así. Cualquier cosa que ocurra pondré noticias al Rey enseguida —comentaba en cubierta para que todos los escucharan—. Yo no quiero honores ni dinero por salvar a la humanidad. Solo quiero salvarla de las enfermedades.

El buque llegó al puerto de Santos en medio de controversias. Otros médicos que venían a Buenos Aires le decían en la cara que era un charlatán, que lo que practicaba no era científico y que, por supuesto, nada curaba.

—¿Es verdad —le preguntó un médico— que usted curó a un sordo al que le faltaba el nervio auditivo? —las carcajadas superaban la paciencia de Asuero.

—¡Me extraña que hombres de ciencia me hagan comentarios de ese calibre, señor!

Los facultativos uruguayos y españoles se pasaron el viaje disfrutando de las excentricidades del vasco, y de ninguna manera lo tomaron en serio pues lo consideraban al margen de la ciencia, incluso de la moral. Un loco lindo, decían algunos; delirios de grandeza, definían otros; un delincuente hecho y derecho, comentaban algunos. Asuero seguía en lo suyo, y a bordo no se privaba de practicar su tratamiento. A una camarera que tenía dolores de cabeza le tocó el trigémino tres veces al día. Un pasajero de tercera, Serafín García, le pidió sus servicios. Le cobró quinientas pesetas. Atendió a un pariente del barón Moritz von Hirsch auf Gereuth y a otros pasajeros de primera. Cuando el buque atracó en Montevideo lo esperaba una multitud, especialmente periodistas llegados de todas partes. El médico uruguayo Luis Calzada, que allí desembarcaba, le gritó al público, irónicamente, que además del curandero español, en el barco viajaban once prestigiosos médicos argentinos y uruguayos. Con un gesto de desdén, abandonó el sarcasmo y gritó: "Solo una muchedumbre de ignorantes puede convertir a este hombre en un taumaturgo".

Asuero, siempre rodeado de asistentes y periodistas, afirmaba que no sabía cuánto tiempo iba a quedarse en Buenos Aires, y que entre sus ocupaciones le tocaría el trigémino a la popular actriz de teatro y de cine Orfilia Rico, quien llevaba ocho años postrada en un sillón. La actriz era reconocida por sus participaciones en las películas mudas *Nobleza gaucha*, de 1915, dirigida por Ernesto Gunche y Eduardo Martínez de la Pera, y en *Hasta después de muerta*, de 1916, de los mismos directores, sobre un guión de Florencio Parravicini. Orfilia estaba ansiosa. En Buenos Aires había dicho que confiaba ciegamente en el vasco; su fama de curandero la tenía sin cuidado.

—Hombre, mire usted que hemos hecho barbaridades los médicos… ¡La de gente que hemos matado por ahí! ¡Mire usted que querer ver la vida por un microscopio! ¡Vamos hombre! —exclamaba Asuero en uno de sus paseos por la cubierta del buque—. ¡Qué barbaridad esos rayos ultravioletas que le queman a usted, que le dan un constipado que lo lleva a la tumba! Esa medicina es criminal, ¡por Dios!, absurda, monstruosa. En fin… No hay nada como este sol, pues la naturaleza es más sabia que nosotros. Dentro de doscientos años será un baldón haber tenido en la familia un médico como

lo es hoy haber tenido un pirata. ¡Por la Virgen! ¿Se puede luchar contra un hombre que hace lo que yo hago? ¿Se puede luchar contra mí, con los centenares de casos que tengo documentados en mi libro? ¡Vamos, hombre, vamos! ¡Que se tienen que poner de rodillas y llorar!

Finalmente llegó a Buenos Aires el 24 de abril de 1930. En las inmediaciones del Hotel Español se concentró una muchedumbre. Una vez instalado, el personal del hotel debió contener al público para que no se escabullera hacia el cuarto piso, donde estaba la suite del vasco. Había quienes se presentaban como parientes de Asuero; otros decían que eran enviados del gobierno; muchos ponían sus rostros contra los ventanales buscando verlo. Era gente pobre, con ramos de flores en sus manos y la esperanza de poder acercarse al salvador de la humanidad para entregárselas.

El vasco se hacía ver casi siempre en las comidas. Con su boina negra y acompañado siempre por sus colaboradores, apenas lo divisaban desde afuera empezaban a vivarlo. Asuero se acercaba a la entrada y afuera todos se apretujaban. Apenas podía dar un paso fuera del hotel que las manos buscaban tocarlo, acariciarlo. Él apretaba una u otra y sonreía. El entusiasmo era excesivo: lo agarraban, lo abrazaban, lo levantaban en andas y lo llevaban unos cuantos pasos dando vivas; era un griterío, un alboroto; esas personas se veían felices por algo que pensaban ocurriría en sus vidas de un momento a otro, la sanación de sus padecimientos. Asuero sonreía siempre y pedía que lo devolvieran a la entrada del hotel. A duras penas lograba entrar, rescatado por algunos de sus fieles asistentes. Así era cada vez que quería pasear por la ciudad. Era Asuero, qué más se podía decir. Decidió entonces quedarse en los cómodos salones del hotel, tomar aperitivos y paladear los platos que le ofrecían, como el trozo de asado con cuero que le prepararon especialmente.

—¡Un buey! ¡Magnífico, magnífico! —decía el redentor con la boca llena, escupiendo comida.

Asuero comía, gesticulaba, eructaba, señalaba, exclamaba "¡Ah…!" u "¡Oh…!" o "¡Uh…!", de vez en cuando un "¡Delicioso!". Era lo único que salía de su boca cuando no entraba comida. La multitud presionaba los ventanales. Aquellos que lo miraban, lo hacían con arrobamiento; parecía que comieran con él y degustaran los mismos manjares.

Un mozo del hotel se le acercó y, lagrimeando, gritó: "¡Viva el dios de la humanidad!". Entre la boca llena de carne y la sonrisa que esbozó hasta que logró tragar a Asuero le salió una mueca y les comentó a quienes lo acompañaban: "Simpatiquísima esta gente".

Visitó al ministro del Interior, Elpidio González, concurrió a la Cancillería, y depositó una ofrenda en el mausoleo del General San Martín, las mismas flores que le habían dado sus admiradores. Quiso visitar la Catedral, pero como llegó cerca del mediodía la encontró cerrada. Luego de algunas gestiones realizadas por sus allegados ante la Curia, lo hicieron entrar por la calle Rivadavia. Lo atendió el sacristán de la limpieza. Cuando Asuero salió, hubo desmayos y una ovación interminable. Los diarios publicaban fotos de la boda de Asuero con María Ruiz de Arcante. Hablaban de sus gustos y sus preferencias, de sus primeras curaciones. ¿Podrá atender a todos? Los argentinos, como diría Félix Luna, adquirieron entre crédulos y espectadores una nueva rareza: la "trigeminomanía".

En la sección "La Musa Política", el diario *Crítica* publicó poemas de Juan Porteño, titulados "El Trigémino", y ponían en boca de Elpidio González, ministro del Interior, esta súplica rimada:

Doctor Asuero, por favor, hacía
tiempo que a usted se lo esperaba
con singular melancolía;
cada vez que un trigémino tocaba
el "Doctor" preguntaba:
¿Milagro "ad portas" otra vez, Elpidio?
Y yo le respondía prestamente
para evitar su fastidio:
—Sí, milagro, "doctor", toda la gente
renace al optimismo, pierde el miedo,
renueva la existencia de ilusiones,
y con igual denuedo
que al de San Juan en día de elecciones
acude hasta el galeno vizcaytarra
con la nariz ansiosa. Puesto que en la nariz
(la cosa es sin guitarra)

se encuentra el modo de ser feliz.
Pero no habría que perder el ánimo,
el presidente acepta la cosa.
Venga con su pinza misteriosa
a tocarle el trigémino magnánimo.

Los teatros de revistas prepararon *sketches* "asueroterápicos". En el Sarmiento, uno de los cuadros dialogados se llamó "La Asueroterapia en Buenos Aires". El humor de Florencio Parravicini creó un número de mucho éxito: "¡Nena... tocame el trigémino!" Radio Belgrano emitió "La Hora de la Asueroterapia", con la orquesta de tango de Antonio Sureda y la voz de Santiago Devin. En ese programa debutó un novel poeta, que con el tiempo se convertía en escritor, Abel Santa Cruz. Y hasta se hizo un tango. Compuesto por Manuel Colominas, lo grabó la orquesta de Minotto di Cicco, con el cantor Antonio Buglione. Su título: "Operate el trigémino" (disco Columbia A—5.011 lado A; año 1930). En él se recomendaba la "asueroterapia" para curarlo todo; incluso la *jettatura*. Dice:

Seguí mi consejo.
Lo que vos tenés,
es que tu trigémino
se puso al revés.
Metido en el juego
ya se te atrofió,
y solo con fuego
arreglarlo podrás.

Seguí mi consejo.
No seas otario,
andá a un sanatorio
y vos le explicás,
yu yeta en el juego.
Pediles, te apliquen,
el método "Asuero"
y así ganarás.

Durante meses, los diarios habían hecho una campaña para llevarle pacientes a Asuero. Cuando el vasco llegó a Buenos Aires había más de mil enfermos anotados en las listas habilitadas en las redacciones. Otros miles, acaso cinco o seis mil, aguardaban. Había de todas las edades, la mayoría humildes obreros que no eran solo de la ciudad de Buenos Aires, sino que venían de distintas provincias y habían vendido todo lo que tenían para costearse una estadía en algún hotel, generalmente del barrio de Congreso. Había ancianos que se movían con mucha dificultad, chicos con parálisis, mujeres que sufrían por un mal propio o de algún familiar, impedido de trasladarse hasta los diarios. Muchos dejaban sus trabajos para hacer colas infinitas. Millares de cartas y telegramas llegaban de todas partes. ¿Y Asuero?

A los quince días de su llegada solo había atendido a personas que habían pagado muchísimo dinero. Seguía pendiente su visita a la actriz Orfilia Rico. Ya había personas que empezaban a impacientarse y surgieron algunas dudas acalladas hasta entonces. ¿Puede este médico extranjero ejercer en el país? El público todavía no había visto ningún milagro, solo al vasco pasearse con su boina, atiborrarse de comida y sonreírles a las mujeres. Parecía estar de vacaciones. Fumaba, bebía, se reía, se divertía, ¿curaba?

A un mes de su arribo, decidió atender solo en el Hotel Español, convertido en hotel y clínica, a miembros de familias pudientes. En los diarios empezaba a reiterarse el apodo que había tenido en España en su época de jugador de fútbol, "Pistón". También se publicó que el famoso y "raro" bastón que había traído para obsequiarle al presidente Yrigoyen se vendía en San Sebastián a solo 16 pesetas, y que era posible encontrarlo en Buenos Aires sin mayor esfuerzo. Por entonces, un discípulo suyo, del que nunca se sabrá si había obtenido su diploma de médico, un tal Gómez Llueca, abrió una clínica "asueroterápica" en Azcuénaga 103, esquina Cangallo (hay quienes afirmaron que Asuero estaba asociado con el cincuenta por ciento de las ganancias). El señor José Marín se presentó en ella para una intervención. Tenía parálisis. Después de que lo sentaran en el sillón y el tal Gómez Llueca le llenara la nariz de alfileres, el pobre hombre salió como pudo de la clínica y, ya en el taxi que lo llevaba de regreso a su casa, comenzó a sangrar por la nariz y la boca. Sus familiares llamaron con urgencia al médico de la familia, que, estupefacto por las lesiones que le

habían provocado los alfileres, informó que el paciente estaba peor que antes.

Hacia fines de mayo, la policía decidió mantener el orden en las puertas de la clínica de Azcuénaga y Cangallo. También concurrió el señor Fernando Anirato, esperanzado y con una billetera abultada. Tenía parálisis de los miembros inferiores. Su médico había sido Julio Cruciani, jefe de Clínica de la Facultad de Medicina, adscripto a la cátedra de Patología Médica y titular en el Hospital Rawson. Hacía ya dos años Cruciani le había informado a la familia de Anirato que la recuperación del señor Fernando era imposible.

Luego de que Gómez Llueca le tocara el trigémino, su familia debió llamar de urgencia a Cruciani. El paciente, que, antes de la intervención podía hacer algunos movimientos, ahora se hallaba totalmente postrado.

Asuero se hacía la América en el hotel-clínica de Avenida de Mayo. Una señora pagó tres mil pesos e hizo llevar a Asuero a su casa pues, inválida como estaba, no podía moverse. Luego de tocar en la nariz, el efecto esperado no se produjo y la mujer comenzó a sentirse mal.

—¡Hombre! ¿Qué es esto? ¿Es que no da resultado para el asma? ¿Qué día es hoy, por Dios? ¿Es que ando en la mala? ¡Cristo! ¡Vamos! Volveré otro día a ver si la curo.

El maestro parecía tener predilección por los trigéminos de los millonarios. Una tarde, un 26 de mayo, convenció a una familia entera de que se tratara con su método. Aunque no padecían ningún mal, desfilaron dieciséis trigéminos y pagaron, con gran satisfacción, quince mil pesos. Como estaban todos sanos, Asuero les previno: “Ahora están inmunizados contra todo mal”.

Un hombre se presentó ante el liberador de enfermedades. Pagó cinco mil pesos.

—¿Así que usted es constipado? —comenzó Asuero.

—Sí, doctor —respondió el hombre. Y dio inicio la conocida operación, con el paciente sentado en una silla, con la cabeza hacia atrás, y los estiletes que penetraban en su nariz.

—Ya está curado. Desde hoy no ha de sufrir más constipación —aseguró Asuero.

Al salir, el paciente fue abarajado por un médico que, como tantos otros, sabía que la terapia del vasco era un fiasco. Le preguntó al constipado:

—Dígame, ¿hace mucho que sufre del intestino?

—Señor, yo nunca estuve mal del vientre.

—¿Entonces por qué dijo que era constipado?

—Porque lo soy, señor, me resfrío con frecuencia.

Hubo testigos que hablaron de una pareja de vascos, hombre y mujer, que afirmaron ser sordos. Entraron a ver a Asuero y fueron trigemenizados. Al salir, hablaban lo más animadamente, libres de toda sordera. Aquellos testigos afirmaron que esta teatralización se repetía dos veces por semana.

El 4 de junio, los diarios publicaron una declaración de la Sociedad de Medicina Legal y Toxicología:

> La Sociedad de Medicina Legal y Toxicología, reunida en la fecha, considera que es público y notorio, por las cotidianas informaciones periodísticas, que un médico extranjero no ha revalidado su título. El doctor Fernando Asuero, radicado entre nosotros, realiza tratamientos por un modo al que ha dado su nombre, aplicándolo a múltiples enfermedades. Que esto constituye ejercicio ilegal de la medicina perfectamente legislado por el artículo 208 del Código Penal. Llamamos la atención a las autoridades policiales y sanitarias sobre la flagrante violación de la legislación argentina realizada a diario por dicho facultativo, hacen notar que en esta clase de asuntos la prédica deliberada hecha por los órganos periodísticos, favorece la reiteración de los actos de curanderismo y charlatanismo.

El 10 de junio de 1930, el Departamento Nacional de Higiene, como consecuencia del expediente administrativo 10.105/ 1930, pidió el procesamiento de Asuero por ejercicio ilegal de la medicina. Los pacientes tratados comenzaron a denunciar al vasco. El director del Departamento era Agudo Ávila, médico personal de Yrigoyen, a quien veía casi a diario por una afección a la vejiga que sufría el Presidente. En el caso intervino el fiscal Raúl P. Canevari. La primera medida que se tomó fue el pedido a la Facultad de Medicina para que informara si Asuero había revalidado o no su título. Además se solicitó a los diarios de la Capital todos los informes sobre las actividades de Asuero en Buenos Aires. Entonces, el gobierno se metió en el asunto. El ministro del Interior ordenó al Departamento de Higiene que retirara la denuncia. Los diarios opositores se hicieron un festín. ¿Acaso el médico Ávila no le avisó a Yrigoyen que iba a pedir el procesamiento de Asuero? ¿Para qué intervenía el ministro de Interior? El diario *Crítica*, que meses después apoyaría fervorosamente el golpe contra el presidente radical, llamaba a Elpidio González, ministro de Interior, “el

ministro curandero". Y en un editorial que no ahorró adjetivos afirmó que el gobierno auspiciaba el curanderismo:

> El señor Elpidio González es un cero a la izquierda, y no hace sino lo que resuelve el señor Yrigoyen. Avergüenza a la Nación entera al decidirse contra la ley y en favor del curanderismo, es una burla entre este y la ciencia. Tan enorme es ello, que no extrañaría que el manosanta pasara a desempeñar la presidencia de la División Nacional de Higiene. El país ha sido colocado en el último tramo de las naciones civilizadas. El señor Yrigoyen se ha hecho tocar seguramente el trigémino y como quiere mal a su pueblo pretenderá hacerlo pasar por igual trance. Este episodio nos ruboriza a todos.

La Facultad de Medicina respondió que al señor Asuero no se le había otorgado título de médico y que no había realizado ningún trámite para revalidar alguno que le hubieran extendido en un país extranjero. A su vez, Agudo Ávila presentó una nota en el Palacio de Tribunales para retirar la denuncia contra el vasco, tal como se lo había pedido el ministro de Interior, pero la nota fue rechazada. Al día siguiente, 11 de junio, Ávila renunció a su cargo en el Departamento de Higiene. Mientras, el fiscal sumaba más casos contra Asuero, personas que habían pagado mucho dinero, de dos mil a diez mil pesos, para realizarse el tratamiento y se encontraban mucho más graves.

El 13 de junio, el secretario judicial Roberto Márquez dejó una notificación en el Hotel Español para que Asuero se presentara a prestar declaración indagatoria al día siguiente, a las 16.30. El 14 de junio, el vasco bailaba la jota en un agasajo popular. La República de la Boca, con motivo de nombrar "hijos adoptivos" a conocidas personalidades, había organizado una gran fiesta. A las once, Asuero y otros homenajeados estaban en la casa de Quinquela Martín, en la calle Magallanes 889. Afuera, una multitud se apretujaba para ver al médico. De allí, Asuero se fue a un bodegón boquense a beber ginebra. Y bebía, bebía y cantaba, y reía.

—¡Esto es morirse! —exclamaba—. ¡El despiporre! ¡Me siento feliz y contento! —En eso estaba, cuando se le acercó su secretario.

—Mira, Fernando, a las tres te espera don Hipólito.

—¡Que espere! —respondió Asuero.

—Es que si sigues bebiendo…

Asuero cortó a su ayudante.

—Yo hago lo que quiero, y a mí no me lo prohíbe nadie. Bebo lo que quiero y eso no lo prohíbes tú, ¿entiendes?

Salió del bodegón un rato después, y en una caravana de carrozas recorrió las calles embanderadas de la Boca. Terminó en el restaurante Priano, donde tiró su gorra al aire y se puso a bailar tarantelas.

—¡Que viva el cachoteo! —gritó, cuando sonó una jota, dio una vuelta alrededor de la mesa, levantó las manos y fingió que tenía castañuelas. Los comensales lo seguían. Mil veces repitió excitado—: "¡Esto es la gloria! Con el presidente de la Boca acabo de bailar una ranchera. ¿Qué me esperará con el presidente de la República?".

Asuero llegó a la Casa Rosada a las 15.10, acompañado por sus amigos Dardo Corvalán Mendilaharzu y Luis Fourvel. El vasco conversó con el presidente Yrigoyen durante cincuenta minutos. A esa misma hora lo esperaba el juez Ortega para tomarle declaración indagatoria.

Otra multitud se había reunido en el juzgado Correccional al que debía asistir Asuero. A las 16.30 el vasco no se hizo presente y el juez Ortega prorrogó el plazo una hora más a pedido del defensor Zeafferer Silva. Entonces recibió la visita de un emisario del gobierno, el subsecretario de Interior Espeche. Este le comunicó al juez que el gobierno le había dado a Asuero un plazo de tres días para que se fuera del país, y que era conveniente que en ese término no se produjera su detención. Ortega escuchó.

Finalmente, a las 17.25, Asuero llegó al juzgado. Los periodistas que estaban en el vestíbulo, fuera del despacho del juez, escucharon una vez más las risas del vasco.

—Como médico, ¿usted ha tratado a algún enfermo en esta Capital? —preguntó el juez

—He enseñado mi sistema —replicó Asuero.

—Yo le he preguntado si usted ha tratado enfermos.

—Sí, señor, he tratado a trescientos mil, y curaré a todos los que se me presenten.

—¿Quiénes son los enfermos que usted dice haber tratado?

—Eso es un secreto profesional, señor. La pregunta es ajena al caso.

—La pregunta es perfectamente pertinente —replicó el juez.

—Muy bien, como médico no puedo decirlo, porque me alcanza el secreto profesional. En todo caso que lo digan los mismos pacientes.

—¿Con qué motivo ha tratado usted a los enfermos?

—Para enseñar a un grupo de médicos el sistema de la "asueroterapia" fisiológica.

—¿Usted tiene título para ejercer la medicina en este país o alguna autorización?

—¡Ninguna! —gritó el acusado—. Trato a los enfermos porque me lo ordena mi sentimiento. Debo aclarar que si en este mismo despacho encontrara a alguien que sufriera, lo curaría.

—No se exalte, no se exalte. ¿Quiere una taza de tilo?

Los curiosos que escuchaban afuera se mataron de risa. Asuero también rio.

—Usted está ante un juez, ante la justicia argentina, y ello no tiene nada de risible.

—Señor juez… Es que tiene gracia llamarme a mí curandero. A mí, que voy a suprimir todas las farmacias del mundo. ¡Arrasar con ellas! Si esta campaña que se me hace no es otra que la campaña de siempre. Los grandes capitalistas de los productos químicos que me temen y me odian. Porque voy a acabar con ellos. ¡Sí, señor! Porque yo curo y todavía más: ¡hasta preveo la muerte, señor! En esta Capital llevo ya nueve casos de haberles dicho a familiares del paciente: "Este se muere…". Y con mirarle a los ojos, ya lo sé. ¡Que sí lo sé!

Fuera del despacho, los periodistas y los intrusos reunidos fueron desalojados por la policía. Ya no pudieron escuchar más. Asuero pasó a la oficina del secretario Márquez, donde le tomaron las huellas digitales, y luego fue conducido a la alcaidía como detenido. Cuando llegó a los sótanos del Palacio, lo rodearon unos treinta periodistas. Estaba muy nervioso y evidentemente excitado.

—¡Sí chicos! —exclamó—. ¡Qué voy a cobrar dinero! ¡Si yo no soy rico porque no quiero! ¡Claro hombre, no os riáis! Si en vez de venir aquí hubiese ido a Norteamérica, me transformo en millonario con curar solamente la piorrea. Si soy un alma generosa.

Y, volviéndose al secretario Márquez:

—Oye tú, qué tienes que estás tan *arrebatao*. Pues mira chico, si tú quieres, te curo. No te aflijas porque no tengo estilete. Si tú quieres, cojo una lapicera, te doy un toque y quedas como nuevo. ¡No tengas vergüenza!

El señor Fourvel, amigo del médico, logró colarse y se le acercó para abrazarlo.

—Mira —le dijo Asuero—, estar en la cárcel luego de haber curado a cinco ministros en este país.

—Oye —respondió Fourvel, que hacía tres horas había acompañado al médico en la visita a Yrigoyen—, recién me deja Hipólito. ¡Qué infamia! ¡Qué justicia la de este país! ¡Haberse visto osadía! Dejar tú al Presidente y venir a dar a este sótano hecho para albergar bandidos. ¡Cristo de Dios!

—Sí, chico, ya sé que Yrigoyen me quiere.

Un oficial de policía lo separó de su amigo. A las 19.35 entró en prisión.

Una hora después salió en libertad. El gobierno había redoblado la presión sobre el juez Ortega.

En sus memorias, *Mi viaje a la Argentina, incidencias y anécdotas*, Asuero recordó que esa noche tuvo que andar enviando a sus secretarios y amigos "de un lado a otro, pues me constaba que algunos grupos de admiradores querían constituirse en manifestación, so pretexto de desagraviarme, incitando para ello el noble y generoso espíritu de las indignadas multitudes".

El vasco ya no se mostró en público ni se asomó por los pasillos del Hotel Español, a donde finalmente había vuelto. El 29 de junio de 1930, Fernando Asuero se fue de la Argentina. El día anterior, por miedo a que la Justicia le impidiera viajar, se alojó en el camarote de lujo número uno del vapor *Asturias*.

—¡Viva la Argentina! —saludó.

—¡Viva Asuero! —respondió la multitud.

"ANDÁ QUE TE OPERE ASUERO"

Por esos años, Asuero también dejó su impronta en Cuba. El compositor Miguel Matamoros lo recordó con una famosa composición:

Veinte años en mi término
me encontraba paralítico
y me dijo un hombre místico
que me extirpara el trigémino.

Suelta la muleta y el bastón
y podrás bailar el son.

Dice un doctor farolero
mucho más viejo que el pan,
anda ve a San Sebastián,
para que te opere Asuero.

XIV

El secuestro de Abel Ayerza. La silla eléctrica en la Argentina (1932/1933)

Una lamparita sucia era lo único que iluminaba el lugar, un recinto rectangular mohoso y frío. No era posible saber si era de día o de noche. Contra una de las paredes había una cama con elásticos de madera de 1,90 x 0,90 centímetros, sin respaldo. Casi en el centro, una silla de hierro, con correas de cuero que colgaban de los brazos y de las patas. Una mesa con una jarra y una palangana. Algunos trapos. También había pinzas y tenazas de diversos tipos. Sobre un rincón, un tacho de metal sin tapa. Y un par de enchufes en la pared. Los pasos retumbaban en el sótano de la Penitenciaría Nacional. Corría 1932. Dos guardias de uniforme llevaban de los brazos a un hombre encapuchado que arrastraba los pies. Detrás de ellos venían conversando el comisario inspector Vaccaro, que pretendía caminar con aire marcial, y Leopoldo "Polo" Lugones, un hombrecito más bien grueso, de voz un tanto atiplada, mirada oblicua y turbia, ojos verdosos, poco cabello negro peinado a la gomina, y las manos mojadas por el sudor.

—Todo será diferente. Ya va a ver, Vaccaro. Esto es una superación —dijo Lugones exultante—. Claro que no hay que perder de vista que la silla se va a transformar en un elemento de ejecución, pero podremos mantenerla para los procedimientos habituales.

—Va a ser un gran avance, sin dudas —replicó Vaccaro mientras los guardias abrían la puerta y empujaban al encapuchado—. ¿Usted dice que podremos regular las electricidades?

—No veo por qué no… No es necesario usar siempre la potencia máxima. La verdad, Vaccaro, ha sido una gran noticia. No, no me malinterprete. El pobre Abel Ayerza secuestrado es una desgracia para nosotros. Lo que quiero decir es que debió ocurrir el secuestro para que pongamos las barbas en remojo y el gobierno impulse de una vez por todas la pena de muerte.

—La silla eléctrica.

—No habrá problema. Solo espero que el chico sea rescatado sano y salvo. Lo demás es una evolución natural, normal. La corriente sirve para los interrogatorios y también para ejecutar la pena capital.

—¿Y dónde se colocará?

—Mire. Yo leí el proyecto del Ejecutivo. Dice que el condenado a muerte será electrocutado dentro del establecimiento en que se encuentre. Así que lo haremos aquí.

—¿Con público?

—No creo que se haya pensado en eso. El ciudadano tiene que creer que el Estado lo protege. No tiene por qué verlo pero sí saberlo. Veremos. Falta el debate en el Senado… Veremos… Y, mire, podríamos ubicarla en un lugar como este. Supóngase que sea acá… A este pobre infeliz —señalando con el mentón al encapuchado— lo hemos traído para los procedimientos habituales, pero piense que con unas pequeñas modificaciones el sótano podría servir para interrogatorios y también para imponer la pena. Lo traemos primero para interrogarlo y luego para ejecutarlo porque ya habrá confesado. ¿Me entiende? No, no, será difícil instalarla; como esta que tenemos acá, con la diferencia de que esta es de metal y creo que querrán una de madera, como las norteamericanas. Va a tener una correa en cada brazo, para sujetar las muñecas, otra en el respaldo, a la altura del pecho, y otras dos en la parte inferior de las patas delanteras. Por lo menos, así me describieron las de Sing Sing. Usted sabe que por más que algunos no le den importancia, saber atar al tipo a la silla es fundamental. Imagine si está mal agarrado. ¿Sabe qué pasa? Con la descarga puede salir despedido. Mire que esto no es muy grande. Hasta se puede dar la cabeza contra la pared. No, mire... —Lugones hablaba sin parar, entusiasmado—. Hay que saber atarlo para contener las sacudidas del cuerpo.

Después viene la cuestión del casco, espero que no le moleste que le explique pero me he informado, bueno, el casco, porque la corriente debe

entrar al cuerpo por la cabeza... Póngale que el casco sea de cuero; ah, no, no, no, me olvidaba…. Hay que raparlos primero, así se le coloca el casco, donde va ajustado el ánodo.

—No es muy complicado.

—¡Qué va a ser complicado, hombre! Usted le pone el casco, el reo ya está atado —decía Polo mientras el pobre infeliz que estaba por ser torturado comenzaba a temblar—. El cátodo se le pone en la pantorrilla de la pierna derecha, ¿me entiende? Esto es lo último de la ciencia. Una descarga de dos mil voltios ya casi lo mata. Se destruyen las células. Y el electricista le va dando quinientos voltios durante cincuenta segundos, sube a mil por ocho segundos, quinientos por otros cincuenta segundos y le da el golpe con otros dos mil. ¿Cuánto tardó? En dos minutos ya terminó. ¿Sabe una cosa, Vaccaro? Lo que tenemos que hacer es blanquear estas paredes, y hacer construir una plataforma rectangular de caucho justo en el centro.

—Tenemos que poner sillas para los testigos y los funcionarios.

—Las pondremos.

—¡Qué cosa! ¡Una silla de madera! Voy a sacar la de hierro.

—Piense, Vaccaro. Fíjese: más electricidad o menos electricidad hace la diferencia entre confesar o morir.

—¿Y la púa?

—Es como los cables pelados. Uno los tiene siempre a mano.

Un guardia le pegó al encapuchado en el estómago y cayó. Le dieron entonces un par de patadas. Lo levantaron. Uno lo sostuvo de las axilas y el otro le pegó otra vez en el estómago, y una vez en la cara. El que lo sostenía lo soltó. Cayó. Le sacaron la capucha y le dijeron que se desnudara. Lo agarraron de los brazo, lo pusieron sobre los elásticos de madera del camastro, y lo sujetaron firmemente con correas de cuero. Trapos sucios llenaron la boca del infeliz. Vaccaro pidió la púa, invención de Lugones, o, como le decía la mayoría, la picana. Era ciertamente una púa metálica con casi doscientos voltios y mango de madera, una herramienta utilizada en el campo para mover a las vacas y los cerdos, que la inspiración de Lugones trasladó a los seres humanos. Vaccaro la tenía en su mano. Lugones carecía de estómago para torturar, pero sí era capaz de mandar a hacerlo. Un guardia mojó al preso. Vaccaro pasó la picana por las tetillas, luego por las orejas, por la cara, por los párpados, por la garganta. Esperó unos minutos y ordenó sacarle el trapo de la boca, que salió con sangre. La picana fue a la

boca y a las encías, mientras uno de los guardias le sujetaba la cabeza. El preso se sacudía a intervalos cortos, aunque después de un rato la corriente lo agitaba en un temblor continuo. La mandíbula se le puso dura como una piedra. La picana fue a los testículos y la víctima se sacudió como nunca antes. Volvieron a ponerle el mismo trapo en la boca; ahora daba estertores, pero porque se ahogaba. Le sacaron el trapo y lo amordazaron con un pedazo de tela que recogieron de una palangana. La electricidad lo retorcía, se revolvía en sus ligaduras. Vaccaro terminó. El cuerpo del desgraciado estaba hinchado. El policía se miró con Lugones. El detenido estaba listo para confesar.

Vaccaro y Lugones hablaban del proyecto que el gobierno de Agustín P. Justo había enviado al Senado para restablecer la pena de muerte en la Argentina y ejecutarla, no solo por fusilamiento, sino también con la novedosa silla eléctrica, un alarde de modernidad. La iniciativa era la respuesta oficial al secuestro del estudiante de medicina Abel Ayerza, de 22 años, hijo de una distinguida familia de Buenos Aires, católica y conservadora. Ayerza llevaba secuestrado un mes y trece días, cuando, el 6 de diciembre de 1932, el Ejecutivo envió el proyecto al Senado.

En el proyecto había otra propuesta importante, que consistía en establecer lo que se llamaba "estado peligroso". ¿Quiénes se hallaban en ese estado? Los locos, los ebrios, los toxicómanos habituales, los mendigos, los que "observen una conducta desarreglada y viciosa de la que pueda deducirse inclinación al delito y que se traduzca en el trato asiduo con delincuentes o personas de mal vivir", por frecuentar lugares dudosos. ¿Qué se proponía hacer con ellos, según el proyecto? Meterlos presos por tiempo indeterminado, no inferior a un año. Y si eran extranjeros, expulsarlos del país.

Lugones era el único hijo de Juana González Luján y del poeta, ensayista, periodista y político, Leopoldo Lugones. Durante la presidencia de Marcelo T. de Alvear lo habían nombrado director del Reformatorio de Niños Abandonados y Delincuentes de Olivera, en la provincia de Buenos Aires. Allí fue denunciado por violar a un chico y otros actos de pederastia. El proceso en su contra avanzó hasta que el fiscal pidió diez años de prisión. Llegado a este punto, su padre fue a ver al presidente Yrigoyen para suplicarle, de rodillas, que intercediera para borrar el proceso "por el honor de mi familia", Yrigoyen accedió. Años después, Polo Lugones fue uno de

los abanderados del golpe militar de José Félix Uriburu que derrocó a Yrigoyen.

Simpatizante de las ideas fascistas de Benito Mussolini, el salteño Uriburu se propuso reemplazar la Constitución, terminar con la república democrática, establecer un régimen corporativista y derogar la ley del sufragio universal, secreto y obligatorio, la Ley Sáenz Peña. Decía Uriburu que esa ley era una de las principales causas de la ruina de la Argentina, pues el voto calificado, el de los más aptos, era el recurso que se necesitaba para que el país tuviera un buen gobierno. La sangrienta dictadura de "Von Pepe", como le decían a Uriburu, fue el inicio de lo que se llamó la "Década Infame". Lo apoyaban las clases tradicionales y conservadoras, que justamente estaban alejadas del gobierno por el voto universal y secreto. El gobierno de facto alentó la formación de grupos paramilitares integrados por jóvenes civiles de clase media y alta, como la Legión Cívica, impulsada por el secretario general de la presidencia, coronel Juan Bautista Molina, y el médico Floro Lavalle. Diez mil legionarios llegaron a desfilar en Plaza de Mayo, en un remedo inquietante de los *fasci italiani di combatimento*, la organización que fue la base del Partido Nacional Fascista italiano. Los de acá, como los de allá, iban armados, saludaban con el brazo extendido, llevaban brazalete, recibían instrucción militar, se creían los custodios de la nacionalidad, y tenían como objetivo vigilar y reprimir a los opositores; también a los judíos. De la Legión formaba parte Abel Ayerza, el joven secuestrado a fines de 1932.

Aunque nunca había pertenecido a ninguna fuerza policial, Uriburu le otorgó a Polo Lugones el cargo de comisario inspector. Como tal introdujo el uso de la picana en los interrogatorios. Pero su imaginación volaba. Inventó una "silla" de hierro en la que se inmovilizaba al preso para castigarlo con trompadas, gomazos, palazos. Era esa silla la que podía transformarse en silla eléctrica. La silla, además, estaba ligada a una roldana que permitía elevar al torturado para luego hacerlo caer de cara en el "tacho". El "tacho" era una pileta repleta de inmundicias y materia fecal. A su vez, concibió los "tacos", que eran pilares de adoquines o de madera que se presionaban con un torniquete sobre los riñones, las costillas o el hígado de los detenidos atados en la silla. Si el torturador lo creía necesario, o si le divertía, con una correa de cuero se ataban los genitales y se los estiraba.

Lugones también usaba agujas al rojo vivo o tenazas de madera para estirar la lengua de la víctima.

En la Penitenciaría Nacional, el primer reducto que conocían los torturados era el triángulo, un espacio pequeño y oscuro, rodeado de materia fecal y anegado por el agua, donde se dejaba desnudo al detenido. Allí debía reflexionar sobre la conveniencia de firmar una declaración judicial que lo incriminara a él o a un tercero. Después del triángulo, a través de un largo pasillo con celdas, se descendía a los sótanos de la Penitenciaría. Una manta negra separaba el ingreso al salón de tortura oficial.

El presidente Justo, sucesor de Von Pepe en febrero de 1932, nombró a Polo jefe de la división Orden Público, luego Orden Político, responsable de la persecución y encarcelamiento de comunistas, anarquistas y radicales. Todos ellos eran torturados en la llamada "Sección Especial", llamada así por la "especial" dedicación que observaban en la represión. Sostenido por Justo y por el ministro del Interior Leopoldo Melo, Lugones vivía su momento de esplendor, mucho más desde el envío del proyecto de ley para introducir la pena de muerte ejecutada mediante la silla eléctrica, dos de sus inventos, silla más electricidad; silla y picana. Fue necesario el secuestro de Ayerza para que su silla se usara para matar y, además, conociera la luz de la legalidad, acaso lo que más enorgullecía a Lugones.

Abel Ayerza se llamaba como su padre, un eminente cardiólogo argentino, casado con María Adela Arning Lawson. Tuvieron ocho hijos, cuatro varones y cuatro mujeres. Su nombre quedó asociado para siempre con una afección cardíaca. En una clase magistral, celebrada en Buenos Aires el 20 de agosto de 1901, detectó y describió la llamada enfermedad o síndrome de Ayerza (*Morbus Ayerza*, en latín), una dolencia inflamatoria y esclerótica cardiovascular que lesiona principalmente la arteria pulmonar. En octubre de 1932, hacía ya catorce años que el médico Ayerza había muerto. Su hijo Abel, a quien le decían "Coco", tenía 24 años y estudiaba medicina en Buenos Aires. Como la gran mayoría de los argentinos, seguía los extraordinarios acontecimientos que tenían que ver con otro médico y con un periodista.

El secuestro extorsivo no era un delito nuevo en el país pero, a partir del secuestro del médico Jaime Favelukes, los principales diarios parecieron descubrirlo. "¿Cómo es posible que den muerte a un hombre porque no les

quiere entregar dinero a cambio?", se preguntaba el diario *Crítica*, el 5 de octubre de 1932, un día después de que Favelukes fuera secuestrado. El médico, presidente de la Sociedad Israelita de Beneficencia Ezrah y de la Liga Israelita contra la Tuberculosis, fue capturado cuando se dirigía a ver a un paciente, en la calle Loria 1755. El mismo día a la tarde su esposa recibió una carta donde le exigían cien mil pesos de rescate. La persona que llevara la plata, señalaban en la nota que parecía escrita por su propio marido, debía caminar con un ramo de rosas por la calle Jonte desde la avenida San Martín hasta Lope de Vega. La repercusión del caso fue impresionante, tanto como la falta de pistas y respuestas de parte de la policía. Favelukes se convirtió en "el secuestrado nacional". Se pensó que podían ser los anarquistas, una pista introducida por la policía; luego una venganza de los comerciantes de mujeres que años habían integrado la organización Zwi Migdal, porque Favelukes había declarado en su contra durante el juicio contra ellos, que terminó en nada. El periodista Silvio Alzogaray, corresponsal de *Crítica* en Rosario, fue el único que habló de los *maffiosos* y en sus informes comenzó a mencionar a un tal Juan Galiffi, siciliano, afincado en la Capital, pero con contactos con el jefe de la mafia rosarina, a quien se conocía como "Chicho Grande". Por último, las sospechas se volvieron contra Favelukes. ¿No sería un autosecuestro?

De golpe, el sábado el 8 de octubre a la 1.40, un hombre se presentó en un hospital de la localidad de Moreno. Era Favelukes. Lo primero que dijo sonó extraño:

—He sido objeto de toda clase de atenciones, en ningún momento han usado medios violentos conmigo.

No pudo aportar datos sobre sus secuestradores ni sobre el lugar de cautiverio donde había durante esos cuatro días. Tanto Favelukes como los policías negaban que se hubiera pagado el rescate. El médico daba entrevistas a troche y moche, y multitudes lo seguían cuando iba al Departamento de Policía o a los Tribunales. En sus aguafuertes del diario *El Mundo*, Roberto Arlt lo llamaría "El alegre secuestrado". El mismo día que apareció el doctor, al anochecer, el periodista Alzogaray, que tenía 38 años, salió a las puertas de la pensión donde vivía. Lo acribillaron de siete tiros.

Crítica publicó: "Nunca como hoy Rosario merece ser llamada la Chicago argentina: tiene sus bandas todopoderosas, sus policías impotentes

para destruirlas y sus periodistas heroicos y mártires. Ha caído un reporter de Crítica".

Una lata de aceite. Fue lo único que llamó la atención de Favelukes durante su secuestro. Los raptores le habían dado una lata de aceite para que condimentara su ensalada; le llamó la atención la marca, que no era muy conocida: 12 de Octubre de 1492. Siguiendo esa pista, los policías descubrieron que había estado secuestrado en un rancho de Ciudadela.

El sábado 22 de octubre, Abel Ayerza viajó de vacaciones a la estancia familiar El Calchaquí, en Marcos Juárez, Córdoba. Mientras tanto, en la provincia de Buenos Aires se realizaban excavaciones en la casa de Ciudadela, con el convencimiento de que allí podía estar enterrada la chapa-patente del Chevrolet usado para trasladar al médico. Pero el procedimiento resultó un fiasco.

A Abel le gustaba disfrutar de los días en el campo, el problema era la noche. No había mucho para hacer ni dónde ir, salvo Marcos Juárez. Por eso iba a compartir la permanencia en la estancia con dos amigos, Alberto Malaver, cuyo padre había sido funcionario del gobierno de Alvear, y Santiago Hueyo, hijo de Alberto, el poderoso ministro de Hacienda de gobierno de Justo, un hombre que no era ni político ni economista, sino un abogado estudioso de las finanzas. Para distraerse, los tres muchachos decidieron ir al cine a Marcos Juárez. Salieron con Juan Bonetto, el mayordomo de la estancia, el único de los tres que iba armado con un revólver en la espalda, sin que los jóvenes lo supieran. Ayerza manejaba el automóvil, un Desoto flamante (hacía apenas cuatro años que la marca había sido fundada por Walter Chrysler).

La madrugada del domingo 23 de octubre volvían a la estancia. El camino se iluminaba solo por los faros del Desoto, con Abel siempre al volante, cuando, a lo lejos, cerca de la tranquera de entrada, le pareció ver un bulto. Enseguida, el bulto se transformó en un Buick, estacionado al costado del camino con las luces apagadas. Cuando estuvieron más cerca, los muchachos vieron a un hombre que hacía señas con una linterna. Abel se detuvo al lado. El Buick era azul. Se hallaban a unos trescientos metros del casco de la estancia.

—¿Le pasa algo? —preguntó Ayerza.

—No*, siñor, gracia* —respondió el hombre, que no podía disimular su acento italiano. —Es que necesito saber, esteee… *cuál é il camino a*

Markos Kuárez.

Abel estaba por decirle que era ese mismo por el que venía, cuando, de golpe, cuatro hombres armados salieron del oscuro trigal, mientras el que había preguntado levantaba una escopeta. Este era Santos Gerardi, un delincuente siciliano. Los asaltantes tenían winchesters y carabina, que apuntaban hacia los ocupantes del Desoto. Los hicieron descender y ponerse en fila, los palparon de armas y le quitaron el revólver al mayordomo Bonetto. Luego, pincharon los cuatro neumáticos del Desoto. Gerardi los fue interrogando a uno por uno, de derecha a izquierda. Quería saber cómo se llamaban. El primero fue Malaver; antes de que pronunciara palabra Gerardi le sacó el sombrero tipo fedora que llevaba y se fijo en las iniciales. Se lo devolvió y siguió. Le hizo la misma pregunta al siguiente.

—¡Soy hijo del ministro de Hacienda!

—¡Qué bien! —exclamó Gerardi. No le importaba en absoluto. Estaba buscando a otro, al que habían marcado como el millonario. Le dio vuelta la cara a Hueyo y se dirigió a Bonetto—. Sabemos que usted es el mayordomo, lo que quiere decir… —miró a Abel— que usted es Abel Ayerza.

De inmediato lo puso aparte. Entonces Hueyo saltó. Dijo que si se lo llevaban a Abel deberían llevárselo a él también. Gerardi lo miró extrañado, pero aceptó. Subió a los dos al Buick. Entonces se dirigió a Malaver y a Bonetto, y les dijo que no se preocuparan por aquellos, que los tratarían como si estuvieran en sus casas. Que se quedaran dos horas sin moverse de ese lugar.

—Mañana va a llegar a la estancia una carta con el monto del rescate, que entregarán donde se les dice. No le digan nada a la policía porque puede ser peligroso para ellos —dijo señalando a Hueyo y a Ayerza— y para ustedes también. ¡Vos —le dijo a Ayerza—, hablales!

—Consigan la plata y no cuenten nada de esto —les dijo Abel.

Enseguida ataron y amordazaron a Malaver y a Bonetto.

Los secuestradores subieron al Buick y se fueron. Eran todos sicilianos, Gerardi, Romeo Capuani, que conducía el automóvil, Pietro Gianni, Juan Vinti y José Frenda. Hicieron casi noventa kilómetros hasta llegar a Corral de Bustos, ocho horas después. Allí los estaban esperando en la chacra de los verduleros Vicente y Pablo Di Grado. Los hermanos Di Grado tenían una muy buena reputación en la zona como hombres trabajadores y

honestos. Vicente contaba con un antecedente criminal, pero en Italia, como miembro de la mafia siciliana. De hecho, los Di Grado habían llegado a la Argentina huyendo de la persecución emprendida Benito Mussolini en Sicilia, en 1925, para acabar con las "coscas" o clanes mafiosos. Pero aquí, en Corral de Bustos, los Di Grado eran respetables trabajadores y hombres de pocas palabras. Cuando llegó el Buick con los secuestrados, los gestos de reprobación de los hermanos fueron muy elocuentes. No había sido planeado que trajeran a otro más. Solo querían a Ayerza, que era el de la plata. Los otros sabían que no convenía discutir con los Di Grado por una poderosa razón: no tenían otro lugar donde dejar a la víctima. Finalmente, pusieron a Ayerza, que tenía vendados los ojos, en el sótano del establecimiento. Juan Vinti se quedó para cuidarlo con otro italiano, Anselmo Dallera, que no era siciliano sino piamontés. Los otros, Gerardi, Capuani y Frenda siguieron viaje con Hueyo hasta el paraje Cuatro Esquinas, a veinte kilómetros de Rosario. Allí le dieron la carta de rescate y lo liberaron. Hueyo fue recogido por un camión de verduras, que lo llevó hasta Rosario. Lo primero que hizo fue enviarle un telegrama a Malaver para comunicarle su libertad, recordarle que no abriera la boca y avisarle que se tomaba un tren a Retiro. Cuando llegó, la noticia del secuestro estaba en todos lados. Los titulares de los diarios de Santa Fe, Córdoba y Buenos Aires hablaban de la captura del hijo del ministro de Hacienda. No era para menos. La agitación era enorme, comparable con la de Favelukes, aunque alimentándose a cada instante por infinitas especulaciones. Las policías de la Capital y de Córdoba estaban desorientadas y preocupadas, pues había que ser muy poderoso para atreverse a tanto, secuestrar al hijo de un ministro, un muchacho que representaba la flor y nata de la juventud argentina. La policía de Rosario estaba en la misma situación, aunque fue la primera en presentir de dónde podía venir este tiro.

Con la liberación de Hueyo era patente que el que les interesaba a los secuestradores el otro muchacho, Abel Ayerza. ¿Era un secuestro político? Santiago Hueyo fue esquivo con la policía y hasta con su propio padre, a quienes no les contó casi nada. No hizo lo mismo con la prensa. Al diario *Crítica*, por ejemplo, le relató que los secuestradores tenían acento italiano. Y a un periodista de United Press le dijo que la casa a la que los habían llevado tenía baldosas hexagonales de color borravino y un arabesco o dibujo que pudo ver porque tenía la cabeza gacha y su venda no estaba muy

firme. Cuando este dato fue publicado, Vicente Di Grado levantó los pisos de la cocina, donde estaban los mosaicos que había visto Hueyo y los cambió por otros.

Santiago esquivó a la policía para llegar directamente a María Adela Arning, la mamá de Abel, a quien le entregó la carta de los secuestradores. Pedían ciento veinte mil pesos. Indicaban, además, que un hombre debía viajar a Rosario y alojarse en el Hotel Italia. De Rosario debía viajar a Marcos Juárez, saliendo a las siete de la mañana en un automóvil que debía llevar una banderita argentina atada en el radiador. No era necesario que el pagador fuera el hijo del ministro de Hacienda; podía ser cualquiera. Santiago Hueyo se escondió de todos. Se lo vio en Pergamino; después en Rosario. Hasta que se perdió su pista. El martes 25 de octubre, el diario *El Orden*, de Santa Fe, tituló: "Desapareció otra vez el hijo del ministro Hueyo"; en una bajada informaba que: "Se cree que ha de llevar el dinero para el rescate de su amigo Abel Ayerza". Y aclaraba, además, que era evidente que Hueyo había sido puesto en libertad con la condición de llevarles el dinero a los secuestradores. El hijo del ministro estaba reunido en Marcos Juárez con dos hermanos de Abel, Horacio y Hernán, listo para realizar el trayecto señalado.

Durante los siguientes tres días llovió como nunca en toda la zona y los caminos se volvieron intransitables. El rescate no pudo ser entregado. Ante ese imprevisto, temeroso de que lastimaran a su amigo, Hueyo aceptó hablar con la policía de Rosario. La decisión de Santiago alarmó a su padre, porque el ministro, como todo el gobierno nacional, consideraba que los policías rosarinos eran corruptos y, por ende, muy poco dignos de confianza. Como fuera, Santiago habló y confirmó que los delincuentes eran italianos, posiblemente sicilianos; reiteró las características del mosaico de la cocina de la primera casa donde habían estado, y agregó que había un perro negro que tenía un ladrido ronco. El jefe de policía, Eduardo Paganini, y el de Investigaciones, Félix de la Fuente, un hombre inmoral que encubría a los mafiosos italianos de la zona, le mostraron un álbum con fotos de bandidos de esa nacionalidad, muchos de ellos ya muertos. Santiago no reconoció a ninguno. Los datos aparecieron en los diarios y, otra vez, Vicente Di Grado se dispuso a eliminar evidencia. Mató a su perro negro, que ladraba ronco.

Para poder recibir el rescate, los italianos idearon otro plan. María Sabella de Marino había sido la suegra de Salvatore Rinaldi hasta que, durante una discusión, este baleó a su mujer. Rinaldi era el encargado de recoger los ciento veinte mil pesos del rescate. María, además, ofrecía su casa de Rosario, en la calle Tupungato al 1500, como sitio de reunión de los mafiosos. Su marido, Salvatore Lino, no participó del secuestro de Abel porque estaba preso. Santos Gerardi le encargó a María que fuera a Corral de Bustos a ver a los Di Grado con un mensaje: Ayerza debía redactar otra carta con nuevas indicaciones para el pago. El 28 de octubre, María volvió con la nueva nota, que de inmediato le hicieron llegar a los amigos de Ayerza. El pago se realizó finalmente el domingo 30 de octubre. Horacio Zorraquín y Mario Peluffo, dos amigos del muchacho secuestrado, llegaron a Rosario a las 12.30 y tomaron un tranvía hasta San Martín y Ayolas. Tal como se les había indicado, llevaban un pañuelo blanco en el bolsillo izquierdo del saco. Bajaron en la esquina y esperaron. Para distraer a la policía, Santiago Hueyo con Hernán y Horacio Ayerza se mostraban en un auto por el centro de Rosario.

Dos autos pasaron delante de Zorraquín y Peluffo. Esperaron. Uno de los autos, que era un taxi, volvió a pasar y se detuvo frente a los muchachos. El conductor era Santos Gerardi, su acompañante, Salvatore Rinaldi. Este se bajó y encaró a Zorraquín y Peluffo. Les preguntó si tenían algo para entregarle. Zorraquín contestó que sí y le dio el dinero. Los billetes eran de cien pesos y su numeración había sido entregada a la policía. En el otro auto estaban Capuani y Frenda, que controlaron el pago desde cierta distancia. Rinaldi les dijo a los dos amigos si no querían que los llevaran hasta la estación Sunchales. Zorraquín y Peluffo respondieron que preferían tomarse un ómnibus.

La policía logró finalmente meter la cuchara en la investigación. En un comienzo su actuación había sido penosa. Ni en Córdoba ni en Buenos Aires sabían por dónde empezar. Tampoco la de Rosario, por lo menos al principio. Cuando fue evidente que se trataba de mafiosos italianos se presentó un verdadero problema, porque la policía argentina había minimizado su presencia en el país, al punto que ni siquiera los habían tenido en cuenta en el caso del secuestro de Favelukes, ni en el crimen de Alzogaray, asesinado en Rosario.

A fines de la primera década del siglo, se establecieron en la Argentina inmigrantes italianos que tenían antecedentes penales en su país. Aquí se convirtieron rápidamente en líderes de grupos mafiosos, como Juan Galiffi. La primera noticia de sus actividades apareció en la prensa en 1916, cuando en Rosario se informó sobre un hecho inédito: la extorsión de un almacenero, llamado Félix Rojas, a quien le exigieron el pago de una contribución de cinco mil pesos para que lo dejaran trabajar en paz. Ante su negativa, un joven que pasaba en bicicleta, en lo que sería algo así como el germen del sicariato, le disparó dos tiros que, por fortuna para Rojas, no dieron en el blanco. En un comienzo, esas eran sus víctimas: trabajadores, personas de clases bajas y hasta sus propios compatriotas. Luego apuntaron a personas de fortuna. Lo que Favelukes dijo acerca del buen trato recibido no era producto del miedo a represalias. Era verdad: los mafiosos no querían dañar a sus víctimas para que el negocio continuase. La imagen de los delincuentes era muy importante, y una víctima asesinada era mala prensa. También estaba la cuestión policial. No era lo mismo comprar a un policía para que mirara hacia otro lado en un caso de secuestro, que pagarle para que hiciera la vista gorda en uno de homicidio; la reacción del público era otra. En general, y el caso Ayerza no fue la excepción, la banda criminal estaba integrada por familiares. Los grupos mafiosos se formaban según los lazos que los unieran; podían ser de sangre, en cuyo caso participaban esposas, hijas, madres, abuelos; o lazos de origen, que incluían a personas procedentes del mismo pueblo, en Italia.

El secuestro de Ayerza se había cometido en Marcos Juárez, y la policía local apenas realizó unos pocos reconocimientos en la zona rural. La de Rosario intervino porque allí se había pagado el rescate, y los hombres del comisario Félix de la Fuente realizaron procedimientos tan espectaculares como inútiles. Por fin, la policía de Buenos Aires se mantuvo a la expectativa. El ministro Hueyo no quería a los rosarinos por sus vínculos con los delincuentes locales. El gobernador de Córdoba, Pedro J. Frías, decidió darle una mano al gobierno nacional y, cinco días después de la captura de Abel, solicitó la colaboración de Buenos Aires. Le enviaron a un representante de la escuela de Polo Lugones, un comisario brutal, Víctor Fernández Bazán, cuyo apellido formaba parte de una expresión fatídica: “Ley Bazán”, que significaba el asesinato de presos desarmados y la

siguiente desaparición de sus cuerpos. Era uno de los policías más considerados por los políticos conservadores.

Apenas llegó a Córdoba, la sanguinaria brigada de Bazán realizó las primeras detenciones. La consigna era una sola: arrestar a los italianos de la región, solo eso. Así fueron cayendo, entre otros, Anselmo Dallera, Pietro Gianni y Carlos Rampello. Este último fue detenido en Chilibroste, en la casa de su cuñado Giuseppe Frenda, uno de los secuestradores de Abel. Dallera había ido varias veces desde Villa Gobernador Gálvez, donde vivía, hasta Corral de Bustos para cuidar a Ayerza. Y Pedro Gianni era el culpable de todo. Vivía en el campo y era vecino de la estancia El Calchaquí, de los Ayerza. Se encargaba de señalar a las personas con dinero que podían ser secuestradas por sus paisanos. Primero se fijó en un tal Domingo Benvenutto, comerciante de Leones, a diecisiete kilómetros de Marcos Juárez, y también en los herederos de Pedro Araya, que tenían un campo vecino al de los Ayerza. Descartaron al comerciante porque no estaban seguros de su fortuna, y a los herederos de Araya porque la sucesión no se había realizado. Al final, el elegido fue Ayerza. La noche anterior a la captura, los mafiosos que iban a secuestrarlo se reunieron en la casa de Gianni. Y el mismo día del secuestro, fue Gianni quien se dio una vuelta por El Calchaquí, aprovechando que los peones estaban jugando a la pelota. Bazán no se fijó ni en Gianni ni en Dallera, acaso porque los creía más resistentes a la tortura. Los tuvo en la cárcel solo un tiempo, y después los liberó. Se quedó con el joven Rampallo.

Rampallo había sido sospechoso del secuestro de los chicos Carlos Gironacci y Julio Nannini, hijos de comerciantes de Arroyo Seco, en marzo de ese año. El hecho se frustró porque los nenes escaparon de la verdulería de un tal Luis Buttice, donde los tenían retenidos.

Cuando se hizo público que Bazán se había quedado con Rampallo, llegó a Marcos Juárez José La Torre, un mafioso que se encargaba de asesorar y proteger a sus compañeros, y mantenía un amistosa relación con el patrón de la policía rosarina, el comisario Félix de la Fuente. Ambos habían recibido dinero del pago de muchos rescates. Ahora, La Torre la tenía más difícil porque Rampallo no estaba bajo el dominio de su amigo De la Fuente, sino de un comisario rompehuesos de Buenos Aires, Fernández Bazán, con el que no tenía relación. Cuando vio a Rampallo,

antes de que lo torturaran, le recomendó que no hablara. Luego le mintió, le dijo que lo protegería.

Bazán sometió a Rampallo a un suplicio devastador hasta que el muchacho confesó lo que sabía y lo que no sabía. Dijo que el secuestro se había planeado en Rosario, en la casa de su tío Antonio Rampallo, y que los autores habían sido José Frenda, Juan Vinti, Felipe Campeone, Capuani y Gerardi; que al estudiante de medicina lo había entregado el comisionista Domingo Catera, y que habían escondido a Abel en un pueblo de Cruz Alta. En la siguiente sesión de tortura dijo que estaba en Monte Buey, y en la tercera, que estaba en Monte Maíz. En la última función de tortura balbuceó que se hallaba en Bell Ville, y que Vinti y Frenda lo custodiaban. Bazán se apuró en dar por resuelto el caso. Los diarios, convenientemente informados por los policías, ya celebraban la inminente liberación. Hubo festejos en varias ciudades del país. En Bell Ville se lanzaron bombas de estruendo; y en otras ciudades se hicieron sonar las sirenas. El 3 de noviembre, Bazán se dirigió a Rosario para detener a Vinti y Frenda, pero el auto sufrió un desperfecto. Le pidió a De la Fuente que fuera a detener a los mafiosos, pero al llegar a sus casas solo encontró a sus mujeres.

La confesión de Rampallo era ilegal. Algunas de las personas que nombró, como Vinti, Capuani, Gerardi y Frenda, aunque no sabía cuál había sido el papel de cada uno, eran responsables del secuestro; otras, como Campeone, Catera y su propio tío eran inocentes. Bastaba ver cómo quedó Rampallo para darse cuenta de la clase de procedimiento que se había utilizado para obtener la confesión. Esta era una mezcla de datos ciertos, medias verdades e imaginación policial, producto de la tortura. Al fin, no fue tomada en cuenta en los tribunales.

El caso Ayerza fue la novela del verano de 1932 a 1933. Mientras las policías se desconfiaban, la familia estaba preocupada porque el rescate se había pagado y el muchacho no aparecía, a pesar de que los italianos habían prometido soltarlo de inmediato. En la calle, después de la algarabía por la falsa liberación, se hacían suposiciones de todo tipo. En la policía de la Capital se empezó a decir, ya hacia fines de 1932, que Ayerza descansaba en Europa. Los rosarinos afirmaban que, como el secuestro se había producido en Córdoba, su esclarecimiento era responsabilidad de los cordobeses. Hasta Santiago Hueyo pensaba que su amigo estaba oculto en

Córdoba, vaya a saber por qué razón. Y el gobierno de Justo aparecía en escena con el proyecto de pena de muerte por silla eléctrica.

El día que pagaron el rescate de ciento veinte mil pesos, aquel domingo 30 de octubre de 1932, en la esquina de San Martín y Ayolas, en Rosario, Salvatore Rinaldi les aseguró a Zorraquín y Peluffo, que el muchacho sería liberado el día siguiente o el otro, a más tardar. Con el dinero en sus manos, Rinaldi le informó a Gerardi que el pago había sido realizado; este le ordenó a María Sabella de Marino que enviara un mensaje en clave a Corral de Bustos para que liberaran a Ayerza. Sabella le pidió a su hija Graciela Marino, que sabía leer y escribir, que enviara el mensaje. Como el aviso debía ser en clave, a la chica se le ocurrió poner algo que no tuviera que ver con el secuestro y mucho menos el nombre de la víctima. Puso: "Manden al chancho, urgente".

El telegrama iba dirigido a Anselmo Dallera, que criaba chanchos; pero Dallera había caído en una de las batidas del comisario Fernández Bazán. Por eso, lo recibió Alcira Medina, su mujer, que no lo entendió y se los dio a los hermanos Di Grado, dueños de la chacra donde retenían a Abel. Los Di Grado no le dieron importancia.

Una historia contada desde entonces sostiene que Alcira Medina o los Di Grado entendieron "Maten al chancho", en lugar de "Manden al chancho". Sin embargo, ninguno de los protagonistas jamás mencionó este supuesto equívoco.

El día 30 de octubre y el siguiente la rutina no se modificó. Abel pasaba todo el día en el sótano, a la noche lo sacaban a caminar un rato por el campo y lo devolvían al sótano. Tal vez, los hermanos verduleros de Corral de Bustos creían que alguno de los paisanos detenidos los había delatado o iba a hacerlo. La policía siempre andaba cerca de la chacra y, después de tantos días, era muy peligroso mantener al rehén. Vicente Di Grado pensó, entonces, en la posibilidad de deshacerse de Ayerza. Aun con el pago del rescate, se formó la idea de que el muchacho no se callaría y los delataría. Él podía identificarlos. Las cosas no habían salido como se habían pensado. El secuestro duró demasiado. Los cajones de fruta sobre los que se apoyaba el colchón donde dormía Abel identificaban a la verdulería. Vicente pensaba demasiado en Ayerza. Nunca nadie explicó la razón de la muerte del muchacho; pero los Di Grado eran espíritus rudimentarios, de mentalidad áspera y, así como rompieron azulejos y mataron a un perro para

que nos los identificara, el temor de que cayera la policía o de que Abel reconociera algún detalle de la chacra pudo haber sido suficiente.

El 1 de noviembre, Vinti y Pablo Di Grado sacaron a Ayerza del sótano y lo subieron a un carro. En él llegaron hasta un maizal, en Chañarito. Lo hicieron bajar y le dijeron que caminara. Lo mataron por la espalda y lo enterraron ahí mismo. Sin embargo, no lo dejaron allí. Dallera, ya libre, y los hermanos Di Grado fueron a buscar el cuerpo el 21 de noviembre. Lo desenterraron, le sacaron las ropas y lo llevaron a Colonia Carlitos, cerca de Chañar Ladeado, en Santa Fe. Ahí lo enterraron nuevamente.

El 3 de noviembre, el resto de la banda se enteró de que habían matado a Ayerza. De todos modos, los Di Grado ya tenían su parte del rescate, siete mil pesos, luego de que José La Torre hiciera el reparto. Los hermanos verduleros escondieron el dinero en un colchón.

Si el temblor provocado por el caso Ayerza podía ser un freno para los golpes mafiosos, el caso Martín mostró lo contrario. El 29 de enero de 1933, Marcelo Enrique Martín, uno de los hijos del suizo Julio Ulises Martín, fundador de la Yerbatera Martín y Cía. y ex presidente de la Bolsa de Comercio de Rosario, dejó su *voiturette* en el garaje El Volante, de la calle Tucumán al 1800. Mientras caminaba hacia su casa se le acercaron dos hombres, que lo tomaron por detrás, y le pusieron un pañuelo en la boca y una capucha. Lo empujaron dentro de un taxi y salieron velozmente. La familia recibió una carta donde se pedía un rescate de ciento cincuenta mil pesos. El hermano de Marcelo, Alberto, pagó esa suma en el Cruce Alberdi. Marcelo fue liberado sano y salvo. Aunque no se hizo la denuncia, el caso trascendió. Entonces, más que nunca, la familia de Ayerza se preguntaba, ¿qué pasaba con Abel? ¿Lo habían matado?

Por medio del ministerio del Interior, el gobierno de Justo intervino directamente en el caso. Un empleado del ministerio, Miguel Ángel Tentorio, hombre acostumbrado a los trabajos sucios, reclutador de rompehuelgas en el bajo mundo y ex comisario de la Legislatura de Santa Fe, acordó una reunión con Carmelo Vinti, el hermano mayor de Juan, y con José La Torre. Todo el mundo sabía que a Abel se lo habían llevado los italianos de Rosario, pero la policía de esa ciudad no se metía porque estaba comprada. Por eso, el gobierno nacional actuó por cuenta propia, sin depender de ninguna policía, al menos de manera oficial. Así, se realizaron diversos encuentros con los mafiosos, en los que participaron el brutal

torturador Fernández Bazán, uno de sus hombres de confianza, Cayetano Bruno, y uno de los hermanos de Abel, Horacio. Este le pidió a La Torre que intercediera ante los secuestradores, y que si su hermano estaba muerto, que le devolvieran el cadáver a la familia. Aunque prometió ocuparse, La Torre no hizo nada. El 11 de febrero de 1933, Fernández Bazán decidió hacer lo que sabía hacer. Secuestró a Carmelo Vinti y a La Torre, y los trajo al Departamento de Policía de la Capital. Los dos fueron torturados. La Torre, que quedó postrado durante meses, confesó. A causa de las torturas, Carmelo Vinti reveló lo que había sucedido con la víctima antes de morir. El 22 de febrero de 1933, el cadáver de Abel Ayerza fue hallado en el lugar indicado por Vinti. Casi todos los mafiosos fueron detenidos.

La noticia del crimen de Ayerza explotó como una bomba. Hubo manifestaciones en cada una de las estaciones por donde pasaba el tren que transportó el ataúd desde Córdoba a Buenos Aires. El trayecto desde Retiro a Recoleta fue realizado muy lentamente, en medio de una multitud. Muchos lloraban, otros prometían venganza, insultaban. Los diarios hablaban de personas con crisis de nervios, desvanecimientos, que caían en la calle mientras sobre volaban flores hacia el ataúd. Integrantes de la Legión Cívica montaron guardia al lado del féretro. "¡Ayerza, serás vengado!", gritaba uno con el puño en alto. Se lanzaron insultos contra los de siempre, extranjeros, radicales, comunistas. En los discursos de despedida se denunció la inmigración indiscriminada y la debilidad del Código Penal. Juan Antonio Bordieu sostuvo que se debía militarizar al pueblo, porque esa sería una forma de defensa propia frente a un Estado que había pactado con el delito. A cada instante aumentaba el fervor por la acción directa y parecía que, de un momento a otro, el cielo se llenaría de balas. Balas en el cielo. El último en hablar en la despedida de Ayerza fue Alfredo Villegas Orompí, que reclamó endurecer las leyes contra el delito. La multitud se desplazó entonces hacia Plaza de Mayo repitiendo esa consigna.

Ninguna de estas situaciones pasó inadvertida durante el debate sobre la pena de muerte por electrocución en el Senado. El senador Alberto Arancibia Rodríguez se refirió directamente al caso Ayerza: "¡Quién sería el que se atreviese en estos días a pedir indulgencia para un bandido como el que asesinó a Ayerza, después de secuestrarlo en banda de facinerosos, de

noche y en despoblado, de tenerlo sendos días a pan y agua, y exigir un fabuloso rescate!”

Sin embargo, los propios uriburistas y conservadores tuvieron dificultades para sostener una de las premisas de la iniciativa: que durante el gobierno de Yrigoyen los delitos habían aumentado escandalosamente. Las cifras de la policía decían otra cosa. Que en 1929 se habían cometido 14.405 delitos en la ciudad de Buenos Aires, que tenía una población de 2.110.910 habitantes. En 1930, la cifra ascendió a 15.730; en 1931, a 16.031, y en 1932, a 19.122. Fue durante el período de la dictadura fascista que los números se fueron al demonio y eso, sostuvieron los senadores de la oposición, nada tenía que ver con la supuesta dulcificación de las penas.

Los senadores Matías Sánchez Sorondo y Alfredo Palacios volvieron a enfrentarse en el Senado, como lo habían hecho en marzo de 1932 alrededor de las denuncias de torturas durante el régimen de Uriburu, cuando el primero había sido ministro de Interior, y sostén de Polo Lugones y la tortura. Sesiones de tortura que, según le enrostró Palacios, a veces él mismo presenciaba.

—Solo la amenaza de la muerte suele detener el brazo del asesino y salva a la víctima. Si la pena de muerte no es intimidante, ¿cuál pena puede intimidar? —sostuvo el conservador.

—Constituye una aberración utilizar la vida de un hombre como medio para lograr el fin de intimidación social —retrucó Palacios.

¿Quién había disparado contra Abel Ayerza? ¿Pablo Di Grado o Juan Vinti? Ellos eran los que lo habían llevado a Chañarito. Cuando fueron detenidos, los mafiosos se culparon mutuamente.

—Miente ese desgraciado de mierda. Jesuita, patricida (sic), si a mí me lo dejaran suelto a este le haría decir la verdad. —Después de insultar a Di Grado de esta manera, Vinti le escupió en la cara.

—Si a mí me lo dejaran solo le chuparía la sangre y le comería el alma. Tengo ardor en el corazón, porque es un traicionero que con engaños ha desgraciado a toda una familia —le replicó Di Grado, haciendo fuerza para soltarse del custodio y echársele encima a su compatriota.

En 1937, el juez Luis Agüero Piñero dictó sentencia: condenó a prisión perpetua a Gianni, a La Torre, a los verduleros Vicente y Pablo Di Grado, a Vinti y a Capuani. Gerardi fue detenido en 1934 y recibió la misma pena. La Cámara del Crimen confirmó todas las perpetuas y modificó las penas

menores. María Sabella y Salvatore Rinaldi recibieron 20 años, pero Rinaldi fue expulsado del país en 1939; Carlos Rampello, el que había sido torturado por el comisario Fernández Bazán, fue absuelto; Graciela Marino, la del telegrama con la frase "Manden al chancho", recibió 12 años. Juan Galiffi, alias "Chicho Grande", que no tuvo participación en este secuestro pero a quien todos respondían, fue deportado a Italia el 17 de abril de 1935.

La pena de muerte por electrocución fue aprobada por el Senado de la Nación en 1933. Sin embargo, el proyecto nunca fue tratado en la Cámara de Diputados. Los instrumentos de tortura, a veces ostensibles, a veces escondidos, se mantienen, especialmente los cables pelados que, según Lugones, cualquiera tiene a mano.

¡¿QUÉ SABÉS VOS DE TORTURAS?!

Polo Lugones se casó con Carmen Aguirre, hija del pianista y compositor Julián Aguirre. Ambos tuvieron dos nista y compositor Julián Aguirre. Ambos tuvieron dos hijas: Carmen, a la que le decían "Babú", y Susana, a la que llamaban "Pirí". En 1935, Pirí Lugones tenía diez años, cuando al pasar por un kiosco de revistas vio la cara de su padre en el cuerpo de un monstruo. Era la portada del diario *Crítica*, que acompañaba la caricatura con el siguiente título: "El torturador Lugones". Pirí nunca ocultó el desprecio que sentía por su padre. "Hola... Soy Pirí Lugones, la nieta del poeta e hija del torturador", se presentaba. Polo se suicidó en 1971 de un tiro en la cabeza.

Pirí fue escritora, traductora y periodista. En 1958 se separó de su primer esposo, Carlos Peralta, con el que había tenido tres hijos. Cautivada por la figura de Ernesto "Che" Guevara, viajó a Cuba. Durante tres años vivió con Rodolfo Walsh. Colaboró con la oficina en Buenos Aires de la agencia nacional de noticias cubana Prensa Latina. Fue militante montonera con el seudónimo "Rosita". Realizó trabajo barrial, de prensa e inteligencia. El 20 de diciembre de 1977 fue secuestrada en su domicilio de Barrio Norte y desaparecida. Se cree que fue torturada con los mismos instrumentos que había inventado su

padre. Se cuenta que enfrentaba al torturador diciéndole: “¡Qué sabés vos de torturas! ¡Torturador era mi viejo!”. La asesinaron en un traslado masivo en febrero de 1978.

XV

Los niños cantores. Bolillas cargadas (1942)

—Tengo hambre, Praino.

—Y a mí qué me decís. ¿No te comiste en el laburo el sánguche que te hizo tu vieja?

—Sí, pero tengo hambre, tenía poca mortadela y poca miga. Yo no sé lo que hace mi vieja. Para mí que la miga se la come ella o se la da al gato, ¡qué sé yo! Y tengo sueño —insistió Navas.

—¿Y qué tiene que ver el sueño con la panza? Dejate de embromar.

—Me voy a comer un especial de jamón y queso.

—Ah, sí, ¿y con qué lo vas a pagar? ¿Te sacaste la grande?

—Praino sonrió maliciosamente.

—Jajajaja… Entonces voy a esperar un poco para el sánguche, ¿no? Mejor me pido un café con leche.

—¿Estás seguro de que tu trompa entra? Porque si no nos hace la bolilla estamos fritos.

—Quedate tranquilo. Y no es mi trompa. Hace un montón que labura en el taller. Ahora hablamos con estos y…. —dio vuelta la cabeza y no los vio —. ¿Pero dónde están? Si venían detrás.

Los dos muchachos se detuvieron. Apechugaron el frío hasta que vieron aparecer a los demás.

—Ahí vienen. ¡Son más lerdos…! ¡Qué lo parió! —se quejó Praino. No había muchas personas en la calle, ni muchos automóviles. El combustible escaseaba ese invierno.

—Bueno, muzarela, que ya llegamos. —Navas, que tenía el cuello del saco levantado, lo estiró como si la tela fuera elástica y se acomodó el sombrero.

Los esperaron. Después, todos siguieron caminando por Rivadavia hasta el Café de los Angelitos, en la esquina de Rincón. Eran siete muchachos. En el grupo había uno más, que no podía concurrir a la reunión cumbre. El pibe, que se llamaba Mañana, se había ido a la casa. Era el más chico de todos, aún no había cumplido 18 años y su mamá lo tenía cortito.

—No importa, después te contamos —le dijo Navas cuando esa tarde habían salido de la Lotería—. Igual, si vos nunca estás, estás Mañana, jajaja... —Mañana le pegó un empujón.

Aquella fría tarde de fines de junio fueron al café a discutir un asunto de suma importancia. La idea de la reunión había sido de Miguel Ángel Navas. La propuesta consistía en hacerse ricos por obra de un chanchullo con los números grabados en las bolillas que manejaban con tanta destreza. Entraron. En los bares aún se hablaba de la experiencia de aquella vez, de la sombra de la Segunda Guerra Mundial sobre la ciudad, cuando se había realizado un ejercicio de oscurecimiento general. Los alemanes avanzaban en Rusia, y más de uno se excitaba con el resultado de la guerra en Europa. El café no estaba colmado, así que pudieron elegir la mesa que más les gustaba. Escucharon la palabra "Ortiz". Y no era para menos; el presidente de la Nación, Roberto Ortiz, estaba a punto de renunciar a su cargo por enfermedad, ya completamente ciego a causa de la diabetes. "¡Nos vamos a la mierda!", dijo un señor que hablaba pestes de "el catamarqueño" Ramón Castillo, el vicepresidente que se haría cargo del país. "¡A ver si nos manda a la guerra!", comentaba su compañero de mesa, agregando: "Ramona es capaz de todo" (Ramón S. Castillo se llamaba Ramón Antonio Castillo y su firma era un problema: "Ramón A. Castillo" sonaba a "Ramona Castillo"; por eso, la A. se transformó en S.).

Algunos de los muchachos trabajaban en diversos oficios y, además, lo hacían en la Lotería solo para realizar los sorteos, es decir, que cobraban por reunión. Con las propinas sumaban algún peso más; era costumbre que si entre el público que concurría a presenciar los sorteos salía un ganador, los chicos recibían unos pesos por haberle traído buena suerte. A veces, también, debían concurrir hasta la casa de algún afortunado medio codito de oro. Les quedaba, además, como otra especie de retribución extra, la

satisfacción de verse retratados en los diarios y en las revistas como los muchachos que traían la fortuna, acaso un incentivo para una tarea mal paga. Eran, en fin, los "niños cantores". No había un gran misterio detrás de esa expresión, que nada tenía que ver con la música, sino simplemente con cantar, vocear los números y los premios.

Sin embargo, sí era un misterio que le dijeran "niños", pues de niños no tenían nada. La mayoría de ellos rondaba los 18 años. Los había hasta de 20. Cuando alcanzaban esta edad, algunos elegían seguir como empleados administrativos de la Lotería, siempre y cuando tuviesen un político oficialista que los bancara o un funcionario público que diera referencias. Mientras, hacían de niños cantores. A pesar de sus piernas peludas, vestían como niñitos; el uniforme constaba de un guardapolvo color té con leche, de mangas largas y pantalones cortos. Ellos ya no andaban por la vida de pantalón corto sino que se los ponían, como los jugadores de fútbol, para realizar el sorteo. Apenas terminado, se calzaban de nuevo los largos.

Era una época de suelas rotas, escarbadientes en la boca y manos en los bolsillos; pero también de grandes negociados y corrupción, como la venta de los terrenos de El Palomar, 23 hectáreas que serían destinadas a la ampliación del Colegio Militar. El escándalo que se produjo ocupó la atención del público durante todo 1939 y 1940. El Estado terminó pagando un millón de pesos de más por terrenos que no lo valían, y cerca de medio millón para sobornar a diputados, hasta al mismo presidente de la Cámara de Diputados, Juan Kaiser). Uno de los legisladores implicados, el radical Víctor Guillot, se suicidó después de haberle dejado la coima a una amante. "Si todos meten la mano en la lata y no les pasa nada —decía el 'niño cantor' Praino—, ¿por qué nosotros no podemos meter la mano en la bolilla?".

Los muchachos le pidieron permiso a un mozo para acercar dos mesas. Navas estaba que se salía de la vaina. Y no le gustó para nada que, como siempre, sus compañeros de pusieran a hablar de la racha ganadora de River, de los once goles que le había hecho Boca a Tigre, hacía un par de fechas. Sus compañeros hablaban y hablaban de fútbol, que Rinaldo Martino esto, que Luis Rongo lo otro, que Pedernera no sé cuánto, y no terminaban más. "Che, siempre los mismos mamertos. ¡Van a andar toda la vida llorando por un verdolaga (un billete de diez pesos) si no me escuchan!"

Los otros obedecieron y, por fin, se quedaron mudos. Allí estaban seis de los diecinueve niños cantores que tenía la Lotería de Beneficencia. Los que no habían ido, salvo Mañana, era porque no habían sido invitados por Navas y Praino, que intuían que no aceptarían la propuesta e incluso que los delatarían. No eran del palo. Estaban los que mejor se llevaban. Como el de la idea era Navas, los demás esperaban que hablara primero. Navas, que trabajaba como aprendiz en una tornería, se inclinó hacia adelante con aire confidencial, provocó un movimiento de atracción gravitacional que hizo que los demás también lo hicieran. Les dijo que don Sabino Lancelotti, compañero suyo en la tornería y con quien había tenido largas conversaciones, debía ser considerado como uno más del grupo. Les contó que surgió la idea durante las discusiones que mantenía con Lancelotti, que estaba enfrascado siguiendo la huelga metalúrgica por un aumento de hasta el veinticinco por ciento en el salario de los obreros, que ganaban siete pesos al día. Le dijo que había que fabricar una bolilla de madera, sin número ni premio. Solo una de madera, la bolilla "blanca", y que el jornal, el porcentaje, la huelga y el torno se fueran al carajo.

—Miren —siguió Navas, mirando hacia los lados—, nosotros vamos a poner el número y el premio; y si ponemos el número y el premio, la plata es toda nuestra. Lo que tenemos que hacer es comprar el entero y listo. Y además, le jugamos las tres cifras a la quiniela y ya está. Nunca vemos un sope; por eso, vamos a hacer un sorteo para nosotros, no para los demás, a ver si dejamos de andar chanta y nos paramos de una vez.

—Entramos nada más que nosotros, ¿no? —preguntó Laddaga.

—Sí, y Mañana. Y el tornero amigo de este —respondió Praino—. Nos ponemos de acuerdo con los turnos y listo.

—¡Qué vida de mierda! —terció Enrique Tambone, el mayor de todos —. Te rompés el lomo para que te paguen un sueldo de doscientos pesos. Yo no quiero vivir pobre toda mi vida. Miren, me importa un carajo todo, ¿vieron? Porque hay tipos en el gobierno que se llenan los bolsillos, mientras a nosotros nos dejan en la *mishiadura.* ¡Que se vayan todos a la mierda! ¿Por qué no podemos hacer lo mismo que ellos? —López y Sitemberg suspiraron y asintieron con la cabeza.

—Bueno, pero pensemos cómo lo vamos a hacer. Lancelotti, entonces, nos fabrica la bolilla de madera, sin numerar ni nada —recapituló Navas—. Tenemos que darle las medidas justas. Piensen una cosa: todo el asunto está

en agarrar una bolilla de la caja donde van las bolillas con los números de los billetes, y ese número, el que agarremos, es el que hacemos ganar. Nos compramos todos los billetes y ¡paf!, listo el pollo y pelada la gallina.

—¿Y qué número? —preguntó Laddaga.

Los niños cantores se quedaron en silencio.

—¿Cuántos somos? —preguntó Navas—. A ver… —y los contó uno por uno—. Seis, bueno busquemos uno que termine en 06 o en 66.

—No, no, está mal. Falta Mañana y falta tu amigo Lancelotti —señaló Sitemberg.

—¿El 8? ¿El incendio? Vos estás del mate. No, no me gusta —se quejó Praino.

—¡Pero qué pastenaca que sos, viejo! —insistió Sitemberg—. Cualquier número está bien si-lo-vamos-a-hacer-ganar, gil —pronunció cada palabra haciendo una pausa entre ellas como si le hablara a un extranjero que está aprendiendo la lengua—. ¿Qué, te asusta que el 8 sea el incendio?

—Ganemos con un número que nos guste a todos. Será mejor, ¿no? —afirmó Navas apurando lo que le quedaba de café.

—Nosotros, los cantores que nos haremos ricos, somos siete —calculó López.

—¿Y qué tiene que ver? —se quejó Tambone haciendo un gesto con la mano como quien espanta una mosca.

—Que somos siete, che, y no me rompás —le espetó López.

—Bueno, hagamos una cosa. ¿Les va el 77? ¿Eh? Qué les parece, las piernas de mujer… Bueno, bueno —se apuró Praino antes de que lo corrigieran—, o las muletas. ¿Pero qué quieren? ¿Un número alegre? ¡Entonces juguemos al 20 o al 15! Déjense de joder. Probamos el 77 y vemos. Si no pasa nada y todo sale bien, pensamos otro número, le hacemos ganar más plata.

Navas, tímido, apuntó, entonces:

—Yo digo el 25 porque me gusta el puchero de gallina.

Todos lanzaron una risotada.

—Bueno, jajaja… Si ganamos con el 77 probamos con el 25, pero a la gallina le ponemos el primer premio.

En la Lotería de Beneficencia las bolillas se guardaban en cajas en la llamada “oficina de bolillas”. No había ningún empleado designado para su custodia o su transporte. Los días de sorteo llevaban las cajas hasta un

vestíbulo de la planta baja, situado a la derecha del globo mayor, donde después se colocaban las bolillas con los números de los billetes. El traslado lo hacía cualquier ordenanza, siempre por la mañana temprano, y allí las cajas se quedaban muchas horas, sin vigilancia. Todos podían verlas, pero ningún empleado tenía la obligación de ver. Esto quiere decir que muchos pasaban por allí, pero nadie tenía la consigna de quedarse junto a las cajas apiladas o, al menos, de echarles un ojo. Ninguna de las cajas tenía llave, no estaban precintadas, no tenían tapa con ajustes, sino una tapa de madera sin calzar, a pesar de que el reglamento de la Lotería decía que debían tener una tapa de cristal. Menos aún tenían cierre y seguro. Las cajas quedaban en ese lugar hasta cerca de las diez, cuando llegaba el escribano Frigoni. En cambio, no sucedía lo mismo con las cajas que contenían las bolillas de los premios, que sí tenían tapas de vidrio, precintos de plomo y cerradura con llave en poder del propio Frigoni. Las cajas con las bolillas de los premios se abrían en presencia del público, eran contadas una por una y se controlaba sus inscripciones, es decir, que las cifras se vieran claramente, en especial las bolillas de los premios mayores. Además, eran echadas en un cajón donde un empleado las revolvía con una paleta. En otras palabras, los niños cantores podían robar la bolilla con el número del billete pero no podían hacer lo mismo con la del premio. ¿Entonces?

La paciencia era la virtud que los haría millonarios. Debían esperar que durante el sorteo saliera la bolilla con el premio que se quisieran llevar, entonces escamotearla y cantar un premio menor. El plan tenía varias etapas: conseguir una bolilla de madera sin ninguna inscripción que utilizarían en el tablero donde se ponían los números que iban saliendo; robar la bolilla real con el número que harían ganar; esperar que saliera la bolilla con el premio que se quisieran llevar y esconderla.

El 15 de julio murió Roberto Ortiz y Ramón A. Castillo lo sucedió en la presidencia. Los ocho niños cantores volvieron a reunirse en el Café de los Angelitos. Ya tenían la bolilla sin inscripción confeccionada por Lancelotti, según las medidas que le había pasado Navas. Harían el primer intento en la jugada del viernes 24 de julio, días después de que River le ganara 4 a 0 a Boca, y dos días antes de que se jugara la penúltima fecha de la primera rueda del campeonato de fútbol. El número elegido fue el 25.977, que combinaba la gallina (25) con las piernas de mujer o las muletas (77). Decidieron no ganar el primer premio. Los muchachos se sentían

sobrepasados frente a la gran posibilidad. Irían de a poco, sin un estreno rutilante. Por el contrario, prefirieron asignarle el cuarto premio de cinco mil pesos. Al mismo tiempo, jugarían a la quiniela ilegal las tres cifras, 977. No había posibilidad alguna de perder.

—Es lo que yo digo, viejo. Si nos llegan a agarrar —afirmó Praino—, hay que decirles que para nosotros esto es beneficencia.

—¿Qué es beneficencia?

—Esto, lo que vamos a hacer es beneficencia, o no.

—Sí, para nosotros, je. Pero ojo. No se hagan los otarios y anden batiendo por ahí. La familia de cada uno y basta. No hay que abrir la boca —sentenció Navas.

El viernes 24 de julio, los alemanes estaban a punto ocupar la ciudad rusa de Rostov y cercaban Stalingrado. En la jugada de la Lotería de Beneficencia de Buenos Aires salió, nomás, el 25.977. Nadie se dio cuenta de que el número y el premio habían sido puestos con la mano por los niños cantores. Ahora irían por el premio mayor. Habían ganado cinco mil pesos y estaba muy bien por ser la primera vez, pero no fue más que un cuarto premio. La próxima sería el primero. En eso pensaban el domingo 26 cuando Roberto Arlt cayó muerto de un infarto a los 42 años y en eso siguieron pensando porque la muerte de Arlt pasó totalmente desapercibida para la prensa y para todo el mundo. La preocupación de aquellos muchachos era la próxima jugada. Decidieron que sería la del 4 de septiembre. ¿El número? Acordaron que saldría el 31.025 con un premio de trescientos mil pesos.

Nunca se pudo saber quién fue ni si fue uno solo (lo que era improbable) el que anticipó, “de buena fuente”, que la grande del 4 de septiembre sería para el 31.025. Acaso los familiares de los niños cantores, los amigos de estos o los amigos de los amigos… La voz cubrió la Argentina y el día del sorteo casi todo el mundo sabía que iba a salir “la gallina”. Hasta el diario *Crítica* anticipó el número entero, con todas sus cifras. El 31.025 se llevará la grande, decía el periódico. Los capitalistas de la quiniela recibieron una enorme cantidad de apuestas al 025, y muchas eran por grandes sumas de dinero. En la Capital Federal el billete desapareció muy rápido en manos de los cantores y sus familiares. Hubo quienes viajaron a Tucumán y a Santa Fe en busca de un entero salvador. El país se encolumnó detrás de la gallina de los huevos de oro.

El viernes 4 de septiembre llegaron cerca de las 9.30 a la Lotería. Los ocho complotados, que incluía al capataz Tambone, se encargaron de licenciar a nueve muchachos y armaron las ternas según su conveniencia. En efecto, los niños cantores del sorteo eran tres, y se iban turnando. Como era costumbre, las cajas con las bolillas de los números a sortear estaba en el vestíbulo cercano al bolillero mayor, sin vigilancia. Tambone se acercó a la caja, sacó la bolilla 31.025 y puso en su lugar la bolilla "blanca" o sin número que había confeccionado Lancelotti. El escribano Frigoni no advirtió que faltaba ese número. Las bolillas con los números de los billetes ingresaron en el globo mayor y en el más pequeño aquellas con los premios. Los dos globos funcionaban con electricidad y cada uno era atendido por un niño cantor. Otro se ubicaba en el centro de los dos globos y recogía las bolillas que le entregaban sus compañeros, tanto el que recibía los números del billete como el que recogía la bolilla con el premio. Ahora debían esperar que saliera el premio de trescientos mil pesos.

El globo chico era atendido por Francisco Mañana, el menor del grupo de confabulados. Después de casi una hora de sorteo, finalmente salió la bolilla con los trescientos mil pesos de la grande. Mañana la tomó en su mano derecha y cantó, inmutable, un premio común de cien pesos. Navas estaba en el centro de los dos bolilleros recogiendo números y premios. Cuando tomó la bolilla que le entregó Mañana vio que se trataba de la de trescientos mil y no una de cien pesos. Entonces la puso en el tablero pero con el número (300.000) hacia abajo. Nunca se sabrá cuál fue el verdadero ganador de ese sorteo, porque Navas jamás lo contó. Pero en ese momento, con rapidez, le hizo una disimulada seña a López para que fuera a relevarlo. A la vista del público, todo se desenvolvía con normalidad. Los niños cantores siempre tuvieron gran autonomía de movimientos y el manejo de los tiempos de sus intervenciones. Nadie los controlaba.

López comenzó a acercarse a Navas. Este apenas se movió para retirarse y, con gran destreza, realizó un movimiento disimulado, casi de prestidigitador, y tomó la bolilla de trescientos mil pesos justo en el momento en que López pasaba delante de él y lo cubría con el cuerpo. Pareció un movimiento natural. Al mismo tiempo, Mañana "corrió" una bolilla de cien pesos del globo chico y se movió hasta López para entregársela. Con la bolilla de cien pesos López cubrió el claro quedado en el tablero cuando Navas se robó la de trescientos mil. Nadie vio nada

extraño, ni el escribano ni el público. Todo pareció normal. En el público, algunos tenían la vista puesta en los globos; otros charlaban entre ellos; atento a las planillas y papeles que revisaba, el escribano no miraba a los niños. La rutina de un sorteo era la mejor pantalla para ocultar que en ese momento estaba sucediendo un acontecimiento extraordinario a la vista de todos, pero que nadie veía. Ahora, los niños tenían en su poder las dos bolillas, la del número que habría de ganar y la del premio que le correspondería. El sorteo siguió sin novedades, monótono como siempre. Habían completado el tablero 12 con números y premios, y comenzaban con el tablero 13. En ese breve descanso, Navas le pasó la bolilla de trescientos mil pesos a Praino y López le dio a Navas la bolilla con el número 31.025. Ahora Navas llevaba la bolilla con el 31.025 empalmada en su mano izquierda y se colocó para atender el bolillero grande de los números. Praino, por su parte, tenía la bolilla de los trescientos mil en su mano derecha y su posición era en el bolillero chico de donde salían los premios. En el medio se colocó López, que recogería las bolillas de Praino y de Navas. El último acto estaba por comenzar. Apenas se movieron los bolilleros, Navas y Praino estiraron sus manos para recibir las primeras bolillas. En cada una tenían escondidas las bolillas robadas. Navas fue el primero en cantar, como correspondía.

—¡Treinta y un mil veinticinco!

Praino acopló el canto del premio.

—¡Trescientos miiiiiiil pesos!

López recibió las dos bolillas y las puso en el candelabro donde se exhibían los premios grandes para que el público pudiera controlarlos. Se alzó el murmullo típico de los momentos culminantes. El escribano Frigoni se acercó y corroboró la veracidad del canto. Lo repitió y, de esa manera, protocolizó el sorteo. El fraude estaba cumplido.

“El 025, número anticipado ayer, salió con la grande”, fue el increíble titular, con tipografía catástrofe, del diario *Crítica* del día siguiente. Y seguía: “Un nuevo caso, tan sorprendente como los anteriores, se ha producido hoy en el sorteo de la Lotería Nacional. Desde anoche se hablaba de que la grande terminaría en 025. A tal punto llegó el anuncio que los levantadores de quinielas resolvieron defenderse y no tomar jugadas al 025. Algunos pocos lo hicieron”. Los quinieleros que sí tomaron las jugadas debieron suspender los pagos porque no podían asumir las pérdidas. Era

común escuchar alguien preguntarle a otro si le había jugado a la gallina. Mientras, los niños cantores pensaban en una jugada con un premio mayor de seis millones de pesos. Pero no comprarían todos los billetes, como habían hecho con el 31.025, sino la mitad, para que tres millones fueran al público y no se despertaran sospechas. El 025 había dado mucho que hablar, sobre todo el sábado 5 y el domingo 6 de septiembre, a pesar de que ese domingo hubo un partidazo 4 a 4 entre River y Gimnasia y Esgrima de La Plata en el Monumental. Y así como River se encaminaba al campeonato, la extraordinaria jugada del 31.025 se dirigía a perder su validez. Los niños cantores se darían cuenta de ello apenas unas horas después.

—Debe ser usted el único que no le ha acertado al 025 —le dijo un colaborador a Agustín Rodríguez Araya cuando entró al Congreso el lunes 7 de septiembre. Rodríguez Araya era un diputado radical por Santa Fe e integraba la comisión investigadora del funcionamiento de la Lotería Nacional, que indagaba sobre distintos desarreglos, como premios que se habían pagado sin billete o bolillas correspondientes a ciertos números que pesaban más de lo permitido y favorecían ciertas jugadas. Pero a lo que le había dedicado más tiempo fue a descubrir la corrupción en las concesiones para vender billetes, que en lugar de ser otorgadas a personas necesitadas, indigentes, iban a parar en su mayoría a manos de parientes de ex presidentes del país, legisladores, jueces, sacerdotes, militares, hacendados y banqueros. Eran como pensiones vitalicias. “Un presidente de la Lotería distribuye generosamente decenas a sus maestros de golf; tres de ellos perciben en total 39.000, 37.000 y 29.000 pesos. Un activo revolucionario de septiembre de 1930, teniente coronel, ha hecho dar a su cónyuge decenas. Un ministro de Dios en la Tierra tiene su pedicuro y gratifica sus servicios con decenas”, escribió el legislador radical en el dossier de su investigación.

En relación con el asunto de la grande del viernes 4 de septiembre, Rodríguez Araya se hizo una simple pregunta. ¿Cómo era posible que los chicos cantaran el número que esperaba todo el mundo? ¿Coincidencia? Averiguó sobre un intento de comprar un entero en Santa Fe, su provincia, y el fin de semana se fue para allá. Desde una semana antes, los santafesinos sabían que iba a salir el 31.025. Era una trampa, una trampa que no habría podido realizarse sin la participación de los niños cantores. Desde Rosario,

Rodríguez Araya tomó la inusual decisión de ordenar el arresto de todos ellos, de los diecinueve. Mientras el diputado volvía a Buenos Aires, los Niños fueron llevados al Congreso. Ubicaron a diecisiete de los diecinueve y a todos los interrogaron. El martes 8 de septiembre, el círculo de sospechosos se había reducido a siete. Todos se declararon inocentes. O se formalizaba la acusación o debían ser liberados. Ese era el dilema que había planteado el juez penal Vásquez, que estaba de turno en la Capital. A los miembros de la comisión investigadora se les ocurrió intentar una estratagema. Dejaron a los siete niños cantores en una sala del Congreso con los policías que los custodiaban. Los muchachos se morían de miedo. No hablaban; apenas se cruzaban algunas miradas. De repente, Rodríguez Araya entró en la habitación, llamó a Francisco Mañana y le ordenó que lo acompañara. Los demás no sabían qué estaba ocurriendo. ¿Por qué se lo llevaron a Mañana?

A solas con el muchacho, Rodríguez Araya jugó una carta.

—Praino y Navas estaban en la terna que atendía el sorteo cuando salió el 31.025, ¿no?

—Sí… eso es sabido —dijo Mañana muy despacio.

—Bueno, de acá te vas a la Seccional. Praino y Navas confesaron.

Mañana se quedó helado. No dijo nada, solo se miraba los zapatos. Rodríguez Araya le había mentido. El muchacho, no obstante, no se derrumbó.

El legislador lo dejó solo con sus pensamientos y se fue nuevamente a la sala donde estaban los demás cantores. Entró sin apuro y se dirigió directamente a los policías.

—Llévenlos nomás al Departamento de Policía. Mañana ha confesado.

Los niños abrieron los ojos y murmuraron entre ellos. No podían creerlo. Todos se pusieron pálidos, menos Navas, que tenía la cara roja de furia. Ninguno dijo nada. Rodríguez Araya salió y los policías hicieron que los Cantores formaran una fila india para trasladarlos al Departamento. Un agente se acercó a Navas, el más inquieto.

—Ese Mañana es un vivo bárbaro y ya está tratando de acomodarse diciendo que es tuyo el billete que cobró su hermana.

—¡Miente ese traidor hijo de puta! ¡El billete que cobró la hermana es el que le dimos a él!

Antes de llegar al Departamento de Policía, el caso estaba aclarado. A las tarde del martes 8, todos los involucrados se declararon culpables. Sabino Lancelotti, el tornero que había preparado la bolilla blanca, también fue detenido. Rodríguez Araya realizó un acto sin precedentes: por primera vez un legislador firmó órdenes de allanamiento. En los domicilios de los cantores se recuperaron ciento noventa mil pesos.

Luego llevaron a todos ante el juez Vásquez, que quiso realizar una reconstrucción de los hechos en su despacho, un ámbito mucho más reducido que el salón de la Lotería. Les pidió a los niños cantores que representaran la estafa en su presencia, es decir, que repitieran los mismos movimientos que habían realizado cuando robaron las bolillas y cantaron el premio. Les dio unas bolillas para que hicieran el acto. Mañana, Praino, Navas y López representaron sus papeles. Uno hacía que sacaba la bolilla con el número del billete, el otro extendía la mano haciendo ver que tomaba una bolilla de uno de los globos, hasta que el juez los paró.

—Bueno. ¿Y cuándo se produce el cambio de bolilla?

—Ya lo hicimos, señor.

—Pero no lo vi. Repitan la operación, ¡pero más despacio!

La jugada del 4 de septiembre de 1942 fue anulada. Rodríguez Araya escribió un libro titulado *Mientras los niños cantan*, que trataba de las maniobras ilegales detectadas en la Lotería. Francisco Mañana fue entregado a sus padres. Los demás fueron primero a Devoto y después a Caseros a cumplir condenas de tres años y medio, como Praino, y de cuatro años, como Navas. La ofensiva alemana se detuvo en Stalingrado. River salió campeón. La mayoría de los argentinos siguieron *forfai*. Y, como no podía ser de otra manera, el caso gratificó el espíritu de los artistas, que montaron un espectáculo de género alegre en el teatro Ba-Ta-Clan, de la calle 25 de Mayo. Participaron la vedette Thelma Carló y los cómicos Jesús Gómez y Vicente Climent. La obra se llamó *Los niños cantores del… 25*.

XVI

Osvaldo Cossio.
Un referí, a la horca (1946)

Daba saltitos. Vestía bermudas anchas, medias largas dobladas debajo de las rodillas, botines de fútbol, camisa blanca, saco oscuro y una gran boina. El referí Osvaldo Cossio saltaba otra vez y miraba hacia el túnel. La silbatina que le habían propinado desaparecería completamente apenas entrara a la cancha el equipo local, Newell's, con sus estrellas, Julio Elías Musimessi, el arquero, y Alfredo Runtzer, el goleador. Uno de los cracks de Newell's, que se hubiese llevado una ovación por sí mismo, ahora estaba en la vereda de enfrente; después de cinco años en el equipo rosarino, desde 1945 el *centrofoward* René Pontoni estaba en San Lorenzo, justo el rival de esa tarde. El domingo 27 de octubre de 1946, en la cancha del Parque Independencia había treinta y siete mil personas, que habían dejado casi treinta mil pesos en las boleterías. Newell's venía de perder 4 a 1 con Estudiantes de La Plata el domingo anterior, mientras San Lorenzo le había hecho cinco goles a Racing. Sin embargo, la localía valía y mucho. Alentados por su público, los que jugaban en su cancha solían pegar más patadas. Sus hinchas les pedían que demostraran su valentía, que fueran machos, que pegaran, mientras el rival debía quedar como una mariquita, recibir los golpes y no chistar. Porque en casa macho hay uno solo. De otro modo, ¿de qué servía jugar en la cancha propia? El público insultaba a los visitantes, los silbaba; si estaba cerca del alambrado que daba al túnel por donde salían los jugadores, los escupían, les tiraban de todo. ¿El juego? ¡Había que jugar en esas condiciones! El que, a pesar de todo, no se

achicaba, era un equipo respetable, un equipo de los grandes. El visitante, entonces, tenía que aguantar y jugar. Ese era el lema: aguantar, jugar y esperar que el referí no fuera demasiado localista y empujara al visitante contra su propio arco a fuerza de decisiones arbitrarias.

Los de Rosario tenían la sangre en el ojo con San Lorenzo. En la fecha 10 de la primera rueda, en el Gasómetro de avenida La Plata, en el barrio de Boedo, había perdido 2 a 1. Fue el 30 de junio, veintiséis días después de que Juan Domingo Perón y Hortensio Quijano asumieran la presidencia y la vicepresidencia de la Nación. Las elecciones se habían realizado el 24 de febrero, más de un mes antes de que comenzara el campeonato de fútbol.

Newell's salió a la cancha mientras el árbitro Cossio seguía dando saltitos. Al arco, Musimessi, los defensores eran Juan Carlos Colman, a quien le decían "El Comisario", y Juan Sobrero; en la línea media estaban Antonio Carlucci, Rubén Nierves y Jorge Lizardo; y en el ataque, Juan Silvano Ferreyra, José Coll, Runtzer, Arturo Buján y Ramón Moyano. Otro crack de Newell's y de la selección argentina, el mediocampista Ángel Perucca, salió a la cancha pero hizo de aguatero, porque una lesión en su pierna derecha le impedía jugar.

Cuando el primer jugador de San Lorenzo asomó la cabeza por el túnel, la reprobación fue estruendosa. Esa tarde, el equipo estaba integrado por todas sus figuras; era el equipo que marchaba primero en la tabla de posiciones. Si mantenía su eficacia en Rosario y un rendimiento regular los cinco partidos siguientes se consagraría campeón, relegando a Boca y a Ríver. Salieron a jugar Mirko Blazina, el arquero; Oscar Basso y Bartolomé Colombo, los defensores; José Vanzini, Salvador Grecco y Ángel Zubieta, en el medio; y Mario Imbelloni, Armando Farro, René Pontoni, Reinaldo Martino y Oscar Silva, los delanteros.

El que parecía visitante durante el primer tiempo fue Newell's. El dominio del juego lo tenía San Lorenzo, con una llamativa precisión al pasar la pelota de un compañero a otro. A los doce minutos sucedió lo que ningún hincha de Newell's hubiese imaginado, al menos tan pronto. Los jugadores de San Lorenzo tenían más tiempo la pelota y se jugaba en la mitad del campo que defendía Newell's. En el minuto doce, entonces, una aparición del puntero izquierdo Silva terminó con un tiro al arco local que se convirtió el gol. Los jugadores de Newell's no podían parar a sus rivales. Apenas nueve minutos después, el estadio enmudeció por una jugada de

Pontoni. Lo que pasaba es que esos tipos de San Lorenzo jugaban muy bien y se bancaban las patadas. Los locales estaban desconcertados por los pases de su rival. Pero, justo Pontoni. Si había sido de ellos, es decir, hasta pocos meses antes había jugado en Newell's. Pero ahora, con la camiseta del rival, los sentenciaba. A los 21 minutos pateó a media altura e hizo el segundo gol de San Lorenzo. Dos a cero. Los veinticuatro minutos que faltaban para que terminara el primer tiempo presagiaban una goleada de los visitantes más que una remontada de los locales. Se siguió jugando más en el terreno de Newell's que en el de San Lorenzo, que hasta pudo hacer un gol más. Parecía muy difícil para Newell's hacer dos golpes para empatar, sobre todo si sus jugadores seguían dominados por los pases en triángulo que hacían los mediocampistas rivales. Hasta parecía que los visitantes eran más de once, porque aparecían por todos partes.

Se fue nomás el primer tiempo con esa ventaja. Más de uno creía que, si en el segundo tiempo se repetía el mismo juego, el resultado era irremontable. En el vestuario, el entrenador de Newell's, Adolfo "El Alemán" Celli, empleó su estentórea voz para indicarles a sus jugadores lo que habían hecho mal, lo que no habían hecho, lo que debían hacer para buscar el empate y, si se daba, animarse a ganar el partido. Especialmente, debían cortar el circuito que pasaba por el *inside* derecho de San Lorenzo, Farro, que siempre aparecía suelto, sin un hombre de Newell's cerca. Encima, Farro no erraba ningún pase. Los gritos de Celli todavía retumbaban en la cabeza de los de Newell's cuando comenzó el segundo tiempo. Habrá sido tan fuerte la lavada de cabeza que les dio en el vestuario que al minuto de juego nomás el goleador Runtzer, desde media distancia, achicó la diferencia con un pelotazo que Blazina no pudo ni manotear. Ahora estaban 2 a 1. Tan rápido llegó ese gol, que el ánimo de los locales estaba por las nubes. Con 44 minutos por jugar, todo era posible. Runtzer tenía su tarde. Siete minutos después, a los ocho, otra vez Newell's al ataque, y el goleador pateó su derechazo, cuya dirección fue anticipada por los miles que estaban en la tribuna con un largo ¡gooool! gritado antes que la pelota entrara al arco de Blazina. Ahora, 2 a 2. Después de la paliza que les había dado San Lorenzo en el primer tiempo, en ocho minutos el alma volvió al cuerpo de los jugadores y del público de Newell's. Estaban iguales y quedaba casi todo el segundo tiempo para ganarlo. A eso iban. San Lorenzo no era fácil de llevar por delante. Al contrario, a una buena jugada

de Newell's respondía acercándose peligrosamente al arco de Musimessi. A una patada de los mediocampistas rosarinos, replicaban con la misma rudeza. Eran embromados de arrear los porteños. Los minutos pasaban y el juego seguía equilibrado. Pasada la media hora, el partido podía ganarlo cualquier de los dos. También había que cuidarse, porque recibir un gol sobre el final podía ser fatal, porque ya no habría mucho tiempo para reponerse.

El partido se iba y el 2 a 2 parecía número puesto. Quedaban pocos minutos y los mediocampistas de Newell's ajustaron un poco las marcas, pusieron unas patadas muy duras, especialmente a Farro y a Pontoni. El referí sancionó las infracciones sin dejar pasar ninguna. Iban 35 minutos. Entonces, desde la tribuna empezaron a tirar de todo, hasta una silla. Desde la tribuna detrás del arco que ocupaba el arquero de San Lorenzo llovían piedras y hasta zapatos. La idea que imperaba era que el referí se había puesto del lado de los porteños, porque sancionaba todas las patadas de los de Newell's, que según la mentalidad de entonces, tenían derecho a pegar porque habían remontado el resultado, porque estaban en su casa, porque querían ganar (los de San Lorenzo también, pero los hinchas locales no lo entendían así) y porque faltaba poco para tomarse el desquite soñado. Los hinchas, de a miles, estaban tan excitados como sus jugadores, pero estos corrían de aquí para allá mientras los espectadores saltaban y saltaban. ¿Se iba a parar el partido por incidentes? No era la idea del referí Cossio. A jugar. Entonces, por la derecha del ataque de Newell's recibió la pelota Carlucci, se abrió hacia la raya de cal y, antes que de que lo arrinconara un defensor, pateó, levantando la hacia el área de San Lorenzo. Venía llegando al área, de frente y a la carrera, el puntero izquierdo de Newell's, Moyano. Pelota y jugador se iban a encontrar en un lugar muy próximo al arco. Era una jugada muy peligrosa. Iban casi 43 minutos del segundo tiempo. Apenas dos para terminar. La pelota, rápida, comenzó a caer sobre el área y llegaba Moyano; la pelota caía, caía y caía. Antes de que tocara el suelo, una patada del jugador de Newell's la mandó hacia el arco de Blazina, que la vio pasar. Gol, gol de Newell's. Increíble. Dieron vuelta la historia. Del papelón del primer tiempo a la gloria del segundo. ¡Ya termina el partido! ¡Ya termina! No había tiempo para que San Lorenzo pudiera empatar. Gol de Newell's, el tercero. Ahora 3 a 2. Los jugadores rosarinos comenzaron la carrera hacia Moyano para abrazarlo y festejar. Las tribunas eran un delirio.

Los gritos no solo impedían escuchar, sino que nublaban la vista. ¡Qué pasa! ¡No! ¡No! ¡No puede ser! En lugar de marcar con su brazo el centro de la cancha para convalidar el gol de Newell's, el árbitro Cossio dirigió el brazo extendido hacia la posición que ocupaba Runtzer, el *centrofoward*, al momento de salir el centro que terminaría en el gol de Moyano. ¿Qué tiene que ver Runtzer si el gol lo hizo Moyano? Para Cossio, Runtzer estaba *off side*, es decir fuera de juego, adelantado, y la jugada no era válida. El gol no era válido. No iba a convalidarlo. Seguían 2 a 2. La regla del fuera de juego establece que para que un jugador esté habilitado debe encontrarse siempre detrás de la pelota. Hay una sola excepción a esta regla: si por el movimiento propio del juego el futbolista se encuentra delante de la pelota, es decir, la recibe desde detrás suyo, para estar habilitado debe tener adelante a dos jugadores contrarios. La jugada del tercer gol de Newell's fue rápida. Runtzer estaba adelantado, no tenía delante de él a dos jugadores de San Lorenzo. Pero el centro fue aprovechado por otro jugador, Moyano, que sí estaba habilitado porque venía corriendo desde atrás de la línea de la pelota, a tal punto que la pateó de frente. ¿Y Runtzer? La pelota no había sido dirigida hacia él, no participaba de la jugada; estaba lejos de ella. En esos casos, en los cuales otro jugador y no el que patea es el que está adelantado, se considera que el *off side* o fuera de juego es "pasivo". Para Cossio, el gol debía ser anulado. Los jugadores de Newell's se le fueron encima para protestar por su decisión. Él les decía que había pegado el pitazo anulando la jugada antes de que Moyano pateara al gol. Desde las tribunas, ahora llovían botellazos. Hubo algunos espectadores que entraron a la cancha. Alfonso Quaranta, presidente de Newell's, dejó su platea, se metió al túnel y salió a la cancha para decirle a Cossio que suspendiera el partido, porque no podía asegurar que los segundos que faltaban se desarrollaran normalmente. Hasta el cronometrista de San Lorenzo se le acercó al árbitro y le dijo: "Referí, falta solo un minuto. Es mejor que lo termine acá. ¡Si no, no salimos!". Cossio se negó. El partido se reanudaría. Todos los intrusos afuera de la cancha, ordenó el árbitro.

El reloj se había detenido en el minuto 43. Quedaban dos. San Lorenzo avanzó. Farro (¡otra vez Farro!) le pasó la pelota a Imbellone, que pateó al arco de Newell's. La pelota venía muy fuerte, pegó en las piernas del mediocampista Nieres, se desvió, descolocó al arquero Musimessi, y entró al arco. Gol de San Lorenzo. Gol de San Lorenzo. Ahora 3 a 2 para los

porteños. Minuto 44. ¿Newell's? De la gloria al infierno. No podía ser. Todo el estadio estaba contra el referí. Parecía que lo hubiera hecho a propósito, que le hubiese entregado el triunfo servido en bandeja a los visitantes. Ya no solo caían botellas, sino también sillas, piedras, maderas. Un alambrado de contención comenzó a ceder. En otro sector de la cancha, los hinchas tiraban del alambre con sus manos para abrirlo. Comenzaron a entrar a la cancha. Los policías, pocos, también lo hicieron. Uno llevaba su pistola reglamentaria desenfundada en la mano derecha. Los demás blandían los bastones. No eran suficientes. Se escucharon algunos tiros. Un hombre, Américo Meyer, de 31 años, cayó con una herida de bala en el brazo derecho. Los jugadores de Newell's y, sobre todo, los de San Lorenzo, corrieron a reunirse en el centro de la cancha. También entraron los suplentes de los dos equipos. Algunos hinchas se peleaban a las trompadas, sin que se supiera bien por qué. Una silla se partió en la espalda de Zubieta. Farro recibió unos cuantos golpes. Perucca, el crack de Newell's que no había jugado, protegía con su presencia a los jugadores de San Lorenzo. Perucca era un tipo muy respetado, que no se achicaba, y esa tarde le pegó más de una piña a los propios hinchas de Newell's para proteger a sus colegas. Pontoni recibió un par de trompadas. Y eso que había jugado cinco años en Newell's. Las plateas habían sido despedazadas, y las maderas y los caños tirados a la cancha. Había insultos y escupidas para todos. La turba avanzaba hacia los jugadores de San Lorenzo desde varias direcciones y estos buscaban salir hacia los vestuarios protegidos por policías. Estaban a unos veinte metros, pero parecían muchos más. Una mujer, entre la mayoría de hinchas varones, Isabel de Marengo, de 27 años, cayó al recibir un golpe en la columna. Los golpes volaban para todos lados y cualquiera podía recibirlos. A pesar del desenfreno, los objetivos de los hinchas eran los porteños, especialmente el referí. El cronometrista de San Lorenzo, aquel que, ante los primeros incidentes, le había sugerido a Cossio que terminara el partido, quedó tendido nocaut en el campo. Cossio estaba cerca del *half* Bartolomé Colombo, que, para defenderse, tiraba trompadas a derecha e izquierda. Los policías se replegaban y pedían refuerzos. Cossio, que pensó que los policías frenarían a los hinchas, buscó con la vista el túnel, pero desde esa zona avanzaba una horda hacia él. Por los costados también. Con Colombo comenzaron a correr hacia un claro; los golpearon. Colombo quedó alejado de Cossio; a este le pegaron patadas, lo empujaron, lo

zamarrearon, le tiraron de la ropa. El árbitro buscaba cubrirse la cara con sus brazos, recibía golpes por todos lados, pero no caía. Seguía avanzando; sabía que debía mantenerse de pie: si caía, era su fin, literalmente. Lo agarraron de la nuca; movió la cabeza y zafó a duras penas. La ropa, ese saco con el que había dirigido, estaba desgarrado. Una patada le hundió el estómago. Escupió sangre. Se arrodilló. Le pegaron en la cabeza. Se levantó, agarrándose de sus propios atacantes, mientras seguía recibiendo golpes, algunos plenos; otros solo lo rozaban. De repente, el referí chocó contra las ancas de un caballo de los soldados del escuadrón de seguridad. Allí había un grupo que no podía contener al público, ni siquiera a fuerza de fustazos. Se escucharon algunos disparos. Hallarse de golpe entre los caballos fue un alivio; los golpes cesaron, pues ya no era tan fácil encontrarlo. Volvió a quedar junto a Colombo, que no podía reunirse con el resto de sus compañeros, aunque en verdad estos tampoco estaban juntos. Colombo vio un hueco y salió corriendo por allí. Cossio lo siguió. Corría y volvió a recibir patadas, aunque menos que un rato antes. Una piedra dio en su cabeza y lo dejó atontado. Tambaleó. Sacudió la cabeza. Siguió corriendo. Perdió de vista a Colombo. Se encontraba en medio del Parque Independencia, fuera de la cancha de Newell's. No sabía cómo había hecho para llegar hasta allí. Aunque había menos hinchas, eran tan belicosos como los de adentro de la cancha. Todos gritaban: "¡A él, a él!". Vio un auto que pasaba y se tiró encima del capó. Trató de agarrase desesperadamente, pero el conductor, que había disminuido la velocidad, frenó de golpe. Cossio cayó y el automovilista siguió su camino. Un grupo de hinchas de Newell's lo atrapó. Lo arrastraron hasta un árbol. Uno de ellos se sacó el cinturón y rodeó la rama del árbol. Los otros alzaron al referí para enlazarle el cuello y colgarlo. Lo iban a colgar. "¡A colgarlo! ¡A colgarlo!" Estaban a punto de hacerlo. Tres soldados conscriptos se acercaron a la carrera. Uno blandía su sable y, tomando impulso con su brazo sobre su cabeza, cortó el cinturón de un golpe. Cossio se había salvado de morir colgado por los hinchas.

Primero lo llevaron a la Asistencia Pública. Desde allí, el presidente Quaranta lo llevó en su propio automóvil hasta el Sanatorio Británico. Cossio estaba semiinconsciente. Horas después se dio un parte policial: "Osvaldo Cossio, argentino, soltero, de 36 años, domiciliado en Muñiz 1463, Capital Federal; herida cortante en el temporal derecho; herida de 2

centímetros en el dorso de la mano derecha; numerosas contusiones y hematomas. Internado en el Sanatorio Británico con conmoción cerebral".

El médico del Británico Oscar Marotta informó que tenía heridas en todo el cuerpo y que llevaba horas en estado de conmoción.

Los jugadores de San Lorenzo lograron reunirse en un sector del vestuario. Pontoni tenía un corte en el cuero cabelludo y un hematoma en un muslo, causado por la patada de un hincha. A Martino le habían pegado en las dos piernas y un sillazo en la espalda. Colombo, que quiso defender a Cossio, tenía golpes en la cara y una crisis nerviosa de la que no podían sacarlo. A Zubieta también le dieron con una silla en la espalda y Farro tenía unos cuantos golpes. Estuvieron allí hasta el anochecer. Los sacaron en un camión blindado de la policía y los llevaron a Sunchales, donde la mayoría tomó el tren a Buenos Aires. En todo este recorrido fueron seguidos por hinchas de Newell's, que apedrearon el camión blindado y luego el tren. Pontoni se fue a Santa Fe a ver a su familia, y Martino se quedó en Rosario.

Los diarios de Buenos Aires titularon catastróficamente. *La Razón* del lunes 28 de octubre de 1946 decía que se analizaba la posibilidad de que los equipos porteños no jugaran más en Rosario. Que el referí había salvado su vida milagrosamente y que los jugadores de San Lorenzo eran sobrevivientes de una batalla. Las crónicas no contaban el partido ni hacían ningún análisis del juego. La crónica era la de una batalla, la de la agresión de la multitud contra un grupo de jugadores y un referí.

Una asamblea de la Asociación Argentina de Árbitros dispuso:

"No arbitrar partidos de fútbol los días jueves, sábado y domingo próximos, ni aun por el campeonato escolar. Se hace la aclaración de que esto no significa paro ni huelga, sino que se trata de un acto de repudio hacia los hechos que se vienen reproduciendo en las canchas de un tiempo a esta parte, y también como expresión de absoluta solidaridad para con el árbitro don Osvaldo Cossio".

San Lorenzo y Newell's emitieron comunicados lamentando los incidentes. Newell's, además, le brindó excusas a San Lorenzo y San Lorenzo las aceptó. La cancha del club rosarino fue suspendida por cuatro fechas, aunque después la sanción se redujo a dos. Finalmente, los dirigentes de los dos equipos coincidieron en que Cossio había actuado correctamente. Todos los referís, ciento diez, fueron a Retiro a las 23.15

horas del 29 de octubre, cuando en un tren que había partido de Rosario llegó maltrecho Osvaldo Cossio.

—El gol (el tercero de Newell's) no lo di porque invalidé la jugada antes —dijo a los periodistas, más interesados en conocer su opinión sobre aquella incidencia del juego más que por su estado de salud—. No fue gol. No perjudiqué a Newell's. No ayudé a San Lorenzo. Fui imparcial. Que lo sepan en Rosario. Me llamo Cossio. Fui imparcial. Lo repito —dijo y alzó la voz—. ¡Fui imparcial!

Ya en 1946, la dirigencia del fútbol argentino daba contundentes muestras de desvarío, demostraciones que se reiterarían hasta ya entrado el siglo XXI. Cuando los hinchas de Newell's invadieron la cancha aquel 27 de octubre, con el partido 3 a 2 para San Lorenzo, faltaban setenta segundos para finalizar el segundo tiempo; de acuerdo con el informe que realizó Cossio, el partido fue suspendido a los 88 minutos, cincuenta segundos de juego. El Consejo Directivo de la Asociación del Fútbol Argentino dispuso que esos setenta segundos se jugaran para completar el partido. El reglamento es el reglamento. No se podía hacer el domingo siguiente al escándalo, el 3 de noviembre, porque los referís habían dispuesto no trabajar. La decisión se cumplió al pie de la letra y no hubo partidos. El campeonato se reanudó el domingo 10 de noviembre, con la fecha 26. San Lorenzo goleó a Platense 5 a 1. Y Newell's perdió 5 a 2 con Vélez Sarsfield. Ya que los rosarinos estaban en la Capital, al día siguiente, lunes 11 de noviembre, se jugaron los setenta segundos restantes. Fue en la cancha de Ferrocarril Oeste, en Caballito. Se dividió el nanopartido en dos tiempos de treinta y cinco segundos.

DE HURACÁN

Cossio había comenzado a dirigir en 1942. Era considerado un buen árbitro. Nunca había tenido problemas con su desempeño y jamás había sido sospechado de ser con su desempeño y jamás había sido sospechado de ser un referí localista o de que favoreciera a este o a

aquel. La paradoja se conoció tiempo después. Si Cossio hubiese querido perjudicar a alguno de los dos equipos, seguramente hubiera sido a San Lorenzo. Él era hincha de Huracán, el archienemigo de barrio de los de Boedo, y su ídolo era Herminio Masantonio, que sobresalió en Huracán antes de que Cossio se hiciera referí. La casualidad quiso que cada vez que Cossio dirigía al equipo de su juventud, Huracán perdía o empataba.

Dirigió entre 1942 a 1949. En total, intervino en ochenta partidos. Luego de su retiro, arbitró en diversas ligas del interior y fue secretario general de la Asociación Argentina de Árbitros. Después de seis años hemipléjico, murió el 19 de junio de 1989, en San Antonio de Padua.

El comentario del diario rosarino *La Capital* fue el siguiente: "Puesta la pelota en movimiento por Aballay, amagó San Lorenzo un avance que no tuvo éxito y enseguida la pitada del árbitro puso fin al primer periodo de treinta y cinco segundos. Tocó a Rafael López, de Newell's, reanudar la lucha, y la etapa final tuvo el mismo epílogo que el tiempo anterior, ya que llegados los delanteros a las proximidades del área chica finalizó el encuentro".

En estos setenta segundos hizo su debut oficial con la camiseta de Newell's Elger Poelo Alarcón. El árbitro no fue Osvaldo Cossio, sino Valentín Rey. El día anterior, este juez había dirigido la derrota de Ferro en Caballito ante Racing por 3 a 0 y algunos hinchas de Ferro, cuando supieron que iba a ser el juez de aquel irrisorio partido, fueron a insultarlo.

Fue ese de los setenta segundos el partido más corto de la historia del fútbol argentino. Y el resultado de San Lorenzo y Newell's no se modificó.

XVI

Domingo Occhiuto. Consecuencias de la furia que sigue al deseo (1953)

"Mingo Occhiuto no se embarcó hacia Italia en mayo, sino que fue liquidado por Gamboa. Pregúntenle a Gamboa…" El subcomisario Enrique A. Storni, de la comisaría 40, se quedó esperando más, pero la voz en el teléfono hizo silencio definitivo. Era el 2 de diciembre de 1953.

Occhiuto era Domingo Occhiuto, un italiano de 35 años, pintón, mujeriego, aventurero, que había llegado a la Argentina en 1949 solo con sus conocimientos de mecánica de automóviles y algo de albañilería. Si hubiera que definirlo, sus compatriotas lo habrían llamado un *faccia tosta*, pero simpático. Aquí, durante los primeros tiempos hizo un poco de todo, de electricista, de obrero de la construcción. Así fue hasta que, con otro italiano que había llegado con él, Francisco Artuso, compraron un local en la calle Cuenca 644/48 e instalaron un taller mecánico. El taller no era lo único que Occhiuto compartía con Francisco Artuso.

María Liberto de Artuso se había casado con Francisco en Italia, hacía veintidós años. Tuvieron dos hijos. En 1951, el mayor, José, tenía 21 años, y Margarita, la menor, 16. María era una mujer que todavía seguía provocando que los hombres se dieran vuelta cuando ella pasaba. No había llegado a los cincuenta años y mantenía sus atractivos intactos. Para desesperación de su marido, un hombre apocado, formal, que había decidido salir lo menos posible con ella, porque su andar le provocaba muchos nervios y más de una pelea. Decía que ella lo hacía quedar como un

idiota y que le gustaba andar moviendo el culo de un lado para otro para que todos la miraran. María se defendía. La madre naturaleza la había hecho así. No podía evitar su cuerpo y hacía todo lo posible para resaltar su busto y sus nalgas. Irremediablemente, terminaban peleándose; que a vos te gusta provocar a los hombres; que vos debiste casarte con una estampita de la Virgen en lugar de hacerlo con una mujer de verdad. No se hablaban por unos días, hasta que hacían las paces, y otra vez a pelear cuando volvían a salir o cuando ella comenzaba a tocarle el ombligo en la cama. Él ya cambiaba de humor cuando la veía ponerse alguna de sus polleras, de sus blusas o de sus vestidos, pues todos le parecían provocativos. María buscaba la reconciliación entre las sábanas, pero Francisco nunca la había entendido, tampoco acostados. Casi forcejeaba con su mujer para evitar que lo tocara, no le gustaba que lo tocaran. Para él, el sexo era para tener hijos; y había querido tener dos y nada más. Un día, María lo descubrió masturbándose en el baño. Se desnudó y se paró delante de Francisco, con las piernas abiertas, sin decirle una sola palabra mientras él todavía tenía el miembro en la mano. Pero el marido se levantó, la apartó tocándole apenas un hombro, se acomodó los calzoncillos y los pantalones y la dejó sola, mirando la pared. El ímpetu de María caía en el vacío. Ella creía que los hijos habían llegado porque Dios era realmente grande y pudo más que la pasividad de su marido. Entre todos los italianos que le hacían la corte en su juventud, ella vino a casarse con un mojigato. Cuando lo hacían, él se ponía sobre su mujer e intentaba seis o siete veces; era lo que tardaba en eyacular. Después volvía a su lugar y se quedaba dormido, casi siempre boca arriba. María miraba el techo, se preguntaba si los perros tardarían más, y pasaba a fantasear con algún hombre de rostro ocasional que le besaba el sexo y le estiraba los labios con sus labios, hasta que ella se daba vuelta para ofrecerle sus nalgas. Y así seguía, acariciándose con sus propias manos, utilizando sus dedos hasta comenzar a gemir y alcanzar el orgasmo, mientras Francisco, a su lado, roncaba. Entonces conoció a Domingo.

Ella no disimulaba sus deseos frente a él y él, cuando no estaba su socio a la vista, jugaba con ella, flirteaba como si fueran adolescentes. Pero Domingo también se fijó en Margarita, la hija. María no se opuso a esa relación e hizo lo posible por esconderla de su marido que, según decía, de enterarse hubiese provocado una carnicería. Su imaginación volaba y se encendía por el deseo de participar con su hija de aquel hombre incansable.

Margarita había estado de novia con Mario Restivo, pero lo dejó para continuar su romance con Domingo. María y Margarita le consiguieron una habitación en la pensión de Juan Lanzetti, en la calle Arengreen 678, en Caballito, adonde Occhiuto se mudó el 1 de septiembre de 1951. En esa época, Margarita quedó embarazada. Después de que un médico le practicara un aborto, la relación se enfrió. Volvió con Mario y fijaron fechas de compromiso y de casamiento, el 30 de septiembre y el 28 de diciembre de 1951. Pocos días antes de la primera fecha, Occhiuto se encontró con Margarita. Le había adelantado que no iría a su casamiento, pero quería darle un regalo. Pasaron toda la tarde juntos en una amueblada; esta fue la primera palabra que Domingo aprendió a pronunciar en español, "amueblada". María creía que luego del casamiento de su hija, lo tendría solo para ella.

A los pocos meses de vivir en la pensión de Arengreen al 600, "Mingo", como le decían, se puso de novio con la hija del dueño de la pensión, una jovencita también llamada María, María Lanzetti. Él esperaba que en cualquier momento su novia le preguntara por las mujeres que se habían aparecido en la pensión buscando un cuarto para él. Domingo le contó que, tiempo atrás, las mujeres lo habían seducido, que las relaciones se habían enfriado, pero ninguna aceptaba que las abandonara. Querían tenerlo vigilado. Le confesó a la comprensiva María Lanzetti que les tenía miedo a aquellas dos. La tolerante María estaba encantada con la personalidad de Domingo, y la confesión le pareció una muestra de confianza hacia ella. El 14 de febrero de 1953, Domingo Occhiuto y María Lanzetti formalizaron su compromiso.

Luego de casarse con Restivo, Margarita Artuso continuó viendo a Domingo, igual que su madre. Así transcurrió buena parte de 1952. Hasta que Domingo comenzó a espaciar los encuentros. Estaba cada vez más interesado en María Lanzetti y había perdido todo interés en las Artuso. Madre e hija estaban que echaban chispas. María Artuso comprendió entonces que Domingo había jugado con las dos. Se sentía engañada y reemplazada por esa María Lanzetti que, decía, era una mosquita muerta. Buscó por todas las formas posibles que Domingo volviera con ella. Le enviaba cartas llameantes, en las que le recordaba con detalles algunos momentos íntimos que habían pasado juntos, líneas escritas con mano nerviosa y vocabulario vulgar. Los meses transcurrieron y, finalmente,

María Artuso transformó su deseo sexual en furia. Llegó a una terrible conclusión: Domingo debía sufrir, debía pagar por abandonarla.

Un empleado del taller, Carmelo Gaglioti, más de una vez le había dicho a María, en confianza, que no soportaba a Occhiuto, porque era muy fanfarrón y despreciaba a las mujeres con las que salía. Él lo sabía, le comentó a María, porque Mingo era muy boca abierta, contaba todas sus experiencias sexuales. María enrojeció de vergüenza. Carmelo le tenía mucha envidia a su compatriota; no tenía las habilidades de Domingo para desenvolverse en la vida, pero jamás se atrevió a enfrentarlo porque reconocía su superioridad, hasta física. Carmelo también era italiano y se había convertido en un buen amigo de los Artuso.

—Mingo debe recibir un escarmiento, una buena paliza —le sugirió María, después de escuchar que su amante era uno de esos que se vanagloriaba ante sus conocidos por sus hazañas sexuales.

Carmelo asintió. Por dentro contenía sus deseos de abalanzarse sobre María y quitarle la ropa allí mismo. No tenía el coraje, la habilidad, el estilo, para hacerlo. A veces maldecía su carácter. También de joven había sido tímido, un rasgo de su personalidad que aún conservaba y reprimía sus pasiones. Cómo hubiese querido librarse de esas ataduras en aquel momento, que estaba solo con María. Sus ansias de poseerla, sin embargo, no le daban coraje. La miraba como quien admira un fresco de Miguel Ángel. La veneraba; para Carmelo era casi una experiencia religiosa estar cerca de María. Ella conocía muy bien a los hombres. Nunca provocó a Carmelo, porque lo veía igual que su marido, moderado, desganado para casi todo menos para trabajar como un burro. Además, no le gustaba su aspecto esmirriado y un tanto descuidado. Sin embargo, los dos estaban de acuerdo en darle un escarmiento a Occhiuto. La relación tormentosa entre Domingo y María Artuso sobrevolaba cada una de las palabras y los gestos de aquella conversación con Gaglioti. Los dos estaban resentidos, cada uno por sus razones, que el otro conocía perfectamente. Según María, Gaglioti era un hombre en el que se podía confiar. Conocía las infidelidades de la mujer y, sin embargo, nunca le dijo una palabra ni le hizo insinuación alguna a Francisco. Las reuniones con Gaglioti se produjeron a fines de 1952. Todo empeoró para ellos cuando supieron que Domingo estaba formalmente de novio con María Lanzetti.

Gaglioti conoció a Ruperto Gamboa Morales, un chileno que había trabajado con él en una obra en construcción de la calle Castro 881. Gamboa era el sereno. Gaglioti sabía que en Chile había matado a su mujer y a un carabinero, y que podía ser la persona ideal para ejecutar el trabajo. En la casa de los Artuso, a la mañana, cuando Francisco no estaba, o al anochecer, antes de que volviera del taller, se reunían, a fines de abril de 1953, María, Gaglioti y Gamboa Morales. Los planes parecieron a punto de naufragar cuando llegó de visita Vicente Calabró, socio de Francisco en otro negocio, un taller de tejidos. Vicente también conocía al matrimonio Artuso desde hacía muchos años. No pudieron esconderle el motivo de la reunión. Calabró sabía lo que todo el mundo, que su amigo Francisco era cornudo. María despidió a Gaglioti y a Gamboa Morales enseguida, porque quería conversar con Vicente. Fue directamente al grano. Gaglioti y Gamboa Morales le darían una paliza a Occhiuto. Vicente no preguntó el porqué. De pocas palabras, el amigo de la familia asintió con la cabeza. Solo dijo que contaran con su colaboración, Occhiuto era un tipo despreciable para él. Los conspiradores se reunieron tres veces más para ajustar el plan y decidir el lugar donde atacarían a Domingo. Francisco finalmente se enteró del plan. Ordenó casi a los gritos que María se fuera al dormitorio para poder hablar con los hombres que matarían a Occhiuto. Él, les dijo, lo mataría con sus propias manos, pero no quería ir a prisión y menos en un país extranjero y salvaje. Despidió al chileno Gamboa Morales y, frente a Carmelo y a Vicente, se sintió desfallecer. No podía admitir que todo el mundo supiera que era un cornudo. Los otros dos buscaron calmarlo. Le dieron una copita de anís. En poco tiempo, le decían, quedaría lavado su honor. Esa noche Francisco golpeó a María con sus manos y con el cinturón, como nunca antes lo había hecho, mientras le decía que iba a desfigurarla para que nunca más mirara a un hombre.

Para entonces, Domingo estaba pensando en viajar a Italia a visitar a su papá, que se hallaba muy enfermo, según les dijo a todos. Quería conocer de primera mano el estado de salud del anciano. Fue a la Compañía Italsur y sacó un pasaje para el vapor Bretagne, que partía hacia Italia el 22 de mayo. El boleto le salió 2.775 pesos.

El 18 de mayo, Domingo le contó a María que Francisco Artuso, el marido y el padre de sus dos amantes, le debía cinco mil pesos y que la mujer de Artuso le había mandado decir con un empleado del taller,

Carmelo Gaglioti, que si iba a su casa le daría la mitad a cuenta. Pero María le pidió que no fuera. Estaba celosa de las otras mujeres. No quería que su novio las viera.

Al día siguiente, Gaglioti apareció en la pensión. Buscaba desesperadamente a Domingo. Como no lo encontró, le dejó un mensaje: que cuando volviera fuera a verlo al taller mecánico porque debía decirle algo con urgencia. Domingo volvió a las once de la noche y se fue para el taller. Desde entonces nadie supo nada más de él.

Como las horas y los días pasaban sin novedades, Juan Lanzetti, el dueño de la pensión de la calle Arengreen, fue a la comisaría 11 y pidió que lo buscaran. Gaglioti aseguró que Domingo jamás había llegado al taller la noche del 19 de mayo. Lanzetti hizo más: fue a preguntar al consulado de Italia y a la Italsur. En el consulado le dieron una noticia que no esperaba: Occhiuto tenía en Italia una esposa que estaba esperándolo. Sin embargo, el 22 de mayo no se había embarcado en el *Bretagne*. ¿Dónde estaba?

Más de dos meses después de su desaparición, en la comisaría 40 se recibió un llamado anónimo que se refería a un tal Gamboa como el asesino de Occhiuto. Los policías Juan Sande, Luis Costa y Juan Sabaté fueron a buscarlo. Ruperto Gamboa Morales vivía en una casa de la calle Miranda 5071. Pero lo encontraron en un café cercano. Sorprendido y nervioso dijo que había trabajado en el taller de Occhiuto, y que lo había matado otro italiano: "Me arrastró a mí también". El "otro italiano" era Carmelo Gaglioti. Frente a la policía Gaglioti confesó que en diciembre de 1952 Francisco Artuso le había dicho que había que matar a su socio Occhiuto, porque se acostaba con su mujer y con su hija. "*Le due… insieme…?*", preguntó Carmelo en italiano. Artuso lo insultó. Él debía vengarse. Le dijo que a su mujer no la iba a matar y a su hija tampoco. Pero a Occhiuto, sí. Y le encomendó que se pusiera en contacto con el sereno de una obra llamado Gamboa. ¿Por qué Gamboa? Porque este había matado a su mujer y a otro pariente, y tenía experiencia en el asunto que iban a emprender. En abril de 1953, Gaglioti y la despechada María Liberto de Artuso se pusieron de acuerdo. Ella le entregó dos mil pesos, en billetes de cien, como anticipo de los seis mil convenidos como pago total a Gamboa Morales. El 19 de mayo, Gaglioti dejó dicho en la pensión donde vivía Domingo que debía verlo a la noche en el taller.

Tenían preparada una cachiporra. En el taller estaban Gaglioti y Gamboa. Cuando escucharon que llegaba Occhiuto, Gamboa se escondió detrás de un escritorio con la cachiporra. Al entrar, Domingo recibió un cachiporrazo en la cabeza que lo tiró al piso. La herida le provocó un corte y perdía mucha sangre. Pese a que ya no ofrecía resistencia, Gamboa le dio patadas en la cabeza. Gaglioti lo arrastró de las piernas hasta los fondos del taller, mientras Gamboa continuaba aplicándole puntapiés en todo el cuerpo. Lo llevaron hasta un recipiente para calentar potasa, debajo del cual había un espacio de cincuenta centímetros donde se hacía el fuego; pusieron el cuerpo entre las brasas encendidas. Domingo Occhiuto tuvo una última reacción: le mordió el dedo índice de la mano izquierda a Gaglioti, que respondió con un grito y un golpe en la cara con una rasqueta. Occhiuto ya no se movió.

Rociaron el cuerpo con kerosene y le prendieron fuego. Mientras se consumía, Gaglioti limpió con kerosene las manchas de sangre del piso y del trayecto recorrido. Los asesinos hicieron entonces un alto y tomaron mate hasta las cuatro del día siguiente. Gamboa se fue y Gaglioti se quedó sentado junto al fuego hasta las 5.30. Antes de irse colocó lo que quedaba del cuerpo de su amigo debajo de una pila de leña. A la noche volvió, puso otra vez los restos en el fuego y así procedió durante varias noches. Con la pala cortó los huesos largos en trozos pequeños que colocó, junto con los dientes, en los tarros de residuos. Se quedó con el reloj de Occhiuto.

El mismo día que mataron a Occhiuto, por la mañana, Gamboa fue a ver a María de Artuso. Ella quedó sorprendida. Cuando abrió la puerta, él se presentó con una sola frase.

—Bueno, ya lo liquidé.

—Pero vos estás loco. Cómo venís a mi casa y decís una cosa como esa —le contestó María, indignada y con mucho miedo de que alguien los escuchara. Gamboa entró y le mostró sus pantalones manchados con sangre. Le pidió que se los lavara o se los cambiara. También las medias. María lo hizo pasar al dormitorio y le dijo que se quitara los pantalones, que los enjuagaría. No hizo tanto, sino que les pasó un trapo húmedo. Pero le dio un par de medias de su marido y tiró las del chileno a la basura. Gamboa le dijo que quería más del dinero prometido y ella le entregó quinientos pesos.

—Por favor, callate la boca. No digas nada a nadie y no vuelvas por acá —le advirtió la mujer.

El 24 de mayo, el que se apareció en la casa de los Artuso fue Gaglioti. Le mostró a María un papel, diciéndole que era una prueba de que Occhiuto estaba muerto, porque ese papel se lo había sacado del bolsillo del pantalón antes de quemarlo. Gaglioti parecía feliz. Había sacado del medio a un tipo que le caía antipático. Domingo era todo lo que él hubiese querido ser pero no había podido. Le molestaba que su compatriota fuera tan mandaparte y, sobre todo, le molestaba el éxito que tenía con las mujeres. Ahora el ganador era él; en ese momento pensó que era su oportunidad. Se acercó a María y, con los labios temblando, le dijo que enloquecía por ella. María lo empujó con las dos manos.

—*Sei matto* —le reprochó.

El asesinato de Occhiuto había envalentonado a Carmelo. Tomó a María de la cintura con un brazo y comenzó a tocarle los pechos con la otra mano. Eran las nueve y media de la mañana. No hizo falta que Carmelo siguiera sujetándola. María lo tocó en la entrepierna y se arrodilló. Estaban en el pasillo de entrada a la casa y ahí se quedaron.

Los implicados confesaron. El reloj de Occhiuto fue hallado en la muñeca de Carmelo Gaglioti y había rastros de sangre en el pantalón de Gamboa. Sin embargo, todos los acusados pidieron volver a declarar y negaron sus confesiones originales. “Domingo, seguramente, habrá viajado a Italia en el vapor”, dijeron.

Por esos años, la ley argentina impedía probar el cuerpo del delito por indicios. El caso fue resuelto primero por el juez Damián J. Castro Videla, que dictó sentencia varios años después del crimen, el 31 de diciembre de 1957. Afirmó el juez que no estaba legalmente probado que Occhiuto hubiera sido asesinado, y que su desaparición no implicaba necesariamente que hubiera muerto. Pero era cierto que Occhiuto había desaparecido pocos días antes de un viaje que tenía planeado. ¿Entonces? El juez escribió: “Creo que Occhiuto murió, pero tengo dudas”. Es decir, todo indicaba que Occhiuto no había desaparecido de forma voluntaria, pero no había prueba indudable de que lo hubieran asesinado, dijo, muy temeroso, citando un caso extranjero llamado: “El milagro de Campden”. ¿Un juez mencionaba en su sentencia un milagro como fundamento de sus conclusiones?

En Inglaterra había ocurrido un caso extraordinario de crimen sin cuerpo, que se conoció como “El milagro de Campden”. En la aldea de ese nombre vivía William Harrison, de 70 años. El 16 de agosto de 1660, el

anciano desapareció. Solo se encontró su sombrero manchado de sangre. John Perry, un peón de Harrison, y sus hermanos, fueron culpados y ahorcados. Pero en 1663, Harrison apareció y contó una historia inverosímil: que había sido secuestrado y vendido como esclavo en Turquía, país del que pudo escapar.

El caso de Campden alertó sobre una cosa: antes de condenar era mejor tener el cadáver delante de los ojos. Así se afianzó la creencia equivocada según la cual el cuerpo del delito es el cadáver de la víctima. Aunque la antigua ley argentina no exigía que en los homicidios debiera estar el cadáver, casi no dejaba otra alternativa. Uno de los más importantes autores del derecho penal clásico a fines del siglo XIX, Franceso Carrara, en el tomo tercero de su imponente obra *Programa de Derecho Criminal*, escribió: "No puede alegarse que exista el delito de homicidio, hasta tanto no sea acertado que un hombre haya muerto por el hecho de otro hombre. Tampoco puede decirse cierto que un hombre haya muerto, hasta tanto no se haya dado con su cadáver o con los restos de aquel, debidamente reconocido. La confesión del reo, la prueba de los golpes o las heridas infligidas a un hombre, 'la desaparición de este', no tienen un nexo necesario con la muerte sobrevenida".

Luego de que el caso de Occhiuto fuera resuelto por el juez Castro Videla con la absolución de todos los implicados, el asunto pasó a la Cámara del Crimen. El primero en opinar fue el fiscal de Cámara Mariano Cúneo Libarona, padre de quien casi cincuenta años después defendiera a Guillermo Coppola por el famoso asunto de la droga en el jarrón de su casa. Libarona padre pensaba que si el cuerpo del delito es el cadáver, al criminal le bastaba con hacerlo desaparecer para lograr el crimen perfecto, y esto era inadmisible. Además, recordó que el reloj de Occhiuto se lo había llevado Gaglioti y que, en una relojería de Gaona y Lamarca, le había hecho colocar una caja de metal blanco por la que pagó setenta pesos, y que había tirado la vieja en la calle. La policía localizó la relojería, y el relojero admitió lo que había ocurrido. Se siguió la pista de la caja de reloj descartada por Gaglioti y ocurrió algo extraordinario: el jardinero Francisco Calla, que trabajaba en la cuadra de Lamarca al 600, reconoció haber encontrado la caja de reloj, que resultó ser efectivamente la del reloj de Occhiuto. El fiscal habló luego de la lesión que Gaglioti tenía en la mano, producto de la pelea con la víctima. Era claramente una señal de la mordida de Occhiuto. Los médicos

que lo examinaron dijeron que se correspondía con una dentellada humana. En el taller se encontró la barreta de hierro y la rasqueta con que lo habían golpeado. Asimismo se encontró kerosene en un recipiente tipo tambor, con el cual habían rociado el cuerpo de Domingo para quemarlo. Se inspeccionó el horno del taller y la pala que se había utilizado para aplastar algunos huesos. Los informes periciales señalaron que en dos horas, con fuego fuerte, de unos ochocientos grados por ejemplo, un cuerpo queda reducido a cenizas. Pero aquel horno no podía alcanzar esa temperatura; por eso los asesinos habían tardado tres veces más para reducir a la víctima a cenizas. El mismo Gaglioti había confesado que luego de la carne desaparecieron los huesos.

La confesión, apoyada en otros indicios graves, precisos y concordantes, debía ser prueba del delito; de lo contrario, los asesinos hasta podrían contar o publicar su crimen sin ser molestados. Para Cúneo Libarona se debía revocar la absolución y condenar a todos los implicados a la pena de prisión perpetua.

¿QUÉ ES EL CUERPO DEL DELITO?

El caso de Domingo Occhiuto sirvió para entender que cuando se habla de cuerpo del delito no se habla de una cosa, sino de una acción. Así, en un robo, el cuerpo del delito no es el dinero robado, sino la acción de sacarle ilícitamente el dinero a otro. Y en el homicidio, no son el cadáver ni el arma, sino el hecho de que alguien haya sido muerto por obra de otro, o sea la acción de matar.

El cadáver, si aparece, puede ser una prueba más; pero, sin él, la Justicia puede actuar igual. En Buenos Aires, el juicio penal cambió en 1992, cuando entró en vigencia el proceso oral y público. También se reformó el tema del cuerpo del delito: desde entonces, este puede probarse por cualquier medio que el juez considere válido, como la confesión del acusado, los indicios y los testimonios.

Así, por ejemplo, los policías que en 1993 torturaron y asesinaron a Miguel Bru fueron condenados, a pesar de que el cuerpo de Miguel jamás apareció. Lo mismo sucedió con la banda de "Los Doce Apóstoles", los presos que se amotinaron en el penal de Sierra Chica en 1997. La rebelión se había organizado para ajustar cuentas con otros presos, y se dijo que algunos fueron quemados. Frente a la ausencia de los cuerpos, se planteó el viejo temor de Campden: estar ausente no es lo mismo que haber sido asesinado, dijeron los defensores de los Apóstoles. Aunque lo único que había quedado de los presos desaparecidos eran las cenizas halladas en los hornos del penal, sus muertes fueron reconstruidas por medio de indicios y testimonios.

En la Cámara, la votación fue muy cerrada. Los jueces Ernesto Black y Alejandro Caride entendieron que se debía absolver a Vicente Calabró porque no eran contundentes las pruebas sobre su participación en el plan criminal, pero que María Liberto de Artuso y Carmelo Gaglioti debían ser condenados a reclusión y prisión perpetua, respectivamente. Sin embargo, los jueces Jorge Frías Caballero, Horacio Malbrán y Néstor Panelo opinaron que debía confirmarse la sentencia del juez Castro Videla y absolver a los acusados porque tenían dudas de que Occhiuto hubiese sido asesinado. Las confesiones no les bastaron. Los indicios (el reloj, la mordida en el dedo de Gaglioti, las manchas de sangre en la ropa de Gamboa) no les bastaron.

¿Y Gamboa Morales? Se había escapado mucho antes, durante un traslado. Nunca fue juzgado.

XVIII

Los “Bonnie & Clyde” argentinos. El fabuloso robo de 400 kilos de oro (1961)

Ella iba y venía con paso lento. Disfrutaba los sonidos a su alrededor, las imágenes, los murmullos, el humo y la cadencia de su propio andar. Iba y venía de una punta a otra de la mesa de ruleta, echando un ojo al paño, a las enormes arañas, a la espalda del tipo de adelante, o a sus primorosas uñas, suavemente rojas. Todo lo penetraba con la mirada. Su imagen era tan poderosa como sus pantorrillas, una belleza contundente como un golpe en la mandíbula, pero un golpe propinado con maestría. De vez en cuando se daba el lujo de detenerse y bajar la vista sobre su azulada pollera, diseñada con tal arte que le daba a su cuerpo la forma de un reloj de arena.

Nelly había llegado a Mar del Plata el día anterior, después de un insoportable viaje en automóvil desde Buenos Aires. No le gustaba viajar en auto. Mucho menos en compañía de su marido, Walter, un playboy desvencijado, cuya actividad principal era la de fumar marihuana. A Nelly no le gustaba la marihuana ni tampoco cómo conducía Walter. Le recriminaba que lo hiciera como las mujeres, es decir, temeroso, sin arriesgarse jamás. Lento. Prudente. También había dejado de gustarle el portugués, una lengua que había sido amigable con ella en otros tiempos. No le había requerido ningún esfuerzo aprenderla y disfrutarla con sus amigos de Río de Janeiro, con quienes se reunía cada vez que su avión aterrizaba allí. Ahora, apenas cruzaba un par de palabras por día con Walter. Lo veía el tiempo necesario para decirle: “¡Fumá... estúpido!”. No le interesaba si iba o venía; no le interesaba su culo redondo; no le interesaba

que perdiera lentamente su atractivo debajo de las sábanas. Ella ya no se deslizaba entre sus piernas ni él entre sus pechos. Tan deshilachado estaba que Nelly se preguntaba cómo había caído con ese hombre, ese tal Walter Montanha, a quien conoció en una *boîte* de Río de Janeiro un día de lluvia y de coñac, mucho coñac. Por más que revolvía en su memoria, no daba con el recuerdo exacto de los pormenores de aquel primer encuentro. Sí se acordaba de la copa... ¿Acaso su sonrisa? Creía que esa mueca de animal hambriento que Walter tenía ahora jamás pudo haberla seducido. "¡Vos me agarraste borracha!" Se fue convenciendo que aquella vez había bebido demasiado, una forma de justificar su situación con ese infeliz que tenía al lado. Ya ni siquiera le hablaba en portugués. Por su parte, Montanha le tenía más consideración a su proveedor de hierba que a su mujer. Nelly detestaba el silencio, y con Walter solo había mutismo, quietud, parálisis. Lo había dejado en la habitación del hotel durmiendo con la boca abierta y vestido solo con unos ridículos calzoncillos a rayas. Le dio repulsión.

Ahora, ella caminaba y suspiraba por el costado de una ruleta. Se sentía satisfecha de estar sola. Quería estar sola, caminar, lucirse, beber champagne, poner nerviosas a las mujeres, cuyos maridos miraban sin disimulo sus labios rojísimos, sus manos finas, su escote y sus nalgas. Le gustaba provocar, aunque jamás se permitía una sonrisa o un gesto condescendiente con ninguno. Ella saboreaba todas las miradas. Un hombre le habló en un susurro sobre la aritmética de la ruleta y las propiedades de la primera docena. Su respuesta fue tirar al piso la ceniza de su cigarrillo. Se desplazó para el lado contrario con un gesto de desdén hacia el matemático de aliento a dentífrico.

Caminaba de aquí para allá, despacio. Le gustaba el ruido continuo y confuso de los grandes salones. Le gustaba esa noche, las fichas en su mano acaso presagiaran una vida nueva, un amor que jamás ahorraría una gota de sangre, una precipitación incesante que comenzara con una mirada furtiva, como pasa siempre en los enamoramientos fulminantes. ¡Cómo pudo caer con Montanha! Cero, sí, ese es el número que jugaría. Apenas un par de fichas, nunca se sabe. Cero, así era su vida en ese momento, cero, cero de frío, de acero, de invierno, de féretro, de metal, de glaciar. Se acercó al cero con esfuerzo, debido a las muchas espaldas que debió esquivar hasta extender su mano y dejar sus fichas en el lugar deseado. Hay circunstancias en las que la gente pierde el sentido de la urbanidad. Solo su figura dibujada

por ese vestido azul le permitió imponer su presencia para alcanzar el borde de la mesa. Aquí y allá la miraban sin disimulo. Nelly se retiró apenas del borde de la mesa y esperó un par de pasos atrás el "¡No va más!". Cambió de mesa una y otra vez, hasta que decidió beber una copa de coñac. Con la copa en la mano volvió a la mesa más poblada. La multitud la arrobaba.

Fue una mirada que pasó de largo y regresó. Un hombre la miraba desde el otro lado de la mesa. Por primera vez en la noche ella detuvo su vista. Él estaba ahí, peinado a la gomina, con un traje cruzado que no decía gran cosa, pero que a ella le pareció que se lo habían pintado en el cuerpo. Nelly le clavó los ojos a Saúl. De entrada, él no supo qué hacer. Bajó la vista y se miró los zapatos; cuando la levantó, los ojos de ella seguían allí. No podía ser. ¡Esa mujer mirándolo! ¡Cuando le cuente a los empleados de la ropería! ¡Esos viejos! Saúl le había dicho a su mujer que jugaría unas fichas y volvería temprano al hotel, siempre y cuando no ganara. Estaba en Mar del Plata para hacer unos negocios con telas y prendas y, además, para darle el gusto a su esposa, porque si no la llevaba le iba a hacer la vida imposible todo el año por no haber tenido vacaciones, como sus amigas; prefería evitarse los reproches aunque llevarla era siempre un martirio. No aguantaba su conversación insípida y banal, ni las historias de esta y de aquella otra, las vecinas del barrio. A pesar de todo, Saúl se transformaba en Mar del Plata, la consideraba su segunda ciudad. Allí había tenido sus momentos de gloria en el casino, y también aquellos que lo atenazaron a deudas ya insondables. Pero todo huyó de su mente apenas vio a esa mujer del otro lado de la mesa de ruleta. La miró otra vez y ella seguía clavándole los ojos. Giró un poco la cabeza para cerciorarse de que no estuviera mirando a otro. Ella sonrió por su inocencia. ¡Lo miraba a él! Escuchó la voz del crupier cantar "¡Hagan juego, señores!", cuando alguien le pidió permiso para acercarse a la mesa. Se lo concedió porque esa vuelta no iba a apostar. Rápidamente volvió su vista al frente, pero ella ya no estaba. No podía ser. Eran ocasiones que se dan una sola vez en la vida, pensó, y acababa de desperdiciarla por culpa de ese tarado que se acercó a la mesa. Se puso en puntas de pie y miró hacia un lado y al otro, pero no la encontró. Se metió la mano en el bolsillo del saco para buscar algunas fichas. Dio un paso hacia atrás y volvió a ponerse en puntas de pie para otear el horizonte. Nada. Transpiraba. No podía tener tanta mala suerte. "¡Y bueh!", se dijo para sus adentros. Se acercó a la mesa y pidió permiso. Tiraría las últimas

fichas y después iría a buscar a la mujer, aunque llegase al hotel a la mañana siguiente. Le jugó a la segunda docena. Se incorporó y dio medio paso hacia atrás. Su espalda tocó un cuerpo y el perfume lo rodeó de inmediato. No se dio vuelta. Sabía que era ella. Se quedó ahí, quieto. Nelly se apretó más contra la espalda de Saúl y él advirtió las dimensiones de sus pechos. Muy despacio, se dio vuelta mucho antes de que se terminaran de recibir apuestas. Estaban frente a frente, sus narices apenas separadas por centímetros. Saúl le rodeó la cintura deslizando su mano y la sacó de ese mundo de personas que se amontonaban alrededor de la mesa. No hablaron. Caminaron. Salieron del casino. Él la llevaba de la cintura o ella lo llevaba de la cintura. Llegaron a la rambla. No era calurosa la noche. Se abrazaron y él la besó en el cuello. Su perfume lo llevaba a buscar en su cuerpo los lugares más dulces y fragantes. Ella besaba como una bailarina experta sabe danzar, llevaba el ritmo, se acomodaba a su pareja, pasaba adelante, retrocedía. Los dos querían salir de allí e ir hasta la playa. Parecían dos chiquilines que caminaban arrastrándose sin despegar sus labios. Cuando salieron de la arena, la brisa se había convertido en viento.

Ella, Nelly Edith Herrera Thompson, y él, Saúl Lipsitz, fueron amantes durante once años; protagonizaron un espectacular robo de más de cuatrocientos kilos de oro en el aeropuerto de Ezeiza; asaltaron bancos en varias provincias; asesinaron policías; huyeron siempre a los tiros; se amaron con locura; fueron los Bonnie & Clyde argentinos.

Luego de aquel encuentro marplatense, Nelly y Saúl siguieron viéndose a escondidas en Buenos Aires. Mantuvieron sus reuniones en secreto durante un año, hasta que la mujer de Saúl comenzó a sospechar. Al principio, los amantes se veían a la tarde, en el departamento de ella o en un hotel. Ocupaban una habitación por un par de días, que Saúl justificaba como viajes de negocios para comprar tela. Los de los hoteles eran encuentros espaciados. Lo común era que se encontraran por la tarde. Habían acordado hacerlo de esa manera, porque él podía salir sin problemas de la tienda que tenía en Corrientes al 3900. A la noche se le complicaba mucho dejar su casa de la calle Medrano al 300, donde vivía con su mujer. Pero Nelly, que durante ese año finalmente abandonó al inútil de Montanha, comenzó a viajar más seguido, y sus horarios ya no fueron previsibles. Se veían cada vez que ella volvía a Buenos Aires de los largos vuelos a los Estados Unidos y a Europa. A la mañana, a la tarde, a la noche. Las excusas

de Saúl se iban acabando, hasta que fueron sorprendidos almorzando en una pizzería de la avenida Corrientes. La esposa de Saúl tomó un vaso con gaseosa y se lo tiró a Nelly en la cara. La mujer se quedó como una piedra. Saúl sacó a su mujer a los empujones.

Nelly estaba acostumbrada a las humillaciones. Nunca conoció a sus padres. Se crió en un orfanato y, luego, en una casa adoptiva, donde poco menos que hacía el papel de Cenicienta, obligada a ser la empleada doméstica de su madre y de sus hermanos adoptivos. Crecer fue para ella una liberación. Se casó con Jules Hensen, un estadounidense que se mató cuatro días después de la boda en un accidente aéreo en el Mato Grosso, Brasil. Nelly era azafata de Panagra o Pan-American Grace Airways, una aerolínea de capitales estadounidenses y peruanos. Durante uno de sus viajes, conoció en Río de Janeiro al brasileño Walter Montanha, un playboy decadente y en bancarrota. Se casaron allí, en la ciudad de Vinicius de Moraes. Después de conocer a Saúl, Nelly plantó al carioca. Con la aprobación de Saúl, se unió a José María Quevedo, un empleado de Aduana, afable y sosegado, un viejo amigo que cubría muy bien las apariencias. Quevedo controlaba los equipajes en Ezeiza y así conoció a Nelly. La invitó a salir y fueron al cine. A Nelly no le gustaba Quevedo, pero era un buen hombre. Ella le dijo las cosas como eran. Si quería ser su novio, no habría problemas. Tampoco los habría si quería vivir en el mismo departamento. Pero ella amaba a Saúl y no iba a dejarlo. No serían uno con Quevedo, pero podían ser dos bajo el mismo techo. Quevedo, que amaba a Nelly, aceptó.

Saúl no iba a separarse de su mujer, porque esta haría un escándalo que nadie estaba dispuesto a soportar. Matar no la iba a matar. Así que Nelly y Saúl decidieron que lo mejor era crear una pantalla llamada Quevedo. La peculiar relación de Nelly con Quevedo les permitía a los amantes tener encuentros más frecuentes y menos complicados. Además, esa relación con el empleado de Aduana les reportaría una inesperada aventura y, como se suele decir en las telenovelas, les marcaría la vida para siempre.

En 1960, la pareja se enteró por Quevedo de que en los depósitos del Aeropuerto Internacional de Ezeiza había embarques millonarios y, sobre todo, poquísima seguridad. En uno de esos depósitos había una fortuna fabulosa: 400 kilos de oro en barras Johnson & Mathey. La mitad iría al banco Tornquist; la otra, a la firma Trombini Torrico. También había una

partida de dinero para la casa Baires, consistente en 400.000 pesos moneda nacional, 200.000 cruceiros, 300 libras Elizabeth, 90 monedas de oro Ana Frank, Ben Gurión, Theodor Felds y Juan XXIII. Y otra partida para la Casa Piano de 200 francos, 20.000 marcos, 2 mil libras de papel y 500 libras Elizabeth oro. Además, un envío para la Casa América de 3.000 monedas mexicanas de 1 peso oro y 1600 de 2 pesos. El total, en 1961, era de unos 40 millones de pesos.

—¿Me querés volver una ladrona?

—Jajaja. Los dos, ¿no? Seremos los ladrones del oro.

—¿Y nos vamos?

—Vos te vas. No te vas a comer ningún garrón. Cuando yo vaya a sacar el oro de Ezeiza vos te vas a Montevideo, no quiero que estés en Buenos Aires.

—Yo quiero colaborar.

—Y después te vas. Yo me encargo de reunir a la gente para hacer esto.

—¿Será siempre así nuestra vida?

—Ojalá. ¿O querés vivir de una jubilación?

—No hablaba de la plata.

—Vos sabés que el negocio no camina y que tengo deudas por todos lados. Como un millón de pesos. Mi casa está hipotecada. El auto no lo tenemos más… Pero no es solo para cubrir las deudas. Si nosotros nos llevamos esa fortuna, ¿pensás que voy a pagar mis deudas? Si las pago soy un otario, porque enseguida se van a dar cuenta de que ando en algo raro. ¿De dónde sacó la guita este tipo? Y así, de buenas a primeras, se aparece el tipo y salda las deudas. Más bien que si nos levantamos toda esa montaña de oro, no es por las deudas. Es para nosotros. Y cuando digo para nosotros no estoy hablando de guita exclusivamente.

—No te entiendo.

—¿Vos pensás que yo haría esto con mi mujer? ¿Te lo imaginás? Jajaja… —Nelly entendió. Le acarició la cara con su mano, la llevó hasta su cuello y lo atrajo. Se besaron.

—¿Cómo estás tan seguro de que de vieja voy a estar con vos?

—Yo no estoy seguro de nada. Pero nosotros dos somos algo.

—Bueno, no me hagas caso. Son tonterías mías.

—Nelly, nunca serás la esposa de un tendero y yo nunca seré el marido de una azafata.

—Nuestra vida será como será pero será excitante, ¿no?

—Mmm…

El golpe se presentaba muy fácil, tanto que Saúl al principio desconfió. ¿Cómo era posible que el oro que llegaba diariamente a Ezeiza no tuviese custodia? Le hicieron hacer a Quevedo un plano del lugar, una y otra vez. Quevedo explicó una y mil veces cuántos empleados había en ese lugar. Nelly y Saúl robarían el tesoro y no lo harían solos. Lo primero que hizo Saúl fue comprometer a su primo Gabriel Kreda, que se encargaría de planificar el asalto y la fuga, es decir, la entrada y la salida del depósito. Esto era muy importante, es decir, era más importante cómo salir que cómo entrar. Kedra vivía solo, porque sus padres se habían radicado en Israel. La madre de Kedra era la hermana de la mamá de Saúl. Se reunían en bares de Constitución, un barrio menos decadente y peligroso que lo que sería años después. También llevaron sus ideas a cafés de la Vuelta de Rocha, y a uno que le gustaba mucho a Kreda, en la esquina de Pinzón y Almirante Brown, en La Boca, a unas cuatro cuadras de la cancha. Con el tiempo fueron sumando a otros hombres: Ramón Toscano, alias "Toscanito", conocido hampón de la época, que también era una relación de Gabriel; Francisco Muracioli, Antonio González, Luciano Spataro y Javier Lorenzo. En esas reuniones Nelly no participaba. Finalmente, decidieron que el golpe sería la madrugada del 15 de enero de 1961.

Inauguraron dos bases de operaciones, una en un local de Ciudadela, donde simularon montar una lavandería; la otra en un hotel de la zona de Plaza Francia, en Libertador y Schiaffino. En verdad, ahí solo se encontraban los amantes y no discutían ningún plan.

El 10 de enero asaltaron a Antonio Bagnatto, que conducía una pick-up Chevrolet celeste con carrocería de madera, modelo 1960. La había dejado estacionada en la avenida Cabildo al 1800 y, a la noche, cuando fue a buscarla, dos o tres personas, no recordaba bien, lo encañonaron y se la robaron. Gabriel le pintó el logo de la empresa Panagra en sus puertas. Saúl compró tres overoles en el Coppa & Chego de la avenida Leandro Alem, y Nelly cosió la marca de la empresa aérea en los bolsillos. Gabriel alquiló un local en la calle Piedras al 300, de Ciudadela, a unas diez cuadras de la General Paz, que les serviría para refugiarse después del golpe. Saúl llevó allí a los demás y les repartió los overoles. También fue Saúl, quien compró las cuerdas para atar a los empleados del depósito. Faltaba una sola cosa.

Cinco hombres reunidos en un local en Ciudadela iban a llamar la atención. Por eso decidieron inaugurarlo, es decir, aparentar que el lugar sería una tienda de ropa. En lugar de esconderse, abrieron el local a todo el mundo. ¿Cómo? Organizaron un asado apenas unas horas antes del robo, para la noche del 14 de enero, e invitaron a todos los vecinos. Allí fueron los ladrones, con botellas de gaseosas y damajuanas de vino. Toscanito compró el asado e hizo de parrillero. Los vecinos de la cuadra participaron, aunque no conocieran a ninguno de los cinco nuevos residentes del lugar. Esa era la idea, camaradería. Se acercaron muchos y compartieron el asado, el vino y unos tangos. El vino, en verdad, fue para los invitados. Ellos tomaron gaseosas. Ya de madrugada, cuando el último de los vecinos se despidió, arreglaron el lugar a las apuradas. Luego, salieron para Ezeiza en la camioneta Chevrolet que le habían robado a Bagnatto. Llegaron sin problemas a la zona interna del espigón que da a la pista. Estacionaron de culata frente a una puerta que siempre estaba abierta. Saúl dejó la pick-up con el motor en marcha. Entraron y no había nadie. Les pareció increíble. Siguieron. Al fondo de un pasillo había una habitación vidriada y un señor que les pareció de unos 70 años. Golpearon el vidrio. Como el hombre los vio con ropas de una compañía aérea, les abrió. Estaban a unos cien metros del oro. Cuando el anciano les preguntó qué querían, Saúl le dijo que venían a retirar mercadería del depósito.

—¿Pero tan urgente es que vienen a esta hora? —replicó el hombre, mientras, malhumorado, los acompañaba hasta el depósito donde estaba el oro. Caminaron unos ochenta metros, pasando varias oficinas, hasta que llegaron a un despacho donde estaba el jefe. El hombre dormía recostado en un sofá. El anciano le preguntó a Saúl si era necesario despertarlo a esa hora de la madrugada, y que era raro que vinieran a semejante hora a retirar cosas. Mientras hablaba, Saúl se dio cuenta de que el anciano sospechaba. No hubo ninguna duda cuando el hombre les preguntó por qué no venían con escolta policial. Saúl le respondió que la escolta estaba afuera, esperándolos, y que se apurara de una vez. El anciano golpeó la puerta donde estaba el jefe. Minutos después abrió un hombre en calzoncillos y camiseta. Saúl y los demás entraron en la oficina, le mostraron un revólver calibre 45 y le pidieron que se vistiera y que trajera las llaves de las cajas del tesoro. Eran las cinco. Al anciano le dio un ataque de nervios, reía, se ponía serio y volvía a reír. Para calmarlo, le dieron un vaso de agua. El

hombre seguía riendo. Caminaban con el jefe ya vestido hacia donde se encontraba el tesoro, cuando, adelante, un hombre alto y canoso apareció de la nada. Los ladrones apuraron el paso y dos de ellos lo agarraron de los brazos. No estaba armado. Ataron al canoso, al jefe, que ya se había despabilado, y al anciano. Finalmente, llegaron al depósito donde encontraron las cajas dejadas en el suelo, sin orden alguno. La banda eligió las que, a juicio de cada uno, parecían que podían tener oro y dinero. Había cajas chicas que pesaban unos cien kilos y otras más grandes, que pesaban unos veinticinco kilos. Estas tenían relojes. Dejaron las grandes y se concentraron en las chicas. Buscaron dos carretillas y transportaron quince cajas hasta la pick-up. En total, tardaron entre quince y veinte minutos. Encima del oro pusieron las bolsas con dinero: francos, cruceiros, mejicanos. ¿Y Nelly? Esperaba noticias en Uruguay. Y las noticias fueron buenas.

La policía estaba desconcertada. Era el golpe más importante que se había dado hasta entonces en América Latina. Lo primero que dijeron fue que se trató de un golpe realizado por ¡comandos comunistas! Por supuesto, como ocurre en estos casos, aunque no tenían idea de quiénes habrían podido realizar semejante robo, a quienes hubieran sido les echaron la culpa de quince asaltos anteriores, a bancos, a cooperativas, a casas de cambio, a una aceitera y hasta a una tintorería. Como era costumbre, cuando a la policía, en este caso a la Federal, le tocaba perder, debía perder con un monstruo de mil cabezas. Es decir, pretendía instalar en el público la idea de una tenebrosa y poderosísima organización. La investigación estuvo a cargo del comisario Evaristo Meneses. En un comienzo apuntó, como acostumbraba, a los hampones que le resultaban fáciles de encontrar y acusar falsamente: Jorge Villarino y José María Hidalgo. No podía hacer lo mismo con el pistolero Cipriano Prieto, porque tenía un arreglo con él para quedarse con una parte del botín que robara. Meneses era un hombre hosco, maleducado y de pocas luces. Tenía pinta de guardia de cabaret. Apenas sabía tratar con la gente, salvo con aquella que pertenecía al hampa, del cual lo separaba solo su chapa.

Los amantes volvieron a verse. Saúl cubrió la cama del hotel de Montevideo con billetes de diferentes países. Una fortuna. Los dos se tiraron sobre los billetes, que volaban por el aire; tomaban un puñado, se lo lanzaban y se abrazaban desenfrenados. Depositaron el grueso del botín en

las bóvedas de dos bancos de Buenos Aires. A pesar de que iban a casarse, Saúl obligó a Nelly a separarse de Quevedo. Según le dijo, era por razones de seguridad. Como compensación, le permitió viajar a Río a comprarse vestidos, zapatos, joyas, muebles y lo que quisiera.

La caída vino de la mano del rengo Isaac Vigelfager, de la calle Libertad, que empezó a vender el oro del asalto a cinco pesos por debajo de la cotización de plaza. Un nombre llevó a otro, y para el 19 de marzo estaban casi todos presos. Saúl y Nelly salieron de la cárcel bajo fianza en julio de 1963. Habían tocado el tesoro, lo tuvieron y en dos meses lo perdieron todo. Saúl le tenía terror al maltrato de la policía, y Meneses le sacó la ficha enseguida. Ante el amague de una trompada o un sopapo, contó dónde tenía depositados el dinero y el oro.

Toscanito no fue atrapado entonces. Ni tampoco se recuperó su parte del botín. Trece años después, su cuerpo apareció degollado en aguas del río Carcarañá. Era el 18 de enero de 1974.

Saúl y Nelly nunca volvieron a los tribunales. Desde entonces no pudieron parar de robar, ni de matar. Por un tiempo desaparecieron del mapa. Coñac y cigarrillos eran sus pasatiempos, lejos de la tienda de la calle Corrientes, de la insufrible mujer de Saúl, de Quevedo, de los aviones y del oro. Asaltaron un banco en Gerli, el Galicia, y otro en Ciudadela, el Banco Di Nápoli. Volvieron a la Capital y se llevaron sesenta millones de pesos en un golpe al Banco Nación, de Boedo e Independencia. ¡Quién ha visto y quién ve ahora a la preciosa azafata levantando el "morocho" calibre 45 con sus delicadas manos! En octubre de 1969 mataron al policía Heriberto Díaz, de la comisaría de Elisa, Departamento Las Colonias, Santa Fe. Y así, uno tras otro fueron cayendo los bancos rurales. Ya eran como Bonnie & Clyde.

Su refugio era la ciudad de Rosario. Los identificó un oficial policía sin demasiada experiencia, un cabo ante el cual ellos fingieron rendirse. El policía tenía a Nelly adelante. Nada podía temer con la mujer adelante. Saúl llevaba siempre su revólver calibre 32 en la cintura, o, mejor dicho, en la espalda. Rodeó al policía mientras Nelly daba un paso hacia atrás. Saúl disparó y le dio en el hombro. Ella sacó de su cartera un arma, un revólver calibre 22, y también disparó. A pesar de que el policía ya estaba muerto, le siguieron tirando. Escaparon hacia la provincia de Buenos Aires. Durante cinco meses nada se supo de ellos. Se hicieron pasar por un matrimonio de uruguayos y alquilaron una casa en Martínez, en la calle Necochea 2520. El

único que iba a esa casa era José Nicolás Carrizo, alias "Colacho" o "Turco Alí", un amigo. Pero resultó ser un error: la policía de la provincia le seguía los pasos a Carrizo.

Los agentes de la Bonaerense rodearon la casa. Parecía muy difícil que pudieran escapar de esta. De la noche del 15 de septiembre de 1970 a la mañana del 16, la policía mantuvo la zona aislada. Había francotiradores en los techos de las casas vecinas y patrulleros en todas las esquinas. Durante toda esa noche un oficial, el jefe de la brigada Norte, Carlos Alberto Bessone, con megáfono en mano, le repetía a la pareja que lo mejor era que se rindieran.

—¿Acá termina? —Más que preguntar, Nelly pedía una opinión.

—¡Que hable el boludo ese! —Saúl se sentó en la cama. Carrizo se había quedado cerca de la puerta de entrada.

—No quiero que me maten ellos.

—Ni lo sueñes —la atajó Saúl. Él jamás dispararía contra Nelly—. Tal vez tengamos una posibilidad si salimos por atrás y llegamos a lo del vecino. ¿Qué te pasa que estás con esa cara?

—Mmm... Si me dejan mal, terminame.

—Vení… —Saúl seguía sentado en la cama. Nelly se paró delante de él, el brazo izquierdo estaba flexionado con la mano en la cintura y del otro colgaba un revólver. Él rodeó sus caderas con los brazos y la atrajo hacia su cara. Aspiró muy profundo. Se apartó y levantó sus ojos—. No va a ser una despedida… —dijo a media voz. Se inclinó hacia atrás y cayó de espaldas sobre la cama, con Nelly encima suyo.

A las seis del 16 de septiembre, la policía tiró gases lacrimógenos dentro de la casa. Nelly y Saúl salieron por puertas diferentes, armados con un revólver calibre 38 cada uno. Les dispararon doscientos balazos. A Carrizo lo mataron en el primer piso del chalet, cuando un grupo de avanzada logró entrar.

Saúl y Nelly lograron salir de la casa pero fueron alcanzados. Él volvió sobre sus pasos y cayó junto a una puerta lateral. Nelly se desplomó debajo de un limonero. Los policías se acercaron para mirarle la cara, cruzada por la sangre. Un vecino piadoso cubrió el cuerpo de la mujer con una sábana roja. Dentro de la casa encontraron los documentos falsos que usaban los amantes, con sus fotos verdaderas. Estaban a nombre de Mónica Lamas de Dhers y Raúl Dhers Almada.

Saúl Lipsitz tenía 40 años, Nelly Edith Herrera 37. Eran más grandes que Bonnie Parker (24) y Clyde Barrow (25), los famosos Bonnie & Clyde estadounidenses. Además, estos no habían logrado robar más de dos mil quinientos dólares en toda su vida. En lo que quedaron igualados con la pareja del norte fue en la cantidad de tiros que recibieron, unos cincuenta balazos cada uno. Y en que murieron enamorados. Y, también, en que hubo pocos afligidos.

CARTAS Y POESÍA

El volumen *Wanted lovers* recoge las cartas de amor que Bonnie & Clyde se cruzaron en ocasión del primer encarcelamiento de Clyde, en 1930. Solo hacía un mes que se habían conocido, pero ambos ya sentían que sus destinos se habían unido para siempre.

De Bonnie a Clyde: "Queridísimo amorcito: Solo unas líneas esta noche. ¿Cómo se encuentra mi nene? (...) Tienes que sentirte muy solo y triste. (...) Ni siquiera sabía que te habían echado el guante hasta que tomé prestado el coche y me acerqué al centro de la ciudad y me dijeron que te sacaron de circulación anoche. Me eché a llorar. Me había puesto sombra de ojos y empezó a chorrearme por la cara, y tuve que pararme en Lamar Street. (...) Te quiero más que a mi vida y casi he perdido la cabeza. Si tienes que pasar dos semanas más en la cárcel, me volveré loca, tan loca como una rata de manicomio. Anoche soñé que tú salías y yo entraba. Lo que daría por poder cumplir tus días de condena. Pero si me metieran seguro que tú me olvidarías".

De Clyde a Bonnie: "Bueno, niña, ¿qué tal te va en el trabajo? ¿Alguno de esos borrachuzos se ha pasado de listo contigo? Si se pasan, apúntate los nombres, porque no me voy a quedar toda la vida en este tugurio".

Bonnie era escritora aficionada. Sus poemas inspiraron al cantautor francés Serge Gainsbourg para uno de sus dúos con Brigitte Bardot, en

1967. El más interesante es “La historia de Bonnie & Clyde”, un recorrido y, a la vez, una justificación que hace Bonnie de su vida.

Estoy segura de que habréis leído
cómo atracan bancos, cómo saquean,
y a los que les da por protestar
suelen encontrarlos moribundos o muertos.
En estas crónicas abundan las mentiras;
no son tan despiadados como los pintan,
son de naturaleza fiera,
todas las leyes detestan,
y a soplones, polis y delatores.
Los llaman asesinos a sangre fría,
dicen que son crueles y malvados,
pero os diré con orgullo
que a Clyde lo conocí no hace mucho
cuando era honesto, recto y aseado.
Pero los polis le incordiaban,
no paraban de detenerle,
en una celda solían meterlo,
hasta que me dijo un día:
nunca seré libre, amiga mía,
así que me llevaré unos cuantos al infierno.

XIX

Norma Penjerek.
La venganza del fotógrafo (1962)

Una de las hojas de metal del portón de entrada se abrió. Primero pasó Clara, después, su marido, Enrique. Se tomaron del brazo y caminaron por una especie de patio largo y empedrado, con el mismo adoquín de la calle. La llovizna seguía mojándolos, porque esa calle interior no estaba techada. Él iba con la solapa de su sobretodo levantada. Dejaron atrás las primeras oficinas que se ubicaban sobre la derecha. No hablaban y caminaban despacio. Clara y Enrique iban a ver a su hija. De golpe, adelante, se abrió una puerta y salió Ernesto Sammartino, su abogado. Se saludaron afectuosamente. Sammartino dijo que estaba todo preparado. Pasaron a una antesala, donde había otros hombres, algunos de ellos vestidos con un delantal verde oscuro, como de lona, pesado. El abogado se acercó a Clara y le preguntó si estaba segura de entrar; lo dijo mirando a Enrique, acaso para que intercediera. Ella le dijo que sí y apretó el brazo de su marido. Quería verla. El abogado le pidió que se tomara unos minutos para pensarlo, pues había pasado mucho tiempo. Clara negó fuerte con la cabeza, como si no le importara lo que le estaba diciendo Sammartino. Quería verla. En ese momento era lo que más deseaba en el mundo, a pesar de todo lo que le decían. Deseaba encontrarse con su hija una última vez. Los tres caminaron hasta un salón donde había dos camillas de metal. En la segunda estaba el cuerpo. Clara se detuvo por un instante. De lejos, advirtió que estaba desnudo. Tenía un color extraño. Conservaba sus formas a duras penas. Sammartino le tomó el brazo a la mujer y se quedó quieto, esperando que

ella hiciera algo, retirarse o avanzar. Quien había dado unos pasos más era Enrique, aunque no había llegado al borde de la camilla. Se dio vuelta y le dijo a Clara que no mirara. Pero ella se movió lentamente hacia delante con el abogado. Miró el cuerpo, mientras Enrique, que se había quedado de espaldas a la camilla, fijaba la mirada en la puerta por la que habían entrado. Unas lágrimas cayeron sobre las mejillas de Clara. Enrique se dio vuelta y quedó a su lado. Clara veía algo borroso. Hacía esfuerzos por reconocer algún signo de humanidad en ese manchón que veía. Con una mano se limpió las lágrimas de las mejillas y vio más claro. ¿Podría ser aquello que tenía delante de los ojos, lo que quedaba de su hija, una nena de solo 16 años? Sentía un vacío en el estómago, que la ahogaba de dolor. Su memoria le trajo el recuerdo de su hija aún más pequeña, y más pequeña, yendo a la escuela primaria con su delantal blanco y su moño rosa en el cabello; su mirada vivaz a la salida de la escuela, que la buscaba entre los muchos rostros de las mamás que iban a recoger a sus hijos; el cuaderno con sus deberes y aquel otro con sus dibujos de papá, mamá, ella y una casa, y un árbol y el sol... ¡Eran… eran esos dibujos! Lo que estaba en la camilla era como esos dibujos de personas con formas imprecisas que su hija hacía cuando tenía siete u ocho años. Se le puso la piel de gallina. Quería darse media vuelta y salir de ese lugar opresivo, pero al mismo tiempo intentaba afinar la vista para reconocer algo familiar en esas partes degradadas, para distinguir, en eso que tenía delante de los ojos, una marca, una forma que le recordase a su hija. Fueron segundos o minutos. Enrique la sacó de su concentración, y cuando le habló pareció que aquello que estaba en la camilla se tornaba aún más repulsivo. Su marido le estaba diciendo que no era posible reconocer a Norma. Entonces, Clara buscó el hombro de Enrique y descargó el llanto y la furia. Golpeó suavemente con su puño el pecho de su esposo, mientras se hundía, se caía, las rodillas no la sostenían. Enrique y Sammartino la sacaron del lugar. Un médico forense quiso acercarse, pero el abogado lo detuvo con un gesto. No era el momento.

—Ya no puedo más —murmuró Clara Breitman, la mamá de Norma Mirta Penjerek, una chica de 16 años que había desaparecido en la Capital Federal el 29 de mayo.

—Vamos, vamos —dijo Enrique, el papá de Norma—. Todavía faltan algunos exámenes.

—No puedo reconocerla. ¡No puedo! ¡No puedo! ¡Ella es mi hija y no puedo reconocerla! ¡No puedo! —Clara se descargó—. ¡Cómo la dejaron así! ¿Por qué le hicieron eso, eh? ¡Que me digan por qué! ¡Ella era buena! ¡Era una nena buena! ¡Qui… quiero a mi neeenaa!

—Vamos, Clara.

Todos salieron de la morgue. Disimuladamente, mientras Clara subía al auto, Sammartino le preguntó a Enrique.

—Usted qué dice…

—No sé, no sé. Tiene razón ella. No es humano esto.

En 1962, Norma cursaba el último año de magisterio en el Liceo de Señoritas N° 12. Además, tomaba clases particulares de inglés. Iba a ingresar en la Facultad de Odontología. A principios de mayo había ido a un local ubicado a tres cuadras de su casa a sacarse unas fotos carnet que debía presentar en la Facultad. Vivía con sus padres en la calle Juan Bautista Alberdi 3252, Flores. Era hija única. Clara le daba todos los gustos; aunque no podía decirse que su padre no lo hiciera, él era más estricto, y en los últimos meses padre e hija habían mantenido una relación más distante.

Norma era una chica de estatura mediana, de cabello y ojos castaños, cara redonda, sin señas particulares. A veces se veía gorda y otras se veía simpática. Sus pechos, decía, estaban creciendo rápido, como su cuello. Le gustaba Elvis Presley, que escuchaba cuando su papá no estaba en casa. No quería que Enrique comenzara con la cantinela de siempre, que ese norteamericano era un degenerado y que la juventud había caído en la degradación de las costumbres, y que esto, que lo otro, que lo de más allá. Que no sabía bailar, que no sabía apreciar la música a pesar de los buenos ejemplos que había recibido, que no sabía divertirse o que solo quería divertirse. Y que tanto esfuerzo para echar al inmoral de Perón, que se acostaba con una jovencita que tenía la misma edad de Norma, para que no volviera a ocurrir lo mismo en un país sano como el nuestro, y resultaba que ahora venían esos extranjeros pervertidos, que movían escandalosamente el cuerpo y, además, impulsaban el consumo de drogas con un descaro inaudito. Fin. No. Y continuaba repitiendo siempre lo mismo. La droga. ¡La droga, sí, la droga! ¡Quién había escuchado jamás hablar de drogas en la Argentina! Cosa de algún músico o de algún artista…, en esos ambientes se podía esperar cualquier tipo de corrupción, pero estaba ahí, en ese pequeño mundo, eran ellos, no el grueso de la gente. ¡Habrase visto! ¡Cuándo la

Argentina había escuchado panegíricos sobre los estupefacientes como hacía ese inglés delincuente de Timothy Leary! Enrique lo conocía. Estaba al tanto de lo que llamaban "vanguardia". No había que permitir que esas enseñanzas llegaran al país. Debía ser prohibido. Pero si ese tipo fuese argentino, que no le quepa duda a nadie que, decía Enrique, estaría preso, como Elvis Presley. A sus 42 años, Enrique creía ser un hombre honesto, bien educado; no podía entender lo que venía de afuera. Pensaba que debía velar por la salud moral de su hija, en un mundo que comenzaba a dar síntomas de no respetar las reglas tradicionales, invadidos por esos vanguardistas, esa "generación beat". Libertad sexual, ¡puaj! Menos mal que, por ahora, Norma no tenía novio. Era muy chica. Pero no faltaría mucho, se lamentaba, aunque cuidaba de no mostrar sus pensamientos. Las cosas debían seguir siendo como habían sido siempre para los jóvenes, aplicación y seriedad. Cada cosa a su tiempo. Así pensaba Enrique, y en la mesa no faltaba ocasión para que diera uno de sus largos discursos. Norma comenzó a ir con más frecuencia a lo de su tía Sofía, la hermana de su mamá, que vivía en Lomas de Zamora, y pasaba más tiempo con sus primas.

El 29 de marzo de ese año, el presidente Arturo Frondizi había sido depuesto por las Fuerzas Armadas y enviado a la isla Martín García. El golpe debía terminar con un general, Raúl Alejandro Poggi, a cargo de la presidencia; sin embargo, eso no ocurrió. El juez de la Corte Suprema, Julio Oyhanarte, rápido y astuto, aprovechó las interminables deliberaciones en las Fuerzas Armadas acerca de cómo se ejercería el poder arrebatado a Frondizi, y cubrió la acefalía con el presidente del Senado, José María Guido, como establecía la Constitución, dejando al general Poggi esperando en la Casa Rosada. Si Poggi quería terminar en el sillón presidencial debía dar dos golpes de Estado. Al final, el militar aceptó que lo habían amurado y permitió esa misma noche que Guido ingresara al despacho presidencial. Se decía que le iba a pegar un tiro en la cabeza, pero nada de eso sucedió. En abril, Álvaro Alsogaray asumió como ministro de Economía y el 16 de mayo lanzó el llamado "Plan de Emergencia", que consistía en la postergación del pago de los sueldos y de las jubilaciones, y en más impuestos. La CGT convocó a un paro nacional de 24 horas en repudio a esas medidas. El paro se fijó para el 29 de mayo. Ese día, Norma hizo lo de siempre, fue al colegio a la mañana, almorzó en su casa, y a la tarde se

preparó para ir a inglés. Clara y Enrique le dijeron que no fuera. Su padre le recordó que no habría colectivos. Ella lo miró y le dijo que caminaría. En la calle no había un alma y hacía mucho frío. La mínima había sido de cero grados y caía una tenue llovizna. Aída Robles, amiga de Norma, le había dicho que no contara con ella para ir a lo de la profesora de inglés, Perla Staszauer de Prilleltensky. Ni loca, le dijo Aída a "Pipi", como llamaban a Norma, iba a salir a la calle.

Norma se fue sola. Le gustaba mucho el inglés. Era mejor la clase de inglés que quedarse sola en casa. Salió desde Juan Bautista Alberdi, entre Pergamino y Portela, y llegó a lo de la profesora a las 18.30, a diecisiete cuadras, en la calle Boyacá 420, entre Avellaneda y Aranguren. Tenía puesto un saco azul, un suéter, una camisa, la pollera gris y llevaba su anillo de plata. La clase duró una hora. Norma estaba como siempre, según diría luego la maestra, nada le llamó la atención en su alumna. Sabía la lección y avanzaron. Al finalizar, Staszauer de Prilleltensky la acompañó hasta la puerta y la despidió. Eran las 19.40. La vio irse hacia la parada del 113. Casi siempre tomaba ese colectivo para volver a su casa. A veces, caminaba cuatro cuadras, hasta Rivadavia, y se tomaba el 55. Pero ese día no había nadie en la calle, y el anochecer era lluvioso. Por ahí cerca hay un paso a nivel del ferrocarril Sarmiento. ¿Qué recorrido hizo Norma? ¿Llegó a tomar algún transporte?

Clara fue lo más rápido que pudo a la casa de Aída. Norma no había llegado y eran las 20.30. En lo de Aída no estaba. La mamá pidió prestado el teléfono y llamó a la profesora de inglés. No, ella ya se había ido hacia un buen rato. ¿Dónde estaba? Enrique salió con su auto a buscarla por la calle; iba de aquí para allá en Flores, Floresta. Nada. Ya eran las 21.30. Enrique entró en la comisaría 12. Su hija había desaparecido.

—¿Fugada? Pero no diga estupideces —le respondió Enrique al oficial de guardia que no le dio ninguna importancia a su denuncia—. ¿Sabe usted con quién está hablando? ¡Haga su trabajo y busque a mi hija! Avise al juez… no, no, mejor no, yo sé a quién llamar. —Enrique llamó a su abogado, Ernesto Sammartino. Catorce años antes, el entonces diputado radical Sammartino, enemigo visceral de Eva y Juan Perón, había sido expulsado de la Cámara por calificar de "aluvión zoológico" a los diputados peronistas que asumieron sus bancas durante la primera presidencia de Perón. Fue un ferviente partidario de la Revolución Libertadora que derrocó

al presidente en 1955. Tenía muy buenas relaciones con el almirante Isaac Francisco Rojas. Con el tiempo, volvió a ser diputado y criticó a los gobiernos de su partido, el de Frondizi y el de Guido. Sammartino era correligionario de Penjerek; los dos veían con los mismos ojos la política nacional y los cambios en el mundo.

Al día siguiente, los diarios comentaron el "alto acatamiento" al paro convocado por la CGT y la expectativa por el debut de la selección argentina de fútbol ante Bulgaria en la primera fecha del Campeonato Mundial que se disputaba en Chile. El 31 de mayo apareció la foto de Norma en diversos periódicos. "Menor desaparecida", fue el título de una pequeña nota del diario *El Mundo*, con la imagen de Norma y su nombre como epígrafe. Los informativos radiales hablaban de la chica desaparecida, pero mucho más de la ejecución en Jerusalén del criminal nazi Adolf Eichmann, secuestrado en la Argentina en 1960 por un comando israelí. Mientras, Clara, que no dormía ni podía detener el llanto, y Enrique recibieron numerosos llamados con pistas falsas. El 4 de junio, los extorsionaron. Luis Juan Vieytes, de 18 años, y Carlos Alfredo Leyrú, de 21, les pidieron dos mil pesos a cambio de información. Fueron detenidos de inmediato.

Clara y Enrique estaban convencidos de que a su hija la habían secuestrado. Los asistentes del Consejo Nacional del Menor que los entrevistaron se encontraron con una madre muy sumisa, que le dejaba siempre la iniciativa a Enrique. Este no entendía cómo era posible que, siendo ellos las víctimas, los funcionarios les hicieran preguntas sobre la vida familiar y sobre cuestiones privadas de su hija que, en su entendimiento, eran impertinentes. ¿Acaso dudaban de él? ¿Pensaban que sus padres eran culpables de la desaparición de Norma? Para Enrique, según le dijo a Sammartino, esos funcionarios eran unos canallas que seguían pensando que su hija se había ido de su casa voluntariamente. El abogado intentó explicarle la razón de esos procedimientos, pero Enrique le respondía: "Vos no deberías permitirlo. ¡Mi hija ha sido bien criada y educada!"

Diez centímetros era la distancia entre una chica judía de clase media, de 16 años, a la que le gustaba mucho Elvis Presley, amorosa hija y estudiante aplicada, y una mujer desconocida, acaso prostituta o mujer maltratada, una de las tantas cuyo cadáver aparece de vez en cuando en

algún descampado. Diez centímetros era la diferencia de estatura entre Norma Mirta Penjerek (1,55) y el cuerpo hallado en Llavallol (1,65) el 15 de julio de ese año, en el campo La Laguna del Instituto Fitotécnico Santa Catalina, que dependía de la Universidad Nacional de La Plata.

Era un día de perros, y el hocico del perro de Julio Noel Barracó lo llevó directamente a un sitio donde se detuvo y comenzó a ladrar. Barracó tardó en reaccionar, hasta que distinguió unos dedos que salían de la tierra húmeda. Se fue corriendo hasta encontrar un teléfono y llamó a la policía. Apenas diez centímetros de tierra cubrían el cadáver de una mujer. Estaba en un surco, y sobre un brazo tenía la marca de una rastra. Conservaba jirones de una enagua celeste, un corpiño blanco, un trozo de suéter de color beige y dos pañuelos, uno de gasa alrededor del cuello y otro como una mordaza sobre la boca. A simple vista, lo único que podía decirse de ese cuerpo era que la muerte se había producido hacía tiempo. No era posible reconocer rasgo alguno.

Cuando apareció ese cuerpo hacía ya 46 días que Norma había desaparecido. Los policías de Llavallol pisotearon todo lo que pudieron. No fue adrede. No sabían trabajar de otro modo. Su instrucción, como la de la gran mayoría de los policías argentinos, era escasísima. Más de uno se desilusionó al advertir que lo que pensaba ver, el cuerpo de una mujer joven, estaba muy descompuesto. No se inspeccionó la zona. No se recogieron muestras. No se describió exactamente la posición del cuerpo. Todo era a la que te criaste. Tampoco se le preguntó al cuidador Barracó si siempre iba a pasear a su perro a ese lugar, para determinar cuánto tiempo hacía que el cadáver estaba allí, si lo habían dejado hacía tiempo o recientemente. El caso quedó en manos del subinspector Mario Rafael Vodeb, de la subcomisaría de Llavallol, aunque también intervenía la comisaría de Adrogué. El juez interviniente fue Alberto Garganta, del Juzgado Penal 6 de La Plata.

Los diarios de aquel día reproducían la foto de una hermosa mujer también llamada Norma, pero se trataba de Norma Nolan, que acababa de ganar el concurso Miss Universo en Miami. La primera argentina que consiguió ese premio. Sobre una silla de la comisaría de Llavallol estaba el diario con la foto de Nolan; sobre el periódico puso su abrigo el legista de la comisaría, Aníbal Garay. Lo primero que pensaron los policías y Garay era que el pañuelo sobre el cuello había servido para estrangular a la mujer;

pero al examinar la garganta el legista se inclinó por un estrangulamiento con alambre. Garay hizo la autopsia en el hospital Luis C. Gandolfo, de Lomas de Zamora. Concluyó que el cuerpo era de una mujer de 25 a 30 años, de 1,65 de altura, de sesenta kilos, y que la data de la muerte se debía fijar diez días antes del hallazgo, es decir, el 6 de julio. El cráneo había sido hundido a golpes, aunque quedó sin respuesta si esos golpes habían sido dados en vida o después de la muerte. ¿Murió por estrangulamiento? No. Tenía una cuchillada debajo del pecho izquierdo. ¿Y ese corpiño? No lo tenía puesto, sino que aferraba la prenda con una de sus manos. Tenía, además, cortes en el cuero cabelludo y más golpes en el cuerpo. Solo conservaba la bombacha.

Lo primero que pensaron en Llavallol, antes de que el juez tuviera el sumario ante sus ojos, era que el cadáver podía pertenecer a Clara Finks, la hija de un empleado del Instituto Fitotécnico, que vivía en la zona, y que hacía unos meses se había fugado de su casa con un novio. Pero Clara tenía 20 años y este era un cadáver que, según Garay, pertenecía a una mujer de 30 años, aproximadamente. Lo de Finks se descartó.

La autopsia era dudosa porque no era precisa en sus descripciones y sus conclusiones no estaban bien fundamentadas. Por eso, los colegas de Garay se negaron a firmarla. Con este problema a cuestas, aún quedaba el asunto de la identidad. Se realizó un cotejo con los casos de mujeres desaparecidas en la Capital y en el partido de Lomas de Zamora. Lo que se buscaba era obtener una muestra de huella dactilar del cadáver que pudiera ser comparado. Así, a la mujer encontrada en Llavallol se le quitó parte del pulpejo de los dedos; según otra versión jamás desmentida, se cortaron las manos en el mismo lugar del hallazgo del cuerpo y se las puso en frascos de vidrio. El 20 de agosto, el subcomisario Enrique Ducci, experto en dactiloscopía, analizó el dedo anular izquierdo y encontró dieciocho puntos de coincidencia con la ficha de una de las tantas chicas desaparecidas, Norma Mirta Penjerek. En ese entonces, para dar certeza de identidad positiva se admitían once puntos de coincidencia, y acá había dieciocho.

El juez Garganta decidió llamar a los padres de Norma para que realizaran la identificación visual, pero el cuerpo estaba tan deformado que no pudieron hacerlo. Se llevó a cabo, entonces, una pericia odontológica con la participación del dentista que atendía a Norma, Marcelo Maneffa. Con la ficha de Norma en la mano, la identificó sin lugar a dudas. Al día

siguiente, el 25 de agosto, el médico forense Antonio Lara realizó una segunda autopsia en la Dirección de Sanidad de la Jefatura de Policía de La Plata. Se determinó que la herida mortal había sido provocada por una sevillana. Que el cuerpo no era de una mujer de 25 a 30 años, como había dicho Garay, sino de una adolescente. Que tragó su último alimento sin masticar, ansiosa, apurada. Y que la muerte se había producido entre el 24 de junio y el 15 de julio (la fecha del descubrimiento del cuerpo). A pedido del juez Garganta, el médico estrechó las fechas y afirmó que la muerte se había producido diez días antes del 15 de julio, es decir el 6, con un margen de error de 48 horas antes o después, es decir, entre el 4 y el 8 de julio. ¿Dónde estuvo Norma desde el día de la huelga de la CGT hasta el, digamos, el 4 de julio? ¿Tanto tiempo estuvo secuestrada sin que se pidiera un rescate? ¿Para qué la retuvieron? ¿La agarró un linyera y la tuvo con él, como si fuese una esclava? ¿Se podía confiar en esa data de la muerte? ¿Y si la mataron el mismo 29 de mayo?

Myriam, una prima de Norma, reconoció el pañuelo que estaba alrededor del cuello como un regalo que le había hecho para el último cumpleaños de Norma. El caso penal, expediente número 15.526, fue caratulado: “Penjerek, Norma M., homicidio”. Clara y Enrique aceptaron la identificación del cuerpo como el de su hija. Norma Mirta Penjerek fue enterrada por sus padres en el cementerio judío de La Tablada, en la fila 3, manzana 45. En la tumba pusieron una foto de Norma y una inscripción en hebreo que afirma que murió el 25 de agosto de 1962, es decir que sus papás la consideraron muerta cuando la pericia odontológica confirmó que el de Llavallol era su cadáver. Sin embargo, esas dos autopsias habían complicado todo, especialmente la de Garay. Desde el juzgado de Garganta le consultaron a Enrique si daba su consentimiento para exhumar el cuerpo y realizar más estudios. Enrique se negó. De ninguna manera iba autorizar una atrocidad como esa. Además, no confiaba en los funcionarios, ni policiales ni judiciales. Para él, ellos eran capaces de cualquier cosa con tal de tener razón.

—Hay un cadáver y no es necesario ninguna exhumación —afirmó—. A ver si todavía le cambian los pelos al cadáver. Estos son capaces de simular una cosa por otra.

—No seas tan desconfiado —reaccionó Sammartino.

—¡Sí, lo soy! Esta cuestión está cerrada. Quiero descubrir, algún día, al hijo de puta que mató a mi hija. Y estamos solos. Todo está corrompido. Lo único que se hace es fomentar la *dolce vita*. ¿Es posible? Películas, programas de televisión, diarios, todo es fomentar la *dolce vita*. Yo soy honesto. Pero en este país los honestos se cuentan con los dedos de una mano. Te pregunto, ¿qué tengo que hacer, salir a la calle con un revólver y que sea la ley de la selva, eh? Todo está corrompido.

No hubo cobertura periodística de estos sucesos con la excepción de un artículo del diario *El Mundo* del jueves 23 de agosto, donde se sugería la posibilidad que el de Penjerek hubiera sido un crimen antisemita. La especulación se sostenía solo por la ascendencia de la muchacha, y no recurría a la mesura en el desarrollo de la idea. Decía que pudieron actuar sectores de ultraderecha, como represalia por el secuestro en el país de Adolf Eichmann, el jerarca nazi. Enrique Penjerek, destacado miembro de la colectividad judía argentina, habría sido, según el matutino, uno de los informantes —cuya identidad nunca se reveló— del comando que encontró y secuestró a Eichmann.

Enrique afirmó que esa versión era basura.

—Yo no tengo nada que ver con eso —respondió a un periodista de *Pregón*—. Y si tuviera que ver no lo ocultaría. Lo diría porque habría actuado con un ideal. Yo vivo apartado, además, de la colectividad. Por tradición, uno ha festejado ciertas fiestas religiosas. Pero le diría que festejo más las cristianas.

La prensa estaba ocupada en otra cosa. Días antes se había dado la noticia de la muerte de otra Norma. Norma Jean o Marilyn Monroe. Además, la política argentina no paraba de dar titulares con el enfrentamiento entre las facciones del Ejército: los “azules”, más moderados en relación con la incorporación del peronismo a la vida social y política, incluso como un recurso contra el avance del comunismo, y los “colorados”, fanáticos antiperonistas. Y el fútbol. Un par de meses después, Antonio Roma, el arquero de Boca, le atajaría un penal decisivo a Delem, jugador de River, y dejaría a los auriazules en las puertas de otro título. Nadie habló del caso Penjerek durante la segunda mitad de 1962; tampoco en el primer semestre de 1963. El 1 de junio, el público devoraba las crónicas sobre el escándalo del primer ministro inglés John Profumo,

involucrado con una prostituta, Christine Keller, que a su vez era amante de un espía ruso. El 3 de junio murió el papa Juan XXIII.

Norma Mirta Penjerek había sido olvidada. Sin embargo, de buenas a primeras se convirtió en un caso. Fue el 15 de julio de 1963, exactamente un año después de la aparición de su cadáver. La fecha era sugestiva. Ese día, una prostituta fue detenida por policías de la Brigada de Moralidad de la Policía Federal cuando bajaba de un micro en la estación Constitución. A esa chica la arrestaban a cada rato. No quería ser informante de la policía ni quería que le dieran "protección". Ejercía su oficio por su cuenta y riesgo y así le iba. Estaba cansada de tanta reja, de tanto vigilante que le metía las manos en su cuerpo. Esa vez, en cambio, tenía algo con qué frenarlos. Tenía información sobre un asesinato.

—Te llevamos por borracha y por puta, dale —la apuró uno de los tres policías que la detuvieron.

—Está bien, guapo. Te voy a decir algo. Sabés de la piba esa que apareció muerta en la provincia, la judía…

—¿De qué hablás?

—Yo tengo quién mató a esa piba. Se llamaba Penjeee…, cómo era… Norma *Penjerés,* sí, ustedes la están buscando...

La prostituta pronunció mal el apellido y no fue a propósito. La llevaron al Departamento de Policía. Según ella, que se llamaba Mabel Sisti y tenía 23 años, el cabello corto y teñido de rubio, a Norma la había matado un tal Pedro Vecchio, un zapatero de 49 años que vivía en la calle España 317, de Florencio Varela. Era el líder de una banda que secuestraba jovencitas, las corrompía, las drogaba, las obligaba a participar de orgías y las fotografiaba. Para el comisario Jorge Silvio Colotto, de la Federal, y el subinspector Vodeb, de la Bonaerense, el relato de Sisti era música celestial. Los dos intervenían en el caso, aunque respondían a jueces diferentes. Colotto a Miguel del Castillo, que tenía la denuncia de desaparición que había hecho Enrique en Capital, y había delegado las averiguaciones en los policías de la comisaría 12, con Colotto a la cabeza. Este policía admiraba las fuertes actitudes del abogado Sammartino, además de compartir su aversión hacia los peronistas. Formó un grupo especial para investigar el crimen de Penjerek al que llamó "Los Intocables", no porque fuesen incorruptibles, sino porque hacían cualquiera cosa, como aplicar tortura. El otro policía, Vodeb, reportaba al juez Garganta, de La Plata, que tenía el

sumario por la aparición del cuerpo en Llavallol y por el homicidio. Vodeb también tenía antecedentes por apremios ilegales.

Sisti habló más. Afirmó que también integraba la banda la dueña de una boutique de la misma localidad, Laura Muzzo de Villano, alias "Lulú", de 36 años; lo mismo Ángela Fernández, de 29, José Guajardo, el novio de Ángela, y el fotógrafo Mario Félix Conte. Como habían hecho con otras tantas jovencitas, Norma fue "cazada" desde el Kaiser Carabela color verde de Vecchio. La drogaron y se la entregaron a un cliente para una orgía, siempre sacándole fotos. Como Norma se resistía a que la siguieran drogando, Vecchio la asesinó en un chalet llamado Los Eucaliptus, de Monte Grande, propiedad de un tal Fabrizio Mucci, un muchacho de 23 años que también tenía domicilio en Montevideo 1330 de la Capital.

Para el comisario Colotto, Norma y Mabel se conocían. Sin embargo, los padres de la víctima y Sammartino aseguraron que la chica no había faltado una sola noche de su casa, y que su madre estaba al tanto hasta de la asistencia que tenía en el colegio. Si hacía falta algo más para que los padres de Norma confirmaran su desconfianza hacia la policía era que un comisario dijera descaradamente que su hija conocía prostitutas.

Los policías hicieron trascender la declaración completa de Sisti, lo que provocó un escándalo que erizó la piel de los argentinos. ¡Orgía! ¡Alcaloides! ¡La Argentina estaba en peligro! ¡Era imperioso defender a nuestra juventud de estos corruptores, que quién sabe cuántos podrá haber! Entidades de todo tipo, escuelas, universidades, congregaciones religiosas, dependencias del Estado, todos se manifestaron en contra de la perversión de las costumbres y de la insidia de la corrupción sexual que tenía como blanco a "nuestros jóvenes". La Asociación de Médicos del Hospital Alvear, por ejemplo, sintió la necesidad de hacer una declaración, casi de guerra:

> Ante la afrenta infligida al pueblo de la Nación por delincuentes de un submundo abyecto, cuyos tortuosos perfiles parecieran exceder las dimensiones de la fantasía, el Cuerpo Médico del Hospital T. de Alvear, con espíritu ciudadano y universitario, une su clamor al de todos los sectores socialmente sanos del país y considera un imperioso deber de conciencia llevar a las autoridades competentes las expresiones de su total apoyo moral y profesional a toda medida de orden represivo, cualquiera sea el grado de rigor o de inclemencia tendiente a erradicar una lacra que ensombrece el prestigio de nuestro acervo ético en el concierto universal de la civilidad y cultura (…) solicitamos con respetuosa vehemencia la máxima severidad penal con los autores y coautores del vandálico homicidio de la niña Penjerek…

Hubo miradas conspirativas de todo tipo que llevaban el caso al terreno político. Pedro Vecchio era concejal por la Unión Vecinal, orientada por el político peronista Juan Carlos Founrouge. La familia Penjerek era radical; su abogado, Sammartino, un declarado enemigo del peronismo, representación, decía, de la decadencia social.

Mabel Sisti declaró dos veces más. Sostuvo que le habían presentado a Vecchio y a Guajardo, aunque no dijo quién. Estos se presentaron como traficantes de estupefacientes y le ofrecieron participar del negocio. Cuando se negó, Vecchio le mostró una pistola que llevaba a la cintura. Le dijo que estaba por trasladar a una mocosa a su quinta y que necesitaba que la tranquilizara, pues al haber otra mujer la piba se quedaría en el molde. La citó, entonces, en la estación de Florencio Varela. Llegaron a la quinta Los Eucaliptus, que era de Vecchio o tal vez de Mucci. Era una construcción blanca rodeada por un cerco de ligustrina donde organizaban orgías. Atravesaron un patio y entraron en el comedor. Había allí dos mujeres, Lulú Villano y Ángela Fernández, y un hombre, Guajardo. Vecchio se fue y volvió con una chica, que tenía pollera azul, suéter blanco y saco azul. A esa chica le decían algo así como “Chiqui” o “Chiquita” o “Peti”. Haciendo memoria le parecía que a esa chica la había conocido en la estación de Flores, donde ella, por encargo de Vecchio, iba a buscar jovencitas inocentes para captarlas. Pero no. Ay. Su memoria no era buena. Le parecía que la vio por primera vez en Los Eucaliptus. Bueno, no importaba, Colotto o Vodeb acomodarían el relato. Sí, sí, respondió Sisti, fue a mediados de 1962 que la conoció. La chica se negaba a ser inyectada. Sisti no la había visto resistirse, sino que le habían dicho que se resistía. Recordaba que en el chalet estaba asustada y no quería entrar en la habitación donde la quería meter Vecchio. Que, de golpe, la Muzzio de Villano le dio una inyección en la nalga. Mientras, Ángela Fernández se comportaba como una borracha o algo parecido. Entraron todos a esa habitación menos ella. A la hora salieron y Chiqui parecía también borracha y lloraba. Sisti agregó que se fue de la quinta, pero que a la semana regresó y todo volvió a ocurrir como hacía siete días, con la diferencia que ahora la cara de Chiqui le parecía conocida, porque recordaba haberla visto en los diarios como una jovencita desaparecida. Esta segunda vez sí presenció la orgía entre Lulú Villano, la Fernández, esa chica y dos hombres. Todos se revolcaban en una cama. Ella sabía de esas cosas, aunque lo que vio, aseguró, le dio un poco de asco. Y

eso que ella era prostituta. ¿Y por qué la mataron?, le preguntaron. Vecchio, respondió, la drogó como siempre lo hacía, y la mató, pero ella no lo vio. La mató a golpes y con una cuchillada. ¡Pero le dijeron, eh!

A los pocos días, Mabel Sisti pidió declarar otra vez. Contó que ella había estado presente en el momento del homicidio. Vecchio le clavó una puñalada en el pecho y después, para asegurarse, la ahorcó con un alambre, justo las lesiones que tenía el cadáver encontrado en Llavallol. Muzzio de Villano vistió el cadáver con una bombacha celeste, una enagua y un corpiño blanco. La envolvieron en una sábana y en una frazada gris, y la dejaron algunos días en el sótano. Cuando comenzó a despedir olor, la tiraron en Llavallol.

Las detenciones del resto de la banda se produjeron a fines de agosto y principios de septiembre de 1963. Fabrizio Mucci era un muchacho de 22 años, estudiante de Ingeniería, alto, bien parecido, que en 1962 hacía la conscripción en el regimiento de Azul. Al ser arrestado, declaró que con Norma mantuvo una entrevista en una confitería de Caballito. O, en verdad, se la había presentado Lulú Villano en un bar de Florencio Varela. No recordaba. También estaban Mabel Sisti y Vecchio. A Norma la llevaron a Los Eucaliptus. Él estaba con Norma en una habitación y resulta que entró Vecchio con una cámara de fotos. Norma no quiso que la fotografiaran y entonces Vecchio la golpeó y lo sacó a él de la habitación. Al rato, Vecchio salió y dijo que había matado a Norma con un atizador. El cadáver fue llevado al subsuelo del chalet y, después, tirado en Llavallol.

¿De cuántas maneras mataron a Norma? Hasta ahora fue a golpes, con un cuchillo, con alambre alrededor del cuello, y con golpes de atizador.

Al caer detenida, Laura Muzzio de Villano reconoció que tenía una boutique cerca de La Preferida, como se llamaba la zapatería de Vecchio. Como le debía cuatro mil pesos, el zapatero le pidió que se los pagara haciéndole un favor: que le entregara a esa chiquita Norma. Vecchio pasó con su auto Kaiser Carabela por el negocio de Villano a buscar a la chica. Venía acompañado por la Sisti y por la chica, que era Norma. Villano no las conocía. La declaración era contradictoria. Cómo era posible que ella entregara a alguien, a Norma, que no conocía. Y cómo podía entregar a una chica que no estaba con ella, sino que venía con Vecchio. Para los policías eran diferencias menores. Villano siguió declarando. Fueron a la quinta Los Eucaliptus y Norma no quería bajar del auto. Estaba mareada. Entre

Vecchio y la Sisti la arrastraron. Villano contó entonces que cuando entraron al chalet, Vecchio le dio una jeringa para que drogara a Norma. Villano dijo que se negó. Entonces, Vecchio y Mucci (el muchacho estaba allí esperándolos), llevaron a Norma hasta una habitación dormitorio. Vecchio manifestó que él mismo iba a inyectar a la chica. Entró al cuarto con Mucci. Se escucharon gritos y golpes. Al rato, Mucci salió y afirmó que Vecchio le había pegado tres puñaladas a Norma. Después de esto, cuando Villano vio la foto de la chica en el diario, Vecchio le pidió que mantuviera la boca cerrada.

El allanamiento al chalet de Los Eucaliptus fue un fiasco. No se encontró nada. Ni la disposición de las habitaciones coincidía con las declaraciones de Sisti, Mucci y Villano.

El 4 de septiembre de 1963, Boca perdió con el Santos de Pelé, en Brasil, el primer partido final de la Copa Libertadores de América. Ese día, los diarios de la Capital daban por esclarecido el caso Penjerek.

El 23 de septiembre, Vecchio, que concentraba el odio nacional, se presentó ante la policía de Llavallol con tres abogados. Negó todas las acusaciones y afirmó que no conocía a Norma Mirta Penjerek. Quedó detenido.

Todas las declaraciones de los involucrados llegaron a la prensa y el escándalo fue creciendo. Tal vez no hubo mejor seguimiento de estas revelaciones que el que hizo el diario *Crónica*, recién nacido, que aprovechó el caso para instalarse definitivamente en el mercado. Por debajo de la mesa, algunos policías les pasaron a los periodistas de *Crónica* fotografías de las supuestas fiestas sexuales de la banda de Vecchio. Los rostros no se distinguían, o eran de personas no conocidas, y los que resultaban parecidos a alguno de los acusados tenían una especie de reborde que coincidía con el resto del cuerpo, como si fuesen caras pegadas. Había que mirar bien.

A fines de septiembre ya había otra causa abierta. Con tantas orgías aquí y allá, dirigidas todas por Vecchio, el oficial de la Bonaerense Abel Román Muñoz, de la subcomisaria de Longchamps, les tomó declaración a tres jóvenes que acusaban al zapatero y a Muzzio de Villano de trata de personas, pornografía y tráfico de estupefacientes. La causa cayó en manos del juez de La Plata, Pedro Heguy. Al policía Muñoz le decían “El Implacable”, porque sus detenidos cantaban o cantaban. Le tomó

declaración a Josefina Dalmira Bermúdez, una mujer que se había presentado por su cuenta y que contó que había estado muchas veces con Norma en el chalet Los Eucaliptus, aunque le fue imposible describir el lugar. Dijo que a Norma la mataron porque iba a denunciarlo todo; pero al rato aseguró que la chica casi no hablaba porque la tenían siempre drogada. Dio los nombres de hombres de la zona de Florencio Varela que recibían droga del zapatero, todos ellos de conocida simpatía con el peronismo. El Implacable también consiguió el testimonio de una empleada doméstica, Claudia Villarreal, de 16 años, que dijo que Vecchio quiso someterla en la zapatería y que ella le pidió que esperara hasta que cumpliera 17 años. ¡El zapatero aceptó! También contó que Vecchio andaba en yunta con el caudillo político Juan Carlos Fonrouge. Aparecieron dos pelirrojas, las hermanas Mabel y Raquel Varela, de 18 y 22 años, que fueron llevadas un domingo a la casa del juez Heguy para decirle que conocían la organización de Vecchio. Raquel Cadorna, de 14 años, aseguró, a su vez, que en la casa de una mujer, María Consuelo González de Sajarevich, se hacían orgías. *Crónica* publicó fotografías de esas orgías e incluso de un par de chicas besándose; en el epígrafe decía que una de esas muchachas era Penjerek. Pero no era Norma. La investigación del juez de La Plata Arturo Madina determinó que esas fotos correspondían a un panfleto pornográfico de 1957 editado en Barcelona.

Los padres de Norma y el abogado Sammartino creían firmemente en la versión dada por Mabel Sisti, es decir, que Vecchio era el jefe de una banda de degenerados y que esa organización fue la que secuestró al voleo a su hija, la única que caminaba por la calle al anochecer de un día de huelga general, y la que la asesinó. Ellos estaban convencidos de que estas personas la habían atacado y que, por medio de ella, habían agredido a la juventud argentina y a la sociedad. No tenían la menor duda. La historia de Sisti también fue aceptada por la mayoría. Cualquier habladuría sobre algún integrante del grupo de Vecchio era tomado como verdad indiscutible. Al general Osiris Villegas, ministro del Interior durante la época más álgida del caso, le llovieron peticiones de organizaciones de todo tipo que instaban a combatir el Mal que se había instalado en el país. Nadie advertía, en esa segunda mitad de 1963, que todo el caso se basaba en declaraciones contradictorias de tres o cuatro personas, sin que hubiera ninguna evidencia

fuera de las palabras de los acusados. Inesperadamente, Villegas desplazó al comisario Colotto y lo mandó a la comisaría 34.

El primer cimbronazo en la causa se produjo por corrupción, prostitución y drogas, el expediente de las fotografías, que llevaba el juez Heguy de La Plata. Josefina Dalmira Bermúdez, una de las denunciantes, era amiga del oficial Muñoz. Ahora, dijo que nunca había estado en Los Eucaliptus ni conocía a los imputados. Oficialmente se afirmó, por medio de una pericia, que Bermúdez era una mujer con personalidad fabuladora. Su primera declaración había sido dictada por un tercero. Quedó la sospecha de que la mujer había recibido dinero para acusar a Vecchio. Las otras denunciantes, las hermanas Varela y Raquel Cadorna, se presentaron ante el juez Arturo Madina para decir que habían sido torturadas por El Implacable Muñoz con el propósito de que acusaran a Vecchio. Todo lo que habían dicho era mentira. La causa tenía todos los síntomas de haber sido armada por El Impacable. La solución a este entuerto la dio, el 31 de octubre, la Cámara Tercera de Apelaciones de La Plata. Su fallo fue contundente.

> Las felicitaciones a la intervenciones policiales recogidas por la prensa, han dado lugar a que la opinión pública llegara a la conclusión de haberse descubierto una siniestra organización de la cual Vecchio sería el jefe, con ramificaciones en todo el país y en el extranjero, que tiene por finalidad la corrupción de menores y el uso y tráfico de estupefacientes… Ese cuadro no es real. En todas las constancias acumuladas por el juez Heguy no surge la existencia de los hechos y por ende tampoco la autoría y responsabilidad consiguiente atribuida al imputado Vecchio.

Aunque se ordenó la libertad del zapatero en esta causa, debía seguir preso, porque aún faltaba la decisión del juez Garganta en el expediente sobre el homicidio de Norma. En nombre de la familia, Sammartino puso el grito en el cielo cuando se conoció el fallo de la Cámara Tercera. Afirmó que la resolución de los camaristas de La Plata era una “monstruosidad” y llegó a decir que el Poder Judicial de la provincia de Buenos Aires debía ser intervenido por el poder político. Sammartino tenía a su favor la opinión de muchos, pues en la calle, el asunto Penjerek estaba resuelto, y pocos entendían las razones de la Justicia para demorar la condena definitiva de quienes la policía y algunos diarios habían presentado como culpables. El 11 de noviembre de 1963, un mes después de que el presidente Arturo Illia asumiera el poder, la Agrupación Madres Argentinas realizó un acto en el

Luna Park bajo el lema: “Contra la corrupción y por una mejor justicia”. El abogado Sammartino comenzó diciendo: “Venimos a hacer el enjuiciamiento de los traficantes de alcaloides, de los corruptores de menores y de los tratantes de blancas, porque en algunos estrados hay jueces que amparan la delincuencia”.

A fines de octubre, Mabel Sisti, la chica que había acusado a Vecchio en tres declaraciones, pidió hablar con el juez Garganta. El propio magistrado fue hasta la cárcel de Olmos, donde estaba detenida, y la escuchó una vez más. También estaban presentes el fiscal, Oscar Franziotti, el defensor de Mabel, Víctor Roberto Alcorta, uno de los abogados de la familia Penjerek, Orlando Viglione, y los tres defensores de Vecchio, Raúl Samatán, Luis María Althabe y Carlos Rapelia.

—Yo mentí —comenzó diciendo Mabel—. No conozco el chalet de Bosques, Los Eucaliptus. La verdad, nunca estuve ahí.

—Señorita —la interrumpió Garganta—, en sus anteriores declaraciones usted había descripto el lugar, había dado detalles…

—Mire, señor juez, a mí me dijeron cómo era ese chalet para que lo repita.

—¿Quién le dijo cómo era ese chalet?

—El oficial Vodeb.

—¿Vodeb? ¿El de la subcomisaria de Llavallol?

—Sí. Me dijo que me lo aprendiera de memoria y lo dijera cuando declarara.

—Señorita, ¿qué sabe usted de la muerte de la niña Norma Mirta Penjerek?

—Nada.

—¡Pero usted mintió tres veces!

—Sí, se lo dije al principio.

—¿Por qué?

—Mire, lo que pasó se lo voy a contar, porque al final yo voy a terminar presa por algo que es un invento. Porque después pusieron más cosas en mi declaración y al final yo quedo como que estaba ahí cuando mataban a la piba y todo es una mentira. Mire, lo que pasó es que Fernández me dijo…

—¿Qué Fernández?

—Juan Manuel Fernández, el papá de Ángela, que tiene el negocio en la misma cuadra que Vecchio. Lo que pasa es que él es enemigo a muerte de

Vecchio. Yo lo sé porque voy a Lomas. Él me dio cincuenta mil pesos para que acusara a Vecchio de una muerte que no tuviera un culpable todavía, es decir que no se supiera quién había sido el asesino, ¿me entiende?

—Sí. Y usted también acusó falsamente a la hija de Fernández. Eso no lo entiendo. Cómo el padre le pide que acuse a Vecchio y a otras personas, entre ellas a su propia hija...

—Es por eso. Yo de la chica Penjerek no sé nada. De Penjerek me hablaron en la comisaría.

—¿Cuál?

—La de Llavallol.

—¿El fotógrafo Fernández y el oficial Vodeb se conocen?

—No sé. Puede…

—Puede qué…

—Puede que sí…

—¿Por qué Fernández y Vecchio están peleados?

—Por Ángela. Ella hace un tiempo se había escapado de la casa porque parece que el padre la tocaba, bah, no sé, algo así, ¿vio? Y Vecchio y la Villano le dieron refugio a Ángela. Ella, Ángela, ya era grande, tenía como 23 años. Fernández es medio raro. A mí siempre me pagó por los servicios. Bueno, el estuvo en un loquero una vez. Ahora se juntó con esa Norma, con perdón de la muerta…

—¿Usted se refiere a una testigo en la causa, Norma Hortensia Lapadura?

—Sí, a esa. Esa Lapadura tiene 17 años. Después hablan de degenerados. A esa le dicen "la loquita", así que figúrese… Bueno, Fernández nunca le perdonó a Vecchio que defendiera a su hija. Le decía que se había metido en un asunto que no era de él. ¿Me entiende? Antes de que me dijera que lo acuse por lo de la chica judía ya lo había denunciado con la policía de la Capital por traficante de drogas.

—¿Usted conoce a Fabrizio Mucci? —preguntó Garganta.

—No.

—Usted lo describió antes con lujo de detalles.

—Vodeb me dijo cómo era. Hasta me mostró una foto del pibe.

—¿Dónde le mostró la foto de Mucci?

—En la comisaría 12 de la Capital.

—¿Es decir cuando a usted la detuvieron?

—Sí, al principio. Se apareció ahí.

Informes del Ejército confirmaron que, a mediados de 1962, Fabrizio Mucci estaba en el Regimiento de Azul cumpliendo el servicio militar obligatorio.

—Dígame, señorita Sisti —siguió Garganta—, ¿dónde estaba usted en junio y julio de 1962?

—Estaba presa en el asilo San Miguel. Me habían dado arresto por prostitución, ¿sabe? Estuve ahí del 27 de junio al 9 de julio.

—A Penjerek la mataron entre el 4 y el 8 de julio de 1962, según la segunda autopsia —apuntó Samatán, uno de los defensores de Vecchio—. Es decir que la señorita no pudo conocer a la víctima.

Todo lo que dijo Sisti fue corroborado. El oficial Vodeb había creado la historia que ella repitió. Y se descubrió que, una vez que Vecchio fue relacionado con el caso Penjerek, en su afán de enterrar al zapatero, Fernández hablaba con los vecinos de Florencio Varela y cada vez agrandaba más sus mentiras; por ejemplo, agregó que Vecchio conocía a Norma desde 1960, es decir, cuando la chica tenía 14 años, que la drogaba desde entonces, lo que resultaba imposible.

Laura Muzzio de Villano también pidió declarar nuevamente. Sostuvo que, cuando se encontraba detenida en la comisaría de Adrogué, tres policías la sacaron una noche de su celda, le pusieron una capucha en la cabeza y la llevaron a un lugar que no podría describir, dentro de la misma comisaría. Entonces le dieron la orden de desnudarse.

—El corpiño, señora. No, no, señora, la bombacha también.

—Pero yo nunca estuve así toda desnuda, ni siquiera delante de mi marido.

—Bueno, lo lamentamos por él, señora. Seremos discretos. ¡Sáquese la bombacha!

—¡¿Qué me van a hacer?!

—No hable más y sáquese la bombacha —Muzzio de Villano lo hizo. Un policía, que tenía una tonada del norte argentino y mezclaba el tú con el vos, la tomó de los brazos y la hizo caminar hacia delante. Se detuvo.

—La voy a acostar en una cama que no tiene colchón, ¿me entiende? Así. Ahora abra los brazos y las piernas.

—¿Me van a violar? ¡Me van a violar!

—No, señora, aunque si sigue gritando es posible. Sí, abra las piernas también. Más. Dele, porque si lo hacemos nosotros le va a doler mucho. Bueno, ¿ve cómo está? Nosotros podemos hacerle lo que queremos, ¿me entiende? Ahora la estamos mirando bien adentro. Usted tiene que hacer algo y no vuelve más acá, ¿me entiende? Usted sabe que Vecchio mató a la Penjerek. Eso es lo que tiene que decir. Y que usted estuvo en el chalet ese de Monte Grande, ¿me entiende?

—Está bien. ¿Puedo cerrar las piernas?

Mucci también denunció que lo habían torturado para que se autoincriminara. La causa se cayó a pedazos.

El 23 de noviembre de 1963 fue asesinado el presidente de los Estados Unidos John F. Kennedy, en Dallas. El mundo se estaba perdiendo, pensó Enrique. ¿Qué pasará con la Unión Soviética y Cuba ahora? Para peor, en Buenos Aires circulaba un libro, tachado por algunos de maldito, *Las puertas de la percepción*, del escritor y filósofo inglés Aldous Huxley. ¿Cómo era posible que se publicaran las experiencias sensoriales de un hombre que se drogó con mescalina para describir sus efectos? Sammartino creía que era una forma de incentivar el consumo de estupefacientes.

Un día antes de la Nochebuena de ese año, el juez Garganta sobreseyó provisoriamente a todos los implicados en el caso Penjerek. No se había probado mínimamente nada. A comienzos de 1964, el caso desapareció definitivamente de los diarios. En 1965, el sobreseimiento fue transformado en definitivo y se hizo cosa juzgada. Las denuncias de torturas contra policías no prosperaron, porque quedaron en la palabra del denunciante contra la del torturador, amparado por sus compañeros de la comisaría y por jueces complacientes que consideraban la práctica de la tortura como un mal necesario.

El fotógrafo Fernández y su joven pareja se fueron de Florencio Varela. Donde había estado su casa de fotografía pusieron luego una inmobiliaria. El zapatero Vecchio volvió a su zapatería y vivió siempre en la calle España. Él tenía una teoría que completaba lo que había dicho Mabel Sisti sobre la trampa que les tendió Fernández. Vecchio conocía a Mabel de vista, porque iba con otras prostitutas jóvenes a ver a Fernández, que era su cliente. Siempre sostuvo que el fotógrafo le pagó a Mabel, pero también a Josefina Dalmira Bermúdez, la que lo había denunciado ante el juez Heguy.

ÁNGELA FERNÁNDEZ

"Mi padre, Juan Manuel Fernández, comenzó a comportarse de una manera extraña desde hace muchos años. Despreciaba a mi madre y la atormentó hasta su muerte. Cuando ello ocurrió comenzó a sentir hacia mí un cariño demasiado absorbente. Casi no me permitía salir sola. Me amenazaba con severas venganzas si yo aceptaba algún novio. Hasta que un día del mes de mayo de 1961 escapé, perseguida por él, que pretendía hacer conmigo algo inmundo. Tuve que apresurar mi casamiento porque desde ese día, desde luego, no pude volver a pisar mi hogar. Todos los que me defendieron, todos los que me ayudaron, se ganaron el odio mortal de mi padre. De su imaginación nacieron las monstruosas acusaciones que han deshecho la vida normal de tanta gente decente, como las que ahora sirven de víctimas a las calumnias que sobre ellas se dicen. Mi padre fue quien hizo acusar a Pedro Vecchio, a la señora de Villano, a los hermanos Serocchi, a Juan Carlos Fonrouge. Mi padre fue quien le dijo a Sisti, a la Bermúdez, a esa Lapadura que hoy es su esposa, lo que debían declarar ante la policía y los jueces. Mi padre se gastó todo el dinero que tenía, y que en gran parte era de un hermano mío, para poder cobrarse la venganza que me había prometido. Mi padre, que es fotógrafo y que me enseñó ese oficio, es quien debe haber falsificado las fotos que andan por ahí… ¿Por qué no nos deja en paz a mí y a mi esposo? ¿Por qué no nos deja que podamos vivir este amor tan lindo que sentimos y que no hace mal a nadie?"

Tiempo después de su liberación, Vecchio fue invitado al programa *Sábados Circulares* de Nicolás "Pipo" Mancera y el público lo recibió "con un fuerte aplauso". La zapatería floreció. Había gente que le iba a comprar solo para conocerlo. "Nunca vendí tantos zapatos", afirmaba. Debió abrir una sucursal.

Por su parte, Laura Muzzio de Villano cerró la boutique cuando se terminó el contrato de alquiler y se fue con su marido a vivir a Mendoza.

Clara Breitman y Enrique Penjerek vendieron el departamento de la calle Juan Bautista Alberdi y alquilaron uno en la avenida Independencia. Desde que el caso se cerró sin culpable, viajaron seguido a Israel. Se dijo que se establecieron allí definitivamente, pero siempre regresaban. Enrique murió en 1985 y Clara en 1988. Están enterrados en La Tablada, como su hija.

El juez Garganta ahora tiene más de 83 años. Y tiene su teoría acerca de lo que le ocurrió a Norma. Cree que, aquel 29 de mayo de 1962, la joven fue secuestrada en la calle por un vagabundo, que la retuvo para violarla y después la mató. Para el viejo juez, el caso era más simple de lo que parecía, pero nadie lo investigó. Se dedicaron a inventar fábulas para que un fotógrafo cumpliera su venganza contra un zapatero.

Cubierta
Portada
Agradecimientos
I El crimen del gallego Álvarez. Morir por una suma vil (1828)
En la tenebrosa conciencia
II El Jorobado. Enemigo público número uno (1853/1854)
III Clorinda Sarracán. La mentira que todos querían escuchar (1856)
La Logia Juan-juan
De abogado defensor a revolucionario
IV Serapio Borches de la Quintana. Estafador de almas (1870)
La revolución de las lanzas
V Juan Martín Larrea, el ladrón que se dejó morir de hambre (1874)
La revolución del 24 de setiembre de 1874
VI Los Caballeros de la Noche. El delito que no existía (1881)
Ahora sí
VII Luis Castruccio, ¿el primer envenenador? (1888)
El informe ingenieros

VIII Pedro Castro Rodríguez. El extraordinario caso del cura asesino (1888)
Adolfo Bioy
IX Francisca Rojas. Manos que hablaron (1892)
Las huellas de la culpabilidad
X El asunto Tremblié. Un juicio de dos mundos (1894)
Descuartizado
XI Cayetano Grossi. Se inicia la saga de los asesinos seriales (1896)
XII Carlos Livingston. El crimen de la calle Gallo (1914)
Lombroso: la ciencia del manyamiento
XIII Fernando Asuero. Un curandero en la Casa Rosada (1930)
“Andá que te opere Asuero”
XIV El secuestro de Abel Ayerza. La silla eléctrica en la Argentina (1932/1933)
¡¿Qué sabés vos de torturas?!
XV Los niños cantores. Bolillas cargadas (1942)
XVI Osvaldo Cossio. Un referí, a la horca (1946)
De huracán
XVI Domingo Occhiuto. Consecuencias de la furia que sigue al deseo (1953)
¿Qué es el cuerpo del delito?

XVIII Los “Bonnie & Clyde” argentinos. El fabuloso robo de 400 kilos de oro (1961)
Cartas y poesía
XIX Norma Penjerek. La venganza del fotógrafo (1962)
Ángela Fernández
Créditos

Canaletti, Ricardo
Crímenes sorprendentes de la Historia argentina. - 1a ed. - Buenos Aires : Sudamericana, 2014
(Historia)
EBook.

ISBN 978-950-07-4937-4

1. Ensayo histórico. I. Título.
CDD 982

Edición en formato digital: octubre de 2014
© 2014, Penguin Random House Grupo Editorial
Humberto I 555, Buenos Aires.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial.

ISBN 978-950-07-4937-4

Conversión a formato digital: Libresque

www.megustaleer.com.ar